

Bernard Malamud

EL MEJOR



Lectulandia

Roy Hobbs es un joven con gran talento para el béisbol que, convencido de su éxito, deja la granja familiar para comenzar una carrera como jugador. Pero sus aspiraciones se verán truncadas al recibir un disparo de una misteriosa mujer. 17 años después y con 35 años, Roy consigue pasar de un equipo de la liga B a entrar en las filas de los New York Knights.

Lectulandia

Bernard Malamud

El mejor

ePub r1.0

Titivillus 20.11.16

Título original: *The Natural*
Bernard Malamud, 1952
Traducción: J. Ferrer Aleu
Diseño de cubierta: Filmayer s.a

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi padre

BERNARD MALAMUD

EL MEJOR



TRADUCCIÓN DE
J. Ferrer Aleu

CATEDRA
BIBLIOTECA UNIVERSAL

PRELUDIO

Roy Hobbs frotó con las manos el cristal antes de encender una cerilla con la uña del pulgar y mantener la vacilante llama, tapada por la palma de su mano, junto a la ventanilla de la litera inferior; al parecer, estaban pasando por un túnel, por lo cual no le sorprendió ver su propia imagen sosteniendo una lucecita amarilla sobre la cabeza y mirándole desde el cristal. Al sacar el tren su larga cola del estruendoso túnel, se desvaneció la encorvada imagen, y Roy experimentó una viva sensación de libertad al ver los montes del Oeste nimbados por el reflejo de la Luna y alzándose, macizos, en la noche surcada por unos relámpagos de verano, aunque sólo estaba empezando la primavera. Tumbándose de nuevo de costado, apoyado sobre un codo, insomne a pesar del balanceo del tren, observó cómo se deslizaba el paisaje y esperó, con reprimida expectación, la vista del Mississippi, que estaba aún a mil millas de allí.

Como no tenía reloj, calculó la hora y supuso que no tardaría en despuntar el alba. Mientras contemplaba el panorama, vio pasar aquella casa de campo, de ósea blancura y porche combado y esquelético, solitaria en las incontables millas de luz de luna, y, ante ella, aquel muchacho alto, de pálido semblante, que, emitiendo un grito como el silbido de un tren, lanzaba una resplandeciente pelota contra alguien oculto en la sombra de un oscuro roble, que se la devolvió sin pensarlo y que él, dando media vuelta, le devolvió a su vez. Roy cerró los ojos ante aquella visión porque, si no real, era una manera que tenía a veces de observarse a sí mismo, igual que aquel sueño que se repetía una y otra vez —y que hacía unas horas le había despertado, cuando dormía profundamente—, en el que se veía, de noche, en un campo extraño, con una dorada pelota de béisbol en la palma de la mano, que se hacía cada vez más pesada mientras él sudaba tratando de decidir si seguiría aguantando o la tiraría. Pero cuando había tomado la decisión, pesaba ya demasiado para levantarla o dejarla caer (¡habría hecho un hoyo demasiado hondo!), por lo cual cambiaba de opinión y la conservaba; entonces, aquella cosa se hacía ligera como una pluma, brotaba una rosa de su cuero, y todo parecía flotar, pero él se había jurado ya aguantar toda la eternidad.

Al llegar la aurora, una ráfaga de lluvia impulsada por el viento le cegó; bueno, no le cegó porque la ventanilla estaba cerrada, pero las gotas que se deslizaban por el cristal le dieron sed, y tras la sed sintió hambre. Buscó a tientas su ropa interior en la rejilla, porque quería ser el primero en llegar al coche restaurante, pedir el desayuno y comer más o menos en privado, pues era muy dudoso que Sam estuviese allí para decirle lo que tenía que hacer. Se quitó la camiseta gris y los pantalones de algodón que llevaba en vez del pijama, por si había un descarrilamiento y no tenía tiempo de vestirse. Hizo algunas acrobacias para ponerse la camisa; tiró hacia arriba de los pantalones, doblándose para llevarlos a la altura deseada, pero metió los dos pies en una de las perneras y quedó atrapado de tal modo, que todas sus contorsiones resultaban inútiles. Esto le preocupó, porque era como si se hallase sujeto con una camisa de fuerza en su litera, sin espacio para moverse, con el riesgo de romperse los pantalones o tener que llamar al literista, cosa que le espantaba. Gruñendo, se retorció

a un lado y a otro, hasta que al fin pudo tirar del dobladillo del pantalón, soltar, con un jadeo, uno de los pies y dejar el otro en su lugar correspondiente. Después se sentó, se abrochó las ligas de los calcetines, se anudó los cordones de los zapatos, se puso una corbata e incluso pudo embutirse en la chaqueta de su traje, de modo que, cuando descorrió las cortinillas, estaba vestido de pies a cabeza.

Poniéndose a gatas, miró debajo de la litera para asegurarse de que su estuche de fagot seguía allí. En efecto, seguía; lo abrió y lo volvió a cerrar rápidamente, porque Eddie, el literista, entró en aquel momento.

—Buenos días, maestro, ¿qué vamos a tocar hoy?

—No es un instrumento musical —replicó Roy, añadiendo que era algo que había hecho él mismo.

—¿Animal, vegetal o mineral?

—Sólo una cosa práctica.

—¿Un zanco con muelle para brincar?

—No.

—¿Un arpón infalible?

—No.

—Deje que lo adivine —prosiguió Eddie tapándose los ojos con una mano, mientras agitaba la otra en el aire—. Ya lo tengo: una combinación de caña de pescar, fusil y pala.

Roy se echó a reír.

—¿Cuánto falta para Chicago, Eddie?

—¿Para Chi? ¡Oh, todavía mucho! Yo no iría andando.

—No pretendo hacerlo.

—¿Por qué Chi? —preguntó Eddie—. ¿Por qué no Nueva Orleáns? Es una deliciosa ciudad a la francesa.

—No he estado nunca allí.

—¿O aquella otra ciudad cálida y montañosa, San Francisco?

Roy sacudió la cabeza.

—¿Por qué no Nueva York, el coloso de los colosos?

—Algún día la visitaré.

—¿Qué sitios ha visitado?

Roy pareció confuso.

—Boise.

—Una polvorienta cantera de piedra arenisca.

—También estuve en Portland cuando era pequeño.

—¿De Maine?

—No, de Oregon; donde celebran el Festival de las Rosas.

—Oregon..., ¿adónde van los refugiados de Minnesota y los dakotas?

—No lo sé —respondió Roy—. Yo voy a Chicago, donde están los Cachorros.

—¿Cachorros de leones y tigres, en el zoo?

—No, los jugadores de béisbol.

—¡Oh, el béisbol...! —Eddie se llevó una mano a la boca—. ¿Es usted uno de ellos?

—Espero serlo.

El literista hizo una reverencia.

—Un héroe. Permita que le bese la mano.

Roy no pudo dejar de sonreír, aunque el literista le aburría y fastidiaba un poco. Se había olvidado de preguntar a Sam cuándo tenía que darle la propina, si por la mañana o por la noche, y en qué cantidad. Había resuelto, ya que andaban tan mal de fondos, no pedir nada en absoluto; pero la noche pasada, Eddie se había empeñado en ponerle una almohada detrás de la espalda, y cuando trataba de encontrar el lavabo de caballeros, Eddie le tomó prácticamente de la mano y le condujo allí. ¿Hubiese debido darle diez centavos o murmurar tontamente unas palabras de agradecimiento, tal como había hecho? Personalmente se alegraría de que terminase el viaje, aunque aborrecía la idea de quedarse solo en un lugar como Chicago. Sin Sam, se sentiría inseguro e incapaz de decir o hacer las cosas más sencillas, como pedir una dirección o saber hacia dónde tenía que ir después de sacar el billete del Metro.

Tras un laborioso afeitado, durante el cual se hizo sangre dos veces, empleó una fina toalla para secarse las manos, la cara y el cuello, limpiar la navaja y enjugar el cepillo de dientes para no tener que pedir otro y aumentar así la nota de gastos. A juzgar por el brillo del cielo, al otro lado de la ventanilla, debían de ser alrededor de las cinco y media, pero no podía estar seguro de ello, porque ya no se regían por el horario de la Montaña y habrían perdido —no, recuperado—, sí, perdido una hora, y estaban en el día que Sam llamaba de veintitrés horas. Guardó la navaja, el cepillo de dientes y el peine en una bolsita de gamuza que se cerraba con un cordón, la dobló y se la metió en el bolsillo de la chaqueta para tenerla a mano. Recorrió el largo pasillo del coche cama, entró en el vagón restaurante y, de buen grado, se habría sentado a desayunarse, pues su estómago se había contraído al percibir el olor a comida; pero los camareros, en mangas de camisa y gorro de punto, estaban tonteando por allí, mientras comían arenques ahumados y patatas. Roy cruzó luego rápidamente el coche salón de grandes ventanas, a la sazón vacío; varios coches cama, vagones, un coche de descanso y otra larga hilera de vagones, hasta que llegó al último de ellos, donde, en la penumbra de las cortinillas corridas y entre gente que dormía en todas las posiciones, estaba Sam Simpson, también durmiendo, aunque Roy le había suplicado la noche pasada que ocupase la litera; pero Sam había insistido, con sus suaves modales: «Acuéstate tú en la cama, muchacho; eres tú quien debe demostrar que está en forma cuando lleguemos a la ciudad. Yo puedo dormir en cualquier parte.»

Sam yacía inmóvil sobre la espalda, y se habría dicho que había exhalado el último suspiro de no haber sido por sus audibles ronquidos, los cuales, según había descubierto Roy, podían acallarse sin despertarle, con sólo un ligero siseo. Apoyaba la enjuta cabeza en una almohada doblada, y sus flacas piernas, con los pies

descalzos, pendían flácidas sobre el brazo del doble asiento que había conseguido ocupar, pues el de su lado estaba libre cuando había empezado el viaje. Era un experto en lo tocante a comodidad, y, como ésta dependía principalmente del frasco lleno que siempre llevaba consigo, su habilidad para levantarlo era más que sorprendente. Con frecuencia decía que nunca se moriría de sed, pero siempre añadía, en presencia de Roy, que no deseaba a nadie la muerte del borracho. Ahora parecía estar soñando, y se habría dicho que su afilada nariz perseguía un aroma quizá revelador de la perfumada presencia de Doña Fortuna, que hacía mucho tiempo le había abandonado. Fruncidos los secos labios, sonreía como esperando un beso espectacular, aunque, más que un galán, parecía un viejo espantapájaros, con su cómica cara llena de costurones y cubierta de incipientes peídos erizados a la débil luz de la mortecina lámpara del techo. Pasó un revisor, el cual, al ver que Sam olfateaba en sueños, simuló pensar que lo hacía a causa de su propio mal olor y se tapó burlonamente la nariz. Roy frunció el ceño, pero Sam, que poco antes se había debatido contra el destino, lo vio en su sueño y cambió de expresión. Una lágrima brotó de uno de sus ojos y rodó lentamente por su mejilla. Roy decidió no despertarle y se marchó.

Volvió al vacío coche salón, se sentó y se puso una revista sobre las rodillas; y se preguntaba si su viaje no habría sido un error, cuando un Eddie de turbada expresión entró en el vagón y le tendió un par de dados rojos.

—Iguálelos —dijo—. No puedo dar crédito a mis ojos.

Roy apareó los dados.

—Ya están igualados.

—Ahora tírelos.

Roy los hizo rodar delante de su zapato.

—Ojos de serpiente.

—Pruebe otra vez —dijo, interesado, Eddie.

Roy arrojó los dados rojos.

—Otra vez ojos de serpiente.

—Sorprendente. Otra vez, por favor.

Arrojó de nuevo los dados sobre la alfombra. Roy lanzó un silbido.

—¡Qué barbaridad! Tres veces seguidas.

—Fantástico.

—¿Hacen lo mismo cuando juega usted?

—No; yo sólo saco sietes.

—¿Están cargados?

—Están embrujados —murmuró Eddie—. Los encontré en el lavabo y voy a librarme de ellos cuanto antes.

—¿Por qué, si puede ganar todas las veces?

—No quiero ayudas extrañas en los juegos de azar.

E] tren había empezado a perder velocidad.

—¡Oh, oh! El deber me llama —exclamó Eddie, y salió corriendo.

Observando a través del cristal de doble hoja, Roy vio que el literista saltaba del tren y corría unos pasos al lado de éste hasta que se detuvo el convoy. La mañana lucía ya en todo su esplendor, pero en la desolada estación —de dondequiera que fuese— sólo esperaba una joven vestida elegantemente de negro y que, pese al frescor de la mañana, llevaba un abrigo doblado sobre el brazo; a sus pies había dos maletas y una bolsa de golf. Llevaba la cabeza descubierta, mostrando unos cabellos negros y rizados, y sostenía, por medio de un cordón, una negra y brillante sombrerera, que no permitió a Eddie tocar cuando recogió sus cosas. Su cara era llamativa, algo enjuta y pálida, y, cuando la joven subió al tren, sus piernas, enfundadas en medias de nilón, hicieron que se acelerase el pulso de Roy. Cuando ya no pudo verla, observó que Eddie dejaba las maletas en el suelo, se sacaba los dados rojos del bolsillo, escupía en ellos y los arrojaba sobre el tejado de la estación. Luego cogió rápidamente el equipaje y saltó al tren, que ya se había puesto en marcha.

La muchacha entró en el coche salón e indicó a Eddie que llevase las maletas a su compartimiento, pues quería quedarse un rato a fumar un cigarrillo. El literista se ofreció de nuevo a llevarle la sombrerera, pero ella rió nerviosamente y rehusó.

—Nunca he perdido un sombrero femenino —murmuró Eddie.

—Gracias, pero lo llevaré yo misma.

Él se encogió de hombros y salió.

A la muchacha se le había caído una flor. Roy pensó que era una gardenia, pero resultó ser una rosa blanca que había llevado prendida en el vestido.

Cuando él la recogió y se la dio, los ojos de ella se abrieron asombrados como si le hubiese reconocido de alguna parte; pero cuando descubrió que no era así, su expresión, para disgusto de Roy, se trocó inmediatamente en una mueca de fastidio. Sentándose al otro lado del pasillo, sacó del bolso un paquete de cigarrillos y un encendedor. Encendió uno y, entrecruzando sus impresionantes piernas, empezó a hojear un ejemplar de *Life*.

Él calculó que tendría su misma edad, tal vez un año más. Le pareció una de esas estudiantes de colegio de alta categoría, aunque con más energía que la mayoría de ellas, y observó que ninguna muchacha de su tierra iría vestida así a las seis de la mañana. Había despertado en él un enorme interés, tanto le había impresionado la primera mirada que *ella* le había dirigido, y sentía ya crecer en él un gran afán. Ansioso de trabar conocimiento con ella, no sabía cómo empezar. Si ella no se había desayunado aún y él podía hacer acopio de valor, podría hablarle en el coche restaurante...; pero sabía que no se atrevería a hacerlo.

Ahora se habían sentado otras personas a su alrededor, y apareció el camarero para anunciar el primer turno del desayuno.

Ella aplastó el cigarrillo, haciendo girar la muñeca y tintinear sus brazaletes, levantó la sombrerera y se dirigió al vagón restaurante. La ajada rosa blanca había quedado en el cenicero. Él la tomó y se la metió rápidamente en el bolsillo del

pantalón. Aunque tenía un hambre atroz, dio tiempo a que sirviesen a los demás antes de entrar en el comedor.

Había procurado evitarlo, por miedo a que ella advirtiese su inseguridad en situaciones como la actual, pero le colocaron en la misma mesa de ella y de la sombrerera, que ocupaba ahora un asiento por derecho propio. La joven le dirigió una mirada furtiva al sentarse él, pero en seguida volvió a su café sin decir palabra. Cuando el camarero ofreció el bloc a Roy, éste escribió distraídamente en él su nombre y su fecha de nacimiento, pero el camarero le dio un codazo imperceptible (¡jojo, patán!), para indicarle que era para recibir su encargo. Señaló el menú con un lápiz amarillo —era el desayuno que le correspondía—, pero el sofocado jugador de béisbol lo veía todo borroso y sólo podía pensar que estaba sentado sobre el único dólar que llevaba en el bolsillo de atrás. Trató de dominar su impulso, pero algo le obligó a mirar a la joven mientras intentaba verter agua en su vaso con hielo (esto matará la fiebre) y derramaba parte de ella sobre el mantel (¿qué pañales estás mojando, chico?). Después, con los dedos untados de mantequilla, dejó la jarra, sacó cincuenta centavos de su pantalón y, tras garrapatear la estadística vital en el bloc, puso la moneda sobre la mesa.

—Esto es para usted —dijo (¿qué habré hecho yo para merecer esto?) al camarero, y, aunque la sirena de ojos plateados estaba a punto de hablar, no se detuvo a escucharla, sino que salió velozmente del maldito vagón.

Rondando carreteras y caminos; recorriendo en su búsqueda toda clase de solares desocupados donde jugaban los muchachos, sin encontrar siquiera un jugador de quinta categoría sobre el cual poder telefonear al jefe técnico de los Cachorros y recibir acaso un giro de cien pavos en prueba de su aprecio, con unas palabras de felicitación por su buen olfato, y quizá con la esperanza de volver a figurar en nómina como buscador de talentos..., bueno, tras un largo y desalentador período en el que no había podido descubrir un solo ejemplar a quien se pudiese dar el nombre de jugador de béisbol, Sam se extravió un día en un polvoriento camino vecinal y cuando, al fin, pudo averiguar dónde se hallaba, demasiado cansado para volver atrás, se dirigió a un viejo y seco henil y se sentó, apoyando la espalda en el pajar que se alzaba delante de aquél, para ahogar sus penas con un trago. Cuando estaba a punto de dormirse, oyó gritos y abrió los ojos, resguardándolos con la mano del ardiente sol, y por su vida que se estaba jugando un partido de béisbol en un pastizal, entre doce jugadores barbirrubios, seis por bando; y desde el sitio en que se hallaba sentado, Sam pudo comprobar que le pegaban a la pelota de un modo terrorífico, hasta el punto de que una de ellas fue a parar tan lejos, que el *fielder* tuvo que recorrer una milla para poder saltar y agarrarla con su mano desnuda. Sam se quedó boquiabierto, se levantó pasmado y observó, sin dar crédito a sus ojos, cómo cambiaban de campo los dos equipos y el primer bateador golpeaba la pelota de tal manera que ésta recorrió una gran distancia hasta ser atrapada; y lo propio ocurrió

con el segundo, que no acertó en el golpe; pero entonces se presentó el tercero, el que antes había agarrado la pelota con la mano desnuda, e impulsó la bola con tal fuerza, que el que la perseguía, con la barba partida en dos por el viento, pareció pronto un pigmeo y dejó de correr, al ver que la cosa era sólo un punto en el horizonte.

Sudando y temblando alternativamente, Sam murmuró: «Si pudiese hacerme con los doce...», y entró, tambaleándose, en el campo, para darles la buena noticia; pero en cuanto le vieron, recogieron los bates y las pelotas y echaron a correr en doce direcciones, y aunque Sam fue lo bastante listo para perseguir al muchacho que había lanzado la pelota hasta el horizonte, gritándole frenéticamente: «¡Eh... eh!», estallándole los pulmones a causa del esfuerzo para llamar a aquel gigante, éste no quiso detenerse y Sam no pudo alcanzarle.

Se despertó cuando subía un sollozo a su garganta, pero lo ahogó antes de emitirlo, pues entonces pensó en Roy y murmuró: «Tengo alguien que es tan bueno como él», y, por una vez, consideró que era mejor estar despierto que soñando.

Bostezó. Tenía la boca terriblemente seca y le molestaba la ropa interior. Bajó de la rejilla la raída maleta, sacó una toalla de baño usada y una pastilla blanca de jabón y, para sorpresa de quienes le vieron salir de aquella manera, atravesó los vagones de equipajes hasta el coche situado entre éstos y el ténder. Una vez allí, se desnudó y se metió en la ducha, donde disfrutó durante diez minutos, enjabonándose una y otra vez el huesudo cuerpo bajo el agua caliente. Pero entonces pasó por allí un empleado del tren que, tras ver la ropa de Sam, le gritó:

—¡Eh, amigo, salga de ahí!

Sam paró la ducha y asomó la cabeza.

—¿Qué pasa?

—He dicho que salga de ahí; esto es sólo para el personal del tren.

—Discúlpeme —replicó Sam, y empezó a secarse rápidamente.

—Tranquilo. Sólo quería que supiese que se había equivocado.

—Creía que iba con el billete.

—No con el billete ordinario.

Sam se sentó en un taburete de metal y se ató los cordones de sus altas botas castañas. Señalando el rajado espejo de la pared, preguntó:

—¿Puedo usar su espejo?

—Hágalo.

Se peinó los cabellos color arena, alisándoselos detrás de las orejas, e incluso se afeitó y se acepilló los amarillos dientes, antes de disculparse de nuevo con el empleado del tren y de marcharse.

Cruzó unos cuantos vagones para llegar al de descanso, pidió una taza de café caliente y un bocadillo, los tomó rápidamente y se dirigió al coche salón. Oficialmente, éste estaba fuera del alcance de los viajeros con billete ordinario, pero Sam había dicho la noche pasada al revisor que tenía un sobrino que viajaba en coche cama, y el revisor lo había dicho al jefe de tren para que no le pusiese inconveniente.

Cuando entró en el coche salón, tras asegurarse de que Roy no estaba allí, Sam se dirigió al bar, sintiéndose atraído por el líquido, ya que el tren cruzaba un territorio húmedo; pero entonces cambió de idea y se sentó para observar a los reunidos por encima del borde del periódico y localizar a alguien que pareciese particularmente sociable. Su atención fue captada al mismo tiempo por los titulares del diario y por el hombre bajo y de ojos saltones que se sentaba a su lado, el cual estaba interrogando afanosamente a un tipo rudo y de anchos hombros que se hallaba a su derecha y llevaba gafas de sol. *Ojos saltones* dio un codazo al grandullón y los tres contemplaron el periódico de Sam.

ASESINATO DE UN ATLETA OLÍMPICO DE LA COSTA OCCIDENTAL

24 HORAS DESPUÉS DE SER ASESINADO
EL AS DEL RUGBY NORTEAMERICANO

El artículo refería que ambos hombres habían sido asesinados, en misteriosas circunstancias, con balas de plata disparadas por una pistola del calibre 22 por una mujer desconocida a la que estaba buscando la Policía.

—Con éste van dos.

—Pero ¿por qué con balas de plata, Max?

—Que me aspen si lo sé. Tal vez salió a la caza de un fantasma, pero no pudo encontrarlo.

El otro se manoseó el nudo de su corbata.

—¿Por qué supones que elige a los atletas?

—No sólo a los atletas, sino a la flor y nata de ellos. Se cargó a una primera figura del rugby, y ahora elimina a un corredor olímpico. Será mejor que te andes con cuidado, *Catapulta*, pues podría escoger a un jugador de béisbol como tercera víctima —comentó Max, riendo entre dientes.

Sam alzó la mirada y casi se levantó de un salto de su asiento al reconocer a los dos hombres.

Disimulando su vacilación, tocó al bajito en un brazo:

—Discúlpeme, señor, pero ¿no es usted Max Mercy, el cronista deportivo? Conozco su cara por la foto que aparece en los artículos que escribe.

Pero el cronista deportivo, que tenía un cómico bigote, vestía prendas a rayas que se cruzaban en tres direcciones —en el traje, en la camisa y en la corbata— y era un hombre nervioso de ojos voraces, tenía también un aguzado sentido del olfato y, pese a la ducha y la pasta dentífrica de Sam, percibió una fragancia alcohólica que frenó su acostumbrada rapidez en responder al reconocimiento de su fama.

—Ha acertado —replicó, al fin.

—Bueno, celebro tener ocasión de decirle unas palabras. Usted es quizá de una época algo posterior a la mía, pero yo soy Sam Simpson, es decir. Bub Simpson, que jugó con los St. Louis Browns en las temporadas de 1919 a 1921.

Sam lo dijo sonriendo, aunque interiormente le asustaba mencionar su carrera de profesional del béisbol.

—Creo que el nombre me suena —comentó nerviosamente Mercy. Después de un momento señaló con la cabeza al hombre a quien Sam había reconocido ya como primer bateador de la Liga Americana, tres veces ganador del premio al Jugador Más Distinguido, y anunció—: Éste es Walter (*Catapulta*) Wambold.

Los periódicos habían dicho que tenía un contrato de 75000 dólares y que venía al Este para sacárselos a su patrono.

—Hola —saludó Sam—. Parece usted muy diferente en traje de calle.

Catapulta, cuyos cabellos amarillos y planchados hacían juego con la corbata y los calcetines, lanzó un gruñido.

A Sam se le pusieron rojas las orejas. Rió, confuso, y explicó a Mercy que viajaba con un arrojado y joven *pitcher*, que pronto dejaría a todos pequeños en las grandes competiciones.

—Me he dirigido a usted porque he pensado que podía interesarle saber algo de él.

—¿Cómo se llama?

—Roy Hobbs.

—¿Dónde juega?

—Bueno, en realidad no ha estado en el béisbol organizado.

—¿Dónde aprendió a batear?

—Su padre le enseñó hace años; había sido un semiprofesional. Después yo he perfeccionado su estilo.

—¿Dónde ha bateado?

—Bueno, ya le he dicho que es joven; pero hizo estragos en la Liga Estudiantil del Noroeste el año pasado. Pensé que quizás había usted oído hablar de sus ocho *no-hitters*.

—Yo no llego más abajo de la categoría D —contestó, riendo, Mercy.

Encendió uno de los cigarros que, según había observado Sam, llevaba en el bolsillo superior de la chaqueta.

—Ahora le llevo personalmente a Clarence Mulligan, de los Cachorros, para una prueba. Probablemente me pagarán unos cuantos miles por descubrir al futuro *pitcher* del siglo, pero con la condición (y Roy me apoya en esto porque me quiere más que a un padre) de que vuelva a un trabajo fijo de buscar talentos, como hacía en 1925.

Roy asomó la cabeza en el vagón y miró a su alrededor, buscando a la chica de la sombrerera (Miss Harriet Bird, le había dicho desinteresadamente Eddie, imitando con los brazos los movimientos de unas alas) y, al verla sentada cerca de las mesas de juego, hojeando inquieta una revista, se echó atrás.

—Es ése —indicó Sam—. Voy a buscarle.

Se levantó y salió corriendo detrás de Roy.

—¿Quién es esa cotorra? —preguntó *Catapulta*.

—Un tipo llamado Simpson que antaño jugó con los Brownies. Es curioso que la noche pasada, al escribir un artículo para el domingo sobre los alcohólicos del béisbol, tuviera ocasión de echar un vistazo a su historial. Estuvo tres años jugando, y bateó .340, .260 y .198; pero como *catcher* era formidable: no cometió un solo error.

—Líbrate de él, charla demasiado.

—Cállate, ahí viene.

Sam volvió llevando a remolque a Roy, que miraba nervioso frente a él.

—Max —dijo Sam—, le presento a Roy Hobbs, de quien le estaba hablando. Muchacho, saluda a Max Mercy, el cronista deportivo.

—Hola —dijo Roy haciendo una reverencia.

—Éste es *Catapulta* —lo presentó Max.

Roy tendió la mano, pero *Catapulta* miró más allá de él, con semblante inexpresivo. Roy advirtió que tenía fija la mirada en Harriet, e inmediatamente sintió por él una fuerte antipatía.

Catapulta se levantó.

—Vamos, Max; quiero jugar a las cartas.

Max se levantó.

—Bueno, no te alejes del depósito del agua, Bub —dijo a Sam.

Sam enrojeció.

Roy dirigió una mirada asesina al cronista deportivo.

—Mantente firme en tus *no-hitters*, muchacho —rió Max.

Roy no respondió. Se sentó en el sillón de *Catapulta*, y Sam, rumiando, permaneció donde estaba.

—¿A qué jugamos? —oyeron preguntar a Mercy mientras barajaba los naipes.

Se habían reunido con dos hombres en una de las mesas de juego.

Catapulta, de quien pensaba Sam que parecía un buey con gabardina, dijo:

—Corazones —y miró a Harriet, hasta que ésta levantó la cabeza de la revista y, tras un momento de duda, sonrió.

Catapulta se arregló el nudo de la corbata. Al recoger las cartas, el brillante de su anillo resplandeció a la luz del sol.

«¡Maldito millonario!», pensó Sam.

«¡Al diablo con ella!», pensó Roy.

—Rummy^[1] —dijo Max, y, aunque nadie se había dirigido a él, Sam miró en seguida a su alrededor.

Avanzada la tarde, *Catapulta*, que no paraba de hablar de sus hazañas en el campo de juego, empezó a intimar con Harriet Bird y, al poco rato, deslizó los gruesos dedos sobre el respaldo de su sillón; en vista de ello, Roy abandonó el coche salón y se sentó en su compartimiento del coche cama, mirando por la ventanilla, mientras Eddie dormía sentado, en el pasillo. ¡Caray, qué enorme era el bosque! Creía

que ayer habían salido para siempre de él, pero todavía estaba allí. Mientras observaba, los árboles, los montes y las nubes discurrían en tropel. Sintió una especie de tristeza, porque había perdido la sensación de un lugar particular. Ayer había venido de alguna parte, de un lugar que sabía que estaba allí, pero hoy se había desvanecido éste en el espacio —cuyas dimensiones no podía adivinar— y tenía la impresión de que nunca volvería a verlo.

El bosque permanecía con ellos, trepando a los montes como un ejército y bajando de nuevo como una cascada. Al acercarse el tren a él, los árboles se nivelaban, y podía ver en la espesura el único lugar con el que había intimado de veras en sus vagabundeos, un mundo verde con rayos de fantástica luz y extraños gritos de pájaros, apagados en un silencio que hacía tan completa aquella intimidad, que su ser interior no se avergonzaba de todo lo que podía pensar allí, y templaba el estremecedor latido de sus ambiciones. Entonces pensó en el lugar y el momento actuales y se preguntó por enésima vez por qué y para qué habían venido tan lejos. ¿Sabía realmente Sam lo que se hacía? A veces, Roy tenía sus dudas. En ocasiones sentía ganas de dar media vuelta y volver a casa, donde al menos podía predecir el tiempo que haría mañana. Recordando la rosa blanca que guardaba en el bolsillo del pantalón, decidió tirarla. Pero entonces los pinos se alejaron del tren y, poco a poco, se ocultaron detrás de los montes azules; repentinamente apareció a lo lejos una montaña de oro batido, coronada de nieve, y en la llanura, a varias millas del pie de aquélla, había una pequeña ciudad que resplandecía bajo los rayos del sol poniente. Al acercarse a ella, el tren enlenteció su marcha y se detuvo al fin.

Eddie se despertó sobresaltado y miró por la ventanilla.

—¡Oh, oh! Algo pasa. Nunca nos paramos aquí.

Miró de nuevo y llamó a Roy.

—¿Qué le parece eso?

A unos cien metros delante de ellos, donde se cruzaban dos caminos de tierra, se veía aparcado un desvencijado «Ford» modelo T en la orilla del camino que venía de la población, y un viejo gordo, con sombrero de ala ancha y botas de *cowboy*, y que, según pudieron ver, llevaba un abultado maletín de médico, se apeó de él. Mostró un telegrama amarillo al conductor, que había saltado impaciente del tren con una linterna roja encendida. Discutieron un minuto y, después, el maquinista abrió su reloj de bolsillo, hizo una seña al hombre para que le siguiese, y ambos subieron al tren. Cuando pasaron por el vagón de Eddie, la cara del maquinista estaba roja de irritación, pero el médico seguía impertérrito. Antes de desaparecer detrás de la puerta, el conductor gritó a Eddie:

—Media hora.

—¡Media hora! —voceó Eddie, y sacó el taburete y lo colocó fuera del coche para que los que quisiesen estirar las piernas pudiesen hacerlo.

Sólo una docena de viajeros bajaron del tren; entre ellos, Harriet Bird —sin soltar su preciosa sombrerera—, *Catapulta* y Max Mercy, sombríos todos ellos como

ladrones. Roy agarró su estuche de fagot, por si el tren decidiese marcharse sin él, y, cuando hubo localizado a Sam, se aparearon ambos.

—Bueno, que me aspen —dijo Sam, señalando a una manzana de distancia del sitio donde se había detenido la locomotora.

Allí, en las afueras de la ciudad, habían montado una feria. Había casetas de tiro al blanco, caballitos, una exhibición de fenómenos y una gigantesca rueda Ferris que parecía un reloj parado. Aunque aún era de día, la feria estaba iluminada por fulgurantes bombillas en cuerdas entrelazadas, y muchas banderolas ondeaban al soplo de la brisa, mientras sonaba la música de un organillo.

—Vamos —dijo Roy, y se sumaron a los pasajeros que se dirigían a las casetas.

Después de rondar un rato por allí, Sam se detuvo para tomar un refresco de coco, al que añadió disimuladamente un chorrito de una nueva botella, mientras Roy se acercaba a una caseta donde se podían arrojar tres pelotas de béisbol, por diez centavos, contra tres bolos de madera en forma de botellas de leche de un cuartillo, colocadas en pirámide, una sobre dos, en unas pequeñas plataformas elevadas, a seis metros del mostrador. Cambió la moneda de cincuenta centavos que le había dado Sam al bajar del tren, y la linda muchacha de amarillo, un poco entrada en carnes pero de cara dulce y lindos modales, y que con su menudo padre cuidaba del negocio, le entregó tres pelotas. Roy lanzó una de ellas, derribó fácilmente la pirámide y ganó una muñequita desnuda, con moñito. Le gustó el juego, pagó otros diez centavos y de nuevo derribó los bolos de un solo disparo, ganando ahora un despertador. Con las otras tres piezas de diez centavos ganó una pelota de béisbol nueva, una tablilla de lavar y una olla pequeña, que cambió por una armónica de quince centímetros. Unos cuantos muchachos se acercaron a mirar, y Sam, que pasaba por allí, cambió amablemente otro medio dólar en piezas de diez centavos para Roy. Y Roy ganó una bonita petaca de cuero para Sam, una bandera con el letrero de «Dios bendiga a América», una linterna, un bote de café y una caja de caramelos de ochocientos gramos. Para satisfacción de los chicos, Sam, tras vacilar ligeramente, arrojó a Roy otro medio dólar, pero esta vez el hombrecillo tras el mostrador dio un codazo a su hija y ésta preguntó a Roy si no aceptaría un beso por cada tres bolos que derribase.

Roy miró sus senos, y ella se ruborizó. Él se sintió también confuso.

—¿Qué dices tú, Sam, ya que son tuyas las monedas?

Sam hizo una reverencia a la muchacha.

—Señora —dijo—, ya ve usted lo tonta que puede ser la juventud.

La muchacha se echó a reír, y Roy empezó a lanzar pelotas por besos, derribando cada pirámide en uno o dos tiros, mientras la chica contaba en voz alta los besos que le debía.

Algunos pasajeros del tren pasaron por allí y se quedaron a observar al enterarse, por los burlones muchachos, de los premios a los que aspiraba Roy.

La muchacha, fingiendo indiferencia, contó el tercero y el cuarto besos.

Mientras Roy manoseaba la pelota para el último lanzamiento, llegó *Catapulta*

llevando en el hombro un bate Louisville que había ganado en la caseta de voleo situada más abajo. Harriet, con su lindo semblante enrojecido, llevaba una muñeca, y Max Mercy, una caja de cigarros. *Catapulta* se había quitado las gafas de sol y se jactaba de su actuación y de los premios que había ganado.

Roy levantó el brazo para lanzar la pelota y ganar el quinto beso, cuando *Catapulta* le llamó y dijo a voces:

—Lánzala aquí, paleta, y enviaré la pelota a la Luna.

Roy lanzó para el último beso y falló. Erró también con la segunda y la tercera pelotas. Los mirones abuchearon desilusionados.

—Sólo cuatro —dijo la muchacha de amarillo, como si lamentase perderse el quinto.

Irritado por lo sucedido, Sam gritó roncamente:

—Apuesto diez dólares a que puede eliminarte en tres lanzamientos, Wambold.

Catapulta miró a Sam desdeñosamente.

—¿Qué dices tú, Max? —preguntó.

Mercy se encogió de hombros.

—¡Oh, me chiflan las pruebas de habilidad! —exclamó excitadamente Harriet.

Roy palideció.

—¿Qué te pasa, novato? ¿Tienes miedo? —le pinchó *Catapulta*.

—No de ti —dijo Roy.

—Vayamos al otro lado de la vía, donde nadie pueda resultar lesionado —sugirió Mercy.

—Nadie, salvo el patán y su bazooka. ¿Qué llevas ahí?

—Eso no te importa —contestó Roy, levantando su estuche.

Los mirones cruzaron también la vía en tropel; los chiquillos formaron un círculo para ver mejor el espectáculo, y el maquinista y el fogonero se asomaron a la ventanilla para observar.

Sam se dirigió a un chiquillo que vivía cerca de allí y lo envió a su casa en busca de un guante de *fielder* y otro de *catcher*. Mientras esperaban, y a modo de protección, se sujetó debajo de la chaqueta la tablilla de lavar que había ganado Roy. Max colocó un estuche de bateador al lado de un trozo de pizarra. Dijo que gritaría los lanzamientos y que sólo contaría como uno de los tres *pitches* si pasaban o si *Catapulta* bateaba y fallaba.

Cuando volvió el muchacho con los guantes, el sol se estaba poniendo y, aunque el cielo resplandecía hasta el pico nevado de la montaña, allí abajo hacía frío.

Sam rompió el precinto, apretó el bote y la pelota de béisbol salió de él como un huevo untado. La arrojó a Mercy, el cual inspeccionó el cuero y los puntos y después la frotó para quitarle el brillo y la lanzó a Roy.

—Será mejor que lances un par de veces para calentarte.

—Mi brazo está bien —dijo Roy.

—Será tu entierro.

Dejando su estuche de fagot en la hierba, Roy se quitó la chaqueta. Uno de los muchachos se acercó para guardársela.

—Ten cuidado de que no se caigan las cosas de los bolsillos —le recomendó Roy.

—No lo tomaré si ganamos, muchacho, pero mantendré la apuesta si perdemos —replicó Sam, algo aturrullado.

—Hemos apretado demasiado.

—Deja, las cosas como están.

Aconsejó a Roy que lanzase hacia dentro, pues *Catapulta* tenía fama de batear mejor por el lado exterior.

Sam volvió a la tabla y se encogió detrás del bateador separadas las rodillas a causa de la tablilla de lavar. Roy se puso el guante y la pelota en la palma de la mano. Mercy, frotándose las manos para calentarlas, se colocó a unos dos metros detrás de Sam.

Los mirones se retiraron al otro lado de la vía, salvo Harriet, que se quedó allí, sin miedo a recibir un pelotazo. Sus ojos brillaban al observar a los dos hombres enfrentados.

Mercy grito:

—¡Preparados!

Catapulta se colocó en el lado izquierdo de la tabla, con el pesado bate junto al cuello, apretadas las manos y separadas las piernas. No se había tomado el trabajo de quitarse la chaqueta. Al mirar a Roy, hubiérase dicho que observaba a un mozo zurdo. «Lanza, Rube, si lo piensas será peor.»

Aunque estaba a unos dieciocho metros de distancia, a Roy le parecía gigantesco, enarbolando el palo sobre el hombro como habría sostenido el hacha un hombre de las cavernas. Su imponente cuerpo estaba inmóvil, y su semblante permanecía impasible, serio, amenazador.

El corazón de Roy se saltó un latido. Se volvió a mirar la montaña.

Sam golpeó el cuero con el puño.

—Vamos, chico, dale fuerte a ese fantoche.

Catapulta torció la boca y dijo al borrachín que cerrase el pico.

—Clávasela en el ombligo.

—Calla la boca —dijo Mercy.

—Córtale el cuello con ella.

—Si trata de darme, por Dios que le aplastaré el cráneo —amenazó *Catapulta*.

Roy se estiró flojamente, se balanceó hacia atrás sobre la pierna izquierda, haciendo girar la derecha un poco a la manera de un bailarín y, después, dio un paso adelante y lanzó con tanta fuerza, que sus nudillos estuvieron a punto de rozar el suelo a causa del impulso.

A sus treinta y tres años, *Catapulta* gozaba aún de una vista excepcional. Vio cómo la pelota salía rodando de los dedos de Roy y le recordó un pichón blanco que había tenido cuando era un muchacho y al que hacía volar lanzándolo al aire. La

pelota voló hacia él, y *Catapulta* creyó ver su forma de pájaro y sus blancas y oscilantes alas, hasta que, de pronto, la perdió de vista. Oyó a sus pies un ruido como el chasquido de un petardo, y Sam sujetó la pelota con el guante. Incapaz de dar crédito a sus oídos, oyó que Mercy cantaba de mala gana un *strike*.

Sam se quitó el guante y se frotó la mano.

—¿Te he hecho daño, Sam? —gritó Roy.

—No; es este maldito guante.

Aunque no lo demostró, el lanzamiento había preocupado sumamente a *Catapulta*. No sólo por la velocidad de la pelota, sino también por la sensación de sorpresa y de extrañeza que todo aquello le producía: él, bateando junto a la vía del ferrocarril, el loco ambiente de feria, el *catcher* borracho y el *pitcher* payaso, y aquella extraña dama Harriet, que cinco minutos antes le había dado palmadas en la espalda por su habilidad en la caseta y que ahora le miraba fríamente por haber fallado un golpe.

Advirtió que Max se había colocado más atrás.

—¿Cómo diablos esperas cantarlas ahí?

—Me parece que está loco —dijo Max, acercándose.

—Te están temblando las rodillas —rió Sam.

—Preocúpate de tus cosas, nariz de tomate —dijo Max.

—Cuidado con lo que dice, señor —gritó Roy a Mercy.

—¡Lanza de una vez, novato! —rugió *Catapulta*.

Sam se agachó después de ponerse el guante.

—Hazlo otra vez, Roy. Dale algo parecido.

—Hazlo otra vez —lo imitó *Catapulta*.

Volviéndose a los mirones y tal vez a Harriet, levantó jactanciosamente un dedo, dando a entender que la cosa no había terminado.

Roy respiró hondo, se echó atrás y lanzó.

La pelota le pareció al bateador un planeta que girase lentamente en dirección a la tierra. Durante un largo año-luz, esperó que aquel globo entrase en la órbita de su bate para hacerlo trizas de un golpe, de modo que fuese a parar, entre polvo y hojas muertas, a algún cosmos lejano. Al fin, aquel ojo ciego, quizá bola de cristal de una adivina —en todo caso, una curiosa combinación de círculos—, se puso al alcance de su arma, o al menos así lo creyó, pues se lanzó furiosamente contra aquel objeto, girando sobre sí mismo como una peonza. Cayó de rodillas, y la bola flotó sobre su cabeza y fue a dar, con un chasquido, en la caverna del guante de Sam.

—¡Eh, Max! —gritó Sam, persiguiendo la pelota que se había escapado de su mano—. ¿Cómo se escribe *Catapulta*, con C o con K?

—*Strike!* —gritó Mercy, mucho después de que cesaran las aclamaciones (¿o eran abucheos?) de la multitud.

—¿Qué es lo que lanza? —aulló *Catapulta*—. ¿Escupitajos?

—Al culo de un cerdo —replicó Sam, arrojándole la pelota—. Está más seca que

la calva de tu abuelo.

—Sólo le advierto que no trate de jugar sucio.

Sin embargo, *Catapulta* se sentía extrañamente aliviado. Le gustaba encontrarse de espaldas a la pared, cuando tenía que preocuparse de sólo un lanzamiento y golpear una sola bola. Después, el sudor empezó a brotar de sus poros, al contemplar la dura y escurridiza figura del implacable *pitcher* moviéndose como un veterano del diamante, a pesar de sus años y de algunos movimientos inútiles, y sintió una momentánea depresión.

Sam debió de percibirlo, porque sintió en el alma una compasión inesperada e incluso deseó, durante una fracción de segundo, que el ídolo no fuese derribado. Pero sólo fue cuestión de un instante, porque *Catapulta* había recobrado la confianza en su talento y en su experiencia e incitaba al novato a lanzar la pelota.

Alguien del público ululó y *Catapulta* levantó dos gordos dedos y señaló el lugar al que enviaría la pelota, donde los brillantes raíles convergían en el horizonte y nada podía verse más allá.

Roy levantó la pierna. Olía la sangre de *Catapulta* y estaba sediento de ella y de la del gusano que llevaba como compañero, por su manera de insultar a Sam.

La tercera pelota se deslizó hacia el bateador como un meteoro, devorándose la llama a sí misma. Él levantó el palo para destrozarla en un universo de chispas, pero el pesado madero se retrasó y, aunque él quiso destruir el sonido, oyó un chasquido fuerte y se dio cuenta, con tristeza, de que la pelota que esperaba golpear pertenecía ya al pasado; y, aunque Max no pudo escupir la palabra fatal, *Catapulta* comprendió que había sido eliminado, en el más verdadero sentido de la palabra.

La multitud guardó silencio, como si la tarde violeta se hubiese derrumbado sobre sus espaldas.

Catapulta gritó roncamente que, en los partidos nocturnos, solían encender las luces. Dejó caer el bate y se dirigió trotando al tren, como un anciano.

La pelota había chocado contra la tablilla de lavar de Sam, levantándole del suelo. Ahora yacía en él, boca arriba. Roy apartó a todos los que le rodeaban, para reanimarle. Le desabrochó la chaqueta y extrajo la mellada tablilla.

—No quería hacerte daño, Sam.

—Sólo me has dejado sin resuello —jadeó Sam—. Pero ya estoy mejor.

Le ayudaron a ponerse en pie y se aguantó tieso.

El tren silbó, y el eco rebotó en la negra montaña.

Entonces apareció el médico de sombrero negro de ala ancha, bronco y malhumorado, mientras el jefe de iron trataba de calmarle y Eddie trotaba detrás de ellos.

El médico agitó el arrugado papel amarillo.

—He recibido un telegrama diciendo que alguien de este tren se había puesto enfermo. ¿Es alguno de los presentes?

Roy tiró de la manga de Sam.

—Ene o.

—¿Qué dices?

—Que yo no —aclaró Roy.

El médico salió pitando. Subió a su «Ford», lo puso en marcha y se alejó.

El jefe de tren abrió su reloj de bolsillo.

—Llegaremos con una hora de retraso a la ciudad. ¡Viajeros al tren! —gritó.

—¡Viajeros al tren! —repitió Eddie, cargando con el estuche.

La rolliza muchacha de amarillo se destacó de la multitud y se abrazó al cuello de Roy. Éste trató de escabullirse pero ella depositó cuatro rápidos besos en su ojo derecho. Sin embargo, él pudo ver con el izquierdo que Harriet Bird (con su aire de diosa arisca) tenía la mirada fija en él.

Después de la comida se sentaron en el vacío y sombrío *pullman* de Eddie; Roy se sentía en las nubes después de su triunfo, mientras Harriet comentaba el reciente torneo —según su expresión— y el bosque irreal avanzaba en el exterior como una puerta al cerrarse. La extraña manera que tenía ella de ver las cosas le interesaba a Roy; sin embargo, éste se daba también cuenta de los árboles atormentados que flanqueaban el lago serpentino frente al cual pasaban, unos árboles que se doblaban y arañaban el aire, blanqueados por las ráfagas heladas que venían de las negras aguas y con sus huesudas ramas torciéndose en muchas y quebradas direcciones.

Harriet tenía el rostro arrebolado, y sus ojos brillaban a cada nueva visión interior. De vez en cuando se interrumpía y reía entre dientes como burlándose del torrente de palabras que ella misma vertía, para creciente asombro de Roy; pero, tras una pausa, volvía a lanzarse al galope —como una amazona—, evocando el inspirador espectáculo —según decía— de David derribando a Goliat *Catapulta*, ¿o era Sir Percy alanceando a Sir Maldemer, o el primer hijo (con una piedra en la garra) enfrentándose al primitivo papá?

Roy tragó saliva.

—¿Mi padre? Bueno, tal vez quise alguna vez romperle la cabeza. Cuando murió mi abuela, el viejo me metió en un orfanato tras otro, según el sitio donde estuviese trabajando (cuando trabajaba), aunque solía sacarme de allí en verano y enseñarme a lanzar la pelota.

Harriet le explicó que no había querido decir esto. ¿Había leído él a Homero?

Por más que se esforzase, sólo podía pensar en cuatro bases y jamás en un libro. La cabeza le daba vueltas al oír las alusiones de Harriet. Su lenguaje le parecía extraño, con todas las monsergas aprendidas en el colegio, y deseaba que se detuviese de una vez, porque de lo que él quería hablar era de béisbol.

Entonces ella se tomó un respiro.

—Mis amigos dicen que tengo una imaginación fantástica.

Roy observó rápidamente que él no diría tal cosa.

—Pero lo único que tenía en la cabeza cuando lanzaba la pelota allí era que Sam había apostado diez pavos y no podíamos perderlos, y que, por tanto, tenía que hacerle echar los bofes.

—Echar los bofes..., ¡oh, Roy, que expresión tan rara! —exclamó ella y rió de nuevo.

Él sonrió, animado por el recuerdo de lo que había hecho, del héroe que en tres lanzamientos había dejado clavado al mejor jugador de la Liga Americana. ¿Qué significaba aquello para el futuro? Sintió «que empezaba a ponerse sentimental al pensar en ello y trató de serenarse, pero no sin hacer una declaración:

—Hay que tener madera de buen jugador, y yo la tengo. Apuesto a que algún día batiré todas las marcas como lanzador y como bateador.

Harriet pareció sobrecogida y lanzó una exclamación, tapándose la boca como si hubiera tosido, y luego aplaudió fervorosamente, haciendo tintinear los brazaletes de sus muñecas.

—¡Bravo, Roy! ¡Será maravilloso!

—Quiero decir —insistió él— que tengo la impresión de que es algo que llevo dentro, que estoy destinado a hacer algo grande. Tengo que hacerlo. Naturalmente —añadió con modestia—, esto será cuando llegue a profesional.

Ella abrió la boca.

—¿Quieres decir que no...?

Para sorpresa de él, pareció afligida, casi a punto de llorar.

—No —replicó Roy, avergonzado—. Sam me lleva para que me hagan una prueba.

Los ojos de ella perdieron su expresión al mirar por la ventanilla. Luego preguntó:

—Pero Walter... es un jugador profesional de primera categoría, ¿no?

—¿*Catapulta*? —inquirió Roy, y asintió con la cabeza.

—Y ha ganado tres veces aquel premio... ¿cómo lo llaman?

—El premio al Jugador más Distinguido.

Tuvo la penosa impresión de que la estaba perdiendo frente a *Catapulta*.

Ella se mordió el labio.

—Sin embargo, tú le has vencido —murmuró.

Él lo admitió.

—No creo que dure mucho más; un año o dos como máximo. Entonces será demasiado viejo para seguir jugando. En cambio, yo tengo toda la vida por delante.

Harriet se animó y dijo, con simpatía:

—¿Qué esperas conseguir, Roy?

Él se lo había dicho ya, pero, al cabo de un momento, declaró:

—Apuesto a que algún día, cuando pase por la calle, la gente dirá: «Ahí va Roy Hobbs, el mejor jugador de todos los tiempos.»

Ella le miró con ojos conmovidos y turbados.

—¿Eso es todo?

Él trató de captar todo el sentido de la pregunta. La había respondido dos veces, y ella todavía no estaba satisfecha. No podía estar seguro de qué esperaba que él dijese.

—¿Eso es todo? —repitió—. ¿Qué más puede haber?

—¿No lo sabes? —dijo suavemente ella.

Entonces Roy tuvo una idea.

—¿Te refieres al dinero? También lo tendré.

Ella sacudió lentamente la cabeza.

—¿No hay algo además y por encima de las cosas materiales, algo que da un sentido más glorioso a la vida y a las actividades de cada uno?

—¿En el béisbol?

—Sí.

Él rebuscó en su cerebro...

—Quizá no me he expresado claramente —siguió diciendo ella—, pero sin duda puedes ver (le estaba diciendo esto mismo a Walter cuando el tren se detuvo) que tú solo..., solo en el sentido de que todos estamos terriblemente solos por más que diga la gente..., quiero decir con esto que quizá si comprendieses que nuestros valores deben derivarse de..., ¡oh!, realmente supongo... —Dejó caer la mano, en ademán de impotencia—. Tienes que perdonarme. A veces me armo un lío con lo poco que sé.

Ahora tenía los ojos tristes. Él sintió una curiosa ternura hacia ella, un poco como si pudiese ser su madre (aquel pájaro), y se esforzó por encontrar la respuesta que ella quería, algo que decir acerca de la VIDA.

—Creo que sé lo que quieres decir. Te refieres al gozo y a la satisfacción que se siente cuando se juega lo mejor que se puede, ¿verdad?

Ella no respondió a esto.

Roy dio vueltas a otras cosas que hubiese podido decir, pero no se atrevió a traducirlas en palabras. Se sentía curiosamente desinflado y algo perdido, como si acabase de fracasar en una prueba. Pero lo peor era que aún no sabía qué pretendía ella.

Harriet bostezó. Roy no se había sentido nunca tan poco locuaz delante de una chica, y atractiva por añadidura. Si hubiese estado con ella en la cama...

Casi como si hubiese adivinado lo que él estaba pensando y resuelto pasar a algo más práctico que hacer preguntas tontas que a nada conducían, Harriet suspiró y se acercó un poco más a él, disimulando el movimiento con una pregunta sobre el estuche de fagot.

—¿Tocas algún instrumento?

—No musical —respondió él, alegrándose de cambiar de tema—. Ahí dentro llevo una cosa que hice yo mismo.

—¿Y es?

—Un bate de béisbol.

Ella volvió a ser la de antes y rió alegremente.

—No tienes precio, Roy.

—Compré el estuche porque no quiero que el palo reciba golpes antes de que tenga ocasión de emplearlo.

—¡Oh, Roy! —exclamó ella, riendo más fuerte.

Él sonrió ampliamente. Ella estaba ahora tan cerca, que se sintió atrevido. Se inclinó, agarró el cordón de la sombrerera y sopesó ésta ligeramente.

—¿Qué hay dentro?

Harriet pareció quedarse sin aliento.

—¿Que qué hay? —Después le imitó diciendo—: Una cosa que hice yo misma.

—Parece un sombrero.

—¿No podría ser una cabeza? —inquirió Harriet, amenazándole con un dedo.

—Más bien parece un sombrero. —Roy dejó la caja, algo confuso—. ¿Vendrás a verme jugar algún día? —preguntó.

Ella asintió con la cabeza y entonces advirtió Roy que tenía una pierna pegada a la suya y que faltaba poco para que estuviese sentada en sus rodillas. El corazón golpeó con fuerza sus costillas, al interpretar él que aquella actitud significaba que la joven había perdido todo el interés por *Catapulta* y lo centraba ahora en el muchacho que le había derrotado.

Al pasar por un túnel, Roy le rodeó los hombros con un brazo y, cuando el tren se inclinó al tornar una curva, dejó resbalar casualmente la mano sobre su abultado pecho. Sintió el pezón entre sus dedos y no pudo resistir el impulso de pellizcarlo.

Ella se levantó lanzando un grito estridente y girando como una bailarina en el pasillo.

Él se levantó también, sobresaltado: Había ido demasiado lejos.

Torciendo los brazos como ramas rotas, ella giró de nuevo hacia él, volviendo tanto la cabeza, que su cara pareció colgada entre los hombros.

—Mira, soy un árbol retorcido.

Sam logró desprenderse del sinuoso y ahora arrepentido Mercy, que, de espaldas a *Catapulta* —éste, con un periódico levantado ante los enfurruñados ojos—, se había pegado a él como una sanguijuela interesándose por Roy, preguntando de dónde venía (¡oh, de su pueblo!), cómo era posible que ningún buscador de grandes jugadores le hubiese descubierto (lo hicieron, pero él me prefirió a mí) y ofrecido una buena cantidad de dinero del que tan pródigos eran en estos tiempos (vaya que sí), quién era su padre (como ya dije, un viejo semiprofesional que había deseado ardientemente participar en los grandes campeonatos) y, ¡por el amor de Dios!, qué llevaba en aquel estuche (su bate, hombre). El cronista deportivo estaba ansioso de saber más y había insinuado que podía hacer grandes cosas por el chico; pero Sam, frotándose el dolorido costado, le dejó al fin plantado y huyó a su vagón para dormir *un poco* antes de que llegasen a Chicago, después de la una de la madrugada.

Estuvo mucho rato tratando de instalarse cómodamente; después se quedó

dormido y roncando, tumbado sobre la espalda, y al momento se sumió en un largo sueño, en el que sintió unas terribles ganas de beber y empezó a amenazar a los truhanes del vagón para que le diesen una botella o algo parecido. Entonces, la comadreja de Mercy, simulando que estaba escribiendo en un bloc, le señaló con su lápiz y el revisor le agarró por el fondillo de los pantalones, obligándole a levantarse, y, moviendo los ágiles pies a gran velocidad sobre el aserrín del suelo, le lanzó fuera del tren; voló por el aire como en un trapecio flotante, hasta que fue a caer en un fangal bajo una lluvia torrencial. Pensó que lo mejor que podía hacer era cruzar el espumoso río antes de que éste creciese y se llevase el puente, y se levantó cubierto de barro, dispuesto a pasar por él; pero el extraño y patoso médico envuelto en un impermeable, un viejo de bigote blanco y lámpara amarilla enfocada directamente a sus ojos, le aseguró que el puente ya no estaba. ¡Está usted loco como una cabra! —le gritó Sam en medio de la tormenta—; lo he visto con mis propios ojos. Y se debatió para apartarse de aquel chalado, el cual dejó caer la linterna, inflamando los raíles. Lucharon bajo la lluvia, hasta que Sam le puso una zancadilla y le derribó, dirigiéndose luego a trancas y barrancas hacia el puente y encontrándose, para su espanto, con que realmente había sido derribado, por lo cual agitó los brazos en el aire y fue a caer, con un gran chasquido, en las turbulentas aguas, y empezó a sollozar (¡ay, ay!), y el vigilante blanco de la orilla trató de alumbrarle, pero era demasiado tarde, porque ya oía el rugido de las cataratas (y el implacable rumor del mar) y palpó con su mano roja el sitio donde le había herido el cuchillo...

Roy estaba soñando con una montaña enorme —¡Jesús, qué altura!— cuando sintió que le sacudían con rudeza. «Debe de ser Sam», pensó, ya que los dos viajaban en el tren; pero era Eddie, que sostenía una vela encendida.

—El fusible se ha fundido y no he podido arreglarlo.

—¿Qué pasa?

—Tenemos dificultades. Su amigo se ha desmayado.

Roy se levantó de un salto, se puso las zapatillas y empezó a correr, con Eddie pisándole los talones y sin soltar la vela. Entraron en un vagón oscuro, donde un grupo de personas, bajo una luz azulada, rodeaba al inconsciente Sam.

—¿Qué ha pasado? —gritó Roy.

—Silencio —dijo el revisor—. Tiene una fiebre muy alta.

—¿De qué?

—No lo sé. Estamos buscando un médico.

Sam yacía sobre un banco, envuelto en mantas y con una almohada debajo de la cabeza, sudoroso el macilento semblante. Cuando Roy se inclinó sobre él, abrió los ojos.

—¡Hola, chico! —dijo, con voz cascada.

—¿Qué te duele, Sam?

—El sitio donde me golpeó la tablilla..., pero ahora ya no me duele tanto.

—¡Jesús!

—No te preocupes, Roy. Me pondré bien.

—Ahorre las fuerzas, hijo —dijo el revisor—. No hable.

Roy se irguió. Sam cerró los ojos.

El tren silbó y entró despacio en la próxima población; después se detuvo chirriando. Un empleado del tren trajo a un médico a medio vestir. Éste examinó a Sam y se estiró.

—Hay que sacarle de aquí y llevarle al hospital.

Roy estaba loco de angustia, pero Sam abrió los ojos y le dijo que se agachase.

Todos se apartaron y Roy se agachó.

—Coge mi cartera del bolsillo de atrás.

Roy sacó la abultada cartera de piel.

—Ahora ve al «Stevens Hotel».

—¡Oh, no, Sam! No sin ti.

—Ve, muchacho; tienes que ir. Mañana irás a ver a Clarence Mulligan y le dirás que yo te envió; te están esperando. Muéstrales todo lo que sabes hacer con la pelota: con esto me sentiré feliz.

—Pero Sam...

—Tienes que hacerlo. Agáchate más.

Roy se agachó más, y Sam estiró el arrugado cuello y le dio un beso en el mentón.

—Haz lo que te he dicho.

—Sí, Sam.

Una lágrima cayó sobre la nariz de Sam.

En los ojos de éste se veía que aún tenía algo más que decir, pero aunque lo intentó, no pudo hacerlo. Entonces entraron los hombres del tren con una camilla, levantaron al *catcher* y lo bajaron al andén. En lo alto brillaban las estrellas; pero él sabía que iba a morir.

Roy siguió a la multitud anónima que salía de la Estación del Noroeste y se acercó a la parte más oscura de la pared, hasta que tuvo valor para llamar a un taxi.

—¿Quiere ir al «Stevens Hotel»? —preguntó, y el chófer arrancó sin pronunciar palabra, antes de que pudiese sentarse como era debido, pasó un semáforo en rojo y a punto estuvo de atropellar a un inválido en la desierta Calle.

Rodaron varias millas por una jungla de farolas y sombras.

En una ocasión había visto algunas diapositivas de Chicago, y era como un hormiguero de bloques de piedra y de arruinados edificios de madera sobre una especie de tablero de ajedrez de muchas millas de calles entrecruzadas y sin muchos espacios abiertos dignos de este nombre, a excepción de las vías férreas, los recintos de ganado y la orilla de un lago ventoso. En el Loop, los edificios de oficinas alcanzaban gran altura y las calles estaban atestadas de gente; Roy se preguntó cómo era posible que tantas personas viviesen juntas en una ciudad. Suponiendo que hubiese un incendio o algo parecido y todos saliesen de sus casas para verlo, ¿cómo

podían evitar pisotearse los unos a los otros? Y Sam le había advertido sobre los desconocidos, pues había por allí muchos vagabundos, timadores y gánsteres, personas que despreciaban a uno, que no le conocían ni querían conocerle y que, por un quítame allá esas pajas, le rajarían el cuello y le dejarían agonizando en la calle.

—¿Por qué he venido aquí? —murmuró, y sintió añoranza de su casa.

El coche entró en Michigan Avenue, desde donde podía ver el lago y un blanco edificio iluminado que se elevaba hacia el cielo, y, sin darse cuenta, se encontró ante el hotel (¡Dios mío, qué grande era!), una enorme fortaleza de cuatro cuerpos. No se sentía con ánimos de pasar por la puerta giratoria, pero tuvo que hacerlo porque el mozo agarró sus cosas —le costó trabajo sujetar el estuche de fagot— y le condujo a través del alfombrado vestíbulo hasta un mostrador donde tuvo que firmar una tarjeta y sacar cinco suculentos dólares de la cartera, en pago de una habitación que dejaría en cuanto encontrase una casa donde hospedarse.

Pero su cubil, en la planta diecisiete, estaba limpio y era acogedor, y, cuando hubo guardado sus cosas en el armario, dejó de sentirse nervioso. Abrió la ventana, y entró por ella la brisa del lago. Contempló el Chicago iluminado que se extendía allá abajo; nunca en su vida había estado tan alto, salvo un par de noches que había pasado en la montaña. Al mirar la ciudad allá en lo hondo, tuvo la impresión de que se habían aflojado unos tornillos en sus rodillas, sus muñecas y su cuello, y de que había crecido en altura. Y desde esta elevada posición, con la tierra en pequeños cuadros a sus pies, supo que mañana entraría allí y les dejaría pasmados con sus golpes, y entonces le reconocerían como el magnífico *pitcher* que era en realidad.

Sonó el teléfono. De momento no se atrevió a contestar. En un lugar extraño, donde no conocía a nadie, la llamada no podría ser para él.

El teléfono volvió a sonar. Levantó el auricular y escuchó.

—¿Roy? Soy Harriet.

No estuvo seguro de haber entendido bien.

—Disculpe, pero...

—Harriet Bird, tonto.

—¡Oh, Harriet!

Se había olvidado completamente de ella.

—Baja a mi habitación —dijo, riendo, la joven—, y deja que te dé la bienvenida a la ciudad.

—¿Quieres decir ahora?

—Inmediatamente —replicó ella, y le dio el número de la habitación.

—Desde luego.

Quiso preguntarle cómo sabía que estaba aquí, pero ella había ya colgado.

Ahora estaba entusiasmado. ¡Conque era así como hacían las cosas en la ciudad! Se peinó y cogió su estuche de fagot. En el ascensor, un borracho trató de quitárselo, pero Roy era demasiado vigoroso para él.

Recorrió —le pareció que durante siglos, tal era su impaciencia— el largo

corredor, hasta que encontró el número y llamó a la puerta.

—Adelante.

Abrió y se quedó asombrado al ver la enorme habitación. A través de los blancos visillos de la ventana, la vista del inmenso lago oscuro provocó un escalofrío en su espina dorsal.

Entonces la vio a ella, tímidamente de pie en el rincón más alejado de la estancia, desnuda bajo la prenda de gasa sutil que llevaba y dejaba traslucir los pezones y la mata de vello del blanco bajo vientre. Roy sintió que se le quitaba un gran peso de la mente.

Al cerrar él la puerta, ella sacó algo de la caja de la sombrerera abierta junto a un jarrón de rosas blancas que había sobre la mesa y se puso un negro sombrero de plumas. Un espeso velo cayó sobre sus senos. Tenía en la mano una pistola corta y brillante.

Roy se sintió muy confuso y pensó que quería gastarle una broma, pero se formó un nudo en su garganta y la sangre se heló en sus venas. Gritó, con voz ronca:

—¿A qué viene esto?

Ella dijo, suavemente:

—Roy, ¿vas a ser el mejor jugador de todos los tiempos?

—Por supuesto.

Ella apretó el gatillo (un chasquido de cuerda de contrabajo). Fue como si la bala trazase una línea de plata en el agua. Él trató de agarrarla con sus manos desnudas, pero la bala lo esquivó y, para su espanto, penetró en su vientre. Una voluta de humo brotó del cañón de la pistola. Hincada en el suelo una rodilla, Roy palpó en busca de la bala, sintió un mareo y se derrumbó, mientras el bosque volaba hacia arriba, y ella, emitiendo unos ahogados sonidos de triunfo y desesperación, bailaba de puntillas alrededor del héroe caído.

¡GOLPEA FUERTE!

—Hubiese debido ser agricultor —dijo amargamente Pop Fisher—. Hubiese debido serlo desde el día en que nací. Me gustan las vacas, los corderos y esas cabras sin cuernos. Siento predilección por las cabras, quizá porque papá llevaba barba. Me gusta alimentar a las bestias y ordeñarlas. Me gusta arreglar cosas, arrancar las hierbas venenosas de los pastos y regar los huertos. Me gusta ser como soy en una casa de campo. Me gusta salir al campo y cuidar de las verduras, del maíz, del trigo de invierno..., que es lo más verde que jamás hayas visto. Cuando mamá vivía, no paraba de decirme que dejase el béisbol y me dedicase a la agricultura, y yo estaba dispuesto a hacerlo, pero cuando murió, no tuve valor. —A Pop se le quebró la voz, y Red Blow rebulló nervioso en el banco; pero Pop no lloró. Sacó su pañuelo del bolsillo, lo abrió y se sonó—. Tengo una rara habilidad para las plantas —añadió, con voz ronca— y hubiese debido ser agricultor en vez de hacer de ama de cría de un equipo de tres al cuarto que ocupa el último lugar de la clasificación.

Estaban sentados en el foso de los New York Knights, observando el campo polvoriento, el juego insulso y las gradas medio vacías.

—Malo —dijo Red, sin apartar los ojos del *pitcher*.

Pop se quitó la gorra y se frotó la calva con sus dedos vendados.

—Ha sido una temporada endiabladamente seca. No ha llovido en absoluto. La hierba está mustia en el terreno exterior y reseca en el interior. Y mi corazón está seco como el polvo, por lo poco que he podido demostrar en todos los años que he intervenido en el juego.

Se levantó, se inclinó sobre la fuente y escupió el agua caliente y con sabor a herrumbre.

—¿Cuándo diablos van a arreglar esto, para que podamos beber un trago de agua potable? ¿Hablaste con el bastardo de mi socio, como te dije que hicieses?

—Dice que está trabajando en ello.

—Trabajando en ello —gruñó Pop—. Es tan prieto que, de tanto apretar, acabará por no poder moverse. El día en que ese reptil entró en el club, fue uno de los más negros de mi vida. Me cuesta más dinero del que podría contar.

—Kid está flojeando de nuevo —dijo Red—. Ya ha fallado dos.

Pop observó a Fowler durante un minuto, pero dejó que continuase.

—Si esos *boy scouts* pudiesen hacer un par de carreras de vez en cuando, cambiaría los *pitchers*, pero serían incapaces de traer a su propia abuela desde el otro lado de la calle. Nos metieron una buena paliza los Piratas en el primer partido y aquí nos ganan ya por seis carreras. Es el Memorial Day^[2], lo sé, pero no para los soldados.

—Hubiésemos debido hacer algunas carreras. Bump tuvo cuatro por cuatro en la primera, y dos *hits* antes de que le expulsasen.

El rostro de Pop enrojeció.

—No me hables de ese simio, que fue eliminado la única vez que teníamos corredores en las bases.

—Yo también le habría expulsado si hubiese sido el árbitro y me hubiese metido hielo seco en los pantalones.

—A mí me gustaría rellenerle de hielo. Nunca he visto a un bromista tan repelente.

Pop rascó con violencia sus dedos flojamente vendados.

—Y para colmo, he pillado una infección de hongos en las manos. ¿No es algo extraordinario? Siempre había oído decir que esta dolencia atacaba los pies, pero yo tengo que sufrirla en ambas manos, que me pican terriblemente y tengo que llevarlas vendadas en este tiempo tan cálido. No es extraño que me pregunte continuamente si la vida vale la pena de ser vivida.

—Malo —dijo Red—. Ahora ha pasado a Feeber, con las bases cargadas.

Pop se cabreó.

—Mi mejor *pitcher*, y la pifia cada vez que le pongo contra un equipo de primera categoría. Sácale.

El entrenador, flaco y pecoso, subió ágilmente los peldaños del foso y señaló hacia el banco de la derecha. Se dirigía al montículo cuando alguien vestido de calle subió la escalera del túnel y preguntó al jugador sentado en el extremo del banco:

—¿Quién es Fisher?

El jugador señaló con el pulgar el otro lado del foso, y el hombre, que llevaba una grande y raída maleta y un estuche de fagot, se encaminó al sitio donde se hallaba Pop.

Cuando Pop le vio llegar, exclamó:

—Pero ¿qué es eso? ¿La banda del Ejército de Salvación?

El hombre dejó sus cosas en el suelo, y se sentó en uno de los escalones de cemento, de cara a Pop. Vio a un viejo de sesenta y cinco años y acuosos ojos azules, cuello rojo y delgado y bocatraste, que parecía un plátano pasado en su indumentaria de béisbol demasiado holgada, y con unas piernas flacas dentro de unas anchas medias azules y blancas.

Y Pop vio aun tipo alto y rudo, de barbanegra y ojos cansados, pero aceptables facciones. Su cara era huesuda, aunque un poco carnosa, y su boca parecía agradable, a pesar de su amarga expresión. Le veía ágil para su corpulencia, y más tranquilo de lo que se sentía en realidad, pues, sentado en el escalón, no dejaba de moverse. Estaba viajando (en el tren que nunca se detenía). Su persona, su mente, seguían corriendo, y tenía la impresión de que no se había detenido en el sitio al que iba, porque no había llegado. ¿Adónde no había llegado? Aquí. Pero ya era hora de que se calmase, de que tranquilizase al viejo trotamundos, de que permaneciese quieto y tranquilo, aunque por dentro siguiese recorriendo pueblos y ciudades, bosques y campos, como había hecho durante largos años.

—Yo sólo sé tocar música —respondió a Pop, dando unas palmadas al estuche— con mí bate. —Rebuscando en los bolsillos de su raído y arrugado traje, deshilachado en las rodillas y en los codos, sacó una carta doblada y la tendió al mánager—. Soy su

nuevo *fielder* izquierdo, Roy Hobbs.

—¿Mi... qué? —gritó Pop.

—Lo dice en la carta.

Red, que había vuelto del montículo, cogió la carta, la desplegó y se la pasó a Pop. Éste la leyó de un tirón y después sacudió la cabeza con incredulidad.

—¿Te envía Scotty Carson?

—Sí.

—Debe estar chalado.

Roy se humedeció los secos labios.

Pop le dirigió una mirada escrutadora.

—Debe de tener al menos treinta y cinco años.

—Treinta y cuatro, pero estoy en condiciones de jugar otros diez.

—Treinta y cuatro... ¡Por Júpiter, que estaría mejor en un asilo de ancianos que en un campo de béisbol!

Los jugadores sentados en el banco le estaban mirando. Roy se lamió los labios.

—¿Dónde dio con usted? —preguntó Pop.

—Jugaba con los Oomoo Oilers.

—¿En qué liga?

—La de los semiprofesionales.

—¿Ha jugado alguna vez en el béisbol organizado?

—Sólo recientemente he vuelto a jugar.

—¿Qué quiere decir con eso de que ha vuelto?

—Había jugado cuando estaba en la escuela superior.

Pop gruñó.

—Bueno, ¡menudo follón! —Golpeó la carta con la punta de los dedos—. Scotty le propuso y el juez dio su aprobación. Ninguno de los dos me consultó. No podían hacerme esto —dijo a Red—. Ese ladrón de la torre puede tener el sesenta por ciento de las acciones, pero consta por escrito que yo soy el *mánager* del equipo y debo aprobar todos los tratos con los jugadores *mientras viva*.

—Tengo un contrato —dijo Roy.

—Déjeme verlo.

Roy se sacó un papel azul del bolsillo interior de la chaqueta.

Pop lo leyó.

—¿De dónde diablos ha sacado tres mil dólares?

—Eran cinco mil como mínimo, pero el juez dijo que había perdido ya un tercio de la temporada.

Pop lanzó una desdeñosa carcajada.

—Claro, pero esto le daría derecho a unos tres mil trescientos. Muy propio de ese maldito truhán. Despellejaría a su difunto padre si pudiese meterse en su tumba.

Devolvió el contrato a Roy.

—Es ilegal.

—¿No es Scotty su primer buscador de jugadores? —preguntó Roy.

—Sí.

—Él me firmó un contrato en el que se establecía una cifra, y el juez lo aprobó. Pregunté a Scotty sobre esto y me aseguró que tenía autoridad para contratarme.

—La tiene —confirmó Red a Pop—. Tú mismo se la diste, si encontraba a alguien adecuado.

—Es verdad que se lo dije, pero ¿quién necesita un *fielder* que podría ser mi hijo? Tengo ya un *fielder* izquierda —dijo a Roy—, y muy bueno por cierto, cuando le da la gana de jugar y de no gastar bromas a todo el mundo.

Roy se levantó.

—Si no me quiere, ¡felices Pascuas!

—Espera un momento —lo detuvo Red.

Hizo una seña a Pop para que se acercase a la fuente y habló con él en privado.

Pop se calmó.

—Lo siento, hijo —se disculpó, al volver al banco—, pero me has pillado en un mal momento. Además, a tus treinta y cuatro años, es como si empezases a jugar con un pie en la tumba. Pero como dice Red, si te ha enviado nuestro mejor explorador, debe haber visto algo en ti. Ve a la caseta y dile a Dizzy que te dé un mono. Vuelve después aquí y te daré un puesto en el banco con el resto de mis All-Stars.

Lanzó una mirada asesina a los jugadores, y éstos volvieron rápidamente la cabeza.

—Escuche, señor —dijo Roy—. Conozco las salidas de esta jungla, si es que no le sirvo. No quiero ser plato de segunda mesa.

—Haz lo que te ha dicho —le aconsejó Red.

Roy se levantó, cogió la maleta y el estuche y se dirigió al túnel. Su corazón redoblaba como un tambor.

—Habría tenido que comprar una granja —murmuró Pop.

El *pitcher* había dejado abierta de par en par la puerta del cuarto de duchas y por eso, cuando entró Roy, el local estaba lleno de vapor. Como no vio a nadie, preguntó a gritos dónde estaba el encargado de la ropa y el que se estaba duchando le respondió, también a gritos, que estaba precisamente en el vestuario, y que cerrase la puerta, pues había corriente. Cuando se hubo desvanecido un poco el vapor y Roy pudo ver dónde estaba, descubrió la oficina del *mánager*, por el rótulo, en letras negras, de la puerta, pero no el guardarropa. En la esquina opuesta en diagonal estaba el cuarto del cuidador, y aquí la puerta estaba entornada y salía por ella un olor a linimento que se le metió en la nariz. Pudo ver al cuidador, en su camiseta gris con el nombre KNIGHTS estampado en el pecho, dándole masaje a un hombre gigantesco. Al ver a Roy, el cuidador le preguntó, en jerga irlandesa, a quién buscaba.

—Al encargado de la ropa —dijo Roy.

—Es Dizzy; en el pasillo.

El cuidador señaló con los ojos hacia la izquierda, y Roy abrió una puerta que

había allí y echó a andar por el pasillo. Vio un rótulo que decía «Equipo» y, a través de la ventanilla abierta debajo de aquél, vio al encargado en jersey de béisbol y sentado en un baúl de espaldas a la pared. Estaba leyendo la página deportiva del *Mirror*.

Roy llamó a la puerta, y Dizzy, ex *pitcher* suplente, dejó rápidamente el periódico.

—Me has pillado en un momento interesante —dijo, haciendo un guiño—. Estaba leyendo lo del *catcher* lesionado ayer en Boston. Fractura de un lado del cráneo.

—Me llamo Roy Hobbs, y soy nuevo aquí. Fisher me ha dicho que me equipase.

—Un nuevo... *fielder*, ¿eh?

Roy asintió con la cabeza.

—Sí —siguió diciendo el otro—, nos falta un hombre en la plantilla desde hace dos semanas. Uno de nuestros muchachos recibió un pelotazo en la cabeza y ahora tiene las dos piernas paralizadas.

Roy pestañeó.

—Palabra de honor. Y poco antes de eso, nuestro tercera base titular pisó un bate y rodó por la escalera del foso. Se fracturó la espina dorsal por dos sitios. —Dizzy hizo una mueca—. Desde luego, es una temporada desgraciada para nosotros.

Se acercó a Roy con una cinta métrica y le tomó las medidas. Después volvió atrás y cogió un montón de ropa de un estante.

—Pruébate esto, a ver si es de tu medida.

Le tendió una gorra azul, con una K blanca cosida en la parte delantera. Roy se la probó.

—Demasiado pequeña.

—Tienes una buena cabezota.

—Siete y medio —replicó Roy, mirándole.

—Es broma. No quería ofenderte.

Le dio otra gorra, ésta de su medida.

—¿Cómo me sienta? —preguntó Roy.

—Algo de ensueño; pero ¿a qué vienen esas lágrimas?

—Estoy acatarrado —dijo Roy, volviéndose.

Dizzy le pidió que firmase recibo de las prendas; el juez Banner insistía en ello. Ayudó a Roy a llevarlas a su armario.

—Guarda ahí todo lo que quieras, pero ¡por el amor de Dios!, nada de alcohol. A Pop le daría un ataque si sorprendiera bebiendo a uno de sus jugadores.

Roy puso el estuche de pie dentro del armario.

—¿Tienes un candado para la puerta?

—Aquí nadie cierra su armario con candado. Antes del partido, puedes depositar tus objetos de valor en aquel baúl de allí y yo lo cerraré.

—Está bien, olvídalo.

Dizzy se excusó, volvió a su periódico, y Roy empezó a desnudarse.

El vestuario estaba silencioso como una tumba. El *pitcher* que se había estado duchando —sus pisadas podían verse todavía en el suelo— se había vestido rápidamente y se había marchado. Mientras guardaba sus cosas, Roy no paraba de mirar a su alrededor, para asegurarse de que estaba realmente allí. Y estaba allí, desde luego; sin embargo, en todas sus fantasías sobre lo que sentiría cuando se hallase al fin con los importantes, no había esperado sentirse tan deprimido. Aquello era diferente de lo que había imaginado. Tan diferente, que casi sintió ganas de salir, tomar de nuevo un tren y dirigirse a uno de esos sitios a los que iban las personas que huían de algo. Tal vez para un largo descanso en uno de los pueblos en que había vivido de muchacho. Como aquel en que había tenido un peludo perro cruzado que solía corretear por el bosque y al que él perseguía hasta llegar a la parte más profunda y callada, donde el silencio era tan puro, que podía uno romperlo arrojando una piedra. Roy permaneció perdido en este silencio hasta que le despertaron los ladridos del can, aunque en seguida se dio cuenta de que no había oído ladridos, sino un sonido de voces a través de la puerta entreabierta del cuidador.

Escuchó atentamente, porque tuvo la rara impresión de que conocía aquellas voces, y, al distinguirlas, reconoció, primero, la jerga del cuidador y, después, un vozarrón que le recordaba algo menos inmediato, que era como si lo hubiese oído a lo largo de toda su vida: una voz fuerte, áspera, familiar desde su infancia y de algunos de los sitios en que había trabajado más tarde y de los diferentes lugares por los que había rondado, como tugurios, hoteles de tercera clase, gimnasios de boxeo, etcétera; el vozarrón de un tipo pesado, musculoso, de cuello de toro, de uno de esos gorilas con los que había reñido casi en lucha a muerte más de una vez, sin que pudiese recordar el motivo. «¡Oh, *Catapulta*!», pensó, y se encogió rápidamente para volver a erguirse en seguida al darse cuenta de que *Catapulta* debía de tener casi cincuenta años y hacía tiempo que se había retirado. Pero lo que más le inquietó fue una tercera voz, más aguda que las otras dos: una voz anhelante, penetrante y lisonjera, que estaba seguro de haber oído antes. Aguzó los oídos para volver a oírla, pero el del vozarrón estaba hablando ahora de la jugarreta que le había gastado a Pop Fisher, en particular, al poner pimienta blanca en su pañuelo, haciéndole estornudar y sonarse constantemente. Esto inició una epidemia de ganar bases, con gran indignación de Pop, porque aquel día la señal de ganar bases era para él llevarse el pañuelo a la nariz.

Al terminar el relato, hubo risas y grandes carcajadas; entonces el cuidador observó algo, y la otra voz, la más aguda, comentó que sus bromas le costarían caras a Bump, y éste, pues debía de tratarse de Bump, dijo que Pop no se avendría a dejarle en libertad, por lo que, si tenía que quedarse empantanado aquí, al menos se divertiría un poco.

Rió con fuerza y dijo:

—Éste va por ti, muchacho. En abril, estábamos en Cincy y teníamos un día libre porque se había suspendido el partido de exhibición; por eso estábamos aquella mañana en el vestíbulo del «Plaza», disparatando sobre jugadores y sobre sus

hazañas, y ya sabéis cómo es Pop y lo que piensa del jugador moderno, al que considera una porquería en comparación con aquellos monstruos bigotudos con quienes jugaba él en los tiempos de Maricastaña. Estaba diciendo que el *fielder* corriente de hoy sabía darles quizás a las pelotas bajas (y, al decirlo, me miraba a mí), pero que no podía contarse con él para alcanzar bolas altas. «¿A qué altura?», le pregunto yo, inocentemente, y él señala hacia arriba y dice: «A cualquier altura decente». O se dejan deslumbrar por el sol, o calculan mal el viento. Por consiguiente, le digo: «¿Podrías tú pillar las realmente altas, Pop?», y él vocifera: «Por muy altas que fuesen, podría cogerlas.» Piensa un minuto y añade: «Apuesto a que podría coger una pelota que dejaran caer desde lo alto del Empire State Building.» «No», digo yo, con aire sorprendido. «Sí», replica él. En vista de ello, le digo: «Hoy no tenemos nada que hacer, y aunque no hay ningún Empire State Building en Cincinnati, tengo en el aeropuerto un amigo que posee un Piper Cub. Le daré una pelota de béisbol de reglamento y él la dejará caer desde la altura de aquel edificio, si te atreves a cogerla.» «Hecho», dice él, tieso como un pavo. Por consiguiente, llamo a mi amigo y arreglamos la cosa, y cruzamos el puente hacia la ribera de Kentucky, donde hay mucho espacio para moverse. Pues sí, señor, pronto llega el aeroplano amarillo y da un par de vueltas hasta ponerse a la altura adecuada, y entonces suelta algo que yo no he dicho a Pop, pero sí a los chicos: una toronja que, si le da, no le abrirá el cráneo ni le matará. Y allá que baja aquello, como una bala de cañón, y Pop, con su negro bañador de dos piezas, por si tiene que mojarse un poco, y un guante del tamaño de una cesta, empieza a dar vueltas como un pato mareado, resguardándose del sol y poniéndose en línea con aquello que baja sobre él, más y más deprisa, aumentando de tamaño por momentos. Entonces Pop, que se ha parado para el *catch*, lanza de pronto un alarido: «Jesús, ¡la luna se me viene encima!», y un segundo después, ¡zas!, la toronja se estrella contra su coco, y lo único que podemos hacer es impedir que se ahogue con el zumo.

Ahora suenan fuertes risotadas en el cuarto del cuidador. La voz que disgustaba a Roy —concibió la espantosa idea de que la voz *sabía* lo que él trataba de ocultar— cambió de tema y preguntó a Bump si había algo de verdad en el rumor que circulaba acerca de él y la sobrina de Pop.

—¡Eh! —exclamó Bump, y preguntó, receloso—: ¿Qué rumor?

—El de que tú y Memo estáis liados.

Bump se echó a reír.

—Ella misma debe haberlo propalado.

—Entonces, ¿lo niegas?

La puerta se abrió de golpe y Bump salió bailando por ella en *shorts*, tosco, corpulento y ancho de espaldas como Roy había imaginado, seguido del cuidador y de un caballero de ojos ligeramente saltones, que vestía un costoso traje a rayas e hizo que Roy sintiese una dolorosa punzada en la boca del estómago: Max Mercy.

Temeroso de ser reconocido, de que su pasado se manifestase como un huevo al

estrellarse en el suelo, Roy se volvió de espaldas, embutiéndose el jersey en los pantalones.

Pero Bump le detuvo, estirando sus brazos velludos.

—¡Eh, amigo! ¿Eres la última víctima que han atrapado?

Roy sintió un furioso impulso de aplastar con el puño aquella jeta vocinglera, pero asintió con la cabeza y estrechó la mano del bruto:

—Bienvenido al equipo más asqueroso del mundo, sin exceptuar a ninguno —dijo Bump—. Te presento al viejo Doc Casey, el cuidador, que ha lisiado a todo el mundo, salvo a mí. Y este tipo de ojos de halcón es Max Mercy, el famoso cronista deportivo. La mayoría de los reporteros son amigos nuestros y saben cerrar el pico, pero para Max, la vida privada es un insulto personal. Antes de una semana informará al público de la parte de sueldo que envías a tu abuela y de la calidad de tu vida sexual.

Max, cuyas patillas y bigote habían encanecido, lanzó una risa hueca y dijo a Roy:

—No he entendido el nombre.

—Roy Hobbs —respondió éste con voz tensa, pero a nadie pareció importarle mucho.

El partido había terminado, y los jugadores pasaron por el túnel, arrastrando los pies, y entraron en el vestuario. Se quitaron los uniformes y se metieron en las duchas. Algunos sólo permanecieron allí lo suficiente para mojarse la piel. Se secaron y se pusieron los trajes de calle. Pero su rapidez no les sirvió de mucho, pues Red, después de pedir cortésmente a Mercy que se marchase, se plantó en la puerta con Earl Wilson, entrenador de la tercera base, y no dejó salir a nadie más. Los jugadores esperaron nerviosamente, a excepción de Bump, que daba a todos palmadas en la espalda y les aconsejaba que no se desanimasen. Unos cuantos muchachos emplearon la estrategia de entretenerse en la ducha, con la esperanza de que Pop se cansara y se marchase. Pero Pop, antorcha inextinguible del gremio de los mánagers, tuvo más paciencia que ellos, y, cuando Red llamó delicadamente a la puerta para advertirle que todas las langostas estaban en la olla, abrió aquélla y entró en tromba. El equipo se estremeció.

Pop subió a una silla y, por una vez, el calvo y pequeño personaje les dominó en altura. Agitando sus vendadas manos, empezó a lanzarles maldiciones; pero se interrumpió inmediatamente, pues le ahogaba el furor.

—Si ahora tose —gritó Bump—, se deshará en polvo.

Pop le fulminó con la mirada, enrojecido el semblante como el sol poniente. Gritó furiosamente que ninguno de aquellos malditos era un verdadero jugador de béisbol. Eran monos enfermos, mulos desjarretados, sapos cobardes, babosas con cuernos, pero no honrados jugadores.

—¿Y qué nos dices de los peces con pies planos? —se chanceó Bump—. Fijaos bien, muchachos: pez, *fish*... Fisher —y lanzó una ronca carcajada, celebrando su propio ingenio, pero los casi petrificados jugadores que se hallaban reunidos no reaccionaron como él esperaba.

—¿Cómo le permiten eso? —preguntó Roy al fantasma que estaba en pie a su lado.

El pálido jugador susurró, torciendo los labios, que Bump era actualmente el primer *hitter* de la Liga.

Pop ignoró a Bump y siguió hostigando al equipo.

—Lo que me saca de quicio es que gasté miles de dólares en conseguir los mejores jugadores a mi alcance. Contraté a dos de los mejores entrenadores de este deporte. Yo mismo me agoté tratando de dirigiros, y sólo habéis podido darme esos malditos resultados. —Elevó el tono de la voz—. ¿Cabe en vuestra cabezota que hayamos fallado en los últimos cuarenta y cinco *innings* seguidos?

—Pero no Bumpsy —dijo el voceras—. Yo soy terrible.

—Ahora tenéis el récord de partidos perdidos consecutivamente en toda la historia de la Liga, de *strikeouts*, de errores...

—Pero no Bumpsy.

—... de tonterías y de estupideces colosales. Para hablar claro, ¡apestáis! Compadezco a esos pobres infelices que se gastan un dólar y medio para veros jugar, y tentado estoy de despediros a todos...

Bump se hincó de rodillas y levantó las manos en ademán de súplica.

—Yo el primero, mi señor, yo el primero.

—... y empezar desde la nada para construir un equipo que sepa lo que es jugar como tal, que tenga agallas y sea capaz de matar al adversario antes que perder diecisiete partidos.

Los jugadores del vestuario estaban hechos cisco, pero Bump canturreaba: *Muchos bravos corazones duermen en lo más profundo.*

—¡Estad alerta! —gritó con voz gutural—. ¡Estad alerta!

Pop le apuntó furiosamente con un dedo que parecía que iba a desprenderse y clavarse en su cara.

—En cuanto a ti, Bump, por muy encumbrado que estés, llegará un día en que pagarás todas tus gansadas. No olvides que el rayo troncha los árboles más altos.

A Bump no le gustaba que le hablasen de pagar. Su rostro se ensombreció.

—Un rayo, tal vez —comentó—, pero no un cohete apagado.

Pop titubeó.

—Entrenamiento a las ocho de la mañana —dijo, quebrándosele la voz.

De no haber sido por Red, se habría caído de la silla. Ya en su despacho, después de cerrar la puerta de golpe, los otros pudieron oír que sollozaba.

—A veces me cortaría el cuello.

Los Knights tardaron un rato en recobrar su aplomo y salir detrás de Bump. Pero

cuando se hubieron marchado todos, incluidos los entrenadores y Dizzy, Roy se quedó. Tenía encendido el rostro, empapada la ropa en sudor y vergüenza, como si todas las acusaciones del viejo hubiesen ido dirigidas contra él.

Cuando Pop salió en traje de calle, con su amarillento sombrero de paja y su chillona chaqueta deportiva, se sorprendió al ver a Roy sentado en la penumbra y le preguntó a qué estaba esperando.

—No tengo adonde ir —dijo Roy.

—¿Por qué no has tomado una habitación?

—No tengo dinero para pagarla.

Pop le miró.

—¿No te pagó Scotty la prima?

—Doscientos; pero tenía unas deudas.

—Habrías tenido que pedir en la oficina un adelanto sobre tu sueldo de dos semanas, cuando llegaste hoy. Ahora es demasiado tarde, pues cierran a las cinco. En fin, te daré un cheque personal mío por veinticinco dólares, y me los devolverás cuando te paguen.

Pop balanceó su talonario sobre una rodilla.

—¿Estás casado?

—No.

—¿Por qué no preguntas a los jugadores casados y ves si alguno tiene una habitación por alquilar? De esta manera tendrías una vida más estable. O eso, o buscar una pensión respetable. Algunos muchachos que tienen su hogar fuera de aquí prefieren alojarse en un hotel barato, que es lo que he hecho yo desde que murió mi esposa; pero una pensión es más hogareña y cuesta menos. De todos modos —le aconsejó Pop—, será mejor que esta noche vengas conmigo al hotel, y mañana podrás buscar un sitio que te convenga.

Roy observó que no era muy aficionado a los hoteles.

Salieron del campo de béisbol, tomaron un taxi y se dirigieron a la ciudad. Sobre el Hudson, el cielo era de color naranja. En una ocasión, Pop salió de su mutismo para mostrar a Roy la tumba de Grant.

En el «Midtown Hotel», Pop habló con el recepcionista y éste dio a Roy una habitación en el piso noveno, de cara al Empire State Building. Pop subió con él y palpó el colchón.

—No está mal —dijo.

Cuando el botones se hubo marchado, dijo que esperaba que Roy no hiciese travesuras.

—¿De qué clase? —preguntó Roy.

—En nuestro oficio hay toda clase de chiflados, y recuerdo que uno de mis jugadores (me parece que pronto hará de esto veinte años) tenía la manía de andar por

la cornisa del piso decimoquinto para asustar a los ocupantes de las otras habitaciones. Un día se cayó y se rompió una pierna, y tuvo la suerte enorme de no rodar y estrellarse en la calle. Empezaba a llover, y se arrastró de ventana en ventana, pidiendo ayuda, y todo el mundo se desternilló de risa creyendo que era una comedia y nadie abrió la ventana. Hasta que, por fin, rodó y cayó.

Roy había deshecho su maleta y se estaba lavando.

—Deja que te dé un consejo práctico, hijo —siguió diciendo Pop—. Empiezas muy tarde; yo acabé mi carrera de jugador en activo cuando sólo tenía un año más de la edad que tienes tú ahora, pero si quieres seguir adelante, lo mejor que puedes hacer es entregarte por entero al juego y renunciar cuando ya no puedas hacerlo. No necesitamos más tipos que escurren el bulto, o fanfarronean, o gastan bromas pesadas.

Un Bump Baily basta y sobra en cualquier equipo.

Salió de la habitación, con aire afligido.

Sonó el teléfono y Roy tardó un minuto en acercarse a él y levantar el auricular.

—¿Qué sucede? —ladró Red Blow—. ¿Es que no contestas al teléfono?

—Me gusta dejarlo sonar un poco; así, el que llama tiene oportunidad de cambiar de idea.

—¿Quién?

—Cualquiera.

Red hizo una pausa.

—Pop me ha pedido que te lleve a dar una vuelta. ¿Cuándo vas a comer?

—Ahora estoy ya hambriento.

—Reúnete conmigo en el vestíbulo a las seis y media.

Mientras Roy colgaba el aparato, alguien aporreó la puerta, y Bump Baily entró inmediatamente, luciendo una camisa estampada de flores rojas al estilo de Hollywood.

—Hola, amigo. Veo que te llevas bien con el viejo chalado, ya que te ha traído aquí. Quisiera que me hicieses un favor.

—Me llamo Roy.

—Está bien, Roy. Escucha: yo tengo mi habitación en el cuarto piso, y está mucho mejor que esta ratonera. Quisiera prestártela esta noche y que me prestases tú la tuya.

—¿Con qué objeto?

—Espero la visita de una amiga, y en mi piso hay demasiada gente ruidosa.

Roy lo pensó un poco y accedió. Se humedeció inconscientemente los labios.

Bump le dio unas palmadas en la espalda.

—No te desanimes, amigo; ya llegará tu hora.

Roy comprendió que nunca le gustaría aquel tipo.

Bump le dio el número de su habitación e intercambiaron sus llaves; después, Roy metió unas cuantas cosas en su maleta y bajó por la escalera.

Andando por el pasillo del cuarto piso, vio una puerta entreabierta y se imaginó que era la que buscaba. La empujó y se quedó helado, pues allí, dándole la espalda, había una chica esbelta y pelirroja en bragas y sujetador negros. Se estaba peinando ante un espejo a la luz que se filtraba entre las ondeantes cortinas. Cuando le vio en el espejo, lanzó un grito. Él se echó atrás como si hubiese recibido una patada en la cara. Después se cerró la puerta de golpe y Roy sintió un fuerte dolor de cabeza.

La habitación de Bump correspondía a la puerta de al lado. Roy entró en ella y se tumbó en la cama; las cuatro paredes estaban revestidas de papel purpúreo con hojas volando entre cestas blancas de frutas, algunas de ellas cargadas, y otras, con su contenido derramado. Permaneció tumbado hasta que se le alivió la jaqueca.

Bajó a las seis y media y se encontró con Red, que vestía un holgado traje blanco. Comieron bistés en un fogón cercano; Roy se comió dos, acompañados de una gran cantidad de puré de patata. Después subieron por la Quinta Avenida. Con el estómago lleno se sentía mejor.

—¿Quieres ver el Village? —preguntó Red.

—¿Qué hay allí?

Red se escarbó los dientes.

—No podría decírtelo. Hay muchas cosas que ignoro. ¿Qué te parece si viésemos una película?

Roy convino en ello y entraron en un cine. Daban una película sobre un muchacho de la ciudad que llegaba a un pueblo y tenía allí una agradable aventura amorosa con una muchacha. A Roy le gustó. Cuando volvieron al hotel, la noche era apacible y estival. Roy pensó en la chica del negro sujetador de la habitación contigua.

Red habló de los Knights.

—No son malos jugadores, pero no realizan un juego de conjunto, y esto es principalmente por culpa de Bump. Éste sólo piensa en Bump y no en el equipo. Fowler, Schultz, Hinkle y Hill son buenos *pitchers* y podrían ganar muchos puntos si recibiesen algún apoyo en los *clutchers*, cosa que no sucede; la ventaja que les da Bump al batear se la quita con su mala actuación en el campo.

—¿Cómo es eso?

—Es terriblemente perezoso. Pop le ha castigado muchas veces con multas y suspensiones; pero después de esto, juega mal adrede y no ganamos un partido. Si yo estuviese en el lugar de Pop, le habría dado la patada hace ya tiempo, pero Pop piensa que un bateador como él puede ser un acicate para el resto del equipo, y por eso lo conserva, con la esperanza de que se corrija. Si consiguiésemos que el equipo funcionase como es debido, no tardaría en salir del pozo. —Se acercaban al hotel, y Roy contó con los ojos hasta el cuarto piso y observó las cortinas de las ventanas.

—He leído el informe de Scotty sobre ti —dijo Red—. Dice que eres un bateador terrible. ¿Cómo no empezaste a jugar cuando eras más joven?

—Lo hice, pero me caí —fue la evasiva respuesta de Roy.

Red frunció el ceño.

—No digas nunca esa palabra aquí.

—¿Qué palabra?

—«Me caí», al menos cuando estés cerca de Pop. Se echa a llorar cuando la oye.

—¿Por qué?

—¿No has oído hablar nunca de la caída de Fisher?

—Me parece que sí, pero no estoy seguro.

Red le contó la historia:

—Hace unos cuarenta años, Pop era el tercer *sacker* del viejo Sox cuando participaron por primera vez en la Serie Mundial, después de veinte años. Desde luego querían triunfar aquel año, pero también lo querían los Athletics, contra los que jugaban, y fue una lucha muy igualada hasta el séptimo partido. Éste se jugaba en Filadelfia, y desde el primer *inning*, el marcador estaba en 3 a 3, hasta que los Athletics rompieron el empate en el último del octavo. En el noveno, los Sox tenían que echar el resto, pero empezaron mal. El primer bateador golpeó una pelota demasiado corta; el segundo fue eliminado, y el tercero era Pop. Todo dependía de él. Dejó pasar una en un *strike* después dio un golpe tremendo a una pelota baja. La pelota voló hacia el centro —siguió diciendo Red—, donde el *fielder* central avanzó demasiado aprisa, y la pelota rodó hasta la valla; parecía una buena ocasión para llegar al *home* o, al menos, a la tercera base. Por consiguiente, Pop, que a la sazón era muy joven, corrió alrededor de los sacos y la muchedumbre empezó a gritar esperando que marcase y ganase el partido; pero entonces, cuando se dirigía al *home*, sus piernas se enredaron de la manera más tonta, cayó de bruces en el suelo y se quedó sin aliento. Cuando pudo levantarse, la pelota estaba en manos del *catcher*, que corrió la línea detrás de Pop. En la carrera que siguió, el tercera base le alcanzó y le tocó, y allí terminó el partido.

Red escupió al suelo. Roy trató de decir algo, pero no pudo.

—Aquella noche, la caída de Fisher, o la «Famosa Caída de Fisher», como la mayoría la llamaron, apareció en los periódicos de todo el país y fue comidilla de los aficionados. Naturalmente, Pop estaba desolado. Tengo entendido que mamá Fisher descolgó el teléfono y ocultó a su hijo en el desván. Allí permaneció durante dos semanas, hasta un día en que se incendió el tejado y tuvo que salir para no abrasarse. Después de esto, se marcharon de vacaciones a Florida, lo cual no sirvió de mucho. Todo el mundo le conocía por su fotografía, y cuando pasaba, le gritaban: «Te caíste, te caíste.» Entonces fue cuando Pop se quedó calvo. Al cabo de un tiempo, la gente ya no le reconoció, salvo en el campo de juego; pero, aunque cesaron las bromas, Pop era ya un hombre marcado.

Roy se enjugó el rostro.

—Hace mucho calor —dijo.

—Pero tenía agallas —prosiguió Red—, y siguió jugando durante otros diez años, con muy buenos resultados. Entonces estuvo un par de años retirado del béisbol, lo

cual era buena cosa, pero él no lo sabía. Al poco tiempo murió un pariente rico de mamá y les dejó un montón de dinero, que Pop invirtió en comprar la mitad de las acciones de los Knights. Le nombraron mánager de campo y todos olvidaron su caída, salvo unos cuantos graciosos cronistas deportivos que, todavía hoy, cuando están demasiado borrachos para trabajar seriamente, resucitan la vieja historia y la llaman el Fiasco de Fisher, o la Farsa, o el Fandango (son muchas las palabras graciosas que empiezan con F), cuando los Knights hacen alguna tontería. Como resultado de ello, Pop tiene la impresión de que está bajo un maleficio desde el tiempo de su caída, y ha gastado veinticinco años de su vida y prácticamente todo su caudal tratando de romper el embrujo, cosa que piensa que sólo puede conseguir haciendo de los Knights los campeones del mundo, título que nunca consiguieron los Sox. Ocho veces ha terminado en segundo lugar, cinco en tercero y el resto en cuarto o quinto; pero la última temporada, cuando el juez aprovechó las dificultades financieras de Pop para comprar el diez por ciento de sus acciones y convertirse en accionista mayoritario, fue la peor de todas: terminamos en la cola y parece que este año haremos lo mismo.

—¿Cómo es eso?

—El juez trata de echar a Pop, aunque éste tiene un contrato vitalicio como mánager, condición que hubo de aceptar el juez para conseguir el diez por ciento de las acciones. Por consiguiente, hace todo lo posible por ponerle en una situación difícil. Con sus torcidos procedimientos, ha hecho toda clase de maniobras con nosotros; las cuales, si bien han producido dinero, han perjudicado al equipo. A mí me indigna —dijo Red—, porque daría el brazo derecho para que Pop ganase el campeonato y después la copa en propiedad. Estoy seguro de que entonces se sentiría satisfecho, abandonaría el béisbol y viviría en paz. Es un tipo estupendo y se merece mejor suerte de la que tiene. Por eso os pido que le deis lo mejor que tengáis.

—Que me haga jugar —dijo Roy—, y lucharé con todas mis fuerzas.

En el vestíbulo, Red dijo que lo había pasado muy bien en compañía de Roy y que debían comer más veces juntos. Antes de marcharse, advirtió a Roy que tuviese cuidado con sus ganancias. Sabía que no eran muchas, pero si en el futuro tenía ocasión de invertirlas en algo provechoso, le aconsejaba que lo hiciese.

—Nuestra vida en el béisbol es corta y debemos pensar en el futuro. En este juego puede ocurrirte cualquier cosa. Hoy estás en la cima y mañana estarás en camino de Dubuque. Trata de prevenirte para la vejez. No es conveniente gastar todo lo que se gana.

Para su sorpresa, Roy respondió:

—¡Al diablo con mi vejez! Yo estaré mucho tiempo en este juego.

Red se frotó la barbilla.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Por algo tardé quince años en llegar aquí. No vine sólo para dar un paseo, y dejaré mi huella en este sitio.

Red esperó a que dijese algo más, pero Roy cerró el pico.

Red se encogió de hombros.

—Bueno, cada cual es libre de hacer lo que quiera.

Roy le dio las buenas noches y subió la escalera. Al entrar en la habitación de Bump, recogió una horquilla dorada del cabello que estaba en la alfombra y la metió en su cartera, porque algunos decían que traía suerte. Permaneció un rato junto a la ventana, observando el iluminado Empire State Building. Desde luego, era ésta una ciudad muy grande. Se desnudó, pensando en la caída de Pop que había cambiado toda su vida, y se metió en la cama.

La cama empezó a moverse en la oscuridad y a dar vueltas en amplios y rápidos círculos. No le gustaba esta impresión y permaneció completamente inmóvil, dejando que los árboles, las montañas y los Estados girasen a su alrededor. Entonces sintió que era llevado a un sitio al que no quería ir y trató furiosamente de dar con la manera de detener la cama. Pero no lo consiguió, y ésta siguió su marcha, ahora como una ruidosa locomotora, silbando en la noche, de modo que sus nervios se pusieron en tensión y empezó a sudar y a preguntarse en voz alta por qué le había sucedido aquello, qué había hecho para merecerlo, y se vio de nuevo caminando por aquel largo y solitario pasillo, con el estuche del fagot, y oyó la llamada y vio a la loca Harriet (menos mal que humana) con la brillante pistola en la mano, y a él mismo, hecho trizas en la flor de su juventud, yaciendo en un rojo charco de su propia sangre.

«¡No! —gritó—, ¡oh, no!», y golpeó la almohada, como había hecho miles de veces con anterioridad.

Por último, al desvanecerse su visión de aquellos largos años de sufrimiento, se tranquilizó. El ruido del tren cesó al detenerse éste, y Roy se encontró instalado en algún lugar del campo, donde tuvo una larga y satisfactoria aventura amorosa con la muchacha que había visto aquella noche en la película.

Pensó en ella hasta que estuvo a punto de sumirse en un sueño profundo, y entonces pareció abrirse una puerta en su mente, y la adorable y desnuda pelirroja apareció en un momentáneo destello luminoso, después de lo cual la habitación volvió a quedar a oscuras. Pensó que todavía estaba soñando en la película, pero lo gracioso fue que, cuando ella se metió en la cama con él, casi gritó de dolor al sentir sus manos y sus pies helados sobre su ardiente cuerpo, en un abrazo inmediato; pero allí, entre las manzanas, las uvas y los melones, encontró lo que buscaba y lo tuvo.

A la mañana siguiente, en el club, los Knights, sin afeitar, tenían hosco el semblante y enrojecidos los ojos. Se movían perezosamente de un lado a otro, maldiciendo a cada paso. Disputaban entre sí. Estaban furiosos contra ellos mismos y contra todo el mundo; sin embargo, cuando entró Roy y se dirigió a su armario, levantaron la cabeza y le observaron con interés. Abrió la puerta y vio su uniforme

anudado, colgado de un gancho y goteando agua. Los calcetines y las medias estaban hechos trizas, y todas las otras cosas habían sido embadurnadas con betún. Vio sus suspensorios, con dos rojas manzanas en ellos, colgados de una cuerda sujeta al globo de la luz, y los zapatos clavados en el techo. Los muchachos lanzaron estruendosas carcajadas. Bump se desternillaba de risa, pero Roy descolgó los mojados pantalones y se los arrojó a la cara. Los jugadores aullaron de nuevo.

Bump se secó cómicamente con una toalla de baño, hurgándose en las orejas, frotándose los sobacos y bailando mientras se enjugaba el gordo trasero.

—Lo has adivinado, amigo, y en prueba de que no te guardo rencor, ¿quieres un «Camel»?

Roy no quería nada de aquel bastardo, pero tomó el cigarrillo porque todos le estaban mirando. Cuando lo encendió, alguien gritó en el fondo de la estancia: «¡Fuego!», y se agachó al estallar el cigarrillo en la cara de Roy. Bump había desaparecido. Los jugadores se abrazaban, divertidos. Rodaban lágrimas por sus mejillas. Algunos no podían ponerse tiesos y andaban encogidos de tanto reír.

Roy tiró la destrozada colilla y empezó a secar su armario.

Allie Stubbs, el segunda base, danzó alrededor de la estancia imitando a un bailarín nudista. Simuló descubrir un trombón al pie de un árbol y marchó, soplando, y soplando, y soplando.

Entonces Roy se dio cuenta de que el estuche del fagot no estaba allí. Se asombró de no haber pensado antes en ello.

—¿Quién lo ha cogido, muchachos?

Pero nadie le respondió. Allie fingió ahora que estaba lanzando puñados de pétalos de rosa al cuarto del cuidador.

Al entrar en éste, Roy vio que Bump había abierto el estuche y se disponía a atacar a Wonderboy con una sierra de cortar metales.

—¡Suelta eso, imbécil!

Bump se volvió y dio un paso atrás, con el bate levantado. Roy lo agarró y, con un rápido giro de la muñeca, lo arrancó de sus sudorosas manos, haciendo dar media vuelta a Bump y dándole un fuerte rodillazo. Bump gruñó y le largó un puñetazo, pero Roy lo esquivó. Todos los del equipo entraron en el cuarto del cuidador, riendo entusiasmados.

Pero Doc Casey se abrió paso entre ellos y se interpuso entre Roy y Bump.

—Basta ya, muchachos. Aquí no queremos jaleo. Salid, si no queréis que Pop os arranque el pellejo.

Bump estaba sudoroso y dolorido.

—Eres un hazmerreír, ¡palurdo!

—No me gusta que gastes bromas pesadas a quien te hizo un favor —dijo Roy.

—Tengo entendido que no lo pasaste mal, encanto.

De nuevo se abalanzaron el uno contra el otro, pero Doc pidió ayuda y los mantuvo apartados, hasta que los jugadores agarraron los brazos de Roy y sujetaron a

Bump.

—¡Dejádmelo —rugió Bump—, y despellejaré a ese imbécil!

Sujetados por el equipo, se miraron furiosamente por encima de la cabeza del cuidador.

—¿Qué pasa aquí? —gritó estridentemente Pop desde el vestuario.

Earl Wilson asomó la cabeza gris y tostada por el sol, y ordenó rápidamente:

—Todos fuera de aquí, ¡deprisa!

Los jugadores pasaron corriendo por delante de Pop y se metieron en el túnel. Ahora se sentían mejor.

Dizzy sacó un nuevo equipo para Roy. Éste se vistió y limpió su bate, algo arrepentido de haber perdido los estribos, porque había deseado hablar en privado con aquel tipo, al objeto de descubrir si era la pelirroja la muchacha que esperaba anoche en su habitación.

Pero el mero hecho de pensar en ella le hacía sentirse inquieto. Se presentó a Pop en el foso.

—¿Qué ha sido ese follón entre Bump y tú? —le preguntó Pop.

Roy no se lo dijo y Pop se enfadó.

—No voy a tolerar peleas entre jugadores; que no vuelva a repetirse, o tendrás que volver a cortar leña en tus bosques. Ahora preséntate a Red.

Roy se dirigió al lugar donde Red estaba haciendo de *catcher* para Chet Schultz, el *pitcher* de hoy, y Red le dijo que esperase su turno en la jaula de detrás del *home*.

El campo estaba lleno de amodorrados jugadores. Media docena de ellos estaban cerca de la puerta de la jaula, esperando los lanzamientos de Al Fowler, a quien Pop había ordenado que hiciese de *pitcher* en las prácticas de bateo, por haber fallado ayer en los *clutches*. Otros estaban en las líneas laterales, peloteando. Unos pocos cazaban pelotas altas en el campo, y un grupo jugaba a lanzar con rapidez. En la línea entre el *home* y la primera base, Earl Wilson lanzaba pelotas rasas a Allie Stubbs, Carl Baker, Hank Benz, el tercera base, y Emil Lajong, que jugaba en la primera. En el campo exterior, Hinkle y Hill, dos hombres del equipo inicial, y McGee, reserva, hacían ejercicios rutinarios de carrera. Ninguno parecía estar del todo despierto, pero cuando Roy entró en la jaula, parecieron animarse y le observaron.

Fowler, un *pitcher* zurdo, estaba de pésimo humor. No le gustaba que Pop le tirase de las orejas, le llamase comediante y le enviase a entrenar a los bateadores el día después de haber hecho de *pitcher*. Fowler tenía veintitrés años, pero aparentaba treinta. Era alto y delgado, de cabellos y cejas muy rubios, y de ojos pequeños y azules. Tenía madera de *pitcher* y lo sabía, pero durante toda la temporada había estado como despistado y no había parado de quejarse. Andaba a la greña con Bump, que, por regla general, no tenía amigos.

Cuando Roy se adelantó con Wonderboy, acercó demasiado la tabla para el gusto de Fowler, el cual, a fin de cuentas, sólo estaba allí para ayudar a los bateadores a calcular el tiempo. Enfadado, Fowler lanzó la pelota a la cabeza de Roy. Éste mordió

el polvo.

Pop chilló:

—¡Basta de burradas, maldito imbécil!

Fowler murmuró que se le había escapado la pelota. Sin embargo, quería poner en ridículo a Roy y lanzó con gran fuerza la pelota siguiente. Roy la golpeó y la hizo pasar por encima de la valla de la derecha del campo. Fowler, sofocado, probó un lanzamiento con efecto. Roy le dio a la pelota con el extremo del bate y la impulsó hasta las gradas de la izquierda.

—¡Prueba con ésta, abuelo!

Fowler lanzó un disparo con la muñeca rígida, lo cual hizo que la pelota no girase en el aire antes de caer súbitamente; pero Roy la alcanzó con el palo y la lanzó hasta la vigésima fila de las gradas del centro del campo. Después lo dejó. Fowler miraba a sus pies con el ceño fruncido. Todos los demás miraron fijamente a Roy.

Pop le gritó:

—Déjame ver ese bate, hijo.

Tanto él como Red lo examinaron, sopesándolo y pasando los dedos por la madera.

—¿De dónde lo sacaste? —preguntó Pop.

Roy carraspeó. Al fin respondió que lo había hecho él mismo.

—¿Grabaste tú el nombre *Wonderboy* en él?

—En efecto.

—¿Qué significa?

—Lo hice hace mucho tiempo —dijo Roy—, cuando era muchacho. Quería que fuese un bate muy bueno y por eso le puse este nombre.

—Un bate barato —comentó Red.

—Lo sé. Pero cerca de donde yo vivía, había en la orilla del río un árbol que había sido partido por un rayo. Me gustó la madera interior y corté un pedazo para hacerme un bate. Lo había usado poco hasta que jugué como semiprofesional, pero siempre lo había tenido bien engrasado y lo pulía para que no se rajase.

—Es muy blanco. ¿Blanqueaste la madera?

—No; es su color natural.

—¿Cuánto tiempo hace que lo hiciste? —preguntó Pop.

—Mucho..., no lo recuerdo exactamente.

—¿Por qué no empezaste a jugar entonces?

Roy tardó un poco en responder:

—En cierto modo me lo impidieron.

Pero Pop se limitó a sonreír.

—Red lo medirá y lo pesará. Si no pusiste nada dentro y reúne las condiciones reglamentarias, podrás emplearlo.

—Sólo hay madera en él.

Red le dio unas palmadas en la espalda.

—Tengo la impresión de que te traerá suerte. —Y, volviéndose a Pop—: Quizá podamos poner muy pronto a Roy en el equipo.

Pop dijo que ya verían cómo se portaba.

Pero envió a Roy a la izquierda del campo, y Earl le lanzó pelotas a lo largo de todo el terreno. Roy las pilló bien. Cogió una encima del hombro y dos que rebotaron en la pared de debajo de las gradas. Su lanzamiento era rápido, fuerte y exacto.

Aunque Bump no solía excederse en los entrenamientos, cuando le tocó el turno, envió a las gradas cinco pelotas lanzadas rápidamente por Fowler. Entonces trotó hasta su punto acostumbrado, en el lado del sol, y Earl le lanzó algunas pelotas largas, todas las cuales cogió a la carrera, incluso aquellas que se acercaron a la pared, cosa desacostumbrada en él porque no le gustaba arrimarse a ésta.

El entrenamiento adquirió vivacidad. Los hombres trabajaban ahora más deprisa y con más esfuerzo de como lo habían hecho en mucho tiempo. Pop se sintió de pronto tan contento, que las lágrimas acudieron a sus ojos y tuvo que sonarse la nariz.

Media hora antes de la señalada para el comienzo del partido, los muchachos estaban sentados en la casa del club, en calzoncillos, después de ducharse. Bromeaban, hacían crucigramas, se afeitaban y escribían cartas. Dos de ellos jugaban a las damas, mientras otros formaban círculo a su alrededor y los demás bebían soda, leían el *Sporting News* o, simplemente, no hacían nada. Aunque trataban de disimularlo, todos estaban nerviosos, levantando siempre la mirada cuando alguien entraba en la habitación. Roy no lo entendía.

Red le presentó a algunos de los muchachos, y Roy intercambió unas palabras con Dave Olson, el rechoncho *catcher*, con el tímido mexicano centrocampista, Juan Flores, y con Gabby Laslow, que guardaba el campo de la derecha. Evitaron a Bump, que estaba sentado ante su armario con una toalla de baño alrededor de las caderas, e insertaba hilo rojo en la planta amarillenta de uno de sus calcetines.

—Pasa ese hilo de un calcetín a otro todos los días —dijo Red en voz baja—. Dice que le trae suerte al batear.

Mientras los jugadores empezaban a ponerse los uniformes limpios, Pop, que llevaba ahora unos espejuelos de media luna, salió de su despacho. Leyó en voz alta el orden en que habían de batear, y, después, hojeando su amarilla libreta, leyó los nombres de los jugadores del equipo contrario y recordó a los *pitchers* y a los *fielders* cómo tenían que actuar. Estas instrucciones estaban desperdigadas en la libreta, y Pop tuvo que buscar no poco antes de haber instruido a todo el mundo. Roy pensó que ahora les aplicaría un sinapismo a todos, pero se limitó a mirar ansiosamente hacia la puerta y suplicarles que estuviesen alerta y que, por el amor de Dios, consiguiesen algunas carreras.

Precisamente cuando Pop terminó su arenga, se abrió la puerta chirriando y asomó un hombre bajo y regordete que vestía un traje verde. Al ver que estaban listos, se estiró y entró; llevaba una cartera en la mano. Sonrió a los jugadores, y éstos, sin que nadie se lo dijese, arrastraron sillas y bancos y se colocaron en hileras

delante del recién llegado. Roy se unió a los demás, esperando oír alguna especie de discurso. Pop y los entrenadores se sentaron detrás del hombre, y Dizzy se apoyó perezosamente, con la boca entreabierta, en la puerta que conducía al pasillo.

—¿Quién es? —preguntó Roy a Olson.

—Doc Knobb —respondió el *catcher*, que parecía adormilado.

—¿Qué ha venido a hacer?

—A tranquilizarnos.

Los jugadores prestaban atención, sentados como si fuesen a tomarles una foto. El nerviosismo que Roy había advertido en ellos había desaparecido casi por completo. Parecía como si les hubiesen quitado un peso de encima, e incluso Bump lanzó un leve gruñido de satisfacción.

El doctor se quitó la chaqueta y arremangó la camisa.

—Hoy tengo mucha prisa —dijo a Pop—; he de animar a un equipo de polo en Brooklyn.

Sonrió a los hombres y empezó a hablar en voz tan baja, que al principio no lo oyeron. Cuando la levantó, rezumaba calma.

—Ahora —ronroneó— relajaos y prestadme atención. Pensad sólo en mí. —Rió, se sacudió una mota de los pantalones y siguió diciendo—: Ya sabéis cuál es mi propósito. Estáis familiarizados con esto. Quiero ayudaros a libraros del miedo y del sentimiento de inferioridad que os atenaza e impiden que seáis unos ases en este deporte. ¿Quiénes son los Piratas? No son superhombres, sino simples mortales. ¿Qué tienen ellos que no tengáis vosotros? Nada, absolutamente nada. Lo que os perjudica es la actitud..., vuestra actitud, no la de los Piratas. ¿Qué os imagináis que sois? ¿Una bandada de murciélagos volando alrededor de un ataúd, o el sol brillando serenamente sobre un lago azul? ¿Sois sardinas devoradas en el mar, o la ballena que las devora? Por eso estoy aquí, para ayudaros a responder a esta pregunta en sentido afirmativo, para ayudaros, por medio del mesmerismo y la autosugestión, y con ello quiero decir que sois vosotros mismos los que debéis sugestionaros. Yo sólo contribuyo a haceros receptivos a vuestros propios pensamientos básicos. Si pensáis que vais a ganar, ganaréis. Si no lo pensáis, no ganaréis. Esto es psicología. Ella rige el mundo. Prestadme toda vuestra atención y miradme a los ojos. ¿Qué veis en ellos? Veis sueño. Exactamente, sueño. Por consiguiente, relajaos, dormid, relajaos...

Su voz era suave, arrulladora, pacífica. Había levantado sus carnosos brazos y, con sus dedos regordetes, trazaba ondas en un vasto mar en calma. Olson roncaba ya tranquilamente, Flores asomaba la punta de la lengua, Bump y algunos otros jugadores, dormían profundamente. Pop les miraba, absorto.

Contemplando la luz que se reflejaba en la calva de Pop, Roy sintió que se iba..., que descendía entre las ondas en un agua dorada donde buscaba a su pareja acuática, o sirena, o como queráis llamarla. Sus ojos se hicieron más grandes en la búsqueda, primero como los de un pez, después como los de una rana. Al hundirse más en el mar verde pálido, buscó en todas partes el brillo rojizo de las escamas de ella, hasta

que el agua se hizo densa y de un verde oscuro, y después todo se hizo gradualmente tan negro, que perdió toda visión de donde estaba. Cuando trató de ascender hacia la luz, no pudo encontrarla. Nadó en todas direcciones y, aunque a veces veía destellos de una cola verde, estaba oscuro en todas partes. Produjo una tormenta de burbujas luminosas, pero éstas daban poca luz y no sabía adónde ir.

Roy abrió los ojos y se levantó de un salto. Se deslizó entre los bancos. El médico se sorprendió, pero no trató de detenerle. Pop gritó:

—¡Eh! ¿Adónde vas?

—Afuera.

—¡Siéntate, maldita sea! ¡Pertenece al equipo!

—Puedo pertenecer al equipo, pero ningún médico va a hipnotizarme.

—¡Firmaste un contrato en el que te comprometiste a obedecer las órdenes! —gritó Pop con voz estridente.

—Sí, pero no a dejar que alguien juegue con mi mente.

Mientras se dirigía al túnel, oyó que Pop juraba por su tío de dos cuarenta y cinco que nadie que se llamase Roy Hobbs jugaría nunca al béisbol para él.

Había esperado antes..., y seguía esperando ahora, en un banco claveteado del foso, resguardado del cielo, del viento y del tiempo, de todos menos del polvo que venía del campo de los Knights y se alojaba, seco, en la garganta, al mustiarse la hierba. Y del tiempo que marcaba lanzamientos y *strikes*, entradas y salidas de bateadores, medios *innings* e *innings* completos, juegos ganados y (la parte mayor) perdidos, días y noches y los interminables viajes en tren desde Filadelfia, con paradas a lo largo del arco hasta St. Louis, y de vuelta por Chicago, Boston, Brooklyn... y él siempre esperando.

—Vamos, Roy —le había apremiado Red—, discúlpate con Pop, y, la próxima vez que venga Knobb, reúnete con los muchachos, y todo irá bien.

—Nada de eso —replicó Roy—. No necesito que ningún curandero venga a inyectarme confianza. Quiero valerme sólo de mis fuerzas.

—Él quiere sólo que todo el mundo se relaje y pueda dar lo mejor de sí.

Roy sacudió la cabeza.

—He tardado mucho tiempo en llegar aquí, y ahora que lo he conseguido, quiero hacerlo por mí mismo, no con todas esas tonterías.

—¿Hacer qué? —preguntó Red.

—Lo que tengo que hacer.

Red se encogió de hombros y lo dejó por terco. Aunque Roy pertenecía oficialmente al equipo, siempre estaba solo entre los demás: junto a la ventanilla del tren, observando los árboles que pasaban; delante de su armario, absorto en un cordón desatado del zapato; en el foso, mirando el juego de reajo. Viajaba en su compañía y se vestía donde lo hacían todos, pero no compartía nada con ellos, salvo tal vez las prácticas de bateo, entrando en la jaula con el palo sobre el hombro, un bate que brillaba como un hueso de la pierna bajo el sol, y golpeando con fuerza la pelota.

Casi siempre atajaba los rápidos y a menudo asesinos lanzamientos (los *pitchers* entrenadores empleaban todos sus trucos con él) enviando la pelota a las gradas, mientras los jugadores le observaban y comentaban en voz baja el rápido vuelo de la bola, aunque se olvidaban de él en cuanto empezaba el partido. Pero había días en que la espera le abrumaba. Sentía que la fuerza menguaba en sus huesos, debilitándole hasta el punto de que apenas si podía levantar a *Wonder hoy*. Entonces se negaba a moverse, por miedo a caer sobre el trasero y tener que alejarse a gatas. Cuando se hallaba de este humor, nadie advertía su inactividad, salvo Pop, y también Bump, que, al ver lo pálido que estaba, escupía desdeñosamente jugo de tabaco. Pero cuando Roy recobraba la fuerza, se metía de nuevo en la jaula de los bateadores y hacía maravillas, que todos contemplaban con admiración.

Él los observaba *a ellos* y, por muy mal que se sintiese, tenía que reírse. Eran siempre una pandilla de chalados, pero, cuando perdían, eran imposibles. Era como una enfermedad. Lanzaban a bases equivocadas, se perdían en el campo exterior. Se pasaban los unos a los otros en las líneas de base, a veces cambiaban el orden al batear, haciendo que a Pop y al árbitro les diesen ataques, y acusaban a los otros de sus errores. No era raro verles amontonar a tres hombres sobre un saco, o fijarse en un *catcher* del equipo contrario, en un solo salto, tocar a dos de ellos al llegar junto al *home*. O ver a Gabby Loslow inmovilizarse con la pelota en un momento de apuro, o a Allie Stubbs recibir en la mandíbula un pelotazo de Olson, mientras él admiraba a una dama de las gradas. El hipnotismo de Doc Knobb calmaba su excitación, pero servía poco para coordinar sus acciones; sin embargo, cuando pasaban unos días sin ser hipnotizados, parecían más hechizados y embrujados que de costumbre y practicaban toda clase de trucos mágicos para curarse de ello. Todos cruzaban invariablemente los dedos cuando derramaban sal, café o té, o al ver un coche fúnebre. Emil Lajong daba un salto atrás cada vez que veía en las gradas a un hincha bizco. Olson la tenía tomada con una mujer que llevaba siempre el mismo sombrero, raído y con plumas de color castaño. Escupía entre dos dedos cuando la descubría entre los espectadores. Bump seguía con su ritual de los hilos colorados en los calcetines y en los shorts. Pop acariciaba a veces una pata de conejo. Red nunca se cambiaba de ropa durante las «rachas de suerte», y Flores se tocaba disimuladamente los órganos genitales siempre que un pájaro volaba sobre su cabeza.

No eran muy diferentes de los hinchas de las gastadas y remendadas gradas. Los días laborables, el estadio solía parecer una casa embrujada, pero los fines de semana se llenaba de gente. El lugar era a menudo como un zoo lleno de bichos raros, entre los cuales se contaban jugadores de ventaja, vagabundos, borrachos y algunos feos chiflados. La mayoría de ellos iban sólo para reírse de los estúpidos jugadores. Algunos, cuando los chicos perdían, maldecían y gritaban, arrojándoles —cuando se acercaban lo bastante— coles podridas, tomates, plátanos pasados y, ocasionalmente, una berenjena. Sin embargo, bastaba con que el árbitro pitase un *close play* contra los Knights para que se convirtiese en blanco de botellas de gaseosa, botes de cerveza,

zapatos viejos o cualquier otra cosa al alcance de las manos. A pesar de todo, y por extraño que parezca, unos pocos jugadores gozaban del afecto e incluso de la admiración de sus hinchas. Sadie Suter, muchacha de más de uno ochenta de estatura, que llevaba grandes sombreros con flores, calcetines y falda corta, mostraba su imperecedero amor por Dave Olson cada vez que éste subía a la tabla, tocando con todas sus fuerzas un gongo chino que llevaba al estadio todos los días de partido. Un cocinero húngaro, hombre cordial, con sombrero de paja calado hasta las cejas, saltaba en su asiento y cantaba como un gallo cuando Emil Lajong eliminaba, en una jugada, a dos contrarios. Y había una chica de Mississippi, llamada Gloria, una flor marchita de los vestíbulos, que, entre los *innings*, apartaba los ojos del juego para fijarlos en algún posible cliente para más tarde. Estaba enamorada de Gabby y le gritaba «¡Muévete, dulzura!», para ponerle en movimiento detrás de una pelota elevada. Aparte éstos, había aparecido a comienzos de la temporada el pomposo Otto P. Zipp, cuyo agresivo altavoz podía oírse en todo el campo y tenía por objeto apabullar a los críticos de Bump Baily, la mayoría de los cuales censuraban al grandullón por correr menos que los otros *fielders*. El enano enganchaba la bocina en la punta de un bastón de tres palmos y la hacía sonar como una bandada de patos contra los insolentes que —con los insultos resonando en sus oídos— buscaban refugio en algún lugar oculto del graderío e incluso fuera del campo. Zipp asistía a todos los partidos que se jugaban en casa, sentándose en la barandilla de la izquierda del campo, y Bump, por motivos de publicidad, abandonaba su puesto antes de empezar el partido y corría a saludarle con un sonoro beso en la frente, dejando a Otto en un estado de almibarada bienaventuranza.

Roy llegó a conocer a todos mientras esperaba, a todos y cada uno si miraba el tiempo suficiente a través de la humareda de los cigarrillos, salvo a una..., Memo Paris, la sobrina pelirroja de Pop, triste y desdenada dama que, sin estar casada, se sentaba en el palco de las esposas detrás de la tercera base. Si ella le hubiese dejado, habría podido encontrarla con los ojos cerrados, sólo con las manos, como había hecho en la oscuridad. Memo vivía siempre en su mente en el acto amoroso, que era lo único que conocía de ella, porque no le había permitido acercarse de otro modo. Él tenía la culpa, había gimoteado ella aquella amarga medianoche, y por eso odiaba su sucia desfachatez. Desde que el equipo había vuelto a la ciudad —ella le colgaba el teléfono y rompía sus cartas no más recibirlas—, al salir ella del ascensor y levantarse él de su sillón en el vestíbulo del hotel, para decirle cuánto lamentaba aquel error inicial, se arrebujaba en su abrigo de verano y pasaba rápidamente por su lado, pintado el desprecio en sus verdes ojos, fulminando de pasada a Bump, que se hallaba en el puesto de cigarros y se había reído en voz alta del fracaso de Roy. («Mira, encanto —había explicado Bump a la chica—, si cedí mi habitación a ese patán, fue por pura compasión, porque no tenían otra para él y yo pensaba pasar la noche en el apartamento de mi primo de Mobile. ¿Cómo iba a pensar que te meterías allí, si me habías dicho que no volverías a dirigirme la palabra?») Le juró que no había sido una

broma pesada —¿acaso le había gastado nunca antes bromas?—, pero Memo le había castigado en silencio, castigándose ella misma, y esto lo sabía porque ni un solo día dejaba de ir a verle jugar.) Y ella salía del vestíbulo con un tintineo de brazaletes de plata y vacilando un poco sobre sus altos tacones, como si no hubiese tenido tiempo sobrado de acostumbrarse a ellos, y se alejaba con su hermoso cuerpo, con todo lo cual condenaba a Roy y a Bump a freírse eternamente en la grasa de su abominación.

Si esperaba, era por ella.

El veintiuno de junio, por la mañana, Pop dijo a Roy que al día siguiente le enviaría a un equipo de segunda categoría de la Great Lakes Association. Roy le dijo que, de todos modos, pensaba dejar el béisbol, pero, aquel mismo día, en respuesta a una irritada pregunta de Pop sobre las causas de que el equipo siguiese sin levantar cabeza, Doc Knobb dijo que el histérico comportamiento del mánager estaba deshaciendo todo el bien que él había hecho, y ofreció hipnotizar a Pop con todos los demás, sin aumentar sus honorarios. Pop replicó vivamente al psicólogo que era demasiado viejo para aquellas monsergas, y Knobb replicó, a su vez, que su actitud era no sólo ridícula, sino también estúpida. Pop se puso colorado y le dijo que se fuese al diablo con sus trucos, con lo cual quedó el doctor despedido en el acto.

Aquella tarde, los Knights iniciaron una serie con los Phils, que ocupaban el segundo lugar en la clasificación. En vez de desanimarse los jugadores al enterarse de que no habría más sesiones de hipnotismo, el equipo jugó su mejor partido en muchas semanas. Contra un *pitching* superior, consiguieron tres *singles* en una carrera, y, aunque Schultz había entregado cinco *hits* a los Phils, fueron dispersos y no significaron nada. Los Phils no pudieron marcar hasta el final del octavo, cuando Schultz falló en dos *out*, pasando un hombre a la primera base y lanzando al siguiente una pelota lo bastante buena para golpearla para un *single*, de modo que ahora había hombres en la primera y la tercera bases. Entonces vino Rogers, el duro bateador de los Phils, que imprimió a la pelota una trayectoria curva en lo que sólo parecía ser una bola larga y elevada, un *catch* de rutina hacia el centro izquierda. Sucedió que Bumps estaba más cerca de la pelota que Flores, que se había desviado hacia la derecha; pero se sentía excitado bajo el sol y se preguntaba a quién invitaría a su cama por la noche, cuando miró hacia arriba y vio venir la pelota. Aún tenía tiempo de colocarse debajo de ella, pero entonces vio que Flores galopaba como un caballo para hacerse con la bola, y la expresión angustiada del rostro del mexicano, su cuello tirante como una gruesa cuerda y su boca obsesionada, fascinaron de tal modo a Bump, que decidió dejar que la cogiese, ya que tanto lo deseaba. Sin embargo, en el último momento, trató de quitársela al mexicano, aun a riesgo de chocar de cabeza con él; pero el viento acercó la pelota a la pared más de lo que él había calculado, y por eso se echó atrás para cubrir a Flores si éste fallaba.

La pelota cayó entre ellos, en buena posición para un doble, y marcó dos para los

Phils. Pop se quiso tirar de los pocos cabellos grises que le quedaban, pero no pudo agarrarlos con sus dedos untados y vendados, por lo cual se tiró de las orejas, hasta que quedaron como dos lámparas rojas. Por fortuna, el Phils siguiente arregló las cosas rodando a la primera base, lo cual mantuvo el marcador en 2 a 1. Cuando Bump volvió al foso, Pop le maldijo desde la cuna hasta la tumba y, por una vez, Bump no le zahirió con sus respuestas. Cuando llegó su turno de salir al campo, Pop le gruñó que se quedase donde estaba. Flores aprovechó un buen bate, y aterrizó en la primera base, pero Pop se mantuvo en sus trece y miró a lo largo de la línea, más allá de Bump. Su mirada se detuvo en Roy, que estaba en el extremo del banco, y gritó su nombre para que saliese a batear. Bump enrojeció. Agarró un bate y se dirigió a Roy, pero la mitad del equipo se echó sobre él. Roy siguió sentado sin moverse, y todos pensaron que no se levantaría. El árbitro pidió a gritos que saliese un bateador y, al cabo de un rato, mientras los jugadores se agitaban y Pop echaba chispas, Roy suspiró y agarró su *Wonderboy*. Después subió lentamente los peldaños.

—¡Arráncale la cubierta! —le gritó Pop.

—Atención, por favor —anunció el locutor—. Roy Hobbs, número cuarenta y cinco, bateará por Bayli.

En las gradas brotaron murmullos, que se convirtieron en gritos de protesta.

Otto Zipp saltó en su asiento, sacudiendo furiosamente su pequeño puño en dirección a la tabla del *home*.

—¡Arrojadlo a los perros! —gritó, llenando el aire con sus estridentes maldiciones.

Roy miró hacia el palco de las esposas y vio que Memo tenía vuelta la cabeza. Apretó los dientes y se dirigió a la tabla. Sintió el impulso de sacudir el polvo de los tacos de sus zapatos, pero se contuvo porque no quería rayar su bate en modo alguno. Mientras esperaba que se colocase el *pitcher*, se enjugó las palmas de las manos en sus pantalones y se tiró bruscamente de la gorra. Levantó *Wonderboy* y esperó, inmóvil, el lanzamiento.

No hubiese podido decir de qué color era la pelota que venía hacia él. Lo único que podía pensar era que estaba enfermo de tanto esperar y ansioso de empezar. La pelota era ahora como una gota de rocío mirándole a los ojos; él dio un paso atrás y se columpió sobre los pies.

Wonderboy resplandeció bajo el sol. Alcanzó la bola en el centro. Restalló en el cielo un ruido como una salva de cañón del veintiuno. Hubo un sonido de desgarramiento, y unas gotas de lluvia salpicaron el suelo. La pelota zumbó en dirección al *pitcher* y pareció caer de pronto a sus pies. Él la agarró para lanzarla a la primera base y se dio cuenta, horrorizado, de que sólo sostenía la cubierta de la bola. El resto de ésta rodaba, deshilachándose, hacia el campo exterior.

Roy estaba rodeando la primera base cuando la pelota cayó como un pájaro muerto en el centro del campo. Al tratar de recogerla y lanzarla, el *fielder* Philly se enredó con los hilos. El hombre de la segunda base acudió corriendo, mordió la

cuerda y lanzó la pelota al *catcher*, pero Roy había pasado la tercera y llegado al *home*. El árbitro declaró válida la jugada e inmediatamente se armó la marimorena. El mánager de los Phils y sus jugadores salieron del foso, y los nueve hombres del campo se reunieron con ellos. Al mismo tiempo, Pop se lanzó *con todos los Knights*, salvo Bump, en defensa del árbitro. Éste, pillado entre los dos equipos, pasó un mal rato y fue zarandeado a uno y otro lados. Expulsó a dos hombres de cada bando, pero entonces tomó la decisión de que el *hit* era un doble según el reglamento. Flores había marcado, y el partido estaba empatado. Roy fue enviado a la segunda base y Pop anunció que terminaría el juego pero haciendo constar su protesta. Entonces alguien gritó que estaba lloviendo a cántaros. Las gradas se vaciaron en un santiamén, y los jugadores se amontonaron en los fosos. Cuando Roy llegó de la segunda base, el agua le llegaba a los tobillos. Pop le envió a la casa del club para que se cambiase de ropa, pero habría podido evitarse el trabajo, porque estuvo lloviendo tres días seguidos. El partido había quedado en un empate a dos y tendría que volver a jugarse más tarde, pero dentro de la temporada.

En el vestuario, Pop pidió a Roy que le explicase por qué creía que se había desprendido la cubierta de la pelota.

—Es lo que usted me dijo que hiciese, ¿no?

—Es verdad —replicó Pop, rascándose la cabeza.

El día siguiente dijo a Roy que retiraba lo del traslado y que, en lo sucesivo, le emplearía como bateador y como *fielder* de reserva.

La lluvia había dado al traste con la serie de los Phils, pero los Knights, iban a empezar otra contra los Redbirds, que ocupaban el séptimo lugar en la tabla.

En los ejercicios de precalentamiento, Roy, que había suscitado cierta curiosidad con su fantástico golpe de ayer, parecía en plena forma, pero lo mismo podía decirse de Bump. Por primera vez en mucho tiempo, Roy salió al campo izquierdo para el precalentamiento. Bump estaba también allí y Earl les arrojó pelotas altas a los dos.

Mientras se cambiaban de ropa antes de empezar el partido, Bump advirtió a Roy, delante de todos:

—Mantente lejos de mi camino, amigo, o te romperé la cabeza.

Roy escupió al suelo.

Cuando Pop entregó el orden de bateo a Stuffy Briggs, el árbitro, había escrito como de costumbre el nombre de Bump en cuarto lugar, pero Pop le había advertido ya que, si no corría cuando una pelota salía fuera de su campo, le tendría mucho tiempo descansando en el banco.

Bump no le había replicado, pero saltaba a la vista que se había tomado en serio las palabras de Pop, porque aquel día se portó como un *fielder* de primera. Aceptó ocho oportunidades, entrando en dos ocasiones en el campo central para quitar la pelota a Flores. Las agarró a su derecha y a su izquierda, se lanzó de una manera pasmosa y, corriendo como sobre ascuas, realizó un fantástico *catch* por encima del hombro. Todavía no satisfecho, se lanzó como un toro en su noveno intento, también

en territorio de Flores, con una pelota que volaba a gran altura en dirección a la pared. Mientras corría para alcanzarla, sintió renacer el miedo en su interior, y sus piernas redujeron involuntariamente la velocidad; pero entonces se vio cómo el mejor *outfielder* de la Liga, reconocido como tal por los hinchas y por los jugadores, e incluso por Pop, para quien no sería menos que el respetuoso, enamorado y futuro marido de Memo. Pensando de esta manera, volvió a correr más deprisa, aunque el altavoz de Zipp tronaba furiosamente a su espalda, y, con un magnífico salto torciendo el cuerpo, agarró la pelota con sus dedos de hierro. Sin embargo, la pared siguió avanzando y, aunque la dama pelirroja de sus pensamientos se había puesto en pie y chillaba, Bump se dio de cabeza contra el muro, que pareció abrazar su cuerpo destrozado.

Aunque Bump estaba en la lista de los pacientes en estado crítico del hospital, muchos periódicos siguieron especulando sobre la pelota cuya cubierta había arrancado Roy. Se daban toda clase de explicaciones, desde una ilusión óptica —ni la pelota ni la cubierta fueron encontradas; los restos que había atrapado el *catcher* desaparecieron, y se pensó que algún hinchas había hurtado la envoltura— hasta una prodigiosa hazaña de fuerza. Se examinaron minuciosamente todas las historias del béisbol, y los archivos de los periódicos, pero nadie pudo encontrar el menor indicio de que algo parecido hubiese ocurrido con anterioridad, aunque algunos de los cronistas más viejos aseguraban lo contrario. Después se rumoreó que Pop había ordenado a Roy que despellejase la pelota y que Roy le había complacido, pero nadie se tomó esto muy en serio. Un cronista deportivo sugirió que un golpe fuerte hacia abajo podía arrancar la cubierta exterior. Él lo había probado en el sótano de su casa y había partido el cuero. Otro señaló que un golpe semejante habría dejado una pelota rasa sobre el campo y, por consiguiente, quizás un tremendo corte hacia arriba. El primer hombre demostró que esto habría provocado una elevación de la pelota, siendo así que, como sabía todo el mundo, aquélla había pasado justamente por encima de la cabeza del *pitcher*. Probablemente se había debido a un golpe fortísimo. Pero muchos bateadores habían golpeado la pelota con mucha fuerza antes de entonces, arguyó otro, y su teoría era la de que la bola era defectuosa, hecho que desmintió enérgicamente la compañía que la había fabricado. Max Mercy tenía otra teoría. Escribió en su columna *Mi ojo indiscreto* (el año en que había escrito sobre Broadway para su periódico, aplicaba el ojo al agujero de la cerradura), que el bate de Roy era sospechoso, e insinuaba que podía contener algo mucho más duro que la madera. Red Blow lo negó públicamente. Dijo que el bate había sido examinado por las autoridades de la Liga, las cuales habían comprobado que tenía menos de once centímetros de longitud, menos de seis centímetros de grueso en su parte más ancha, y menos de ochocientos gramos de peso, todo lo cual hacía que fuese perfectamente legal. Entonces pidió Mercy que el palo fuese examinado con rayos X, pero Roy se negó y mantuvo a *Wonderboy* oculto siempre que los reporteros fueron a husmear por el club.

El día después del accidente, Pop accedió seriamente a que Roy jugase en el lugar de Bump. Al trotar Roy hacia la izquierda, Otto Zipp estaba en su asiento acostumbrado, pero parecía cansado y viejo. Su cara, inclinada para resguardarla de los rayos del sol, era como una torta con una cereza por nariz, y fluían lágrimas por las rendijas que tenía en vez de ojos. Parecía esperar el beso en la frente de antes del partido, pero Roy pasó sin mirarle.

La prolongada lluvia había reverdecido la hierba, y Roy brincaba en ella como un ternero feliz en sus pastos. Los Redbirds, poniéndole a prueba, le lanzaban la pelota siempre que podían, lo cual era a menudo, porque Hill no se sentía muy feliz en el montículo; pero Roy atrapaba todo lo que le lanzaban. Parecía conocer los lugares blandos, duros o irregulares del campo, y la altura exacta a que rebotaría una pelota sobre ellos. Por las banderas que ondeaban en lo alto del estadio, sabía la dirección que daría el viento a la pelota, y era rápido en pescar ésta en las traidoras corrientes sobre el suelo. Ni el sol, ni la sombra, ni el humo le preocupaban, y, cuando una pelota chocaba contra la pared, calculaba el ángulo del rebote y la alcanzaba como si su trayectoria hubiese sido trazada en un mapa. Era muy hábil en calcular las desviaciones y sabía cuándo tenía que cargar la bola para ahorrar tiempo en el lanzamiento. En una ocasión bajó la cabeza y corrió delante de una pelota que iba a estrellarse contra el cemento. Aunque los espectadores se levantaron emitiendo un enorme griterío de advertencia, él se puso de espaldas a la pared y pilló la pelota, dando unos pasos de baile para mostrar que estaba vivo. Todos rieron aliviados, celebrando los saltos que daba con sus largas piernas y pensando que parecía un acróbata por la manera de agacharse y levantarse con la pelota en su guante. Aquel día su actuación fue celebrada con muchos gritos y aplausos pero no por los que habría querido oír en un asiento ahora vacío del palco de las esposas.

No tuvo menos éxito con el bate. Se plantaba en la tabla esbelto y tranquilo, en posición para golpear con la derecha, relajadas las rodillas y erguidos los hombros. Sostenía el bate en una posición curiosa, ligeramente levantado sobre la cabeza, como disponiéndose a matar de un golpe a una serpiente de cascabel, pero esto no perjudicaba sus suaves movimientos ni la facilidad con que recibía la pelota y la golpeaba torciendo las muñecas. Los *pitchers* probaban algo diferente cada vez que tenía él que batear: pelotas con efecto, bajas o retardadas; pero él giraba y conectaba el golpe, lanzándolas en todas direcciones. Red Blow dijo a Pop que era un jugador natural, aunque a veces imperfecto, porque golpeaba pelotas malas, haciendo que Pop frunciese el ceño:

—Desconfío del bateador que da a pelotas malas.

—Hay bateadores de todas clases —respondió Red—. Algunos mueven demasiado los pies y otros atrapan pelotas malas, pero ninguno de ellos me preocupa con tal de que le aticen a cualquier cosa que se ponga en su camino.

Pop escupió por encima de los peldaños del foso.

—A veces cometen errores fatales.

—¿Y quién no? —preguntó Red.

Entonces Pop murmuró algo sobre un bateador que conocía, que se había estirado en busca de un limón y se había roto la espina dorsal.

Pero lo único que rompió Roy aquel día fue el récord del número de triples en un debut de una liga importante, y también el de ocasiones aceptadas en el *outfield*. Todo el mundo estuvo de acuerdo en que los Knights habían descubierto algo especial con él. Un reportero escribió: «Puede cazar cualquier cosa», y Roy demostró que era verdad. Ocurrió que una mujer que vivía en el sexto piso de una casa de apartamentos contigua al estadio limpiaba la jaula de su pájaro cuando estaba a punto de terminar el partido, ganado fácilmente por los Knights, y entonces el canario salió volando por la ventana y descendió sobre el campo. Roy, que estaba esperando el último *out*, vio algo que venía hacia él entre los rayos del sol poniente, pegó un salto y lo atrapó con su guante.

Después arrojó al cubo de la basura del club la pequeña masa ensangrentada.

Cuando murió Bump, Memo se volvió loca de dolor. «¡Bump, Bump!», gemía, golpeando la pared. Pop, que al principio se preocupó mucho por ella, la encontró un día arrancándose mechones de sus rojos cabellos. Tenía las mejillas arañadas, y por ellas rodaban lágrimas. Se asustó y le propuso llamar al médico, pero ella le echó con gritos estridentes. Lloró durante días enteros. Envuelta en un pijama negro, yacía atravesada sobre la blanca cama, como una vela rota todavía encendida. Mentalmente, llenaba de besos todo el cadáver y, cuando llegaba a la muda boca, le devolvía el aliento vital y sentía estremecerse sus entrañas ante la imagen de su resurrección. Pero le veía también tendido en el fondo de un oscuro corredor, sujetando con los dedos la brillante pelota que había agarrado, y había demasiadas puertas cerradas que hubiese tenido que cruzar para volver. Entonces renunció a pensar que estaba vivo y pensó en él como en un muerto. Y entonces fue cuando empezó a darse realmente de cabeza contra la pared.

No podía parar de llorar, como si se hubiesen roto todas las espitas de su llanto. O como si fuese una fuente que se hubiesen olvidado de cerrar. Sus lágrimas eran inagotables. Fluían como si nunca hubiese llorado antes de entonces. Donde quiera que se volviese, tenía que llorar; vivía en un mundo mojado. Sus pensamientos goteaban sobre flores, oscuras y manchadas, en campos nocturnos. Se movía entre ellas, gustando sus oscuridades, sin poder distinguirlas de las piedras del suelo. La sombra de él estaba allí. La veía deslizarse delante de ella y la reconocía por sus fracturas. «¡Bump, oh, Bump!», pero su voz se ahogaba en el agua. Oía un gorgoteo y las burbujas que se rompían, y sentía que las lágrimas resbalaban sobre una cara doliente (la de ella) y, aunque quería estar siempre con él, estaba (aquí) llorando.

Después de innumerables días, se arrastró fuera de la cama, trastornada por todo aquel espacio, pintadas las uñas de sus pies descalzos, temblando ante las cosas inmutables. Buscó recuerdos de él en el profundo armario; una pelota de béisbol dedicada «a mi cielo, de su Bump», un encendedor en forma de bate, que se encendió con un chasquido. Lo apagó de un soplo, siguió buscando y encontró una vieja muñequita que él había ganado para ella, y una gardenia aplastada y amarilla, pero, con su nariz irritada por el llanto, no podía percibir ningún aroma; también unos shorts encarnados que ella misma había lavado y guardado en un cajón, entre su suave (e inútil) ropa interior. Hojeando su álbum de recortes, sólo pudo encontrar unos pocos menus (de «Sardi's» y de «Toots Shoe», y uno del «Diamond Horseshoe») o entradas de cine («Palace», «Paramount», «Capitol») y otras cosas de los dos que podían ser pegadas, pues casi todo eran fotografías recortadas por ella de las páginas de deportes y en las que se veía a Bump bateando, en las líneas de las bases o cruzando la tabla. Volvió lentamente las páginas, lanzó un hondo suspiro y dejó el libro; después cogió el viejo álbum de fotos, y allí estaba su madre, con sus ojos tristes, y la fotografía rasgada y recompuesta de papá, sonriente, de papá que se

había marchado (para siempre) sonriendo, mientras danzaba con su pareja de baile; y allí estaba ella, una niña pequeña y llorosa, como si nada hubiese cambiado... La angustia estaba siempre presente; él no había sido realmente suyo cuando murió (trató de no pensar de qué mujeres habría sido, en tantas ciudades); por consiguiente, ahora lloraba a alguien por quien incluso hubiese debido llevar luto antes de su muerte. Ésta era la mayor espina en su dolor.

Cuando el calor de julio la echó de su habitación, apareció en el vestíbulo del hotel vestida de negro, con los cabellos más claros y dorados, como si hubiese perdido algo de su fuego, y Roy se sintió conmovido por su aspecto. Se había imaginado cómo sería cuando la viese de nuevo, pero tanto el negro como el rojo, aunque previsibles, le sorprendieron. Le dijeron, con la rapidez de un relámpago, aquello de lo que él quería estar seguro, que ella, a pesar de que sus ojos verdes lloraban por Bump, era la única para él, la única siempre deseable. En ocasiones pensaba qué habría sentido si lo rojo hubiese sido negro, y lo negro, rojo. Aquí, por ejemplo, había una dama de cabellos negros y que vestía de rojo. ¿Y qué? Podía tomarla o dejarla, aunque hubo un tiempo en su vida en que un vestido rojo habría excitado su fantasía; en cambio, con Memo, llameante la cabeza y oscuro el cuerpo, no había elección: él era el elegido, ¿por qué no admitirlo, aunque le causase dolor? Él había tratado últimamente de olvidarla, pero el persistente recuerdo de lo que quería le ofrecía un único camino: esperar hasta que ella saliese de la lluvia.

A veces esto era muy duro, incluso para una persona acostumbrada a esperar. En una ocasión, su ardiente deseo le impulsó a llamar a su puerta, pero Memo le dio con ella en las narices, aunque él estaba plantado respetuosamente allí con el sombrero en las turbadas manos. Pensó en pedirle a Pop que hablase en su favor —nunca se sabía lo que iba a durar la vida—, pero algo le decía que esperase. Y cuando el equipo viajaba a otras ciudades, le enviaba postales, caramelos y otros pequeños obsequios, todos los cuales encontraba en su buzón cuando volvía. Esto le descorazonaba. Sin embargo, todas las mañanas, cuando ella salía del ascensor, levantaba la cabeza para mirarla y la veía pasar sobre sus altos tacones sin dar señales de haber reparado en él. Después, un día, ella se vistió de blanco; pero aún parecía llevar luto, por lo cual él siguió esperando. Pero ahora, cuando la miraba, había veces en que ella le miraba también. Y observó que su antipatía era sustituida por una indiferencia que, poco a poco, confió en que podría vencer.

—Tengo que decirte una cosa, hijo —dijo Pop a Roy en el vestíbulo del hotel, una mañana lluviosa, poco después del entierro de Bump—, y es que no debes culparte por lo que le sucedió a Bump. Sufrió un accidente fatal, pero no fue por tu culpa.

—¿Qué quiere decir?

Pop le miró.

—Sólo quiero decir que se lo causó él mismo.

—Siempre lo he creído así.

—Algunos dicen que tal vez no habría sucedido si tú no hubieses ingresado en el

equipo, y es posible que así sea; pero yo creo que estas cosas están fuera de nuestro control, y no quisiera que te preocupase el haber podido ser en cierto modo la causa.

—No puede preocuparme, porque no lo fui. Bump no tenía que lanzarse contra la pared para coger aquella pelota. Les adelantábamos en carreras, y las bases estaban despejadas. Y habría podido cogerla al rebotar de la pared sin perder nada, ¿no es cierto?

Pop se rascó la calva.

—Supongo que sí.

—¿Quienes dijeron que yo tuve la culpa?

—Bueno, nadie exactamente. Mi sobrina dijo que tal vez querías que sucediese, pero esto no significa nada. Cuando lo dijo estaba histérica.

Roy se sintió inquieto. ¿Había preparado él la carrera de Bump contra la pared? No. ¿Había deseado la muerte de aquel tipo? Sólo una vez, después de aquella noche con Memo. Pero nunca había esperado conscientemente que se estrellase contra el muro. No había tenido nada que ver con esto, y pidió a Pop que se lo dijese a Memo. Pero Pop se sentía ahora incómodo y le dijo que lo olvidase, pues era una tontería.

Aunque Roy negaba haber deseado el triste destino de Bump o haber tenido algo que ver con éste, siguió involuntariamente preocupado por él incluso después de su muerte. Se daba cuenta de que ocupaba el sitio de Bump, no sólo porque bateaba en su lugar, jugaba de *fielder* en el lado de sol —a menudo observaba su sombra pasar sobre el punto en que se había estrellado Bump— y se había convertido, de la noche a la mañana, en uno de los primeros bateadores de la Liga y, ciertamente, en el más sensacional, sino también porque el público no distinguía su identidad de la de Bump. Cuando hacía un *catch* difícil, de aquellos que Bump, con toda su gloria, habría dejado pasar, le fastidiaba oír entre los aplausos voces que gritaban: «Buen trabajo, Bumpy, así se coge la vieja manzana», o «dejadla para Bump, él está siempre donde cae la pelota». Los mismos hinchas que un mes antes silbaban a Bump por correr menos que los otros *fielders* cantaban ahora su nombre con tal fuerza, que Roy sintió el deseo de salir al campo con un rótulo que dijese «EL QUE JUEGA ES ROY HOBBS».

Ni siquiera Otto Zipp se esforzaba en distinguirlo de su predecesor, y empleaba la misma bocina para aplaudir sus hazañas, aunque había quien decía que el enano voceaba con menos entusiasmo. Y Roy compartía también el primer lugar con Bump en las páginas deportivas, donde los periodistas los comparaban constantemente en todo. Uno de ellos llegó a hacer la cuenta de sus bateos, comparando el total de Roy después de la primera, la segunda y la tercera semanas de juego, con el de Bump al comienzo de la temporada. Un periódico publicó incluso unas imágenes en las que aparecían el vivo y el muerto enfrentándose con los bates levantados, como flechas blancas apuntando a diferentes lugares de sus anatomías, para demostrar lo mucho que se parecían en sus medidas y actitudes.

Todo esto irritaba terriblemente a Roy, hasta que una noche advirtió que Memo

entraba en el vestíbulo con un periódico doblado por la página de deportes. Como había leído el mismo periódico, sabía que ella había visto una columna acerca de Bump y de él como bateadores, por lo cual sintió que estas comparaciones podían beneficiarle de algún modo. Empezó a recordar con menos animadversión a Bump y pensó que, a fin de cuentas, no era un bicho tan malo, aunque había abusado de sus bromas pesadas. Pensando ahora en él, podía llegar a comprender el interés de Memo y sentía que, aunque él era superior a Bump como atleta, ambos habían jugado por dinero y habían hecho un espectáculo del juego. Se imaginó que, gracias a estas semejanzas, Memo se acostumbraría gradualmente a él y llegaría hasta el final, cosa que, si bien había hecho ya una vez, la haría ahora por el propio Hobbsie y no por el fantasma de otra persona.

Por consiguiente, templó por ella su bate de oro. En realidad no era dorado, sino blanco, pero a veces brillaba como el oro bajo el sol, y algunos de los *pitchers* adversarios se quejaban de que los deslumbraba. Stuffy Briggs dijo a Roy que lo guardase y emplease cualquier otra cachiporra, pero él se mantuvo firme en su derecho y se negó a hacerlo. Hubo una fuerte disputa sobre esto, hasta que Roy prometió quitar un poco de brillo a *Wonderboy*. Lo rascó con un hueso de jamón, pero, aunque los *pitchers* se callaron, el bate conservó el brillo, ahora apagado, del oro. Gracias a él obtuvo algunos promedios formidables en hits, carreras y bases totales, y, durante sus primeras semanas en el juego, ocupó el primer lugar en *homers* y triples. (Se le atribuyó haber dicho en una entrevista que sus *singles* eran «errores». Y que nunca daba un mal voleo a la pelota. «Los malos voleos no existen para mí.» Pop meneó la cabeza al leer esto, pero Red rió entre dientes y dijo que era verdad en un bateador maravilloso como Roy.)

También batió muchos récords a corto plazo, provocando toneladas de comentarios de Prensa sobre sus actuaciones. Sin embargo, éstas no eran enteramente satisfactorias para él. Le roía la impaciencia: había mucho más que hacer, más cosas del mundo por conquistar. Sentía que aún no tenía nada de valor en pago de lo que estaba realizando y, en sus sueños, seguía devorando infinitas millas de monótonos raíles en dirección a algo que ansiaba desesperadamente. Memo, suspiró.

Pop no podía dar crédito a sus ojos. «La suerte del principiante», murmuraba. Había visto a muchos que parecía que iban a comérselo todo y habían desaparecido con el rabo entre piernas. «El muchacho tiene una racha de suerte. Por lo general terminan fracasando estruendosamente; conque esperemos a ver lo que pasa», decía con prudencia. Sin embargo, Roy continuó como al principio, ganando muchos partidos con su propio esfuerzo. El equipo también dudaba de que pudiese seguir de esta manera, pero también dudaba de sus propias dudas. Con frecuencia hacían comentarios acerca de él cuando no estaba presente, lo comparaban con Bump y discutían si jugaba para el equipo o para él mismo. Olso decía que era para el equipo. Cal Baker insistía en lo contrario. Cuando le preguntaban la razón, no podía dar ninguna y se limitaba a decir: «Esos grandullones sólo piensan en ellos mismos. Los

pequeños no les interesan. Si es uno de los nuestros, ¿por qué no viene más a menudo? ¿Por qué anda siempre solo?» «Sí —respondía Olson—, pero ahora hemos salido del pozo, y ¿quién nos ha sacado de él? ¿El viento? Esto es lo que cuenta y no que esté aquí sentado calentándose el trasero con nosotros.» La mayoría de los jugadores estaban de acuerdo con Olsol. Aunque Roy no se interesase activamente por ellos, era un gran jugador y su ejemplo era beneficioso para los demás. En el curso de tres semanas había logrado una coordinación entre los *fielders*, los bateadores y los *pitchers* (Fowler y Schultz anulaban la oposición, y Hinkle y Hill, con la esporádica ayuda de McGee, se mantenían al menos en un discreto término medio) como no la habían tenido jamás. Como una herrumbrosa locomotora al salir por primera vez del taller en muchos años, corrieron por la vía soplando, chirriando, vomitando humo y echando chispas. Y no tardaron en desalojar a los Reds, que habían ocupado un puesto por encima de ellos desde el principio de la temporada. Cuando, a finales de julio, alcanzaron a los Cachorros y ocuparon el sexto lugar, a doce juegos de los Piratas, líderes de la Liga, Pop se frotó los ojos con incredulidad. Los jugadores pensaron que, ahora que el equipo remontaba la cuesta, Pop cambiaría su carácter avinagrado y les sonreiría de vez en cuando; pero Pop les sorprendió poniéndose triste y después realmente melancólico, al pensar que, si hubiese dejado jugar a Roy las tres primeras semanas, ahora podrían encontrarse en primera división.

Amaneció un nuevo día en el campo de los Knights. Al contemplar la multitud desde su despacho en la curiosa torre en que habitaba y que se levantaba ligeramente inclinada sobre la entrada principal del campo de béisbol, el juez Goodwill Banner se sintió al principio inquieto por lo que veía, pues cuanto más numerosos fuesen los espectadores, más difícil le resultaría conseguir que Pop soltase las riendas de mánager, hecho que había esperado que se produjese en la temporada próxima. Sin embargo, el alegre chirrido de las puertas giratorias de la entrada era más de lo que podía resistir, y así, aunque de mala gana, dedicó una suma adicional para barrer las gradas y las rampas y quitar el polvo de unos asientos que habían permanecido vacíos durante años y eran ahora ocupados casi siempre.

Los primitivos hinchas de los Knights, que solían ir para verles sufrir, se vieron animados, al ver el nuevo aire que allí se respiraba, a aclamar a los muchachos. Dejaron de arrojar hortalizas, incluso a los árbitros, y la *multitud* ayudó a sus jugadores irritando los nervios del equipo visitante con maldiciones, maullidos y pullas, conocido procedimiento para sacar de sus casillas a los *pitchers* rivales y provocar a veces su eliminación.

Ahora los antiguos hinchas rebosaban entusiasmo: el cocinero húngaro gritaba más que una bandada de vigorosos gallos; Gloria, la dama del vestíbulo, mejoró el tipo de sus clientes, y Sadie Sutter abandonó a Dave Olson y tocó furiosamente su gongo para el hombre del día. «¡Oh, tú, Roy! —chillaba, cloqueando como una gallina—, *embracez moy*», y los de las gradas se desternillaban de risa. La victoria era dulce, salvo para Otto Zipp, que ya no iba a los partidos. Alguien que le encontró

al salir de una estación del Metro en Canarsie le preguntó a qué se debía, pero el enano se limitó a agitar con disgusto la rolliza palma de su mano. Nadie pudo adivinar qué había querido decir con aquello, y su altavoz permaneció callado y lleno de polvo en un estante de su desván.

Incluso el tiempo era mejor, más templado después del calor abrumador de principios del verano, con sólo la lluvia suficiente para mantener la hierba verde y brillante, pero sin crecer demasiado. Pop se dejó llevar muy pronto por el espíritu del triunfo, desterró sus malos pensamientos y mostró que tenía un lado más amable. Se quitó de los dedos las untadas vendas y empezó a bañarlos. Sus manos se curaron y también su corazón, pues incluso durante las luchas más encarnizadas parecía la viva imagen del contento. Y ahora mostraba una paciencia extraordinaria, dando la impresión de que nunca había sido de otra manera. Si un hombre fallaba una pelota, facilitando una carrera preocupante, ya no se desgañitaba, sino que movía la cabeza, en muda expresión de simpatía. Y a veces daba unas palmadas en la espalda del sorprendido delincuente. Antes, sus estridentes gritos sonaban en todas partes, en el campo, en el foso, en la casa del club, en las bolsas de los equipos de los jugadores e incluso en los sueños de éstos; pero ya no se oían, porque no levantaba la voz, ni siquiera contra el gato de Dizzy cuando se meaba en sus zapatos. Nadie le incordiaba ni le gastaba bromas pesadas, y la táctica que ordenaba para el partido era rigurosamente observada, muchas veces con éxito. Él era quien conducía. Sus músculos se aflojaron, la apoplejía dejó de amenazarle y brilló en sus ojos un destello de aprecio por el astro de su equipo.

Al aumentar la fama de Roy, se fue olvidando gradualmente a Hump. Los hinchas dejaron de confundir el talento con el genio. Cuando aclamaban, vitoreaban sólo a Roy. La gente quería saber de él, se interesaba por su vida y su carrera. Los reporteros le perseguían en busca de información, y Max Mercy que, por alguna razón, pensaba saber mucho más de Roy de lo que en realidad sabía, le seguía como su sombra, pero sin lograr nada que valiese la pena. Lo único que se sabía de Roy era que había empezado a jugar al béisbol en el equipo de un orfanato; que su padre había sido un trabajador siempre errante, y que su madre, según rumores, había sido actriz cómica. Parco en sus manifestaciones, Roy no confirmaba nada. Mercy envió un cuestionario a mil periódicos provincianos del Oeste, pero ningún pueblo ni ciudad reclamó al héroe como propio.

Un día, Roy descubrió a Memo en uno de los partidos jugados en casa, aunque ya no sentada, como antes, en el palco de las esposas. Más tarde se encontraron en el ascensor del hotel, muy apretados porque iba lleno de gente, y él salió también al llegar al piso de ella. La tomó del brazo y le dijo:

—Memo, ya no sé qué hacer para demostrarte cuánto siento lo que ocurrió aquella vez y lo que siento ahora por ti.

Pero Memo le miró fijamente a través de un velo de lágrimas y respondió:

—No soy más que la novia de un muerto.

Él pensó que había de conseguir que olvidase el pasado. Si salía con él, haría que se divirtiese en los clubes nocturnos y en las comedias musicales. Pero para esto y para comprarle algunos regalos decentes, necesitaba dinero, y su mezquino sueldo de tres mil dólares... apenas le bastaba para pagar el importe de las facturas del hotel. Pensó en vender su nombre como propaganda y se dirigió a una empresa de artículos de deporte, pero sólo le pagaron cincuenta dólares. En otros sitios a los que acudió, le dieron un traje y un par de zapatos, pero nada de dinero. Consultó a un agente y éste le informó de que las compañías pensaban que podía ser flor de un día. «No haga nada de momento —le aconsejó—. Cuando termine la temporada, si sigue como ahora, estarán dispuestos a hablar en serio, y entonces les apretaremos los tornillos.»

Los reporteros le dieron la clave de lo que tenía que hacer ahora. Le hicieron ver que llenaba el campo de los Knights y que, cuando jugaban fuera, se vendían las localidades como rosquillas, y los clientes no iban precisamente a ver un *striptease*. Uno de los columnistas (no Mercy) escribió una carta abierta al juez, diciendo que era una vergüenza que un hombre tan bueno como Roy cobrase un salario ínfimo, siendo así que jugaba mejor que algunos de los llamados ases, que percibían hasta cien de los grandes. Estaban estafándole, escribió el columnista, y conminó al juez a que quemase el viejo contrato y redactase otro nuevo y más decente. ¡Pero si hasta Bump había ganado treinta y cinco mil dólares! Esto decidió a Roy. Calculó que le correspondían cuarenta y cinco mil por el resto de la temporada, más un porcentaje garantizado sobre las recaudaciones en taquilla. Pensó que si lograba estas condiciones y se hacía realmente con la pasta, esto le beneficiaría en lo tocante a Memo.

Y así, un día, después de un largo *double header*, cuyos dos extremos ocuparon, por fin, los Knights, Roy subió la resbaladiza escalera de la torre hasta el despacho del juez. El secretario de éste le dijo que el juez estaba ocupado, pero Roy se sentó a esperar y, al poco rato, le permitieron la entrada. El amplísimo despacho estaba medio a oscuras, aunque iluminado por el verdoso cielo de la tarde al lado que daba a la calle, y que tenía dos ventanas —el juez contaba los espectadores que entraban y, desde la ventana opuesta, contaba los que había en las gradas—. El juez era un personaje corpulento y desaseado, se hallaba sentado en un gran sillón detrás de una mesa de caoba vacía, llevaba un sombrero de fieltro negro de copa redonda, tenía grises las cejas y fumaba un gordo y negro «King Oscar I». Éste parecía tener siempre el mismo tamaño en las raras fotografías del juez que aparecían en los periódicos, y muchos sostenían que era siempre la misma foto, pues era algo archisabido que el juez nunca salía de la torre y que ningún fotógrafo entraba en ella. Roy observó la mitad barnizada de un tiburón disecado, sobre una tabla de pino fijada en la verde pared, y un cuadro con unas máximas que rezaban así:

«Para el humilde no hay ningún sitio como el hogar»

«*Nihil nisi bomim*»

«No es oro todo lo que reluce»

«El perro vuelve a comer lo que vomita»

El suelo del despacho estaba, desde luego, inclinado —debido a la manera en que se había levantado la torre y a la estructura del estadio—, y para nivelarlo, el juez había hecho poner una alfombra que tenía poco más de seis milímetros de gruesa en uno de los lados y veinticinco milímetros como mínimo en el otro; pero los pocos visitantes del lugar advertían que no se hallaban sobre un plano realmente horizontal y se sentaban rápidamente, como hizo también Roy. Había oído decir que la puerta del lado opuesto de la estancia conducía al *apartamento* del juez. *Pop decía que*, aunque el juez era tacaño en cuestiones de dinero, el lugar era lujoso, y el cuarto de baño tenía television y una bañera empotrada, revestida de nácar. También se rumoreaba que guardaba allí dos enormes botiquines llenos de laxantes y purgantes.

El juez miró a Roy de arriba abajo; encendió una cerilla debajo de la mesa y aplicó la llama a un apagado «King Oscar». Expelió una aromática nube de humo amarillo, que ocultó su cara durante no menos de un minuto.

—¡Ha sido usted muy amable al venir! —tronó—. ¿A qué buena causa debo atribuir esta agradable sorpresa?

—Supongo que ya lo sabe, juez —dijo Roy, tratando de mostrarse animoso.

Al juez le roncaron las tripas.

—Esto me recuerda una causa que tuve que fallar una vez. «¿Se declara inocente o culpable?» —pregunté al acusado—. «Lo dejo en sus manos, señor juez; elija usted», me respondió. Y yo elegí y le envié veinte años a presidio.

El juez tosió y rió su propia gracia. Roy le observó atentamente. Todos le habían advertido que era un negociante muy hábil; sobre todo Pop, que no se había mordido la lengua en lo tocante a su socio. «*Si no te andas con cuidado, te despellejará el trasero sin que te des cuenta.*» Era lo que le había ocurrido a él, dijo, y le contó que, poco después de que el juez hubiese comprado una participación en el club —indisponiendo contra Pop a su antiguo socio Charlie Gulch y obligándole a vender—, había aprovechado unas dificultades financieras que Pop tenía con sus dos hermanos, propietarios de una fábrica de pinturas, y también el hecho de que una enfermedad retuviese a aquél todo el invierno en el hospital bajo costoso tratamiento médico, para comprarle el diez por ciento de sus acciones por un plato de lentejas, cosa que entonces había parecido un ancla de salvación a Pop, porque tenía números rojos en el Banco y éste no quería prestarle un centavo más sobre su participación en los Knights. Más tarde, cuando se dio cuenta de lo mucho que había perdido en beneficio del juez, se habría dado de patadas, pues el juez, como había dicho Red Blow a Roy, recurría a toda clase de trucos para escatimar un pavo a los jugadores, y aunque Pop le había combatido a este respecto, le había demostrado, con papeles, que estaban

perdiendo dinero en taquilla y que ésta era la única manera de resarcirse de las pérdidas y de que el club siguiese funcionando; por lo cual había cedido Pop en la mayor parte de los casos, aunque había luchado denodadamente y le había parado los pies cuando el juez había querido traspasar a Bump, y volvería a hacerlo si lo intentaba con Roy. Lo que más intrigaba a Pop era de dónde había sacado Goodie Bander, como le llamaba, el dinero para operar. Le había conocido hacía años como un pobre picapleitos, pero en cuanto se había sentado en el estrado, había mejorado su fortuna. Sin embargo, su salario era sólo de doce mil al año y llevaba tres años en el cargo, por lo cual había tenido que recurrir forzosamente a otras cosas para comprar su participación en el club y más tarde —el muy caradura— ofrecer a Pop comprar toda su parte. Éste decía que no llamaría precisamente ladrón al juez, pero tampoco le llamaría exactamente un hombre honrado. Por ejemplo, el juez había preguntado en una ocasión a Pop, como sin darle importancia, si quería intervenir en algunas actividades secundarias, aparte las que ya habían convenido, refiriéndose con ello a concesiones y otras cosas parecidas. Pop le dijo que no, que sólo le interesaba el aspecto deportivo de la empresa, por lo cual el juez redactó un acuerdo ofreciendo a Pop el cinco por ciento de todos los ingresos de empresas iniciadas por él mismo, y empezó a alquilar el lugar para carreras de minicarts, reuniones, convenciones y carreras de galgos, sacando de todo ello dinero en su provecho, mientras se desatendían necesidades del equipo. «Cuando se invente el triple juego —decía amargamente Pop—, él tendrá la patente.»

El despacho estaba en penumbra, pero el juez no ofreció siquiera encender las luces. Permaneció sentado inmóvil, y el cielo crepuscular nimbó la silueta del apelmazado personaje.

Roy pensó que lo mejor que podía hacer era ir directamente al grano.

—Bueno, juez —dijo, rebulléndose en el sillón—, pensé que usted esperaría que viniese a verle. Ya sabe lo que estoy haciendo por el equipo, tanto en casa como fuera de ella. Los periódicos han dicho que debería usted pensar en ofrecerme un nuevo contrato.

El juez sopló la ceniza de su cigarro.

Roy empezó a ponerse nervioso.

—Supongo que cuarenta y cinco mil sería un buen precio por mi trabajo. Sólo son diez, más de los grandes de lo que cobraba Bump, y podría descontar los tres mil de mi contrato actual.

Esto lo había pensado después y había decidido dejar lo del porcentaje de la taquilla para el año siguiente.

El juez, gruñó; Roy no estuvo seguro de si aquel ruido procedía de su garganta o de sus tripas.

—Estaba pensando en Olaf Jespersen. —Los ojos del juez adquirieron una expresión remota y ligeramente empañada—. Era un granjero al que conocí en mi juventud; terrible vida la suya. Sin embargo, como ocurre a menudo con los

granjeros, consiguió vivir cómodamente, porque poseía un trozo de tierra con una casa y era propietario de una vaca extraordinaria: *Sieglinde*. Era un espléndido animal, de piel suave y sedosa y pezuñas bien formadas. Producía unos treinta y cinco litros de leche al día, algo realmente excepcional. En una palabra, era una criatura superior y muy amante de los hijos..., de los suyos, naturalmente. Pero a Olaf le preocupaba mucho una fea decoloración de la piel sobre las ancas. Hacía tiempo que estaba observando a *Gussie*, una vaca albina de su vecino. Un día se acercó al hombre y le preguntó si *Gussie* estaba en venta. El vecino le dijo que sí, confesando francamente que daba muy poca leche, a pesar de que consumía más de una ración corriente de forraje. Olaf le dijo que estaba dispuesto a cambiársela por *Sieglinde*, y el vecino aceptó inmediatamente. Olaf fue en busca de la vaca, pero cuando se dirigía a la casa del vecino, el animal tropezó en un carril y cayó al suelo como muerta. Olaf sufrió un ataque al corazón. Así los encontraron, pero *Sieglinde* se recobró y al poco tiempo volvió a ser la espléndida productora de treinta y cinco litros de leche, mientras que Olaf quedó incapacitado para el resto de sus días. Yo pasaba con frecuencia por delante de su casa y le veía sentado en el mohoso porche: un hombre decrepito y tullido que se moría de hambre con su tuberculosa vaca albina.

Roy dio vueltas a la fábula en su mente y captó el significado: confórmate con lo que tienes. Pero no le pareció un argumento convincente y así se lo dijo al juez.

—«El amor al dinero es fuente de todos los males» —salmodió el juez.

—Yo no amo el dinero, juez. Nunca lo he tenido lo bastante cerca para cobrarle afecto.

—Piensa, de una parte, en el casi indigente Abraham Lincoln, y, de otra, en Judas Iscariote. Quiero decir que el énfasis sobre el dinero pervierte los valores. Es imposible imaginar cómo puede cambiar la vida de uno, para mal, bajo el ímpetu de la búsqueda desahogada de riqueza.

Roy vio cómo estaba el patio.

—Rebajaré la cifra a treinta y cinco mil dólares, que es lo que cobraba Bump, pero no aceptaré ni un centavo menos.

El juez encendió una cerilla, proyectando sombras sobre la pared. Ahora era ya de noche. Aplicó la llama a su cigarro. La llama entró en él como una babosa y salió de él como una mariposa, y así varias veces, hasta que se quedó definitivamente dentro y se apagó la cerilla. El cigarro brilló, el juez expelió una negra nube de humo y, después, quedaron de nuevo en la oscuridad.

«Enciende las luces, maldito avaro», pensó Roy.

—Disculpe la falta de luz —dijo el juez, casi sobresaltándole—. Cuando era jovencito me asustaba la oscuridad; solía despertarme sollozando en ella, como si fuese agua y me estuviese ahogando; pero observará que me he ejercitado tanto contra este miedo, que ahora prefiero la habitación oscura a la iluminada, y el agua es mi bebida predilecta. ¿Quiere un poco?

—No.

—En la oscuridad hay una unidad, sí quiere llamarlo así, que no puede lograrse en ningún otro medio: una fusión del yo con lo que el yo percibe, una exquisita experiencia mística. Algún día escribiré un ensayo: *Sobre la armonía de la oscuridad. ¿Puede existir mal en la armonía?* Si reflexiona sobre esta cuestión, podrá sacar buen provecho de ella.

—Lo único que sé de la oscuridad es que no se puede ver en ella.

—Tonterías. Sabe que se puede ver.

—No lo bastante.

—Usted me está viendo, ¿no?

—Tal vez sí y tal vez no.

—¿Qué quiere decir?

—Veo a alguien, pero no estoy seguro de si es usted u otra persona que ha entrado a hurtadillas y se ha sentado en su sillón.

El cigarro brilló exactamente lo preciso para iluminar los gordos labios del juez. No cabía duda de que era él.

—Veinticinco mil —dijo Roy, bajando la voz—. Diez mil menos que Bump.

Una larga chupada encendió el cigarro, y éste se apagó de nuevo. Su olor daba dolor de cabeza a Roy. El juez guardó silencio durante un rato tan largo, que Roy llegó a pensar que no volvería a oír su voz. Ni siquiera estaba seguro de que estuviese aún allí, pero entonces pensó: «Sí que está, puedo olerle. Está aquí, en la oscuridad, y si vuelvo mañana o dentro de un año, seguirá estando en el mismo sitio.»

—«El que quiere hacerse rico deprisa no puede hacerlo honradamente» —declaró el juez.

—Juez —dijo Roy—, tengo treinta y cuatro años, voy a cumplir treinta y cinco. Esto no es darse prisa, sino ir muy despacio.

—Tengo entendido que apuesta en las carreras de caballos.

—Con moderación; sólo una pequeñez en el doble diario.

—Huya del juego como de la peste. Puede ser su ruina. Y apártese de las malas mujeres. «Clava un cuchillo en tu cuello si te domina el apetito.»

Roy oyó que abría un cajón y sacaba algo de él. El juez se lo acercó, encendió una cerilla y Roy pudo leer: *La plaga de las enfermedades venéreas.*

Roy tiró el folleto sobre la mesa.

—¿Sí o no? —preguntó.

—Sí o no, ¿qué?

La voz del juez tenía ahora un matiz de irritación.

—Quince mil.

El juez se levantó.

—Tendré que pedirle que cumpla las obligaciones de su contrato.

Roy se puso en pie.

—No parece que trate usted de granjearse mi buena voluntad para el próximo año.

—He aprendido a dejar que el futuro cuide de sí mismo.

El juez sacó otros papeles del cajón.

—Supongo que estas firmas son tuyas, ¿no? —dijo, encendiendo otra cerilla.

—Sí.

—Con la primera acusa recibo de dos uniformes y otros varios artículos, ¿verdad?

—Sí.

—Y el segundo documento es un acuse de recibo de un tercer uniforme, ¿no es cierto?

—Eso es lo que dice.

—Sólo tenía derecho a dos. Tengo entendido que algún otro club concede cuatro, pero eso es un derroche. Por consiguiente, tengo aquí una nota de veintiún dólares por un equipo roto. ¿Prefiere pagarlos o que se los descuente de su próximo cheque?

—Yo no lo rompí; fue Bump.

—Pero usted es el responsable.

Roy cogió los recibos y la nota y los rasgó. Hizo lo mismo con el folleto de E. V. y arrojó los pedazos sobre la cabeza del juez. Los trocitos de papel descendieron como copos de nieve sobre el sombrero redondo del juez.

—¡La entrevista ha terminado! —gritó el juez.

Encendió una cerilla y acompañó a Roy a la escalera. Permaneció en el rellano, y su untuosa sombra acompañó a Roy al bajar éste.

—Mr. Hobbs.

Roy se detuvo.

—Apártese del mal...

La cerilla chisporroteó y se apagó. Roy acabó de bajar, envuelto en una oscuridad total.

—¿Cómo te ha ido, muchacho?

Era Max Mercy, que acechaba al pie de un brumoso farol en la esquina. Había seguido a Roy desde el vestuario y había pasado en vano una hora pensando: «Conozco a ese tipo; pero ¿quién es?» Lo tenía en la punta de la lengua, pero no lograba pronunciar el nombre. En cuanto le había visto, había pensado que conocía aquella cara, pero ¿de qué equipo, de dónde, de qué liga, y qué había hecho para que le recordase? Aquel misterio le daba comen-zón; pero cuanto más se rascaba, más sangre se hacía. Era una situación que a veces le enfurecía. Una vez había soñado que tenía al grandullón cogido por el cuello y lo obligaba a hablar. Entonces le decía aquella palabra que Mercy conocía.

La vista del reportero no calmó a Roy al salir de la torre. «¿Por qué me persigue?» Pensó que sabía lo que sentía Max y que él no quería que supiese lo que quería saber. No quiero que sus puercos ojos atisben en mi pasado. Fue una suerte que aquella noche tuviese la cartera de Sam en el bolsillo y que ellos escribiesen su nombre. «Aquel hurón nunca lo descubrirá, ni sabrá nada acerca de mí, a menos que yo se lo diga, y no lo haré mientras siga vivo.

—Escucha, entrometido —dijo—, ¿por qué no te quedas durmiendo en tu casa?

Max lanzó una risa hueca.

—¿Habrás visto algo parecido? —dijo, tratando de dar un poco de calor a su voz—. El público se pirra por saber todo lo que hace un hombre que le interesa, y éste sólo le da naderías. ¿Qué estás ocultando? Si fuese algo grave, te habrían pillado hace ya mucho tiempo, pues tu foto aparece diariamente en los periódicos desde hace semanas.

—Yo no oculto nada.

—¿Quién ha dicho que lo hagas? Pero ¿a qué viene todo este misterio? ¿Dónde naciste? ¿Por qué estuviste tanto tiempo sin jugar? ¿Qué vida llevaste antes? Mi periódico te dará cinco de los grandes al contado por cinco artículos de tres mil palabras sobre tu vida pasada. Yo te ayudaré a escribirlo. ¿Qué dices a esto?

—Digo que no. Mi vida sólo me incumbe a mí.

—Piensa en tu público.

—Sólo tiene derecho a pagar un pavo para verme jugar.

—Contéstame a esto. ¿Es verdad que una vez probaste suerte en otro equipo importante?

—No tengo nada que decir.

—Entonces, ¿no lo niegas?

—No tengo nada que decir.

—¿Fuiste alguna vez acróbata o alguna otra cosa en un circo?

—La misma respuesta.

Max se frotó el bigote.

—Hobbs, el hombre a quien nadie conoce. ¿No lo estarás haciendo adrede, muchacho?

—¿Qué quieres decir?

—Para despertar curiosidad y hacerte propaganda.

—Que me aspen si es así.

—Pues no lo entiendo. Eres un personaje público. Tienes que dar algo de vez en cuando a los aficionados, para conservar su simpatía.

Roy reflexionó un momento.

—Está bien, diles que el avaro de mi jefe se ha negado en redondo a aumentarme el sueldo y que sigo siendo su esclavo por tres mil puercos dólares.

Max escribió apresuradamente una nota en su libreta negra.

—Escucha, Roy, ¿por qué no platicamos un poco tú y yo? Cuando me conozcas bien, te seré más simpático. ¿Has cenado ya?

—No.

—Entonces, te invito a un bisté en el «Pot of Fire». ¿Conoces el lugar?

—Nunca he estado en él.

—Es un club nocturno con atracciones de lindas muchachas. Todas las celebridades del momento, como tú, lo frecuentan. Hay una buena cocina y un bar de

primera.

—De acuerdo.

En su estado de ánimo actual, estaba dispuesto a aceptar algo a cambio de nada.

En el taxi, Max le dijo:

—Mira, a veces tengo la impresión de que nos hemos visto en alguna parte. ¿Es así?

Roy adelantó la cabeza.

—¿Dónde?

Max contempló sus ojos y su fuerte mentón.

—Sin duda te confundo con alguien.

En la entrada del «Pot of Fire», un mendigo se les acercó.

—¡Jesús! —exclamó Max—. ¿Es que nunca podré librarme de ti?

—Lo único que pido es un pavo.

—¡Vete al infierno!

El mendigo se indignó:

—¡Esto lo pagarás! —gritó.

—¡Esto lo pagarás! —lo remedó Max—. Llamaré a un guardia.

—¡Lo pagarás! —repitió el mendigo—. Y tú también —dijo a Roy, y escupió en la acera.

—¿Amigo tuyo? —preguntó Roy, mientras bajaban la escalera del club nocturno.

Max tenía el semblante enrojecido.

—No puedo librarme de ese despreciable bastardo. Siempre está rondando por aquí, y no pueden echarle.

Dentro del club había mucho bullicio. Había empezado el espectáculo, y unas cuantas muchachas medio desnudas chillaban y eran perseguidas por diablos enmascarados y con horcas de hojalata. Entonces se apagaron las luces y los diablos corrieron de un lado a otro pinchando a los clientes. Roy sintió un golpe en el trasero. Fue a agarrar al diablo, pero no lo consiguió y entonces oyó una risa y se dio cuenta de que era una muchacha. Trató nuevamente de agarrarla, pero el diablo le pinchó con la horca y echó a correr. Cuando se encendieron las luces, se habían marchado todas las chicas y todos los diablos. Los clientes se desternillaban de risa y aplaudían.

—Vamos —dijo Max.

El *maitre* le había reconocido y les señalaba una mesa junto a la pista. Roy se sentó. Max miró a su alrededor y se levantó de un salto.

—Acabo de ver a unos conocidos. Volveré en seguida.

La banda inició una pieza y salieron las coristas agitando linternas en la mano para el número final. Vestían bragas y sujetadores a rayas rojas y estaban tan bonitas, que Roy sintió su soledad.

Max volvió.

—Vamos a cambiar de mesa. Gus Sands quiere que le acompañemos.

—¿Quién es?

Max le miró, para ver si estaba bromeando.

—¿No conoces a Gus Sands?

—Jamás he oído hablar de él.

—¿Qué lees? ¿Sólo revistas infantiles? Le llaman *Supreme Bookie* (el rey de las apuestas), y se embolsa al menos diez millones al año. Un tipo muy simpático, y que se quitaría el pan de la boca para dártelo. También está con él una persona a la que conocemos.

—¿Quién?

—Memo Paris.

Roy se levantó. ¿Qué estaría haciendo ella allí? Siguió a Max a través de la pista hasta la mesa de Gus Sands. Memo estaba sentada sola allí, luciendo un traje negro sin tirantes y con el cabello recogido sobre la cabeza. Le impresionó verla tan hermosa. Se la había imaginado de noche a solas en su habitación. Ella le saludó distraídamente. Al principio pensó que todavía estaba enojada con él, pero después oyó voces que venían de la pista, al otro lado de la mesa, y comprendió que ella estaba mirando hacia allí.

Una sorprendente cúpula medio calva salió de debajo de la mesa, y Roy se quedó mirando un par de ojos extraños, uno de un azul muy triste y el otro con fantásticos destellos dorados. Su cuero cabelludo pareció erizarse ligeramente al erguirse en toda su estatura el apostador de largos huesos. El foco que había iluminado su ojo de cristal, haciendo que brillase como un árbol de Navidad, cambió de dirección, y el ojo se convirtió en una simple bolita de hielo.

—¿Qué pasa, Gus? —preguntó Mercy.

—Memo ha perdido dos moneditas. —Su voz tenía la dulzura del azúcar—. ¿Todavía no las has encontrado? —preguntó al camarero, que estaba aún a gatas en el suelo.

—Todavía no, señor. —Se levantó—. No, señor.

—Olvídalo.

Sands deslizó un billete de cinco dólares en la flácida mano del hombre.

Estrechó la de Roy.

—Me alegro de conocerte, campeón. ¿Por qué no te sientas? —Y, sonriendo a Memo—: Mala suerte, muñeca.

Roy se sentó delante de ella, pero Memo apenas le miró. A pesar de su traje de noche, seguía siendo la de siempre. El sombreado azul de sus ojos no podía disimular sus ojeras, y parecía cansada. Su silla estaba al lado de la de Gus. En una ocasión, él le dio un golpecito debajo de la barbilla y ella rió entre dientes. Esto repugnó a Roy, porque no tenía sentido.

El camarero se llevó los restos de dos langostas. Gus le dio cinco dólares.

—Buen muchacho —dijo suavemente.

Cogió la lista del menú y la tendió a Roy.

Roy la examinó, pero, aunque tenía hambre, no podía concentrarse en la comida.

Aquel apostador con un ojo de cristal y cincuenta años a cuestas, si no más, ¿qué significaba para una joven vivaz como Memo y que, a fin de cuentas, hacía poco que aún llevaba luto por un muchachote como Bump? Por encima del menú, observó las manos blandas y los dedos gruesos y de uñas amarillas de Gus. Tenía bolsas debajo de los ojos, tanto del bueno como del postizo, y, aunque sonreía mucho, su expresión era melancólica. A Roy le disgustó desde el primer momento. Había en él algo gusarapiento. Pertenecía a las sombras, como el juez. Que se pudriesen en ellas los dos.

—Pedid, muchachos —dijo Gus.

Roy obedeció, para hacer algo.

El *maitre* se acercó y preguntó si había sido de su gusto.

—Perfecto.

Gus puso dos billetes de cinco dólares en la palma de su mano. A Roy no le gustó la manera en que tiraba el dinero.

Pensó en el aumento de sueldo que no había conseguido, y aquello le disgustó.

—Deja que te invite a una copa, rey del bate —dijo Gus, señalando su propio vaso de whisky escocés.

—No, gracias.

—Vida ordenada, ¿eh?

—Es por los ojos —explicó Roy, señalándolos con un dedo—. Tengo que tener la vista clara.

Gus sonrió.

—Haces bien, rey del bate.

—Necesita un trago —dijo Max—. El juez le ha negado un aumento de sueldo.

Roy le habría dado de bofetadas por decirlo delante de Memo.

Gus se mostró interesado.

—¿Quieres decir que no sacó la bolsa y te dio unas cuantas gastadas monedas de dos dólares?

Todos rieron, menos Roy.

—Veo que le conoces —comentó Max.

Gus guiñó el ojo de cristal.

—Tuvimos algunos tratos.

—¿Saliste bien librado?

—No había pruebas. Fuimos absueltos —concluyó, y rió en voz baja.

Max tomó una nota en su libreta.

—No escribas eso, Max —dijo Gus.

Max se apresuró a rasgar la página.

—Lo que tú digas, Gus.

Gus estaba radiante. Se volvió a Roy.

—¿Cómo ha ido hoy, campeón?

—Bien —contestó Roy.

—Ha conseguido cinco de cinco en el primero, y cuatro *hits* en el último —explicó Max.

—¡Qué le vamos a hacer! —Gus silbó por lo bajo—. Eso me costará unos cuantos peniques. —Miró a Roy con su ojo bueno—. Hoy había apostado contra ti, campeón.

—Querrás decir contra los Knights.

—No; sólo contra ti.

—No sabía que apostases por algún jugador en particular.

—Por cualquiera o por cualquier cosa. Apostamos sobre *strikes*, *hits*, carreras, *innings* y partidos. Si un buen equipo juega contra uno malo, apostamos sobre el número de carreras. Cubrimos todo aquello sobre lo que se quiera apostar. Una vez aposté cien de los grandes a tres pelotas lanzadas.

—¿Y cómo te fue?

—Adivínalo.

—Supongo que perdiste.

—Es verdad. —Gus rió entre dientes—. Pero no importa. A la semana siguiente arruiné a aquel tipo en otra apuesta. A veces ganamos y a veces perdemos, pero el porcentaje es siempre a favor nuestro. Hoy hemos perdido contigo; otro día ganaremos el doble.

—¿Cómo?

—Cuando no batees tan bien.

—¿Cómo sabrás cuando tienes que apostar por esto?

Gus señaló su ojo de cristal.

—El ojo mágico —aclaró—. Lo ve todo y me lo dice.

Llegaron los bístes y Roy empezó a cortar el suyo.

—¿Quieres ver cómo se hace, campeón? Apostemos tú y yo sobre algo.

—No tengo nada sobre lo que apostar —se excusó Roy, con la boca llena de carne y de patatas.

—Apuesta sobre cualquier cosa y yo apostaré por lo contrario, aunque hoy te favorece la suerte.

—Es mucho más que suerte.

—Apostaré de todos modos.

Memo parecía interesada. Roy decidió probar.

—¿A que haré cuatro *hits* en el partido de mañana?

Gus hizo una pausa.

—No apostemos ahora sobre béisbol —dijo—, sino sobre algo que podamos resolver aquí.

—Bueno, elige tú y yo apostaré en contra.

—Hecho —aceptó Gus—. Mira, ¿ves el bar que hay junto a la entrada?

Roy asintió con la cabeza.

—Apostaremos sobre lo primero que van a servir. ¿Ves a Harry? Ahora está descansando. Dentro de un momento, alguien pedirá bebidas y Harry las preparará.

Esperaremos a que el camarero se acerque a él y le encargue algo; cualquiera de los camareros, y en el momento que tú digas, para que nadie pueda pensar que es una cosa preparada. Entonces yo te diré una de las bebidas que recogerá el camarero en su bandeja, antes de que Harry las sirva. Si es sólo una bebida, tendré que decir exactamente su nombre. Apuesto mil dólares.

Roy vaciló.

—Que sean cien.

Max rió entre dientes.

—Van los cien —accedió Gus—. Tú dirás cuándo.

—Ahora.

Gus cerró los ojos y se frotó la frente con la mano izquierda.

—Una de las bebidas de la bandeja será un «Pink Lady».

Tal como estaban sentados, todos menos Mercy podían ver el bar; por consiguiente, Mercy volvió su silla para mirar.

—Se te enfriará el bisté, Max.

—Quiero ver lo que pasa.

Memo levantó la mirada, divertida.

Esperaron un minuto; entonces un camarero se acercó al bar y dijo algo al encargado de éste. Harry asintió con la cabeza y se volvió para coger una botella, pero no pudieron ver lo que mezclaba, porque un cliente estaba plantado delante de él. Cuando se apartó, Roy vio en el mostrador un vaso alto con una bebida color rosa. Se sintió inquieto, pero pensó que podía ser un *gin fizz* con jarabe de endrino. Harry puso un whisky con soda en la misma bandeja y el camarero la recogió.

Al pasar junto a la mesa de Gus, éste le llamó.

—¿Qué es esa bebida rosada que llevas?

—¿Esto? —dijo el camarero—. Un «Pink Lady», Mr. Sands.

Gus le dio cinco dólares.

Todos rieron.

—Ha sido sencillo —comentó Gus.

—Nunca falla. —Max había vuelto su silla y estaba comiendo—. Buen trabajo, Gus.

Gus rebosaba satisfacción. Memo le dio unas palmadas en la mano. Esto molestó a Roy.

—Te debo cien —dijo.

—Ha sido una broma —replicó Gus—; por consiguiente, cancelaremos la apuesta.

—No; te los debo, pero dame una oportunidad de recuperarlos.

Pensaba que Memo se burlaba de él, y esto hizo que se pusiese terco.

—Lo que tú digas —accedió, al fin, Gus, encogiéndose de hombros.

—Elige tú —propuso Roy—. Apostaré doscientos.

Gus reflexionó un momento. Todos le observaban; Roy estaba tenso. No tenía

miedo por el dinero. Sólo quería ganar delante de Memo.

—Apostemos sobre un número —dijo Gus.

—¿Un número de qué?

—El número de billetes que llevas encima.

Las mejillas de Roy enrojecieron poco a poco.

—Apuesto a que puedo adivinar, con un margen de error de un pavo más o menos, el dinero que llevas encima —dijo Gus.

—Vamos a verlo —repuso Roy, con voz ronca.

Gus se tapó el ojo bueno, a la manera de un adivino que tratase de leer un número. Su ojo de cristal permanecía fijo, sin pestañear.

—Diez pavos —anunció.

Roy sintió que se le secaba la garganta. Sacó la cartera del bolsillo del pantalón. Max la tomó y contó en voz alta un billete de cinco dólares y cuatro de uno.

—Nueve.

Dio un manotazo en la mesa y se tronchó de risa.

—Extraordinario —murmuró Memo.

—Te debo trescientos.

—Olvidalo.

—Ha sido una apuesta. ¿Aceptarás un pagaré?

—¿Quieres probar de nuevo?

—Claro que sí.

—Perderás los pantalones —le advirtió Max.

—¿Sobre qué apostamos? —preguntó Gus.

Roy pensó:

—¿Qué te parece otro número?

—Muy bien. ¿Qué clase de número?

—Yo pensaré uno, del uno al diez. Tú me dirás cuál es.

Gus reflexionó.

—¿Van los trescientos?

—Sí.

—Muy bien.

—¿Quieres que escriba el número?

—Basta con que lo recuerdes.

—Adelante.

—¿Has pensado ya el número?

—Sí.

Gus cerró de nuevo el ojo bueno y respiró despacio. Parecía estar realizando algo mágico. Memo estaba fascinada.

—Dos —anunció, de pronto, Gus.

Roy sintió como si le hubiesen dado un mazazo en la cabeza. Pensó en mentir, pero comprendió que los otros se darían cuenta de ello.

—Acertaste. ¿Cómo lo haces? —inquirió tontamente.

Gus le hizo un guiño.

Max se desternillaba de risa. Memo miró a otra parte.

Gus bebió su whisky.

—El dos es un número mágico —dijo suavemente, mirando a Memo—. El dos hace que el mundo siga rodando.

Ella sonrió ligeramente, observando a Roy.

Éste trató de comer, pero se sentía abrumado.

Max no paraba de reír. Roy sintió ganas de darle un puñetazo en la jeta.

Gus rodeó con su brazo los hombros desnudos de Memo.

—Tengo muchísima suerte, ¿verdad, muñeca?

Ella asintió con la cabeza y sorbió su bebida.

Se encendieron las luces. El presentador del espectáculo se levantó de una mesa a la que estaba sentado y reanudó su trabajo.

—Te debo seiscientos —dijo Roy, provocando nuevas carcajadas de Max.

—Olvidalo, campeón. Tal vez algún día podrás hacerme un favor.

De pronto, todos guardaron silencio.

—¿Qué clase de favor? —preguntó Roy.

—Invitarme a una taza de café cuando esté arruinado.

Rieron todos, menos Roy.

—Te pagaré ahora.

Se levantó de la mesa y desapareció.

A los pocos minutos volvió con un mantel blanco en el brazo.

Roy desplegó y sacudió el mantel, y uno de los focos lo captó en el aire. Se puso rojo y luego dorado.

—¿Qué es eso? —preguntó Max.

Roy puso el mantel sobre la cabeza de Gus.

—El primer plazo —respondió.

Sujetó la nariz del apostador y tiró de ella. Un chorro de dólares de plata cayó sobre su plato. Gus contempló el dinero. Memo miró a Roy, muy sorprendida.

Los de las mesas próximas se volvieron para ver lo que pasaba. Los que estaban más atrás se levantaron. El presentador interrumpió sus chistes e hizo que enfocasen a Roy con las dos luces.

—Por el amor de Dios, ¡siéntate! —susurró Max.

Roy agitó el paño verde ante la cara de Max y sacó un arenque de su boca abierta.

Todos los concurrentes aplaudieron.

Roy sacó un huevo de pato del pecho de Memo.

Gus enrojeció. Roy volvió a agarrarle la nariz y la retorció. Brotaron más monedas.

—El segundo plazo.

—¿Qué diablos es esto? —farfulló Gus.

Giraron los discos de colores. Roy se volvió morado, rojo y amarillo. Extrajo del bolsillo de Mercy un largo salchichón. Las orejas de Gus derramaron monedas de plata: el tercer plazo. Un nuevo giro del paño, y un conejito blanco saltó del bolso de Memo. Del ancho cuello de la camisa de Max extrajo Roy un rabo de cerdo.

Mientras los clientes aclamaban, Max sacó su libreta negra y garrapateó furiosamente en ella. El ojo azul y triste de Gus miró a su alrededor como buscando una manera de escapar, pero el de cristal brilló como una lamparilla en un cementerio. Y Memo rió y rió, hasta que las lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Tal vez me romperé la espina dorsal en mi empeño —dijo Roy a través del micrófono instalado en la tabla del *home*, a la silenciosa multitud que llenaba el campo de los Knights—, pero haré todo lo que pueda, todo lo que soy capaz de hacer, para ser el más grande en este deporte. Os doy las gracias.

Terminó con un sonido gutural, que resonó como un hipo electrizado en los altavoces, y se sentó, no muy contento de sí mismo a pesar de la celebración, porque había pensado que, cuando le pidiesen que hablase, empezaría con un chiste, continuaría dándole las gracias por el homenaje y diría que los Knights eran un gran equipo y que le encantaba trabajar para Pop Fisher; pero le había salido así. Por otra parte, ¿qué importaba esto si ellos sabían lo que llevaba en la mente?

Era el «Día de Roy Hobbs», que se había estado preparando durante dos semanas, desde que Max Mercy había escrito en su columna: «A Roy Hobbs, El Swatto, le ha sido negado un aumento de salario. ¿Está usted tratando de matar la gallina de los huevos de oro del béisbol, juez?» Entonces se produjo un intenso movimiento entre los aficionados fieles para avergonzar al juez (si era posible) y organizaron rápidamente un homenaje a Roy, que se celebró después de que los Knights hubiesen saltado al tercer lugar de la clasificación, como resultado de un partido nocturno ganado a los Phils, que ahora sólo les aventajaban en cuatro juegos y perdían de dos con los Piratas, que ocupaban el primer lugar.

Todo se había preparado como una sorpresa y, al terminar los entrenamientos de bateo aquella tarde de un sábado de primeros de agosto, se abrió la puerta de la derecha del campo y una nutrida caravana de automóviles, precedida de una limusina llena de oficiales y de American Legionnaires y seguida de un magnífico y blanco «Mercedes Benz» de carrocería baja y de un bamboleante camión cargado de pertrechos, entró y dio lentamente la vuelta al campo a los acordes de una banda de música que tocaba *Yankee Doodle*, mientras la multitud lanzaba estridentes vítores. Entonces, alguien dio unas palmadas a Roy y le dijo que todo aquello era por él.

—¿Por mí? —exclamó él, levantándose...

Cuando hubo pronunciado su discurso y se hubo retirado al foso, tras una rápida e incrédula mirada a la montaña de regalos que descargaban para él, los hinchas volvieron a sentarse y guardaron un silencio absoluto, cruzando algunos los dedos y escupiendo otros por encima del hombro izquierdo, con cuidado de hacerlo sobre las gradas, para no mojar a nadie, y esperando casi todos que no hubiese llamado a la mala suerte sobre él por decir lo que había dicho. «El más grande de este deporte» podía atraer las iras de algunos poderosos fantasmas. Pero se recobraron rápidamente de la impresión causada por su audacia y prorrumpieron en nutridos y estruendosos aplausos.

Era una fiesta para todos y estaban resueltos a disfrutar de ella. Nadie sabía exactamente quién había suministrado la mayor parte del dinero, pero los fieles

hinchas de todos los días habían contribuido con billetes de un dólar y toda clase de calderilla, a fin de comprar artículos suficientes para abastecer a unos almacenes importantes. Cuando lo hubieron descargado todo del camión, Roy posó delante de él, jugueteando con un par de cositas, por mor de los fotógrafos, aunque más tarde aconsejó a Dizzy que vendiese todo lo que pudiese a quien tuviera dinero para comprarlo. Mercy contó dos aparatos de televisión, un pequeño tractor, ciento sesenta metros de manguera de plástico, de color rosa, para jardín, una cabra, un pase vitalicio para el «Paramount», una docena de corbatas pintadas a mano con diferentes vistas del Gran Cañón, seis maletas de aluminio y un vale para setenta y cinco viajes en taxi por Filadelfia. También ciento veinte kilos de queso suizo fabricado en Nueva Jersey, un juego de morillos y tenazas de chimenea, ciento cincuenta litros de helado de pistacho, seis cajas de limones, medio cerdo congelado, un cuchillo de caza, una alfombra de piel de oso, unos zapatos para la nieve, cuatro hornillos eléctricos, el título de propiedad de un solar en Florida, doce pares de calcetines azules con iniciales, una cámara y un proyector de cine, un bote a motor «Chris-Craft» y — porque todos pensaban que el juez (que debía de estar mirando desvergonzadamente desde la ventana de la torre) era un tacaño de tomo y lomo— un cheque conformado por tres mil seiscientos dólares. Aunque el comité había tratado de evitar las contribuciones extravagantes, se deslizaron unas cuantas, entre ellas un hediondo paquete de queso «Limburger», una calavera, un montón de libros cómicos, una lata de raticida y un paquete de hojas de afeitar melladas, este último con una tarjeta en la que Otto Zipp había garrapateado: «Toma y córtate el cuello.» Pero Roy no lo tomó a mal.

Cuando, para su asombro, le dijeron que el «Mercedes Benz» era también para él, sólo pudo decir:

—Éste es el día más feliz de mi vida.

Subió al coche y dio una vuelta al campo, entre las frenéticas aclamaciones y silbidos de los aficionados y el zumbido de las cámaras de cine. El resplandeciente vehículo blanco parecía ligero al tacto de sus manos y sus pies, y tuvo la impresión de que podría volar en él por encima de los muros del estadio. Pero se detuvo delante del palco de Memo y preguntó a ésta si querría dar una vuelta con él después del partido, a lo que ella respondió, bajando los ojos, que lo haría con mucho gusto.

Memo dijo que tenía ganas de ver el océano; por tanto, cruzaron el puente y bajaron a Long Island en dirección a Jones Beach y, cuando ella tuvo hambre, se detuvieron a comer carne asada en una tasca junto a la carretera. Cuando salieron era ya de noche, una noche iluminada por la luna llena que nadaba en zumo de limón, pero se eclipsaba a intervalos detrás de nubes de lluvia que, al agruparse en oscuras masas, impedían que la luz amarilla llegase a los campos y a las copas de los árboles.

Ella hablaba poco. En una ocasión, observó que parecía que iba a llover.

Él no respondió. Aunque había empezado rayando a gran altura (había pagado a

los patrocinadores de su homenaje consiguiendo una carrera completa, que había sido la del triunfo), ahora sentía un peso en el corazón. Durante las dos últimas semanas había visto a Memo casi todos los días, pero había adelantado poco. Había veces en que pensaba que se estaba ganando su afecto, pero inmediatamente, algo que decía o hacía ella, o que dejaba de hacer o de decir, le hacía pensar que no era así. Era desconcertante desear a una muchacha que ya había sido suya y que, precisamente por eso, no podía conseguir; una situación corriente en su vida: tener primero algo y desear luego lo que había tenido, como si no lo hubiese tenido y lo conociese sólo de oídas, y el oído hubiese despertado su apetito. Incluso lamentaba haberla tenido aquella noche, y se preguntaba si, de no haberla tenido, le interesaría hoy en absoluto.

En otro sentido, no lo estaba pasando mal aquella noche, Al menos estaba con ella y viajaban juntos, relajados, hacia el océano. Él no sabía exactamente dónde estaba el mar y, aunque le gustaba el agua, esta noche le importaba poco llegar a ella. Le satisfacía estar en movimiento. Le apaciguaba, porque atajaba el movimiento interior... que no le llevaba a parte alguna, que estaba donde estaba él y no estaba ella, o donde estaban sus ambiciones y él las perseguía. A veces deseaba no tener ambiciones; a menudo se preguntaba cómo habían entrado éstas en su vida, porque recordaba lo satisfecho que se había sentido de jovencito con lo poco que poseía —un perro, un palo, una soledad que le gustaba (y que nada tenía que ver con su soledad ulterior)— y deseaba que su infancia hubiese durado más. Era una antigua idea que alentaba en su interior.

Deseando tener mejor suerte en el futuro, pisó el acelerador e inmediatamente le invadió el inquietante sentimiento de que les seguían. Como el espejo no revelaba a nadie detrás de ellos, puso en tela de juicio sus sospechas y entonces recordó un sedán negro que, según pensaba, les había seguido desde la ciudad, pero al que había perdido de vista al salir de la carretera general. Sin embargo, continuó observando en el espejo, aunque éste sólo mostraba la carretera solitaria e iluminada por la luna.

Memo dijo que Jones Beach estaba demasiado lejos y que se detuviese la próxima vez que llegasen a un arroyo o a un estanque donde pudiese quitarse los zapatos y meter los pies en el agua. Cuando vieron un riachuelo que discurría junto al borde de un paraje boscoso, entre dos pueblos, él redujo la velocidad. Aparcaron en el arcén y se apearon, pero al cruzar un puente de madera para ir a la orilla herbosa del arroyo, se encontraron con un rótulo que decía: PELIGRO. AGUA CONTAMINADA. PROHIBIDO BAÑARSE. Roy propuso volver al coche y buscar otro lugar, pero Memo dijo que no, que podían contemplar el agua desde el puente. Después encendió un cigarrillo y todo fue luz: sus cabellos y su vestido verde de verano, y sus piernas desnudas e incluso la esclava que llevaba en el tobillo izquierdo, resplandecieron a la luz de la luna. Fumando, observó el agua que fluía debajo del puente y cuyas ondulaciones se reflejaban en su cara.

Al cabo de un rato, al ver lo silenciosa que permanecía, dijo Roy:

—Apuesto a que, con lo que he ganado hoy, podría amueblar una casa.

Memo dijo:

—Bump habría tenido también su homenaje, si no hubiese muerto.

Roy sintió una oleada de irritación en el pecho y preguntó fríamente:

—Bueno Memo, ¿qué tenía él que no tenga yo?

Se irguió en toda su estatura, vigoroso y gallardo.

Ella, sin mirarle, pronunció reflexivamente el nombre de Bump; después sacudió la cabeza para arrojarlo de ella, como si le doliese pensar en él.

—¡Oh! —respondió—. Era despreocupado y estaba lleno de vida. Hacía las mayores locuras y siempre tenía a todo el mundo en vilo. Incluso cuando jugaba al béisbol, se mostraba despreocupado y chancero. A veces corría desafortadamente detrás de una pelota alta y a veces no quería hacerlo, pero cuando resolvía pillarla, era emocionante verle correr y alcanzarla. Hacía que una pensara que había deseado largo tiempo que ocurriese una cosa y que él hacía que sucediese. Y lo mismo podía decirse de su manera de batear. Cuando tú vas a la caza de una o te levantas para golpearla, todo el mundo sabe de antemano que irá a parar a tu guante o que será un *hit*. Pones en ello todo tu empeño, en ocasiones pareces incluso desesperado; pero para él era un juego divertido, lo mismo que su vida. Nadie podía decir qué ocurriría la próxima vez con Bump, y esto era lo más maravilloso.

«Así es cómo le ve ella ahora que está muerto —pensó Roy—. Olvida lo dolida que estaba con él después de aquella vez que estuvo en la cama conmigo.»

«Pero Bump estaba muerto —pensó—, muerto y enterrado en su caja nueva, a una profundidad de dos metros, de la que no podía escapar.» Por tanto, cambió sutilmente de tema y se refirió a Gus.

—¿Gus? —dijo Memo, de momento con rostro inexpresivo—: ¡Oh, es como un padrecito para mí!

Él le preguntó en qué sentido era un padrecito, pero ella se echó a reír y replicó:

—Fue muy divertido lo que le hiciste en el «Pot of Fire». ¿Cómo pudiste hacer todos aquellos trucos?

—Muy sencillo. Tenían un número de magia preparado. Entré en el camerino del prestidigitador y, cuando me reconocieron, me dejaron emplear su material, pensando que sería divertido.

—¿Quién te enseñó a emplearlo?

—Nadie. Hice muchas cosas en mis buenos tiempos, Memo.

—¿Tales como...?

—Cita una y te diré que sí.

—Lo que le hiciste a Max fue para mondarle de risa.

Una nube negra pasó como una ola por delante de la luna.

—¡Es tan extraña! —murmuró ella, mirando el agua movediza.

—¿Qué?

Durante un rato, ella guardó silencio; después suspiró y dijo que se refería a su vida.

—Ha sido extraña durante todo el tiempo que puedo recordar, salvo un año o dos..., sobre todo cuando estuve con Bump. Éste fue el tiempo mejor, sólo que duró muy poco; las cosas buenas no suelen durar. Cuando era pequeña, mi padre nos abandonó, y no recuerdo haber vuelto a ser feliz hasta que conseguí ir a Hollywood cuando tenía diecinueve años.

Él esperó a que prosiguiese.

—Gané un concurso de belleza en el que escogían una ganadora en cada Estado, y me enviaron a Hollywood como pequeña estrella. Durante unas semanas me sentí como la Reina de Mayo; entonces me hicieron una prueba y, aunque era guapa y tenía buena figura, mi actuación no resultó tan buena y, prácticamente, me dijeron que volviese a casa. Yo no podía soportar esta idea y me quedé allí tres años, trabajando en clubes nocturnos y asistiendo, además, a una escuela de artistas, con la esperanza de llegar a ser una actriz aceptable; pero la cosa no dio resultado. Sabía lo que querían que hiciese, pero no podía convertirme mentalmente en otra persona. Hay que olvidarse de la propia personalidad, y yo no lo conseguía. Entonces vine al Este y volví a pasarlo mal después de la muerte de mi madre. Hasta que conocí a Bump.

Roy pensó que ahora lloraría, pero no lo hizo.

Memo observaba las chinas sobre las que se deslizaba el agua.

—Después de lo de Bump, me di cuenta de que nunca podría volver a ser feliz.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó pausadamente Roy.

—¡Oh, lo sé! Lo sé por mi manera de sentir, A veces, por la mañana, no quisiera despertarme.

Él sintió un vacío espantoso al oír sus palabras.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó ella, tratando de cambiar de tema.

—¿De mí? —replicó tristemente él.

—Max dice que eres bastante misterioso.

—Max es un latoso. Mi vida pasada no interesa a nadie.

—¿Cómo fue?

—Como la tuya; durante años no paré de recibir golpes.

Por su voz, pareció que se hubiese enfriado; sacó un pañuelo y se sonó.

—¿Qué sucedió?

Él quería contárselo todo, comparar su historia con la de ella para que Memo se sintiese mejor, pero no pudo decidirse a hacerlo. Pensó que no era que tuviese miedo de decirle lo que le había ocurrido aquella primera vez (aunque la idea de hacerlo le había producido un fuerte rubor, pues nunca se lo había dicho aún a nadie), sino de hablarle de los lastimosos años que siguieron a aquello, cuando todo, absolutamente todo lo que intentaba, le salía mal como por obra del destino, cosa que no podía comprender.

—¿Qué sucedió? —preguntó de nuevo ella.

—¡Al diablo con eso! —exclamó él.

—Yo te lo he contado todo acerca de mí.

Él contempló el agua.

—Anduve mucho de un lado para otro y recibí duros golpes de muchas maneras —empezó él roncamente—. Había veces en que pensaba que nunca iría a ninguna parte, y esto me roía las entrañas; pero ahora ya pasó. Sé que tengo condiciones y que llegaré.

—¿Adónde?

—A mi meta. Seré campeón y tendré todo lo que esto reporta.

Ella se echó atrás, pero él la agarró de un brazo y la obligó a acercarse.

—No hagas eso.

—Tienes que vivir, Memo.

Entonces, de pronto, la besó con fuerza en los labios, que sabían a pastillas de limón. Al abrir los ojos, vio que ella le miraba fijamente. Los cerró de nuevo y siguió besándola. Entonces se contagió ella de su pasión, abrió la boca y sintió que flaqueaban sus rodillas.

Se balancearon, y él le deslizó la mano en el escote hasta el flojo sujetador y abarcó el cálido y pequeño seno con la palma.

Ella se puso rígida. Le empujó, sollozando.

—No lo toques.

La reacción de él fue lenta. Ella gimió:

—No hagas eso, por favor.

Él retiró la mano, con enojo y contrariedad.

Ella estaba ahora llorando, frotándose el pecho con la mano.

—¿Te he hecho daño?

—Sí.

—¿Cómo es posible? Lo he hecho con delicadeza.

—Está enfermo —se lamentó ella.

Él sintió un frío intenso en todo el cuerpo.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Yo lo sé. Me duele.

No podía mentir; el miedo se reflejaba en sus ojos, y tenía los brazos de piel de gallina.

—¿Has ido al médico?

—No me gustan los médicos.

—Deberías ir.

Memo salió corriendo del puente. Él la siguió hasta el coche. Ella se sentó al volante y puso el motor en marcha. Roy la dejó hacer, pensando que aquello la calmaría.

Memo puso marcha atrás, salió a la carretera y arrancó de nuevo. La luna se hundió en un enorme mar de nubes. Memo aceleró sobre el asfalto y, al llegar a una encrucijada, rodó por una carretera dura de tierra.

—Enciende las luces.

—Me gusta la oscuridad.

Sus brazos blancos estaban rígidos sobre el volante.

Él sabía que la oscuridad no le gustaba, pero supuso que Memo estaba aún nerviosa.

Cayeron algunas gotas y la luna salió de entre las nubes e inundó de luz blanca el camino. Memo apretó el acelerador.

Un viento furioso sacudió la cabeza de Roy. «Déjala —pensó—. Conviene que se libre de lo que atormenta su mente, sobre todo si todavía se trata de Bump.»

Pensó en que ella le había dicho en el puente que nunca volvería a ser feliz, y se preguntó qué significaba esto. En cierto modo estaba cansado de ella: era demasiado complicada, pero, a pesar de ello, la deseaba más que nunca. No podía decidir lo que diría ni lo que haría ahora. Tal vez esperar, pero estaba harto de aquello. Sin embargo, ¿qué otra cosa podía hacer?

La blanca luz de la luna se filtró a través de los árboles que tenían enfrente. Roy deseó poder volver atrás, a alguna parte, a su casa, dondequiera que ésta estuviese. Mientras pensaba esto, levantó la mirada y vio a la luz de la luna a un muchacho que salía del bosque seguido de un perro. Frunciendo los párpados para mirar a través del parabrisas, fue incapaz de saber si aquel chiquillo era una ilusión producida por la luz entre los árboles o un ser realmente vivo. Después de quince segundos, todavía estaba ahí. Roy gritó a Memo que redujese la marcha por si el chiquillo cruzaba la carretera. Pero en vez de esto, el coche aceleró y adquirió tal velocidad, que el bosque se volvió borroso, deslizándose los árboles como sombras bajo la débil luz, en manchas negras y blancas, hasta que todo se volvió negro al ocultarse la luna.

—¡Las luces!

Ella permaneció rígida y Roy alargó un brazo y las encendió.

Al iluminarse la carretera, Memo gritó y tiró del volante. Él sintió un golpe y su corazón se encogió. Pasó un minuto antes de que se diese cuenta de que no se habían detenido.

—¡Para, por el amor de Dios! Hemos atropellado a alguien.

—¡No! —gritó ella.

Su rostro estaba exangüe. Él asió el freno de mano.

—No hagas eso. Sólo hemos pisado algo que había en la carretera.

—He oído un gemido.

—Has sido tú.

Él no recordaba haber gemido.

—Quiero volver para comprobarlo.

—Si volvemos atrás, los guardias nos detendrán.

—¿Qué guardias?

—Nos han venido siguiendo desde el principio. He ido a más de noventa.

Roy miró hacia atrás y vio un coche negro de faros opacos corriendo a toda velocidad detrás de ellos.

—Deténte en la próxima curva —ordenó—, y yo me pondré al volante.

Estaban más cerca del Sound de lo que él se imaginaba, y cuando se alzó ante ellos una niebla blanca y espesa producida por el agua, Roy se metió en ella. Aunque el «Mercedes» llevaba las luces apagadas, su blancura era suficiente para que lo viesen los del sedán; así, bendijo aquella niebla y, ya dentro de ella, despistó fácilmente a los perseguidores.

En el trayecto de regreso trató de encontrar la carretera del bosque para ver si habían atropellado a alguien. Memo se impacientó. Estaba segura, a pesar de la insistencia de Roy en que había oído un gemido, de que habían pisado una piedra o un leño en la carretera. Si volvían allí, los guardias podían estar esperándoles y detenerles, lo cual les crearía grandes dificultades.

Pero él dijo que volverían de todos modos.

Roy tuvo la impresión de que el sedán estaba nuevamente detrás de ellos —aunque podía ver que no era así—, mientras trataba de localizar el puente y después la carretera del bosque. No estaba convencido de no haber atropellado a alguien, y si podía hacer algo por el chico, aunque fuese con retraso, quería hacerlo. Por consiguiente, encendió los faros, iluminando los remolinos de niebla, y al cruzar el bosque —no podía estar seguro de que fuese el mismo—, inspeccionó atentamente el camino en busca de un cuerpo o alguna huella de sangre; pero no encontró nada. Memo se adormiló, pero se despertó de pronto cuando Roy, sin prestar atención a lo que tenía delante, se despistó y rodó por un bajo terraplén, yendo a chocar contra un árbol. A pesar del topetazo, ninguno de los dos sufrió graves lesiones. Roy quedó con un ojo amoratado, y Memo recibió un golpe en el pecho enfermo. El coche quedó destrozado.

Aquella misma mañana, antes del amanecer, Roy ayudó a Memo a apearse de un taxi y miró hacia el vestíbulo del hotel en el preciso momento en que Pop Fisher se levantaba de un salto de un diván y corría hacia ellos como un tranvía que hubiese perdido los frenos. Memo dijo que tenían que huir, y ambos echaron a correr y se metieron en el hotel por la entrada lateral; pero apenas habían llegado a la escalera cuando Pop, que los había seguido, les alcanzó echando chispas.

Memo lloriqueó diciendo que ya había sufrido bastantes desgracias aquella noche, y subió corriendo la escalera. Roy había esperado tener otra oportunidad de besar a Memo, pero cuando Pop se lanzó contra él como una gallina enloquecida y de plumas erizadas, rompiendo el silencio del lugar con su estridente cacareo, pensó que lo mejor sería mantenerle apartado de Memo.

Se volvió a Pop, el cual pudo ver entonces el ojo amoratado de Roy y a punto estuvo de estallar. Le llamó cuanto puede llamarse a un hombre, desde maldito hijo de perra hasta infame Judas traidor, por no haber asistido al entrenamiento, haberse lesionado un ojo y comparecido casi a las cinco de la mañana el día de un importante

partido contra los Phils.

—¡A punto he estado de volverme loco! —vociferó—. ¡Y casi me dio un ataque al corazón cuando Red me dijo que no estabas en tu habitación a medianoche!

Entonces multó a Roy con doscientos cincuenta dólares, pero los redujo a cien cuando Roy mencionó sarcásticamente lo que le pagaban los Knights.

—Y nada malo le pasa a mi ojo —dijo—. Sólo me duele un poco y puedo ver con tanta claridad como si fuese de día; pero si quiere que duerma un poco antes del partido, será mejor que deje de apabullarme.

Pop se tranquilizó rápidamente.

—Confieso que puedes divertirle un poco el día de tu homenaje, pero no tienes idea de lo que he sufrido en estas horas que he pasado esperándote. No he parado de imaginar las cosas más terribles. No hace falta que te diga que hoy cuesta muy poco matar a un hombre.

Roy se echó a reír.

—Nadie me va a matar antes de que llegue mi hora. Yo soy de los que mueren de muerte natural.

Al ver la afectuosa sonrisa que se pintó en la boca de Pop, compadeció al viejo y le dijo:

—Incluso con un solo ojo, les derrotaré mañana para usted.

—Sé que lo harás, hijo —casi ronroneó Pop—. Tú eres el hombre en quien más confío para conseguir el triunfo. Aluna estamos en un buen momento y pienso que, de no producirse un accidente grave, alcanzaremos a los Piratas en menos de dos semanas. Y cuando ocupemos el primer puesto, nos mantendremos en él hasta hacernos con el galardón. ¡Dios uno, sólo de pensar en ello me tiemblan las piernas! Supongo que sabes lo que esto significaría para mí después de tantos años.

A veces siento que es lo que he esperado durante toda mi vida. Por consiguiente, cuídate bien. A fin de cuentas, ya no eres un muchacho. A tu edad, el cuerpo se comporta a menudo de un modo desordenado; por consiguiente, ten prudencia y evita los tropiezos.

—Soy joven de mente y sano de cuerpo —replicó Roy—. No debe preocuparse por mí.

—Pero ten cuidado —dijo Pop.

Roy le dio las buenas noches, pero no pudo moverse porque Pop le había agarrado de un codo. Llevándole a un rincón, le murmuró que no se liase demasiado con Memo.

Roy se puso rígido.

—No me interpretes mal, hijo; no es mala chica...

Roy echó fuego por los ojos.

Pop tragó saliva.

—Yo soy el único realmente malo. Fui yo quien la presentó a Bump. —Ahora parecía enfermo—. Confiaba en que ella le enderezaría y, en cierto modo, lo

conservaría para el equipo; pero..., bueno, ya sabes cómo son esas cosas. Bump no era de los que se casan, sino que bueno, ya sabes lo que quiero decir.

—¿Y qué? —dijo Roy.

—Nada —respondió Pop, quebrándosele la voz—. Sólo hice mal al animarles a salir juntos, quizá sabiendo va, en el fondo de mi mente, la forma en que lo harían..., es decir, sin casarse, y siempre me he arrepentido de ello.

Roy no dijo nada y Pop se abstuvo de mirarle a los ojos.

—Lo que iba a decirte —prosiguió— es que, aun no siendo realmente mala, tiene y siempre ha tenido mala suerte, y creo que hay en ella una especie de hechizo que contagia su mala fortuna a otras personas. Por eso quisiera que te anduvieses con cuidado y no te ligases demasiado a ella.

—Una fea actitud, siendo tío de ella.

—Lo digo por tu bien.

—Yo sé cuidar de mí.

—No me interpretes mal, hijo. Ella es hija de mi difunta hermana y la quiero, pero siempre está insatisfecha y te enredará en sus propios problemas de una manera que debilitará tu tuerza si no te andas con cuidado.

—Será mejor que sepa que la quiero.

Pop frunció el ceño:

—¿Siente ella lo mismo por ti?

—Todavía no, mas espero que lo sentirá.

—Bueno, tú sabrás lo que haces.

Parecía tan afligido, que Roy le dijo:

—No se inquiete por ella. Yo haré también que cambie su suerte.

—¡Ojalá sea así!

Pop sacó su cartera y extrajo de ella un papel color de rosa, que tendió a Roy.

Roy lo observó con su ojo sano. Era un cheque nominativo por dos mil dólares.

—¿Para qué es esto?

—El saldo de tu salario por el tiempo que perdiste antes de llegar aquí. Me imagino que tienes derecho al menos al salario mínimo del año.

—¿Lo ha enviado el juez?

—¿Esa sabandija? No te enviaría ni su mal aliento. Este cheque es mío —aclaró Pop, ruborizándose.

Roy se lo devolvió.

—Me defiendo bien. Si el juez quiere aumentarme el sueldo, me parecerá muy bien, pero no quiero dinero personal de usted.

—Hijo mío, si supieses lo que significas para mí...

—No lo diga. —Roy sintió un nudo de emoción en la garganta—. Espere a que consiga su trofeo.

Se volvió para marcharse y chocó con Max Mercy, que acababa de llegar. Los ojos saltones y adormilados de Max se abrieron al ver la moradura en uno de los ojos

de Roy. Volvió rápidamente al vestíbulo.

—Esa babosa no trae nada bueno entre manos —comento Roy.

—Estaba durmiendo en un diván al lado del mío mientras yo esperaba tu regreso. Oyó que Red me decía que no habías llegado. Llevaba una cámara.

—Será mejor que no tome una foto de mi ojo —dijo Roy.

Subió la escalera de atrás con Max pisándole los talones. Aunque el periodista llevaba una cámara y un bolsillo lleno de lámparas de flash, corrió más deprisa de lo que había esperado Roy, y éste, para burlarle, cruzó la puerta del segundo piso y echó a correr por el pasillo. Viendo por encima del hombro que Max seguía aún detrás de él, pasó por una puerta cristalera abierta y entró en un inmenso y oscuro salón, lleno de sillas, macetas con plantas y atriles desparramados, testigos de un baile celebrado la noche pasada. El persistente olor a perfumes, mezclado con el de humo de cigarrillos, le recordó el de los cabellos de Memo y le obsesionó incluso ahora. Pensó en ocultarse detrás de algo, pero esto le habría colocado en una posición ridícula si Max conseguía tomarle una foto, y como su ojo sano se había acostumbrado a la oscuridad, se abrió paso ágilmente entre los obstáculos, confiando en que el monstruo de cuatro ojos que le perseguía rompiese su cámara o se fracturase tal vez una pierna. Pero Max parecía oler su camino en la sombra y no se daba por vencido. Al llegar a la puerta cristalera del otro extremo del salón de baile, Roy saltó a un lado en el preciso instante en que se encendía una lámpara de flash que sólo proporcionaría a Max una instantánea de un salón de baile desierto. El periodista se pegó como con cola a la sombra de Roy, subiendo la escalera en espiral y corriendo tías él por el largo y vacío corredor del piso noveno (ancho y lapizado con una gruesa alfombra, que ahogaba el ruido de sus pisadas), que, al parecer de Roy, era como una interminable carretera que se extendía ante él.

Le pareció que hacía siglos que corría; después, el borroso bosque negro se deslizó junto a él, sucediéndose los árboles negros y blancos, y entonces se iluminaron todos con una luz opaca, hasta que apareció la luna entre las hojas y todo el bosque resplandeció. Salieron de él aquel muchacho y su perro, y Roy transmitió al primero un mensaje confidencial, pronunciado por el corazón: «ten cuidado al cruzar la carretera, chico». Pero había llegado tarde, porque el niño yacía en el suelo, sangrando y con los huesos rotos, en un charco de luz, sin nadie que cuidase de él o murmurase una bendición sobre su juventud perdida. Un gemido brotó de la garganta de Roy —mientras enfocaba los restos con una linterna— por no haber obligado a Memo a detenerse y volver para reparar en lo posible el daño causado. Un súbito destello oscuro sobre su cabeza proyectó fantásticamente su sombra hacia delante y borró, con su incandescencia, al chico de la carretera. Roy sintió un dolor que le quemaba las entrañas, pero, en el mismo instante, recordó que no había el menor rastro de sangre en el guardabarros ni en el parachoques, y que Memo le había dicho que era ella la que había gritado, porque había visto por el espejo retrovisor que les

perseguían los guardias. El sedán negro que les seguía no se había detenido, cosa que habría hecho si hubiesen ido policías en él y hubiesen visto a alguien agonizando en la carretera. Por consiguiente. Memo debía de estar en lo cierto: habría sido una piedra o quizás el perro del chico; probablemente ni siquiera esto, pues no parecía que pudiese haber ningún niño en aquellos bosques, y sí, sólo, en su mente.

Llegó a su puerta. Max jadeaba detrás de él. Al meter Roy la llave en la cerradura, acercando a ella el ojo sano para ir más deprisa, Max enfocó su cámara desde unos cuatro metros de distancia y apretó el disparador. La lámpara estalló contra el reflector. La puerta se cerró de golpe. Max prorrumpió en maldiciones, mientras Roy, dentro de su habitación, se desternillaba de risa.

En el partido de béisbol, tuvo un día estupendo. Doc Casey había reducido la hinchazón del ojo y pintado el morado de color carne, y Roy había conducido el ataque contra los Phils, hundiéndoles dos veces aquella tarde y decantando el partido en favor de los Knights, que subieron al segundo puesto de la clasificación, a sólo tres puntos de los Piratas. Pop estaba entusiasmado. Los hinchas se habían vuelto locos. Los periodistas dijeron que los Knights eran «el equipo revelación del siglo» y pronosticaron que conseguirían el triunfo final.

Cuando iba a visitar a Memo después del partido. Roy la vio venir, con su abrigo de verano, por el pasillo del cuarto piso.

—Vengo a ver cómo te encuentras, Memo.

Ella siguió andando, contoneándose ligeramente, en dirección al ascensor.

—Estoy perfectamente —dijo.

Él se detuvo.

—¿Has visto ya al médico?

Memo enrojeció y dijo rápidamente:

—Dice que es neuritis... Nada grave.

Pulsó el botón del ascensor.

—¿Nada grave?

—Así lo ha dicho.

Estaba mirando el pozo del ascensor y él tuvo la impresión de que no había ido a ver al médico. Presumió que su pecho no estaba enfermo, que sólo lo había dicho para que él no siguiese adelante. Aunque no le gustaba aquella técnica, dominó su irritación y la invitó a ir al cine.

—Lo siento, pero Gus vendrá a buscarme.

Ya en su habitación, se sintió inquieto. Pensó que estaría mejor sin ella, pero esta simple idea le enojaba todavía más. Red Blow le llamó para ir a ver una película, pero Roy le dijo que tenía jaqueca. Más tarde salió solo. Por la noche soñó continuamente con ella. El pecho enfermo se había vuelto verde, pero, a pesar de todo, ansiaba su tacto.

Al día siguiente, Roy no logró ningún *hit* contra los Bravos. Los Knights ganaron; pero el jueves, jugando contra los Dodgers en Brooklyn, tampoco hizo ningún *hit*, y perdieron. Como nunca había estado sin hacer un *hit* más de seis veces seguidas, cundió el rumor de que estaba en baja forma. Esto le inquietó, pero trató de no pensar en ello, concentrando su atención en él mismo y en Memo y revisando una vez más los periódicos en busca de noticias sobre un accidente de circulación en Long Island, en el que el causante del atropello se había dado a la fuga. Al no encontrar ninguna referencia a ello, lo atribuyó a su imaginación y pensó que era mejor olvidarlo. Se dijo también que no debía preocuparse de su baja forma —esto les ocurría a los mejores—; pero después de tres días sin un *hit*, no pudo dejar de hacerlo.

Al persistir su negativa actuación, todo el mundo quedó asombrado. Parecía imposible que una cosa así le ocurriese a un fenómeno como Roy. Los *pitchers* adversarios eran los más incrédulos a este respecto. Lanzaban cautelosamente la pelota, temiendo una súbita erupción de su furor; pero no tardaron en ver preocupación en sus ojos y en comprender que ya no realizaría aquellas fáciles y tranquilas carreras de otros tiempos. Enderezaron sus curvas y lanzaron las pelotas al centro de la tabla, contando con que las devolvería con lentitud al campo interior o se eliminaría él mismo. Ciertamente, conservaba su aspecto majestuoso, plantado allí, de espaldas al box, separadas las piernas y con *Wonderboy* reluciendo bajo el sol y alzado sobre su hombro (ahora ya no lo levantaba sobre la cabeza). Golpeaba con tanta fuerza, que podía verse un remolino de polvo en el suelo al pasar el bate sobre él; sin embargo, sólo batía el aire. Y esto hacía que muchos *pitchers* se considerasen unos héroes al ver cómo se alejaba Roy de la tabla y se metía en el foso con la cabeza gacha.

«Pero ¿qué me pasa?», pensaba con irritación. Tenía la impresión de que era otro (se preguntaba si no estaría enfermo). Se sentía embotado y torpe, en los dedos, los músculos y las articulaciones; una rigidez en todo el cuerpo. Le faltaba la sensación de golpe violento..., aquel instante en que sentía galopar el estómago antes de que la madera diese en la pelota, y el hormigueo de satisfacción que corría por sus brazos y sus hombros al conseguir un buen impacto. Aunque no le faltaba trabajo como *fielder* —los *pitchers* de los Knights no eran muy precisos en los *hits*—, echaba en falta el ejercicio especial de correr de base a base, de girar alrededor de ellas con la rapidez de un caballo de carreras mientras nueve hombres frenéticos trataban de atajarle. Pero, sobre todo, añoraba aquella satisfacción que hacía que se hinchasen sus pulmones cuando cruzaba la tabla y anotaban otro punto detrás de su nombre en el libro-registro del club. Se había interrumpido todo un conjunto de satisfacciones físicas y mentales y, sin ellas, volvía a sentirse como el Hobbs que creía haber dejado atrás, muerto y enterrado.

«¿Qué es lo que hago mal?», se preguntaba. Ni en el banco ni en el club, nadie le había brindado el menor consejo o información sobre lo que le pasaba; ni siquiera habían mencionado su baja forma. Ni siquiera Pop, que, pese a estar también

preocupado, esperaba que aquello pasara con la misma rapidez con que había aparecido. Roy se daba cuenta de su ansiedad y su precipitación —o bateaba con impaciencia antes de que llegase la pelota, o hacía girar el bate demasiado tarde—, de modo que *Wonderboy* mordía poco o se quedaba en ayunas. Pensando que tal vez daba un paso demasiado largo o separaba mucho los pies, y que esto le impedía girar libremente, modificó esta posición, pero no le sirvió de nada. Probó un nuevo ritmo y trató de calcular mejor el tiempo. Todo inútil. Para no cansarse la vista, dejó de leer y de ir al cine. Al batear, su expresión era tan torva y amenazadora que daba escalofríos a los *pitchers* contrarios, pero éstos le habían tomado la medida.

Pasaba horas preguntándose ansiosamente si debía pedir ayuda o esperar a que pasara aquello. Algún día tendría que superar el bache, pero ¿cuándo? No era que tuviese vergüenza de pedir ayuda, pero, cuando uno ha llegado tan lejos, está convencido de que conoce perfectamente el juego y debe prescindir de los consejos en vez de pedirlos. Su posición era sólida, según suele decirse, y la quebrantaría si andaba por ahí suplicando la limosna de un consejo. Sería como empezar de nuevo, y estaba ya harto de nuevos comienzos. Pero, como seguía sin recobrar aliento, sintió un poco de pánico. Por fin, buscó a Red Blow, lo llevó al centro del campo y le preguntó con voz confusa:

—¿Qué me pasa, Red, que no doy un golpe a derechas?

Miró más arriba de la pared de la derecha al hacer esta pregunta. Red escupió jugo de tabaco sobre la hierba.

—Bueno —dijo, frotándose la pecosa nariz—, ¿qué es lo que te preocupa?

Roy tardó en responder.

—Me preocupa que fallo demasiados golpes y no encuentro mi sitio en el campo.

—Quiero decir además de esto. ¿Has dejado preñada a alguna chica?

—No.

—¿Algún problema de dinero?

—Ahora, no.

—¿Haces algo que no te gusta?

—¿Como qué?

—Una vez tuvimos aquí un muchacho a quien su mujer le obligaba a vaciar el cubo de la basura todas las noches y, aunque te cueste creerlo, esto empezó a deprimirle. No dio una a derechas durante un mes, hasta que una noche dijo a su esposa que sacase ella misma el maldito cubo de basura, y al día siguiente volvió a ser un buen bateador.

—No, no es nada de eso.

Red sonrió.

—Pensé que te haría reír, Roy. Una buena carcajada ha sacado del bache a más de uno.

—Me gustaría reír, pero no tengo ganas. Lamento tener que decirlo, pero más bien siento ganas de llorar.

Red se mostró comprensivo.

—He tenido muchos baches en mi vida, Roy y, si pudiese decir qué los produce, ganaría una fortuna, me compraría un bar y me retiraría. Lo único que sé acerca de ellos es que hay que relajarse para vencerlos. Comprendo lo que sientes ahora y me doy cuenta de que cada partido que perdemos nos perjudica mucho; pero, si puedes tomarlo con calma y librarte del nerviosismo que, por alguna razón, se ha metido en tu sistema, pronto volverás a estar en forma. Y batearás como el mejor.

—Para entonces, quizá ya estaré muerto —replicó tristemente Roy.

Red se quitó la gorra y, con la misma mano que la sostenía, se rascó la cabeza.

—Lo único que puedo decirte es que debes encontrar tú la solución, Roy.

El consejo de Pop fue más práctico. Roy visitó al mánager en su oficina después del siguiente y fracasado partido. Pop estaba sentado detrás de la mesa, puntuando las actuaciones de los jugadores en una libreta de hojas cambiables. Sobre la mesa había un par de zapatos de lona, un retrato de mamá Fisher y un viejo recorte del *Sporting News*, que comentaba la sensacional alineación de los Knights. Pop cerró la libreta, pero no antes de que Roy viese un gran cero rojo a continuación de su nombre. Los Knights habían bajado de nuevo al tercer lugar de la clasificación, a sólo un juego por delante de los Cardinals, y los hongos volvían a actuar furiosamente en las manos de Pop.

—¿Qué tengo que hacer para salir de esto? —preguntó, pensativamente, Roy.

Pop miró por encima de sus gafas de media luna.

—Nadie podría decírtelo exactamente, pero yo te aconsejaría que dejases de tratar de alcanzar pelotas malas.

Roy sacudió la cabeza.

—No creo que sea eso. Sé cuándo son malas, pero la razón de que a veces trate de alcanzarlas es que los *pitchers* no me arrojan bolas buenas, pero éste no ha sido últimamente el caso, pues casi todas han sido buenas, aunque no para mí.

—Que me aspen si sé qué aconsejarte —dijo Pop, rascándose los enrojecidos dedos.

También él se sentía un poco asustado. Pero le recomendó dar voleos cortos y tratar de echarlas fuera. Dijo que Roy tenía unas piernas muy veloces, y que si llegaba a la base, fuese como fuese, recobraría la confianza en sí mismo.

Pero Roy, que nunca había recurrido a tales voleos —no le gustaba dejar que la pelota golpease el bate y rodase, cuando podía dar un buen golpe y enviarla por encima de la valla—, no podía dominar este arte de la noche a la mañana. Parecía un tonto cuando trataba de hacerlo, y pronto renunció a ello.

Entonces Pop le recomendó que batease pelotas rápidas y rectas lanzadas por diferentes *pitchers* durante media hora todas las mañanas, y que siguiese haciéndolo hasta que recobrase su cálculo del tiempo, porque era esto lo que se perdía cuando se pasaba por un bache. Roy practicó con diligencia y logró conectar los golpes; sin embargo, no podía hacer lo mismo durante el partido.

Entonces Pop le aconsejó que dejase las prácticas y batease en frío. Pero tampoco esto dio resultado.

—¿Cómo tienes el ojo que te lesionaste? —le preguntó Pop.

—Doc lo ha examinado y dice que veo perfectamente.

Pop miró tristemente el *Wonderboy*.

—¿No crees que deberías probar otro bate para cambiar? A veces esto sirve para salir de un bache.

Roy se negó rotundamente.

—*Wonderboy* me ha acompañado en todas mis buenas actuaciones, y no me separaré de él. Mi bate no tiene la culpa de lo que me sucede.

Pop pareció afligido, pero no discutió.

Sólo en raras ocasiones veía ya a Memo. Ella andaba poco por allí, y nunca asistía a los partidos, aunque había empezado a frecuentarlos de nuevo poco tiempo atrás. Roy tenía la morbosa impresión de que ella no podía soportarle estando en tan baja forma. Sabía que las preocupaciones de los demás le inquietaban y que le gustaba hallarse donde todo el mundo estuviese alegre. Tal vez pensaba que este bache demostraba que no era tan buen jugador como Bump. Fuese por lo que fuese, ella siempre encontraba alguna excusa para no encontrarse con él, y Roy sólo la veía ocasionalmente acá y allá en el hotel. Una mañana en que tropezó con ella en el *grill room*, Memo se puso colorada y dijo que lamentaba saber que pasaba una mala temporada.

Roy se limitó a asentir con la cabeza, pero ella siguió diciendo que Bump solía calmar sus nervios, cuando bateaba mal, consultando a una adivina llamada Lola de Jersey City.

—¿Para qué? —preguntó Roy.

—Ella solía decirle cosas que le animaban, como una vez en que le dijo que heredaría dinero de alguien y él se sintió tan satisfecho que salió del bache en que se hallaba.

—¿Cobró el dinero que ella le había dicho?

—Sí. Por Navidad murió su padre y le dejó un garaje y un «Pontiac» nuevo. Bump lo vendió todo y se embolsó nueve mil dólares.

Roy reflexionó sobre esto. No confiaba mucho en que una adivina pudiese sacarle de apuros, pero el fracaso de todos los remedios que había probado había empeorado aún más su baja forma, y estaba dispuesto a agarrarse a un clavo ardiente. Tomó prestado un coche, fue a ver a Lola en Jersey City y la localizó en una casucha de dos pisos cerca del río. Era una cincuentona gorda con unas zapatillas de fieltro negras, rotas en las costuras, y un trapo de cocina enrollado en la cabeza.

—Pase al salón —dijo, apartando a un lado una cortina de abalorios que tapaba la entrada de una oscura y maloliente habitación—. Estaré con usted en un periquete, en cuanto me libre de esa cotorra que tengo en el porche de atrás.

Roy la esperó sintiéndose incómodo y estúpido.

Por fin volvió Lola, envuelta en un mantón español. Encendió la bola de cristal, pasó sus manos nudosas sobre ella y observó el vidrio con ojos miopes. Un minuto después dijo a Roy que pronto conocería y se enamoraría de una dama de cabellos negros.

—¿Algo más? —preguntó él, con impaciencia.

Lola volvió a mirar. Una expresión vacía se pintó en su semblante, y sacudió despacio la cabeza.

—Es curioso —dijo—, pero aquí no hay nada más.

—¿Nada que indique que puedo salir de un bache en el béisbol?

—Nada. El futuro se ha cerrado para mí.

Roy se levantó.

—Lo malo de lo que me ha dicho es que ya estoy enamorado de una linda pelirroja.

La sesión había sido tan corta, que Lola le cobró un dólar, en vez de los dos que solía pedir.

Después de esta visita, y aunque Roy no era por lo general supersticioso, probó algunas cosas de las que había oído hablar, para ver si daba resultado. Se ponía los calcetines del revés, basteaba un hilo rojo en sus calzoncillos, escupía entre dos dedos cada vez que veía un gato negro, y escrutaba a diario las gradas para asegurarse de que no había ningún bisco que pudiese echarle mal de ojo. También comió menos carne, aunque siempre estaba hambriento, y decidió someterse a un chequeo. El médico le dijo que estaba en perfectas condiciones, salvo una ligera hipertensión causada por su preocupación, y que disminuiría en cuanto se relajase. Practicó con *Wonderboy* delante del espejo y cosió en el interior de su ropa medallas milagrosas y amuletos de peces, cabras, puños cerrados, tijeras abiertas y efigies de jorobados.

Los otros Knights tampoco se libraban de estas cosas; cuando el equipo marchaba bien, olvidaban las supersticiones, pero ahora que iban cuesta abajo, sentían la necesidad de alguna ayuda extraordinaria. Así, Dave Olson reanudó su contienda con la dama del sombrero de plumas amarillas; Emil Lajong dio la vuelta a sus *backflips* protectores, y Flores resucitó el asunto de los pájaros. Los jugadores se ponían la ropa de abajo arriba, procuraban que los guantes apuntasen hacia el Sur cuando dejaban el campo para ir a batear, y todos, incluso Dizzy, tenían al menos una pata de conejo. A pesar de estas precauciones, los muchachos cometían muchos errores al jugar, dejando de pisar la base cuando era fácil hacerlo, saliendo del campo con dos *outs* cuando estaban a punto de lograr una carrera, intentando convertir los singles en triples, y temiendo dejar la primera base cuando la pelota era buena para al menos dos. Y no se avergonzaban de echarle toda la culpa a Roy.

Los hinchas no tardaron en enfadarse con sus chapucerías. Algunos de ellos convenían en que la culpa era de Roy, por haberse traído y traído al equipo mala suerte el día de su homenaje, al prometer lo imposible con sus baladronadas. Otros —

entre ellos un grupo de reporteros deportivos— sostenían que aquel grandullón había vivido siempre de prestado, que era un globo hinchado que se había reventado de acuerdo con la ley de probabilidades. Sadie, enjugándose los ojos con el borde de su enagua, guardó su gongo, y Gloria maldijo, asqueada, a todos los hombres. Y Otto Zipp reapareció como una pesadilla con su vozarrón y su cargante bocina pregonando cruelmente el fracaso de Roy. Unos pocos aficionados se avergonzaban de que Otto se ensañase con el caído, pero la mayoría aprobaba sus sentimientos. Los veteranos empezaron de nuevo a arrojar hortalizas y otras cosas, y, siguiendo las directrices del enano, abuchearon a los jugadores y, en particular, a Roy, llamándole de todo, desde cobarde hasta hijo de perra. Como Roy había tenido siempre el oído muy fino, cada insulto y cada cuchufleta daban en el blanco. Él cambiaba de color y farfullaba por lo bajo contra sus verdugos. Una vez, en un espasmo de flaqueza, corrió despacio detrás de una pelota alta (últimamente tenía que esforzarse para alcanzar pelotas que antes agarraba con facilidad), obligando a Flores a entrar en su terreno para tomarla. Aquellos cabezotas se levantaron como un solo hombre y le silbaron. Roy sacudió el puño en dirección a sus estúpidas caras. Vociferaron. Él se llevó el pulgar a la nariz. «¡Estás acabado!», gritaron a coro.

Era verdad; un cruel sentimiento de impotencia se apoderó de él.

Al ver todo aquello, Pop se puso furioso. A punto estuvo de arrancarse el reciente vendaje de sus purulentos dedos. Se puso como un loco, gritó desafortadamente, impuso multas con la misma prodigalidad con que habría repartido sopa a los pobres, y se ensañó con Roy.

—¡Es ese maldito bate! —rugió una mañana en la casa del club—. ¿Cuándo te desprendrás de ese funesto *Wonderboy* y probarás con otro bate?

—Nunca —replicó Roy.

—Entonces descansarás en el banco.

Y Roy permaneció todo el partido sentado en el extremo del banco, desde donde podía observar a Memo, más adorable que nunca, en un palco delantero, en compañía de dos intrigantes: el sonriente y tuerto Gus, y Mercy, satisfecho como un gato y que esta noche publicaría un reportaje con este titular: *Hobbs se ha quedado en el banco. El All-American Out ha enviado a los Knights a segunda división.*

Se despertó en el vestuario, tendido sobre un banco. Recordó que se había tumbado allí para secarse antes de vestirse, pero aún estaba empapado en sudor, y encendió una cerilla sobre su reloj de pulsera y vio que era más de medianoche. Se incorporó con rigidez, gruñó y se frotó el barbudo rostro con las ásperas palmas de las manos. Al empezar a pensar se quedó abrumado. Siguió sentado allí paralizado, aunque sus entrañas parecían volar: los pulmones doblemente alados, seguidos del corazón en forma de barca y arrastrando una tira larga de intestinos. Ansiaba tener un amigo, un padre, un hogar al que volver; se veía empaquetando sus cosas en una maleta, comprando un billete y corriendo a tomar un tren. Pasada la primera estación, arrojaría *Wonderboy* por la ventanilla. (Años más tarde, cuando volviese de una visita

a la ciudad, siendo ya viejo, escudriñaría la llanura para ver si estaba aún allí, resplandeciendo sobre el barro.) El tren adquirió velocidad al cruzar de noche el campo. En él se sentía seguro. Rió entre dientes.

Aquella risita le irritó. «¿Habré perdido la cabeza?» Empezó a rumiar y murmuró: «¿Qué es lo que hago mal?» Repitió, gritando, esta pregunta, que pareció rebotar en las paredes. Encendiendo cerillas, se vistió apresuradamente. Antes de salir se acordó de envolver *Wonderboy* en un trozo de franela. Ya en la calle, respiró de momento con más facilidad, hasta que sospechó que alguien le seguía. Se detuvo en seco y giró sobre sus talones. Una mujer que caminaba sola le vio a la luz de un farol. Apretó el paso, haciendo repicar los tacones en la calle. Él se arrimó a la pared del estadio y siguió andando, mirando de vez en cuando y disimuladamente hacia atrás. En la torre ardía una luz difusa: el juez estaría contando su dinero. Le maldijo y prosiguió su fatigosa marcha.

Un taxista de nariz rota y oreja de coliflor le miró fijamente, pero no le reconoció. El vestíbulo del hotel estaba desierto. Un viejo ascensorista murmuró algo para sí. El pasillo del piso noveno era largo y estaba vacío. Silencioso. Sintió una pizca de miedo..., como si al destapar momentáneamente el desagüe de una bañera refluyese el agua y la ensuciase con una araña muerta, tres piojos, una cagarruta de rata y otras cosas que se resistía a mirar y a nombrar. Sonó el teléfono una y otra vez. Esperó a que dejase de sonar. Por fin lo hizo. Roy se dijo que se estaba comportando como un estúpido. Hizo girar la llave en la cerradura y abrió la puerta. Algo se movió en el fondo de la habitación. La sangre se le heló en sus venas.

Haciendo acopio de valor para luchar sin fuerza, encendió la luz. Una sombra blanca entró corriendo en el cuarto de baño. El corrió a su vez y la abrió de una patada. Una cara blanquecina y vieja le miró fijamente. «¡Bump!» Gimió y se estremeció. Transcurrió un siglo... Su propia cara le miró desde el espejo del cuarto de baño: su pasado, su juventud, los años fugaces. A punto estuvo de desmayarse, del alivio que sintió. Su cabeza, una piedra mellada sobre los hombros doloridos, palpité en su rocoso interior. Una tristeza opresiva gravitó como un dolor vivo sobre su corazón. Jadeando en busca de aire, se plantó ante la ventana abierta y contempló la lúgubre ciudad hasta que se le entumecieron los brazos y las piernas con aquella pesadez. Cerró la puerta del pasillo y se metió en la cama. En la oscuridad, se sintió perdido en una abrumadora flojedad... «Estoy acabado», murmuró. Las páginas del libro-registro se desprendieron y volaron arrastradas por el viento. Durmió y se despertó, acabado. Durante toda la noche esperó la maldita bala de plata.

En la carretera, Pop estaba de un humor de perros. Se acabaron los privilegios del equipo: no más esposas en los viajes; no más cheques para la comida —todas las mañanas, antes de desayunarse, distribuía Red el dinero para el yantar—; toque de silencio a las once y comprobación de las camas todas las noches. Pero Roy había descubierto que el viejo había invitado a Memo a ir con ellos, a pesar de todo. Seguía

pensando que Roy había tomado en serio su consejo de mantenerse lejos de ella y que esto le había destrozado. Memo había rehusado la invitación y Pop se ha liria dado de patadas por habérsela hecho.

Roy estaba pensando en ella la mañana que llegaron a Chicago y se dirigía al hotel en un taxi, en compañía de Pop y Red. Durante un tiempo había conseguido tenerla apartada de su pensamiento, pero ahora, debido a su renovada inquietud, había vuelto de nuevo. Se preguntaba si Pop estaba en lo cierto y ella le había traído mala suerte y metido en un bache. Si era así, ¿no estaría mejor aquí, tan lejos de ella?

El taxi giró hacía Michigan Avenue, desde donde se divisaba claramente el lago. Roy guardaba silencio. Red miró casualmente por la ventanilla trasera. Miró fijamente algo y luego dijo:

—¿Os habéis fijado en un «Cadillac» negro que nos ha estado siguiendo todo el rato? He visto ese maldito coche en casi todos los sitios donde hemos estado.

Roy se volvió a mirar. El corazón le dio un salto. Parecía el mismo coche que les había seguido durante la mitad del trayecto en Long Island.

—¡Malditos sean! —exclamó Pop—. Despedí a esos tipos hace una semana. Supongo que no recibieron mi postal.

Red le preguntó quiénes eran.

—Un detective privado y su socio —explicó Pop—. Los contraté hace cosa de un mes para que vigilasen al Grande Hombre aquí presente y le evitaran cualquier problema, pero ahora es tirar el dinero. —Miró hacia atrás y gritó—: ¡Malditos imbéciles!

Roy no dijo nada, pero lanzó una dura mirada a Pop, y el mánager quedó confuso.

Al detenerse el taxi ante el hotel, un hombre en mangas de camisa, de ojos desorbitados, hirsuto y frenético, corrió hacia ellos.

—¿Alguno de ustedes es Roy Hobbs?

—Es ése —dijo hoscamente Pop, dirigiéndose al hotel con Red y señalando a Roy, que se estaba apeando del coche.

—Nada de autógrafos —advirtió Roy, encogiéndose al pasar por delante del hombre.

—¡Por el amor de Dios, Roy! —gritó aquél con voz quebrada. Agarró a Roy del brazo y le detuvo—: ¡No se vaya, por lo que más quiera!

—¿Qué desea? —preguntó Roy, mirándole con recelo.

—Usted no me conoce, Roy —sollozó el hombre—. Me llamo Mike Barney y conduzco un camión para «Cudahy's». No quiero nada para mí; sólo un favor para mi hijo Pete. Resultó herido en un accidente cuando jugaba en la calle. Le operaron de fractura de cráneo hace un par de días y su estado no es satisfactorio. El médico dice que no lucha lo bastante.

Mike Barney torció la boca y lloró.

—¿Qué tengo yo que ver con eso? —preguntó Roy, pálido el semblante.

El camionero se enjugó los ojos con la manga de la camisa.

—Pete es uno de sus fans, Roy. Tiene un libro de recortes lleno de fotos de usted. Ayer me dejaron entrar a verle y dije a Pete que usted me había dicho que en el partido de esta noche haría un *homer* en su honor. Al oírlo sonrió ligeramente y pareció encontrarse mejor. Esta noche le dejarán escuchar un poco la radio, y sé que si usted consigue eso, le salvará.

—¿Por qué le ha dicho eso? —preguntó amargamente Roy—. Tal como estoy ahora, no le daría ni a una pelota de rugby.

Mike Barney cayó de rodillas y agarró a Roy de la manga.

—¡Por favor, tiene que hacerlo!

—Levántese —dijo Roy.

Le daba lástima aquel hombre y quería ayudarle, pero temía lo que pudiera pasar si fracasaba. No quería asumir aquella responsabilidad.

Mike Barney seguía arrodillado, sollozando. Se había formado un grupo de gente, que les estaba observando.

—Haré todo lo que pueda, si tengo una oportunidad.

Roy se soltó y entró corriendo en el vestíbulo.

—¡Que Dios le bendiga! —le gritó el camionero con voz cascada.

Aquella noche, mientras se vestía para el partido en el vestuario del equipo visitante, Roy pensó en el chico del hospital. Había pensado muchas veces en él y estaba ansioso de hacer algo para favorecerle. Se veía subiendo a la tabla y lanzando una pelota larga a las gradas, y se imaginaba al muchacho curado y dándole las gracias por salvarle la vida. Era una imagen extraordinariamente vivida y, mientras pulía el *Wonderboy*, sus dedos estaban afanosos por llevarlo al puesto del bateador y realizar con él la gran jugada.

Pero Pop tenía otros planes.

—Continuarás en el banco, Roy, a menos que dejes tu *Wonderboy* y emplees otro palo.

Roy sacudió la cabeza y Pop dio al árbitro la tarjeta con la alineación, en la que no figuraba su nombre. Cuando Mike Barney, sentado unas pocas filas detrás de un palco sobre la tercera base, oyó el anuncio de la lista de los Knights y vio que Roy no figuraba en ella, su cara se cubrió de angustiado sudor.

Empezó el partido, con Roy sentado en el extremo del banco y sosteniendo el *Wonderboy* entre las rodillas. Era una noche clara y templada, y las gradas estaban casi llenas. Los faros iluminaban el estadio más que si fuese de día. Sobre aquel mundo de luz se extendía la noche oscura, y en lo alto del cielo brillaban las estrellas. Aunque contrariado por no poder jugar, Roy se sentía, sin el menor motivo explicable, físicamente mejor de lo que se había sentido en toda la semana. Tenía la intuición de que hoy le habrían ido bien las cosas, y por eso lamentaba más no participar en el juego. Para empeorar la situación, Mike Barney estaba directamente en su línea visual y, de vez en cuando, le miraba. Roy miró más allá de él, unas filas más abajo, y vio a una joven de cabellos negros y vestido rojo que ocupaba un asiento

de pasillo a la izquierda. Podía ver claramente que llevaba una flor blanca prendida en el pecho y que parecía pasar más tiempo estirando la cabeza para mirar el foso de los Knights —a él, lo habría jurado— que observando el juego. La mujer del vestido rojo le interesó, y le habría gustado poder observarla más de cerca, pero no podía aproximarse allí sin llamar la atención.

Pop había puesto ahora a lanzar a Fowler, que había jugado bastante bien durante las dos tristes semanas del bache de Roy, pero estaba muy irritado contra todo el mundo, y, en especial, contra Roy, para que lograra ninguna carrera y hacer que perdiera dos juegos en que el *pitching* había sido bueno. Como resultado de ello, Pop tenía que cuidar de él en los últimos *innings*, porque, cuando Fowler se disgustaba, no podía soportar a los bateadores contrarios.

Hasta el quinto, inclusive, había tenido a los Cachorros embotellados, pero aflojó en el *inning* siguiente y le alcanzaron en dos carreras con sólo un *out*. Pop le lanzó una furiosa mirada, y entonces Fowler se puso tenso y acabó fuera de juego con un *pop flay* y *strike-out*. En la mitad del séptimo de los Knights, Carl Baker consiguió un estimulante triple, superando a Stubbs, y fue a su vez *driven in* por un single de Flores. Esto igualó el tanteo, pero se produjo el desempate cuando, en su parte del *inning*, los Cachorros colocaron dos dobles *back to back*, para conseguir otra carrera.

A medida que proseguía el juego, Roy se ponía cada vez más nervioso. Pensó en hablarle a Pop de aquel chiquillo y pedirle que le dejase batear. Pero Pop era muy terco, y Roy sabía que seguiría insistiendo en que dejase de lado el *Wonderboy*. Y esto le daba miedo. Por mucho que quisiera ayudar al muchacho —y ahora le preocupaba de veras—, estaba convencido de que no tenía la menor probabilidad de conseguir un *hit* sin su propio bate. Y si abandonaba una vez el *Wonderboy*, nadie sabía lo que podía ocurrirle. Probablemente acabaría para siempre su carrera, pues, desde que había confeccionado su bate, jamás había golpeado una pelota con otro palo.

En el octavo, en un doble, Pop envió a un corredor a la tercera base. El *squeeze* fracasó, y Pop miró ansiosamente a su alrededor buscando un bateador como último recurso. Captando la mirada de Roy, dijo lo que éste había pensado que diría:

—Toma un bate decente y sal al campo.

Roy no se movió. Sudaba copiosamente, y le costaba un gran esfuerzo mantenerse quieto. Podía ver al camionero sufriendo en su asiento, secándose el rostro, chascando los dedos y suspirando. Roy desvió la mirada.

Ahora había cierta agitación en las gradas bajas de la izquierda del campo. La dama del vestido rojo, quienquiera que fuese, se había levantado y, puesta en pie en medio de un mar de caras boquiabiertas, parecía estar buscando a alguien. Entonces miró hacia el foso de los Knights e inclinó un poco la cabeza. Brotó un murmullo de la multitud. Algunos dijeron que se había armado un lío sobre la duración del séptimo *inning*, y otros respondieron que esto era imposible, ya que el marcador mostraba que había terminado el séptimo *inning*. Al verla plantada allí, limpiamente perfilada bajo

la luz como tratando de comunicar algo que no podía expresar, algunos aficionados se sintieron confusos. Y el desconocido que estaba sentado a su lado sintió un fuerte impulso sexual, que trató de disimular encendiendo, impaciente, un cigarrillo. Roy apenas se fijó en ella, porque estaba sumergido en su preocupación, considerando seriamente si tenía que renunciar a su *Wonderboy*.

Desde luego, Pop no tenía la menor idea de lo que pasaba por la mente de Roy; por consiguiente, hizo una seña a Ed Simons, *infielder* reserva. Ed cogió un bate y, al acercarse a la tabla, la dama del vestido rojo se sentó despacio. Todos parecieron olvidarla. Entonces Ed hizo un *flay out*. Pop miró rencorosamente a Roy y escupió un chorro de jugo de tabaco sobre el polvo.

Fowler tuvo más dificultades en la mitad del octavo de los Cachorros, pero le salvó un *double flay*, y el marcador siguió en 3 a 2. Empezó el noveno. Pop parecía agotado. Roy tenía los ojos cerrados. Ahora le tocaba batear a Fowler. Los vaticinadores estaban seguros de que Pop le sustituiría por un bateador de emergencia, pero Fowler era un *pitcher* que bateaba bastante bien, y si los Knights podían igualar el marcador, su *pitching* era esta noche demasiado valioso como para desperdiciarlo. Golpeó la primera bola conectando un *line drive single*, para satisfacción de Pop. Allie Stubbs trató de lanzar una fuera, pero su fuerte pelota alta al centro fue atrapada. Para sorpresa de todos, Fowler corrió la línea blanca en el siguiente *pitch* y se dejó caer en la segunda base bajo una nube de polvo. Un single largo podía significar el empate, pero Cari Baker, para disgusto de Pop, falló al batear y tiró el palo. Pop buscó de nuevo en el banco un bateador reserva. Fijó la mirada en Roy, pero éste siguió impassible. Pop volvió amargamente la cabeza.

Mike Barney, viva imagen de la desesperación, revelaba claramente su angustia. Estiraba los largos y velludos brazos, cruzaba las nudosas manos, suplicando. Roy tuvo la impresión de que aquellas manos se introducían en el foso para estrangularle.

No pudo soportarlo más.

—Me rindo —dijo, y dejando *Wonderboy* sobre el banco, se levantó y se puso sumisamente delante de Pop.

Pop le miró con tristeza.

—Tú ganas —dijo—. Adelante.

Roy tragó saliva.

—¿Con mi bate?

Pop asintió con la cabeza y desvió la mirada.

Roy asió su *Wonderboy* y salió a la luz. Un griterío del público al reconocerle ahogó el anuncio de su nombre, pero no los fuertes latidos de su corazón. Aunque había bateado tres días atrás, le parecía que hacía años..., una eternidad. Casi lloró de la impresión.

Lon Toomey, el corpulento *pitcher* de los Cachorros, que en las últimas dos semanas había lanzado dos veces contra Roy, sonrió detrás de su bate. Dirigió una rápida mirada a Fowler, que estaba en la segunda base, manoseó la pelota, se echó

atrás y la lanzó. Roy, en la tabla, la vio pasar por su lado.

—¡*Strike!*

Sintió renacer su miedo. ¿Qué pasaría si no salía del bache? ¿Cuánto tiempo podía durar sin destruirle?

Toomey levantó la pierna derecha y lanzó la pelota. Roy giró sobre los talones ante una pelota mala y el árbitro escupió en la brisa:

—¡Segundo *strike!*

Wonderboy parecía una longaniza lacia. Pop maldijo al bate, y algunos de los partidarios más radicales de los Knights abuchearon. Mike Barney tenía el rostro amarillo.

Roy sintió un amargo remordimiento por no haber dejado a un lado su *Wonderboy* desde el principio e intervenido en el juego bateando cuatro veces, en vez de tener que conformarse con tres miserables golpes, de los que ya había malgastado dos. ¿Cómo podría explicar a Barney que había despreciado la vida de su hijo por fidelidad a un trozo de madera?

La dama de las gradas se levantó indecisa por segunda vez. Un fotógrafo que se había colocado cerca de ella le tomó una instantánea. Era una mujer atractiva, de unos treinta años, tal vez más, de sólida complexión, pero no demasiado corpulenta. Su busto estaba bien formado, y sus negros cabellos, partidos hacia un lado, pendían sueltos y sedosos. Un reportero se acercó a ella y le preguntó su nombre, pero ella no quiso dárselo ni decirle, ruborosa, por qué se había puesto en pie. Los fans que tenía detrás gritaron: «¡Que se siente!»; pero, aunque sus ojos mostraron confusión, permaneció de pie.

Advirtiendo que Toomey la observaba, Roy le lanzó una rápida mirada. Captó el vestido rojo y la rosa blanca, se volvió y regresó a su sitio para el tercer golpe, sintiendo que la sonrisa de ella iba dirigida a él. ¿Por qué tenía que hacerlo? Parecía como si quisiera decirle algo, y entonces comprendió de pronto que, si permanecía en pie, era para demostrarle que confiaba en él. Le sorprendió que alguien quisiera hacer aquello por él. Al propio tiempo se dio cuenta de que la noche se había extendido en todas direcciones y estaba llena de una fragancia inverosímil.

Una pelota voló en su dirección. Toomey había hecho un lanzamiento rápido. Ahogando un sollozo, Roy se echó atrás y golpeó.

Parte del público se dirigió a las salidas. Mike Barney lloraba ahora a moco tendido, y la dama que se había levantado para Roy, se puso distraídamente los guantes blancos y se marchó.

La pelota pasó entre las sorprendidas piernas de Toomey y empezó a subir. El segunda base, torciéndose sobre la hierba, saltó para alcanzarla, pero la bola pasó por encima de sus dedos estirados, cruzó el espacio iluminado y se sumió en la oscuridad, como una estrella blanca en busca de una vieja constelación.

Toomey, reducido a las dimensiones de un pigmeo, contempló el vasto cielo.

Roy pasó de una base a otra como un vapor del Mississippi, con las luces

encendidas y las banderolas ondeando al viento, tocando la sirena al doblar el último remanso. Los Knighth salieron del foso para darle palmadas en la espalda, y cientos de hinchas vociferaron en el campo. Él se plantó en el *home* y se quitó la gorra, saludando al asiento vacío de la dama.

Y aunque Fowler dio la puntilla a los Cachorros al terminar el noveno y conquistó los laureles de la victoria, todo el mundo comprendió que sólo era Roy quien había salvado la vida del muchacho.

A Iris le parecía completamente natural estar esperándole sobre la hierba del parque, después de haberse quitado los zapatos para estar más cómoda. Él había estado tan a menudo en su mente durante el pasado mes, que no podía considerarle como un desconocido, aunque en realidad lo era. Recordó que la última noche se había dormido pensando en él. Había contemplado las estrellas a través de la ventana, sin advertir en qué momento exacto se disolvían en una lluvia de verano, aunque recordaba haber abierto uno de sus ojos castaños a tiempo de ver un relámpago ahorquillado brotando de una nube y extendiendo su fuego en todas direcciones. Y aunque tuvo algo de miedo de resultar alcanzada (era su fobia particular), no se levantó a cerrar la ventana, sino que observó cómo rodaba por el cielo aquella llama retorcida, hasta desaparecer en el horizonte. La noche era húmeda y fragante. Sin que los otros lo supiesen, se había vestido y cruzado la carretera para pasear por un campo de margaritas cuyas blancas estrellas iluminaban sus pies descalzos, mientras pensaba en mañana, como solía pensar cuando tenía dieciséis años.

Este anochecer era espléndido, libre, todavía verde y oro sobre la blanca fortaleza de los edificios de Michigan Avenue, pero desvaneciéndose sobre el lago, pasando del violeta al primer azul de la noche. Una brisa con un soplo de otoño, pese al calor de la tarde en la ciudad, soplaba a intervalos a través de los árboles. De vez en cuando, Iris se sorprendía mirando su reloj de pulsera y frunciendo a veces el ceño, aunque sólo podía culparse a ella misma de haber llegado tan temprano. Tenía piel de gallina en los brazos y se preguntaba si no habría sido una imprudencia ponerse un vestido tan fino por la noche, pero esto era una tontería, porque la noche era tibia. Y no tardó en comprender que la piel de gallina no era por ahora, sino por otro tiempo, muy lejano, el cual, a pesar de todo, ya no temía recordar.

En la mitad de su vida pasada, al parecer recién salida de la infancia —pero esto no podía ser porque, extrañamente, estaba demasiado a punto para el cambio que siguió—, una noche había ido sola al cine y encontrado a un hombre que le doblaba la edad y con el que había paseado por el parque. Presintiendo al punto lo que tan afanosamente deseaba el hombre, no sintió miedo, sino asombro, de sus ganas de corresponderle, habida cuenta de que no estaba, como algunas a quienes conoció más tarde, privada de afecto. Pero el amor de la madre era una cosa, y el de él, cuando la abrazó al pie del frondoso árbol que les cubría, era algo muy distinto. Hizo todo lo

posible por apartarse de él y corrió entre las ramas, arañándose la cara y los brazos al hacerlo. Pero él no quería dejarla marchar, llevándola siempre a lugares oscuros, ocultos a todo menos a la luz de las estrellas, y enseñándole, con sus besos, que podía acalorarse sin necesidad de correr. A punto de estallar de emoción, gritó al hombre que no mirase y, cuando éste se volvió de espaldas, inquieto, descubrió la mitad superior de su cuerpo. Se ofreció vestida de blanco y descalza, y se sorprendió no poco cuando él saltó sobre ella como un tigre.

Sonó un claxon.

Era Roy, que conducía un coche de alquiler. Miró a su alrededor buscando un sitio donde aparcar, pero ella se había puesto ya los zapatos y le hacía señas de que iba para allá.

El día siguiente a aquel en que había hecho un *homer* en honor de aquel muchacho, había visto la foto de ella en uno de los periódicos de la mañana. Cortándola cuidadosamente con su navaja, la había doblado sin hacer arrugas en la cara y la había guardado en su cartera. Siempre que tenía un momento libre (tuvo un éxito enorme con el bate —cinco de cinco—, y esto le entusiasmaba), sacaba la fotografía y la observaba, tratando de imaginarse por qué ella había hecho aquello por él; había sido la única. Generalmente, cuando estaba derrotado, se quedaba solo, sin flores ni nadie que llorase por él. Sospechó que debía de ser una chiflada o una adolescente desarrollada que había perdido la chaveta por él al ver su nombre y su foto en los periódicos. Pero su mirada inteligente parecía desmentirlo. Había jugadores de los que podían enamorarse las damas al ver sus fotografías, pero no era éste su caso —no porque fuese feo ni mucho menos, sino porque no era el tipo en que suelen soñar las mujeres—, ni era él capaz de fomentarlo. En sus grandes ojos veía algo que le hacía creer que ella sabía cómo era la vida, aunque en realidad no podía estar seguro.

Tras decidirse, telefoneó al fotógrafo que había tomado aquella instantánea, por si podía darle su dirección; pero le dijeron que el fotógrafo estaba haciendo un reportaje sobre un incendio forestal en Minnesota. Aquella tarde, durante el partido, Roy escudriñó las gradas y la vio en las localidades de la puerta 5, a la izquierda de donde se hallaba él. Hizo que uno de los acomodadores le llevase una nota preguntándole si podría verla aquella noche. Ella le contestó que aquella noche le era imposible, pero le dio su número de teléfono. Después de un trago de whisky escocés, la llamó. Tenía una voz interesante, pero le dijo francamente que no sabía si su relación debía terminar ahora, porque estas cosas podían traer desilusiones si transcurría el momento oportuno. Él replicó que no pensaba que pudiese desilusionarle, pero, tras hacerse rogar un poco, ella acabó cediendo, sobre todo porque Roy insistió en que quería darle personalmente las gracias por su apoyo.

Roy abrió la portezuela y ella subió al coche.

—Soy Iris Lemon —dijo, ruborizándose.

—Roy Hobbs.

Pensó que esto era una tontería, pues, naturalmente, ella conocía su nombre. A pesar de sus buenas intenciones, se sintió al momento contrariado, porque ella era más gruesa de lo que había pensado —no lo parecía en la foto, o él no lo había advertido— y el vestido castaño claro la favorecía menos que el rojo. A él no le gustaban las mujeres corpulentas; sin embargo, pensándolo bien, no podía decirse que ella lo fuese en realidad. Era robusta, sí, pero asimismo bien formada. Su cara y su cabello eran muy lindos, y su cuerpo estaba bien proporcionado y sabía lucirlo al andar. Roy se confesó que era atractiva, aunque, por regla general, no pensaba que lo fuesen las mujeres que no eran delgadas como Memo.

Por consiguiente, le preguntó en seguida si estaba casada.

Ella pareció sorprendida; después sonrió y dijo:

—No. ¿Y tú?

—Nopi.

—¿Cómo es que las chicas te han dejado escapar?

Tentado estuvo de darle una larga explicación sobre esto, pero no lo hizo y se encogió de hombros. Ninguno de los dos miraba al otro. Ambos contemplaban la carretera que tenían frente a sí. El coche no se había movido.

Iris tenía la impresión de que había hecho mal en ir. Él parecía imponente y voluminoso a su lado y, visto de cerca, resultaba distinto de lo que ella había esperado. En traje de calle ganaba poco y, en cambio, perdía el aspecto marcial que mostraba en su uniforme. Ahora parecía un mecánico musculoso o un camarero de bar en su noche libre. ¿Qué podía haberle importado a ella el bache por el que había pasado aquel hombre en particular? Le sorprendió su propio sentimentalismo.

Roy pensaba en Memo. De no haber sido por ella, no estaría ahora aquí, tratando de sentirse a gusto con esta otra chica. Ella no le había tratado bien. Durante un tiempo, las cosas habían marchado bien entre los dos, pero en cuanto había perdido él su buena forma, ella había empezado a evitarle de nuevo. Si se hubiese mostrado amable con él, habría salido antes del bache. Sin embargo, no le guardaba rencor, porque Memo era algo remoto e incluso irreal. Era extraño con qué rapidez había olvidado cómo era ella, aunque no podía olvidar lo que parecía. Pero aun pensando esto, su imagen se desvanecía en humo. Iris, una desconocida, había hecho por él lo que no había querido hacer la otra, y, además, lo había hecho en público. Sentía por ella una gratitud que no podía negarle.

—Cuando me conozcas mejor, te gustaré más.

Se sorprendió él mismo al hacer esta observación —el rudo comentario de ella seguía resonando en su interior—, y ella, segura de que le había juzgado mal, sintió un nudo en la garganta al responder:

—Me gustas ahora.

Roy puso el coche en marcha y arrancaron a la luz violeta del crepúsculo. ¿Adónde irían?, le había preguntado él, y ella le había respondido que le daba igual, que le gustaba viajar en automóvil. En cuanto hubieron arrancado, él tuvo la

impresión de que le habían soltado de la cárcel, y sólo ahora, al aparecer la blanca luna en el cielo, empezó a apreciar lo mal que lo había pasado durante el tiempo de su bache.

Rodaban por un lugar desde el que podían ver casi continuamente el lago. La luna nueva se elevó más en la noche azul, derramando luz como si fuese lluvia. Siguieron por la iluminada carretera hasta el sitio donde el lago se introducía en Indiana y pudieron ver las abultadas dunas amarillas a lo largo de la playa. En todas partes, la tierra era llana y sin sombras, salvo las de unos pocos árboles desperdigados acá y allá. Roy metió el coche en un ondulado camino de tierra y, al poco rato, llegaron a la playa desierta, encerrada dentro de un arco roto de abedules blancos. El viento era allí perfumado, y la superficie del agua estaba iluminada.

Paró el motor. En el silencio —total, salvo el susurro de las ondas del lago—, también ellos permanecieron callados. Él vacilaba sobre lo primero que tenía que hacer, y ella rezaba para que fuese lo adecuado, aunque no estaba muy segura de lo que podía ser.

Roy le preguntó si quería apearse del coche. Ella comprendió que él lo deseaba y respondió que sí. Pero le sorprendió al decir que había estado allí ya antes.

—¿Cómo está el agua? —preguntó él.

—Fría. Todo el lago lo está, pero uno se acostumbra pronto.

Caminaron a lo largo de la playa, hasta un bosquecillo de abedules. Iris se sentó en el suelo, al pie de uno de los árboles, y se quitó los zapatos. Sus movimientos eran graciosos, y esto hacía que sus grandes pies pareciesen pequeños.

Él se sentó a su lado, mirándola. Ella percibió que Roy quería hablar, pero ahora sentía una curiosa falta de interés por sus problemas. No había esperado que la noche fuese tan hermosa. Pero, como lo era, sólo pedía poder disfrutarla.

Pero Roy le preguntó, con impaciencia, por qué se había levantado por él aquella noche.

Ella no respondió inmediatamente.

Al cabo de un minuto, él se lo preguntó de nuevo:

—No lo sé —respondió Iris, suspirando.

No era la respuesta que él esperaba.

—Entonces, ¿cómo fue?

—He estado tratando de explicármelo yo misma —dijo ella y encendió un cigarrillo.

Él se sentía ahora algo atemorizado, cosa que no había previsto, pero simuló no estarlo.

—Eres una hinchada de los Knights, ¿verdad?

—No.

—Entonces... no lo comprendo.

—No soy una fan del béisbol, pero me gusta leer sobre los diferentes jugadores. Por esto me interesé en tu... en tu carrera.

—¿Leíste algo sobre mi baja forma?

Su garganta se contrajo al pronunciar las últimas palabras.

—Sí, y antes, sobre tus triunfos.

—¿Me habías visto jugar alguna vez, antes de aquella noche?

Ella sacudió la cabeza.

—Sólo te vi entonces y otra vez ayer.

—¿Por qué fuiste... la primera vez?

Ella aplastó el cigarrillo en el suelo.

—Porque aborrezco ver caer a un héroe. ¡Son tan pocos!

Lo dijo seriamente, y él sintió que lo pensaba de veras.

—Sin héroes, todos somos personas vulgares y no sé hasta dónde podemos llegar.

—¿Quieres decir que los hombres grandes marcan la pauta y los pequeños truhanes tratan de alcanzarles?

—Sí, la función de aquéllos es ser los mejores, y los demás deberíamos comprender lo que representan y, en consecuencia, guiarnos por ellos.

Él no había considerado la cuestión de esta manera, pero le pareció muy bien.

—Muchos jóvenes son influidos por vosotros.

—Es verdad —dijo Roy.

—Tenéis que darles lo mejor de lo que sois capaces.

—Yo trato de hacerlo.

—Quiero decir también como hombre.

Él asintió con la cabeza.

—Pienso que si supieses que la gente cree en ti, recobrarías tu fuerza. Por eso me levanté en las gradas. No pensaba hacerlo cuando llegué. Ocurrió de una manera natural. Desde luego estaba confusa, pero pienso que no se puede hacer algo por alguien sin entregar algo propio. Lo que yo entregué fue mi reserva en medio de toda aquella gente. Espero que no te avergonzases de mí.

Él sacudió la cabeza.

—¿Rezabas para que hiciese saltar una pelota por encima del tejado?

—Esperaba que volvieses a ser tú.

—Estaba como embrujado —le explicó Roy—. Algo me mantenía lejos de mi verdadera forma. En la tabla, estaba ciego como un murciélago, y *Wonderboy* temblaba. Pero cuando tú te levantaste y te vi con tu vestido rojo y pensé que estabas conmigo, aunque nadie más lo estuviese, se rompió el maleficio.

Iris se echó a reír.

Roy se acercó más a ella y apoyó la cabeza en su falda. Ella le dejó hacer. Su vestido olía a lilas y a colada. Sus muslos eran firmes bajo la cabeza de él. Roy sacó un cigarro y lo encendió, pero lo tiró al ver que estropeaba la fragancia de la noche.

—Me alegro en verdad de que no me hayas dejado plantado —suspiró.

—¿Por qué había de hacerlo?

—Tú no sabes de la misa la mitad.

Iris dijo suavemente que había sido un placer para ella el acudir.

Roy luchó consigo mismo. El impulso de confiarse a ella era muy fuerte. Por otra parte, el hecho de hablar de su yo interior era siempre como cavar en un cementerio.

Ella vio el sudor que brillaba en su frente.

—No me lo digas, si no quieres.

—Todo salió distinto de lo que pensaba —empezó a decir él, y sus ojos se nublaron.

—¿En qué sentido?

—Diferente.

—No comprendo.

Él tosió, carraspeó y luego dijo de sopetón:

—Mi maldita vida no tomó el rumbo que yo quería.

—Eso podemos decirlo todos —replicó amargamente ella. Él la miró y vio una expresión tierna en su semblante. Siguió sudando:

—Yo lo quería todo.

Su voz retumbó en el silencio.

Ella esperó.

—Tenía mucho que dar a este juego.

—¿Al de la vida?

—Al del béisbol. Si hubiese empezado a los quince años, tal como lo intenté, hoy sería el rey.

—¿El rey de qué?

—El mejor del béisbol —replicó él, con impaciencia.

Ella suspiró profundamente.

—Ahora eres muy bueno.

—Habría sido mejor. Habría batido todos los récords.

—¿Tanto significa esto para ti?

—Claro —respondió Roy—. Es lo que antes te decía. Tú bates las marcas y todos los demás tratan de alcanzarte, si es que pueden.

—¿No te conformarías con batir sólo unas pocas?

Sus alfilerazos empezaban a fastidiarle:

—No, si pudiese batir la mayor parte de ellas —insistió.

—Pero no comprendo por qué le das tanta importancia. ¿Son tus valores tan... ?

Roy oyó el silbido de un tren y sintió que se le helaba la sangre.

—¿Dónde está ese tren? —gritó, poniéndose en pie de un salto.

—¿Qué tren?

Él atisbo en la noche.

—El que acabo de oír.

—Ha debido de ser el chillido de un pájaro. Por aquí no pasan trenes.

Él la miró con recelo, pero se tranquilizó y volvió a sentarse.

—De esta manera —y con esto reanudó lo que había estado diciendo—, si dejas

un montón de marcas que nadie pueda conseguir batir, siempre serás recordado. Es como si no murieses.

—¿Te da miedo la muerte?

Roy contempló su cara expectante:

—Bueno, ¿qué tiene que ver eso?

Ella no respondió. Por último, él volvió a apoyar la cabeza en su falda y cerró los ojos.

Iris le acarició despacio la frente con los dedos.

—¿Qué ocurrió hace quince años, Roy?

Roy sintió ganas de llorar; sin embargo, se lo dijo; ella era la primera persona a quien se lo contaba.

—Yo no era más que un muchacho; aquella loca me disparó la noche antes de mi prueba, y luego no pude empezar de nuevo. Perdí la confianza, y todo lo que hice fracasó.

Añadió que ésta había sido la vergüenza de su vida, que, de algún modo, su destino había sido siempre el mismo (el tren que no va a ninguna parte), la derrota cuando veía su meta.

—¿Siempre?

—Siempre el mismo.

—¿Y siempre con una mujer?

Él lanzó una risa ronca.

—Desde luego, tuve algunas novias en mi vida. Me tomaron el pelo.

—¿Por qué elegiste ese tipo?

—Lo que te he dicho..., ellas me eligieron a mí. Suerte que tiene uno.

—Podías decirles que no, ¿verdad?

—No a esa clase de señoras de quienes siempre me encapriché. No eran como tú. Ella sonrió.

—Quiero decir que eres de una clase diferente.

—¿Acaba esto conmigo?

—No —replicó él seriamente.

—Yo nunca te haré daño, Roy.

—No.

—No me lo hagas tú a mí.

—No. —Y, al cabo de un rato, con voz temblorosa—: Lo que me choca es por qué tiene que ocurrirme esto a mí. ¿Qué he hecho para merecerlo?

—¿Que te detengan antes de empezar?

Él asintió con la cabeza.

—Quizá fue porque eras una buena persona.

—¿Cómo es eso?

—La experiencia hace que los buenos sean mejores.

Iris estaba contemplando el lago.

—¿Y cómo lo hace?

—A través del sufrimiento.

—Ya he tenido bastante de esto —replicó él, disgustado.

—Tenemos dos vidas, Roy: la vida con la que aprendemos y la que vivimos después de aprender. El sufrimiento conduce a la felicidad.

—Estoy hasta aquí —dijo él, pasándose un dedo por la garganta.

—¿De qué?

—De lo que he sufrido. Ya tengo bastante.

—Nos enseña a querer las cosas buenas.

—A mí sólo me enseñó a apartarme de ellas. Estoy harto de sufrimiento.

Ella se apartó un poco.

Él cerró los ojos.

Entonces, suspirando, Iris empezó a frotarle la frente y, después los labios.

—¿Era éste tu misterio, Roy?

—¿Qué misterio?

—No lo sé. Todos parecen pensar que existe alguno.

—Te lo he contado todo.

—Entonces, ¿no existe?

—Nopi.

Los frescos dedos de ella rozaron sus párpados.

—Has roto mi maleficio —murmuró Roy.

—Tengo treinta y tres años —confesó ella, mirando el agua iluminada por la luna.

Él silbó, pero dijo:

—Tampoco yo soy un pollito, encanto.

—Iris.

—Iris, encanto.

—¿No se interpondrá esto entre nosotros?

—¿Qué?

—Mi edad.

—No.

—¿Nada?

—¿Estás casada?

—No.

—¿Divorciada?

—No.

—¿Viuda?

—No —respondió Iris.

Él abrió los ojos.

—¿Cómo es posible que, con tu atractivo, no te hayas casado?

Ella desvió la mirada.

Roy se incorporó de pronto y se puso en pie.

—¡Jesús! Mira esa agua. ¿A qué estamos esperando?

Se arrancó la corbata.

Iris le estaba diciendo que, a pesar de todo, había traído una criatura al mundo, una niña ahora ya mayor; pero Roy parecía no oírla, estaba demasiado ocupado quitándose la ropa. En un periquete se plantó ante ella en calzoncillos.

—Desnúdate.

La idea de quedar desnuda delante de él la asustó. Se dijo que no debía espantarse, que ya no era una niña para preocuparse por la desnudez del cuerpo. Pero no podía decidirse a quitarse la ropa en su presencia y, por consiguiente, volvió al coche y se desvistió allí. Él la esperaba con impaciencia; entonces, cuando menos lo esperaba, apareció ante él desnuda y corrió al agua bajo la luz de la luna, cruzó la parte menos profunda y se sumergió donde no tocaba pie.

Dando saltos en el agua fría, Roy se echó de cabeza detrás de ella. Se sumergió limpiamente, dio una fuerte patada debajo del agua y ascendió casi debajo de ella. Iris se apartó y se alejó nadando. Él la persiguió con menos habilidad, pero con más fuerza. De momento, pensó que iba a congelarse, pero en cuanto empezó a nadar, se le calentó la sangre. Ella no quería detenerse y, al poco rato, los abedules próximos a la playa parecieron del tamaño de palos de cerillas.

Aunque sólo les separaban unas doce brazadas, ella no permitía que acortase la distancia y, después de otros cincuenta fatigosos metros, Ray se preguntó cuándo iba a terminar aquello. Gritó a Iris, pero ésta no le respondió ni se detuvo. Empezaba a faltarle el resuello y pensó en abandonar, pero aquello le venía muy cuesta arriba. Entonces, cuando sus pulmones estaban a punto de estallar, ella dejó de nadar. La luz reflejada en la superficie del agua la ocultaba por entero, salvo su cabeza.

Él la alcanzó al fin e intentó rodearle la cintura con los brazos.

—Dame un beso, encanto.

Esto disgustó a la mujer, que lo apartó de un empujón.

Él comprendió que la cosa iba en serio, se dio cuenta de que había cometido un error y se sintió fatal.

Roy dio media vuelta y se sumergió en las oscuras aguas. Mientras descendía, aumentaba la oscuridad y el frío; pero siguió bajando. Al poco rato, el agua se volvió cenagosa, pero aún no podía tocar el fondo con las manos. Aunque tenía entumecidos los brazos y las piernas, continuó el descenso, lleno de aprensión y de extraños sentimientos.

Iris se resistió a creerlo cuando vio que él no emergía en seguida. Después se asustó. Miró a su alrededor, pero él seguía bajo el agua. La embargó una sensación de abandono. Recordó cómo se había levantado aquella noche entre la multitud y se dijo que, en realidad, lo había hecho porque él era un hombre cuya vida quería compartir..., un hombre que había sufrido. Pensó distraídamente en un hogar, en unos hijos y en él volviendo todas las noches a casa para cenar. Pero él la había dejado ya...

Al fin, en la oscuridad, él tocó el limo líquido del fondo. Pensó vagamente que debía sentirse orgulloso de haberlo hecho, pero su mente estaba llena de antiguos recuerdos que aparecían y desaparecían como fantásticas sardinas, y ni uno de ellos era para sentirse orgulloso ni le servía de consuelo.

Por consiguiente, aunque adormilado, giró hacia arriba y empezó la lenta tarea de subir a través de las cortinas de hierro de las corrientes...; demasiado despacio, demasiado monótono, y se preguntó si valía la pena.

Abriendo los ojos enrojecidos, se sorprendió al ver la profundidad a que se había filtrado la luz de la luna. Ésta goteaba como aceite en el agua negra, y entonces, inesperadamente, entraron en su campo visual un par de brazos dorados que parecían buscar y una cabeza, también dorada, con una expresión frenética en el semblante. Incluso sus cabellos le buscaban.

Sintió un alivio infinito.

Soy un bastardo con suerte.

Era como si subiese lentamente una larga escalera, ancha en la base y estrecha en la cima, y ella le mostrase el camino con unos racimos de blancas burbujas. Tenía dorados los senos, y también el vello del pubis.

Con un acuoso aullido brotando de sus congestionados pulmones, pasó ante los ojos invertidos de ella y emergió en la superficie, inhalando la sedante frescura del cielo nocturno.

Ella se puso a su lado, jadeando, aplastados los cabellos sobre el cráneo, y le besó en los labios. Él se quitó los calzoncillos y la estrechó con fuerza. Ella permaneció inmóvil en sus brazos.

—¿Por qué lo has hecho? —gimió.

—Para ver si podía tocar el fondo.

Nadaron juntos, sin darse prisa. Al salir del agua, dijo ella:

—Enciende una fogata, o no tendremos nada con que secarnos.

Él le cubrió los hombros con su camisa y fue en busca de leña. Recogió un brazado de ramas. Cerca de las dunas encontró algunos trozos de madera de boj. Entonces volvió al sitio donde estaba sentada ella y empezó a preparar el fuego. Dispuso una hilera de palos de abedul planos en el suelo y, con su navaja, descortezó una rama gruesa, hasta que tuvo un montón de virutas secas. Las encendió con la única cerilla que tenía. Cuando empezaron a arder, añadió algunas ramas secas de abedul que había cortado. Partió la madera de boj contra una roca y, cuando crepitó la hoguera, echó uno a uno los pedazos a las llamas. Al poco rato el fuego rugía con fuerza y enrojecía el agua y la blonda de los abedules.

También pintó de rojo el cuerpo desnudo de ella. Los muslos y las caderas eran anchos, pero la cintura era estrecha y virginal. Los senos eran firmes y bien formados. De cintura para arriba parecía una niña. Pero la mitad inferior de su cuerpo era de mujer.

Observándola, Roy pensó que esperaba a que menguase el fuego y ella se hubiese

secado y calentado, de modo que no se sintiese apremiada.

Ella estaba sentada cerca del fuego, con los cabellos recogidos sobre su cabeza, para que ésta se secase más deprisa. ¿Por qué se había sumergido él?, pensaba. ¿Había tocado el fondo del lago por orgullo, porque siempre quería batir marcas, o lo había hecho porque estaba irritado al no haber dejado ella que la besara?

Roy se frotaba las manos delante del fuego. Ella levantó la mirada y dijo con voz trémula:

—Roy, tengo que confesarte una cosa. Nunca me he casado, pero soy madre de una chica mayor.

Él replicó que ya la había oído la primera vez.

Iris se echó los cabellos atrás con los dedos.

—No suelo hablar de esto, pero quiero decirte que cometí un error hace mucho tiempo y que después tuve días muy difíciles. De todos modos, la niña lo era todo para mí y me hizo feliz. Le di una buena educación y ahora es ya mayor y se gana la vida, y yo tengo libertad para pensar en mí misma y soy lo bastante joven para querer hacerlo.

Con esto terminó la cosa, porque Roy no le preguntó nada.

Observó el fuego, las llamas se fueron apagando. Cuando estaban a punto de extinguirse en la ceniza, Roy se deslizó hacia Iris y la tomó en sus brazos. Sus senos eran como corazones contra el pecho de él.

—En realidad, eres el primero —murmuró ella.

Él sonrió; nunca se había sentido tan relajado en una experiencia sexual.

Pero en mitad del acto amoroso, ella habló:

—He olvidado decirte que soy abuela.

Él se detuvo. ¡Dios mío!

Entonces ella recordó algo más y trató, asustada, de levantarse.

—Roy, ¿acaso tú...?

Pero él la empujó hacia atrás y prosiguió lo que había empezado.

Después de una bulliciosa celebración en el coche restaurante —que acabó en tumulto al arrojar los unos a los otros patatas cocidas y botellas de salsa de tomate—. Y después en el pullman, donde un grupo de salvajes, capitaneados por Roy, arrancaron los pijamas a los jugadores que ya dormían profundamente en sus literas, despojaron a Red Blow de sus calzoncillos largos y destrozaron los pantalones de un traje nuevo estival de Pop, que en todo caso aborrecía las celebraciones prematuras, Roy durmió desasosegado. En su sueño se daba cuenta de que estaba inquieto y lo atribuía (en sueños) a todo lo que había comido. Los Knights habían salido del Sportsman's Park después de derrotar a los Cards en un doble *header* y hacer una docena de jugadas seguidas sin un fallo, y todo el club se había regocijado en el tren, incluso (aunque moderadamente) el propio Pop, sensiblemente aliviado ahora que el

equipo se había encaramado sobre los Dodgers y los Cards y ocupaba el tercer lugar. Volvían a pisarles los talones a los Phils y no estaban muy lejos de los Piratas, con todo un mes por delante antes de terminar la temporada y con el sesenta por ciento de los partidos restantes a jugar en casa. Roy estaba, desde luego, en plena forma, era reconocido como el Rey de los Klouters, y su bateo sensacional, que pulverizaba toda clase de *pitching*, compensaba sobradamente su bache. Sin embargo, por muchos golpes que consiguiese, ambicionaba aún más y todo lo que pudiese venir después. Los Knights habían subido al tren a la hora de comer, pero se habían detenido en la estación para devorar media docena de salchichas de Francfort untadas con *sauerkraut*, y él se había bebido seis botellas de gaseosa antes de la comida del tren, consistente en dos enormes pedazos de solomillo, al menos doce panecillos, cuatro raciones de puré de patata y tres (algunos dijeron cinco) trozos de pastel de manzana. Pero esto no fue suficiente para Roy, pues, mientras los otros estaban jugando a las cartas aquella noche, se apeó disimuladamente del tren y se zampó tres trozos de carne empanada, y más tarde, convino en secreto con el camarero en que le serviría a medianoche una buena chuleta con guarnición, aunque esto no impidió que se despertase varias veces durante la noche con ganas de comer.

Cuando abrieron el coche restaurante por la mañana, despachó un copioso desayuno y después se libró de los que se habían levantado y buscó cierto aislamiento en un vagón medio vacío próximo a la máquina, donde nadie le molestó porque era difícil reconocerle con gabardina y gafas oscuras. Durante un rato contempló las casas desparramadas de las afueras de la ciudad que estaban cruzando; pero, en realidad, se preguntaba si había llegado el momento de leer la prolija carta de Iris Lemon que llevaba en el bolsillo de la chaqueta. Recordaba aquella noche en la orilla del lago, el largo baño, la fogata y lo que vino después. El recuerdo de todo aquello no era desagradable, pero ¿cómo era posible que ella le hubiese tomado por un incauto capaz de interesarse por una abuela? Aún le parecía terrible pensar en esto y, aunque ella era una mujer bastante atractiva, la veía ahora mentalmente más como Lemon (limón) que como Iris. Para hacerle justicia, concentró su atención en su agradable aspecto y en los placeres de su cuerpo; pero cuando pensaba en el hijo de su hija, a pesar de que la abuela tenía sólo treinta y tres años, esto era pedir demasiado y destruía lo que ella tenía de apetitosa. La cosa le parecía bastante sencilla: si tomaba en serio su relación, esto le conduciría inevitablemente a... convertirse en abuelo. Esto era lo que se decía mientras el tren corría hacia el Este, y, aunque tenía un ligero dolor de tripas, se durmió profundamente y soñó en las frías mañanas de su niñez, cuando la hierba blanca se ponía rígida y el aire helado limpiaba sus pulmones.

Se despertó pensando en Memo. Para su asombro, ella se presentó la noche siguiente en su habitación de Boston. Fue después de la cena, y estaba sentado en una mecedora junto a la ventana, leyendo lo que decía de él el periódico, cuando Memo llamó a la puerta. Roy la abrió, y ella habría podido derribarle con un soplo, tan

grande fue su sorpresa (y su tristeza) al verla. Memo le dijo, riendo, que había ido a visitar a una amiga en su residencia de verano del Cape, y que, en el camino de regreso a Nueva York, se había enterado de que los muchachos estaban en la ciudad y se había detenido para saludarles. Y aquí estaba. Tenía la cara y los brazos tostados por el sol, y tenía mejor aspecto del que había tenido en mucho tiempo. Roy pensó también que había cambiado un poco en las semanas que había estado sin verla. Y esto le inquietó, como si cualquier cambio en ella tuviese que perjudicarle automáticamente. Escrutó su cara, pero nada nuevo pudo descubrir en ella, por lo cual pensó que aquello era debido a los dos kilos que había engordado, según le dijo, desde la última vez que él la había visto.

Roy se sentía aún resentido con ella por haberle apoyado muy poco cuando más lo necesitaba, y por haber rehusado al invitarla Pop a acompañarles en el viaje al Oeste. Sin embargo, aquí, a solas con ella en su habitación, tan próxima a él e inevitablemente deseable —siempre había seguido deseándola, y esto le chocaba con la fuerza de una verdad inolvidable—, pensó que no era el momento de poner mala cara y hacerle recriminaciones. Ciertamente que había algo en ella, como en toda la comida que había devorado últimamente, que, después de tenerlo, le dejaba insatisfecho y, a veces, con más hambre que antes. En todo caso, era una muñeca realmente hermosa, con unas formas como Miss América, y a pesar de los golpes que había recibido, estaba seguro de que, si la estrechaba en sus brazos, se sentiría mejor.

Su cara debió de mostrar más de lo que él quería, pues Memo se volvió enfurruñada a la ventana y dijo:

—No me riñas por haber estado este tiempo sin verte, Roy. Hay cosas que no se pueden soportar, y una de ellas es estar con personas melancólicas. Ya tuve bastante de esto en mi vida con mi madre, y realmente me desespera. —Más afectuosamente, prosiguió—: Por eso tenía que mantenerme al margen, aunque no me gustaba, y esperar a que salieses del bache, como sabía que harías. Ahora estoy aquí, en la primera oportunidad que he tenido, y así solía ocurrir entre Bump y yo.

—¿Cuándo te vas a enterar de que yo no soy Bump, Memo? —inquirió secamente él.

—No te enfades —replicó ella, mirándole—. Lo único que quiero decir es que trato de la misma manera a todos mis amigos.

Estaba cerca, y su aliento era cálido. Él la tomó en sus brazos y ella se le arrimó más y dejó que palpara, sin quejarse, el pecho «enfermo». Pero cuando Roy trató de llevarla a la cama, se apartó y dijo que no.

—¿Por qué no? —preguntó él.

—No estoy bien —respondió Memo.

Él la miró con recelo.

—¿Qué te pasa?

Memo se echó a reír.

—A veces eres muy inocente, Roy. Cuando una chica dice que no está bien,

¿tiene que ser más explícita?

Entonces él comprendió y se sintió confuso por ser tan torpe. No insistió en sus besos y pensó que era buena señal que ella le hubiese hablado con tanta confianza.

Los Knights volvieron al tercer lugar en Boston, y al día siguiente ganaron un partido doble de noche en Ebbels Field, con lo que fueron diecisiete las victorias seguidas alcanzadas en su recuperación. Antes de que Roy saliese de su bache, habían descendido al quinto puesto, con doce juegos de desventaja; después subieron lentamente al tercero y, después de este doble con Brooklyn, se hallaban a dos de los Phils, que habían estado toda la temporada empatando con los Cards y los Dodgers. Los Piratas, aunque vencidos tres veces seguidas por los Knights en su gira por el Oeste (los primeros triunfos de los Knights sobre ellos esta temporada), ocupaban todavía el primer puesto, a dos juegos por delante de los Phils, en la apretada Liga Nacional.

Cuando volvieron los Knights para jugar en casa tres partidos contra los colistas Reds, la ciudad despertó de golpe. Los fans, recobrados de su pasmada sorpresa ante los brillantes progresos de su equipo, acudieron a montones. Llenaron las gradas, sonriendo tontamente, pues la mayoría de ellos se habían apartado de los Knights durante el período de la baja forma de Roy. Ahora, en cuatro manzanas a la redonda del campo, el vecindario estaba alborotado mientras hordas de aficionados salían del Metro, bajaban de los tranvías y los autobuses y corrían por las atestadas calles en dirección a las taquillas que (para desesperación del juez Banner) habían sido cerradas temprano por la mañana, y líneas de guardias de enrojecido semblante, reforzados por miembros de la Policía Montada, trataban de hacer volver a la gente por donde había venido. Tras muchos años de diversión a expensas de los hazmerreír que eran los Knights, una fiebre de victoria se había apoderado de toda la ciudad. En todas partes, la gente se inclinaba sobre la radio o estiraba la cabeza en los bares para ver a «los muchachos del milagro» —así los llamaban los cronistas deportivos de todos los Estados Unidos, que ahora se apretaban en los antaño vacíos palcos de la Prensa—, todos cuyos movimientos provocaban una excitación frenética en los fanáticos partidarios que giraban en círculos concéntricos alrededor de la figura de Roy Hobbs, héroe e innegable hombre del destino. El —decían todos— llevaría a los Knights al triunfo.

Los hinchas adoraban a Roy, pero Roy no adoraba a los hinchas. No olvidaba lo mal que le habían tratado durante el período de su baja forma. Con frecuencia deseaba poder hacer que se tragasen sus aclamaciones. Pero en vez de ello, la emprendía con la pelota, golpeándola con toda su fuerza, como si la mejor manera de ajustarles las cuentas a sus fans, a los *pitchers* que se habían burlado de él y a los estadísticos que habían registrado (para siempre) la clase y la cantidad de sus fracasos, fuese batir todas las marcas imaginables. Era como un cazador acechando a un oso, o a una ballena, o tal vez a una estrella fugaz, por su manera de correr detrás

de la pelota. No le daba un momento de reposo (*Wonderboy*, después de aquel largo tiempo de pasar hambre, mordía, mascaba, devoraba), y no se sentía satisfecho a menos que la levantase (bizqueando al golpearla) por encima del tejado de la tribuna, girando hacia el horizonte. A menudo, por ninguna razón explicable, odiaba la bola, que representaba más de lo que él mismo estaba dispuesto a confesar a quien la encontrase un triste día en un sucio solar. A veces, mientras observaba su ascensión, le parecía que todo se reducía a círculos, y le extrañaba su afán de golpearla, porque nunca le había gustado la vista de un círculo. Los círculos no conducían a ninguna parte, salvo al punto de partida, y, sin embargo, seguía haciéndolos brotar de *Wonderboy* como anillas de humo, y todos le aclamaban como locos. Y cuanto más le aclamaban, mayor era su frialdad para con ellos. No podía dejar de batear, y cada golpe le hacía esperar, hambriento, el siguiente (un médico dijo que no tenía la solitaria, pero que comía como si la tuviese, porque trabajaba demasiado duro), pero no ansiaba los vítores de los patanes de las gradas. Sólo en una ocasión les perdonó momentáneamente: fue cuando, para alcanzar una pelota alta, casi se estrelló contra la pared y ellos lanzaron exclamaciones de susto y gritos de advertencia. Después de coger la pelota, se quitó la gorra y ellos hicieron retemblar las vigas con su pataleo.

La Prensa, que generalmente le trató mal durante su bache, cambió también de tono. Todos, salvo uno, le colmaron de alabanzas, le aclamaron y le nombraron oficiosamente en sus columnas Novato del Año (aunque convinieron en que parecía sobre todo un viejo peón, un rudo veterano de las guerras del béisbol) y Jugador Más Distinguido, y empezaron a hablar, con años de anticipación, de asignarle una capillita permanente en el Salón de la Fama de Cooperstown. Debía figurar —escribían— entre los otros inmortales, pues era un gigante por sus hazañas, más parecido a los corpulentos muchachos de los ochenta y los noventa, que a los chicos flacuchos de hoy. Representaba una vuelta a los tiempos de los verdaderos héroes, no de los frágiles y aturdidos muchachos que habían brotado en torno a la veloz pelota, algo que no se veía en mucho tiempo, ¿y no debían considerarse afortunados de que hubiese aparecido aquí y ahora para deleitarles con sus maravillas? Más de un escritor se llevó las manos a la dolorida cabeza al especular sobre todo lo que habría podido hacer Roy si hubiese empezado a jugar a los veinte años.

Naturalmente, la excepción era Mercy, que siguió preocupándose del pasado de Roy más que de sus logros. Pasó horas en el depósito de cadáveres, tratando de hallar posibles pistas de posibles crímenes (¿qué es lo que trata de ocultarme?); pidió información a alcaides de prisión, a sheriffs, a monitores de escuela, a directores de orfanatos y a managers semiprofesionales de muchas ciudades del Oeste y del Noroeste, y, ofreciendo recompensas, espoleó a los cronistas deportivos de pequeñas poblaciones a efectuar investigaciones sobre Roy. Sus esfuerzos resultaron inútiles hasta un día en que, para sorpresa suya, recibió una carta de un hombre que, con letra de imprenta en una hoja de libreta, le decía que por doscientos pavos estaba dispuesto a contarle algunas cosillas sobre el nuevo campeón. Max se apresuró a prometerle la

pasta y obtuvo su primera revelación. Se trataba de un viejo fenómeno de circo que juraba que Roy había trabajado como payaso en una pequeña compañía ambulante. Como prueba enviaba un cartel con la cara del payaso —pintada de blanco y de rojo — asomando a través de un aro de papel. Podía reconocerse a Roy en el chato *Bobo*, que, a pesar de la risa pintada en su semblante, parecía triste y desgraciado. Ciertamente, la imagen causaría sensación. Max la hizo publicar en primera página con este pie: «Roy Hobbs, príncipe payaso del béisbol»; pero la mayoría de los que compraron el periódico se negaron a creer que fuese Roy, y a los que lo creyeron les importó un pepino.

Roy se indignó y juró hacer saltar los dientes de una patada al indiscreto. Pero no hizo exactamente esto, pues, cuando se encontraron la noche siguiente en el vestíbulo del «Midtown», Max le presentó sus más rendidas disculpas. Dijo que las debía a Roy por haber superado a todos los demás en el juego en diez modos diferentes, y que lamentaba haber publicado aquella ilustración. Roy asintió con la cabeza, pero no compareció en el restaurante donde le estaban esperando Pop, Red y Max, muy inquieto el primero, porque Roy solía ser entonces muy puntual a la hora de comer.

El camarero, robusto alemán de melifluido acento y grandes bigotes, se acercó para tomar nota de lo que querían comer. Empezó derramando sopa en la espalda de Max y después les sirvió un bisté que parecía igual que el carbón sobre el que había sido asado. Max se quejó ruidosamente, y el camarero, después de un cuarto de hora, le trajo un hermoso bisté sangrante, pero en seguida retiró el plato del periodista, porque Pop y Red habían terminado ya y querían que les sirviese el tercero. Max lanzó un alarido, el asustado camarero dejó caer los platos sobre sus rodillas, y al agacharse para recoger los pedazos, empujó la mesa y derramó la cerveza de Max sobre sus pantalones.

Pop se levantó de un salto y fue a lanzarse contra el hombre, pero Red le contuvo. Mientras tanto, el camarero estaba tratando de limpiar los pantalones de Max con una toalla mojada, y Max juraba matarle. Esto enojó al camarero. Agarrando al columnista por el cuello de su chaqueta, le sacudió y le dijo que le enseñaría a hablar como un «khaballerro und no como un patán». Tumbó a Max sobre sus rodillas y le azotó el trasero con su manaza, mientras los clientes del restaurante observaban la escena con incredulidad. Max consiguió liberarse. Tratando frenéticamente de abofetear al alemán, le arrancó el bigote. Al cabo de un momento, todos los presentes se desternillaban de risa, e incluso Pop tuvo que sonreír, aunque dijo a Red que no le sorprendía que el camarero se hubiese convertido en Roy.

Roy tenía una cita con Memo para el sábado, pero aquella noche se sentía solo y subió al cuarto piso para llamar a su puerta. Ella le abrió; llevaba un pijama negro, y una cinta, también negra, sujetaba sus rojos cabellos en cola de caballo, y él se quedó atolondrado.

Un lento rubor cubrió el rostro de Memo.

—¡Caramba, Roy! —exclamó, y pareció que no se le ocurría nada más.

—Cierra la puerta —dijo la irritada voz de un hombre desde el interior— o pillaré un resfriado.

—Gus está aquí —explicó rápidamente Memo—. Entra.

Roy entró, muy contrariado.

Memo vivía en un apartamento de una sola, pero amplia y aireada habitación, con una cocinita y una cama plegable, que ahora no se veía. Gus Sands estaba sentado a una mesa cerca de la ventana con visillos, fumando un pequeño cigarro «Between-the-Acts» y estudiando un doble solitario que había estado haciendo con Memo. Su chaqueta estaba colgada en el respaldo de la silla, y una corbata pintada a mano, que a Roy no le gustó —y en la que se veía a una mujer desnuda bailando con una rosa roja—, pendía como una lengua entre el desabrochado chaleco y sobre una pesada cadena de oro de reloj.

Al ver quien era, Gus dijo:

—Bienvenido a casa, campeón. Veo que has salido al fin del agujero en que te habías metido.

—Supongo que te habrá costado algunos pavos —dijo Roy.

Gus se creyó obligado a reír. Le había tendido la mano, pero Roy no se la estrechó. Memo le miró, como pidiéndole que fuese amable con Gus.

Roy no podía librarse de su irritación por haber encontrado a Gus allí, y le fastidiaba doblemente que ella siguiese viéndole. Ella no había vuelto a hablarle de Gus, y Roy esperaba que el apostador hubiese hecho mutis por el foro; pero allí estaba con su eterno aspecto de truhán. No comprendía qué podía ver Memo en aquel tipo medio calvo que parecía el dueño indio de una tienda de cigarros; sin embargo, ahora sentía el temor de que Gus significase para ella más de lo que él había sospechado. El hecho de que estuviesen tranquilamente sentados jugando a las cartas le dio la inquietante impresión de que podían estar incluso casados o algo parecido. Pero esto no podía ser, porque no tenía sentido. En primer lugar, ¿por qué había de casarse ella con un adefesio como Gus? Desde luego, tenía dinero, pero Memo era una muchacha ardiente, y de nada le serviría el dinero en la cama. ¿Y cómo hubiese podido soportar su aspecto por la mañana, sin el ojo de cristal en su ranura? En segundo lugar, Gus no dejaría que *su* esposa fuese por ahí sin un brillante como un garbanzo, y la única joya que llevaba Memo era un anillo con una pequeña piedra de jade. Además, ¿qué estaría haciendo allí, en aquel apartamento de una sola habitación, si Gus tenía en propiedad un ático en Central Park West?

No. Sus fantásticas ideas se debían al hecho de que todavía no estaba seguro de ella. Y siguió deseando poder tenerla aquella noche para él. Memo debió de comprenderlo, porque, al mirarla él, se encogió de hombros.

Gus empezó a recelar. Les miró con su ojo triste, helado, el de cristal.

Estaban sentados incómodamente, hasta que Memo sugirió que jugasen a las cartas. Gus se animó en seguida.

—¿A qué jugamos, campeón? —dijo, recogiendo los naipes.

—El pinnacle es un buen juego para tres.

—Odio el pinnacle —replicó Memo—. Juguemos al póquer, pero no con cartas descubiertas.

—El póquer no es conveniente ahora —dijo Gus—. El de en medio lleva las de perder. ¿Y si jugásemos a los dados?

Sacó un par de dados verdes. Roy dijo que le parecía bien, y Memo asintió con la cabeza. Gus quería echar los dados sobre la mesa, pero Roy dijo que la alfombra era mejor, con los dados rebotando contra la pared.

Apartaron la mesa y se agacharon en el suelo. Memo, arrodillada, fue la primera en tirar. Gus le dijo que apostase fuerte, y, a los pocos minutos, ella había recogido doscientos dólares. Roy sacó ojos de serpiente y siete a continuación. Gus tiró ahora, incitando a Roy a cubrir los tres billetes de cien dólares que había puesto sobre la alfombra. Memo aceptó veinticinco y Roy cubrió lo demás. Gus ganó, y en la tirada siguiente se hizo con otros doscientos dólares de Roy. Era más de lo que éste llevaba encima, pero Gus le dijo que podía seguir jugando a crédito. El apostador siguió ganando. Al poco tiempo acreditaba mil doscientos dólares de Roy, además del dinero que éste había perdido. Roy estaba irritado porque no le gustaba perder con Gus delante de Memo. Observó las manos de Gus para asegurarse de que no cambiaba los dados. Lo que le hacía recelar era que Gus parecía inquieto. Su ojo de cristal estaba fijo en los dados, pero el bueno miraba continuamente a su alrededor. Y ahora apostaba trescientos a una jugada. Como Memo sólo apostaba diez dólares de vez en cuando, Roy cubría el resto. Al terminar Gus su segunda serie, Roy le debía tres mil quinientos dólares y sudaba copiosamente. Pero por fin se agotó la suerte de Gus; Memo perdió rápidamente, y entonces Roy, para su propia sorpresa, empezó a ganar una serie de jugadas. Ahora estaba enardecido e hizo rodar los dados una y otra vez, alegrándose más a cada momento, mientras aumentaba el mal humor de Gus. Antes de que Roy hubiese terminado, Gus le había devuelto el dinero que le había ganado y le debía mil cien dólares. Cuando Roy sacó, finalmente, siete, Memo se levantó y dijo que tenía que hacer el café. Gus y Roy siguieron jugando, pero la suerte se inclinó de nuevo en favor del segundo. Gus dijo que nunca debía jugarse con menos de cuatro dados y dio por terminada la partida, a disgusto. Se sacudió el polvo de las rodillas.

—Seguro que esta noche has tenido la suerte de cara, campeón.

—Así lo llaman algunos.

Memo hizo números. Debía a Roy dos billetes de a diez, pero Gus le debía veintiuno de cien. Roy rió en voz alta.

Gus le extendió un cheque; sus ojos seguían inquietos.

Memo dijo que le extendería otro.

—Olvídalo —rechazó Roy.

—He incluido sus pérdidas en el mío —dijo Gus, haciendo un floreó con la pluma

antes de firmar.

Memo se puso colorada.

—Me gusta pagar mis propias deudas.

Gus rasgó el cheque y extendió otro. En vista de lo que ella había dicho, Roy aceptó el de Memo, pensando que se lo devolvería en forma de algún regalo.

Gus le entregó el cheque por dos mil cien dólares.

—Que te aprovechen —dijo.

Roy dio un sonoro beso al pedazo de papel.

—Me encanta.

Gus bajó la guardia y fijó en Roy la mirada de su ojo izquierdo.

—Dime que sí, campeón, y podrás ganar rápidamente un montón de dinero.

Roy no estaba seguro de haber oído bien. Gus repitió su ofrecimiento.

Esta vez, Roy estuvo seguro de lo que quería decir.

—Dilo otra vez y escupiré en tu ojo sano.

La piel grisácea de Gus se volvió azul.

—Muchacho —dijo Memo, con inquietud.

Gus se metió en el cuarto de baño.

Memo estaba pálida.

—Ayúdame con los bocadillos, Roy.

—¿Has oído lo que me ha dicho ese bastardo?

—A veces se pasa de la raya.

—¿Por qué le invitaste a venir aquí?

Ella se volvió.

—Se invitó él mismo.

Mientras ella cortaba la carne para los bocadillos, Roy sintió un impulso de ternura. Deslizó el brazo alrededor de la cintura de Memo. Ésta le miró con ojos algo afligidos, pero cuando él la besó, correspondió a su beso. Se separaron al abrir Gus la puerta del cuarto de baño y acercarse a ellos echando chispas.

Mientras tomaban el café, Roy estaba ya de buen humor y no le importaba que Gus anduviese por allí. Memo le zahirió por su manera de devorar los bocadillos, pero le demostró su afecto sirviéndole, además, medio pollo frío, que él mondó hasta los huesos. Consumió un gran pedazo de pastel de chocolate y tomó nota mentalmente de tomarse un par de hamburguesas antes de irse a la cama. Aunque Gus sólo había tomado una taza de café, se estaba escarbando reflexivamente los dientes. Al cabo de un rato, miró su reloj de oro, se abrochó el chaleco y dijo que se marchaba. Roy miró a Memo, pero ésta bostezó y dijo que tenía que levantarse muy temprano por la mañana.

Para disgusto de todos, los Reds, como desdeñando a los holgazanes que habían vivido durante tanto tiempo en el sótano debajo de ellos, rompieron la racha de los Knights en el diecisiete y, al día siguiente les infligieron de nuevo una severa derrota.

Un enorme clamor brotó de los fieles. ¡Atrás todo el mundo, aquí están de nuevo! ¡Pamemas! Como por arte de magia, el público se redujo a un puñado en un partido con los Phils. Los Phils les dieron otra paliza. La Prensa se dio un golpecito en el sombrero con el dedo y volvió su respetuosa atención a los Piratas, cantando una vez más sus excelencias. Nadie concebía ya cómo podían esperar ganar la Liga los mal preparados Knights. Con veintiún juegos pendientes, estaban ya a seis por debajo de los Piratas y a cuatro de los Phils. Y para empeorar las cosas, habían bajado al tercer lugar con los Cards. Los muchachos de Pop tenían aún una probabilidad matemática, pero, en el mejor de los casos, era un buen equipo para un tercer puesto, según dijo un periodista, que terminó su artículo con esta frase: «Esperemos al año que viene.»

Pop se estrujaba la doliente cabeza. Los jugadores intercambiaban miradas de culpa. Incluso el Grande Hombre flaqueaba, aunque no estuviese exactamente en un nuevo bache. Sin embargo, se le reprochaba un bateo defectuoso al haber conseguido tres mezquinos singles en tres días. Todos los del equipo comprendían que había que hacer algo, pero nadie sabía qué. El tiempo apremiaba. Cada partido que perdían era el último que podían perder. Se acercaba el otoño. Veían caer las hojas y temblaban al pensar en los crudos vientos del invierno.

Los Piratas llegaron a la ciudad para sus últimos partidos del año con los Knights, una serie de cuatro. Hasta ahora, durante la temporada, habían infligido a los Knights un tremendo 15 a 3 y, a pesar de haber perdido los tres últimos (la suerte de los tontos), estaban dispuestos a borrarles del campo. Observando la manera que tenían los Piratas de cortar la trayectoria de la bola con sus implacables golpes y la precisión de su *fielding*, los neoyorquinos acabaron de desanimarse. Éste era un verdadero equipo, no una imitación. Todos eran buenos jugadores, sin ninguno que sobresaliese de los demás. Los hinchas de los Knights estaban aturrullados... Sin embargo, sus muchachos consiguieron ganar el primero a los Piratas. Nadie sabía exactamente cómo: aquí un golpe de suerte, allí un afortunado error. Los afectados miembros de equipo adversario, que ocupaba el primer puesto en la clasificación, parecían unos paletos a pesar de su ventaja. Pero mañana sería otro día. Esperad a que los muchachos de la ciudad del humo recobren la agilidad de sus piernas entumecidas por el viaje en tren. Pero los Knights volvieron a ganar, sin hacer tampoco nada extraordinario. Sus partidarios, que habían vuelto a ocupar las gradas, silbaron y vitorearon. Por un extraño capricho de la Naturaleza, ganaron también el tercer partido. Todas las localidades para el último se habían vendido antes de las diez de la mañana. Los guardias volvieron a tener dificultades con las hordas de los que se habían quedado sin entrada y se les echaron encima.

Walt Wickitt, el incomparable mánager de los Piratas, sacó a su gran lanzador, Dutch Vogelmann, en el último juego. Vogelmann era un *pitcher* terrible, ganador de treinta y tres juegos, un caso único en la liga de aquella temporada. Era veneno para los Knights, que sólo le habían vencido una vez en los últimos dos años. Enfrentado a Roy en seis juegos, durante el bache de éste, había hecho que sólo pudiese hacer un

single en cuatro de ellos y nada absolutamente en los dos últimos. Casi todos dieron este juego por perdido, aunque Roy empezó con un *homer* en su primera intervención. Entonces, Schulz dio dos carreras a los Piratas. Roy bateó y consiguió otra carrera completa. Schultz apuntó la tercera para los Piratas. Roy terminó con otros dos *homers*, poniendo el marcador en 4 a 3. Soberbio e imponente al principio, Vogelmann terminó como un perro apaleado, y los Piratas hicieron apresuradamente sus bártulos y salieron del estadio. Los Phils ocupaban ahora el primer puesto por un juego; los Piratas, el segundo, y los Knights estaban a un punto detrás de ellos y subiendo como un cohete. La fiebre de triunfo se apoderó de nuevo de la ciudad y la gente vitoreaba a su equipo por las calles.

Ahora sólo les quedaba a los Knights, en esta desenfrenada carrera, jugar cuatro partidos en Brooklyn, incluido un partido doble en domingo; cuatro con Boston y dos con los Reds, éstos, en casa. Después, tres fuera con los Phils, uno de los cuales era el desempate del deslucido partido de junio en que Roy había arrancado la envoltura de la pelota. El calendario señalaba el final en la última semana de setiembre, contra los Reds, en otra serie de tres partidos en casa, un final prometedor, habida cuenta de que los Piratas y los Phils tenían que luchar entre sí. Si los Knights, con la ayuda de Dios, conseguían el triunfo (y seguían funcionando), la Serie Mundial debía empezar el martes 1.º de octubre en el Yankee Stadium, pues los Yanks habían alcanzado ya el trofeo de la Liga Americana.

La carrera continuó, indecisa. Para empezar, los Knights dejaron escapar una ocasión (Roy no dio un solo golpe) frente a los Dodgers, mientras los Piratas ganaban y los Phils perdían; estos dos corrían codo a codo disputándose el primer puesto, con los Knights a dos puntos detrás de ellos. Pero cuando los chicos empezaron a desconfiar de ellos mismos, Roy saltó de nuevo detrás de la pelota. No cedía ante nadie, pero había pasado un día terrible después de la paliza propinada a los Piratas, un día de gran debilidad física, un extraño agotamiento en los brazos y las piernas, seguido de un terrible dolor de cabeza y de zumbidos en los oídos. Sin embargo, en el segundo partido de Eddets Field, se sobrepuso, agarró *Wonderboy* y lanzó la primera pelota contra el reloj de la pared de la derecha del campo. El reloj esparció minutos sobre todo el lugar y, después de esto, los Dodgers ya no supieron qué hora era. Lo único que supieron fue que Roy Hobbs realizó catorce fenomenales *hits* directos triplemente mortales para ellos. Llevados de su impulso, los Knights derrotaron a los Bravos y dieron una paliza a los Reds, tomando cumplida venganza contra ellos por haber puesto fin a su reciente serie de diecisiete victorias.

Cuando sólo faltaban seis partidos por disputar, se había producido un triple empate para el primer puesto. Los hinchas de los Knights estaban como locos y se pusieron casi insoportables cuando los Phils perdieron un emocionante partido ante los Cards y bajaron al segundo puesto, dejando a los Piratas y los Knights empatados para el primero. Antes de que los Phils pudiesen recobrarse, los Knights bajaron sobre Shibe Park, seguidos de trenes cargados de fans que no querían perderse el

espectáculo. Vieron a sus ídolos ganar el crucial partido final (Roy estuvo magnífico), hacerse por los pelos con el segundo juego (no tenía buen día) y borrar a los pasmados Phils del mapa en el último (de nuevo estupendo). En este punto de máxima tensión, estalló el mecanismo de los Piratas. Para desenfrenada alegría de los habitantes de la ciudad de Nueva York, los Cachorros les ganaron dos veces y los Reds les asestaron un golpe inesperado. Un sudario de silencio cayó sobre Pensilvania. Después se alzó en Manhattan un rugido que retumbó en todo el país. Cuando cesó el griterío, los Knights estaban innegablemente en la cima con tres puntos de ventaja sobre los Piratas y cuatro sobre los Phils, que ocupaban el tercer lugar y estaban matemáticamente fuera de combate. Con sólo tres partidos por jugar contra los poco peligrosos Reds, los Knights parecían tener todas las de ganar. Lo peor que podía ocurrirles era que empataran con los Piratas para el primer puesto, si los Piratas ganaban sus tres partidos a los Phils y los Knights perdían los suyos con los Reds, lo cual era absurdo en vista de cómo los machacaba Roy.

El viaje de regreso de Filadelfia solía realizarse en poco más de una hora, pero esta vez se convirtió en una pesadilla por culpa de los fans que iban en el tren y que no dejaban en paz a los jugadores. Enterado de que una multitud se había reunido en la estación de Pensilvania para dar la bienvenida al equipo, Pop ordenó que bajasen todos en Newark y continuasen en taxi. Pero al acercarse al túnel fueron recibidos por el estruendo ensordecedor de las sirenas de todas las embarcaciones del Hudson y de toda la bahía...

En los vestuarios, después del último partido en Philly, algunos de los muchachos habían empezado a arrojar toallas mojadas, pero Pop, que había vertido en privado lágrimas de alegría, les había llamado al orden.

—¡No debéis hacer gansadas cuando aún hemos de ganar otro partido! —les gritó.

Cuando ellos protestaron, diciendo que al fin parecía que habían triunfado, Pop enrojeció como un tomate y les gritó que nadie era dichoso hasta el final. Como resultado de ello, y a pesar de todas las atenciones que recibían, los muchachos estaban cariacontecidos al volver a casa. Algunos habían propuesto en secreto celebrar una juerga cuando se hubiesen librado del viejo chalado, pero no se atrevían a hacerlo. Hasta Roy estaba desanimado; pero él sólo pensaba en Memo.

Le dolía el corazón a causa de desearla con tanta vehemencia (a veces se la imaginaba en una casa que habían comprado, con una criaturita pelirroja sobre la falda, mientras él se iba a pescar, enteramente satisfecho, sabiendo que lo había dejado todo en orden, que al volver le esperaría una comida caliente y abundante, y que el pequeño transmitiría el nombre de Roy Hobbs a generaciones que su padre no llegaría a conocer. Pensando en esto, pescaba tranquilamente en el riachuelo y, más tarde, sentados alrededor de la mesa de la cena, comían el pescado que él había capturado), un deseo tan profundo que se remontaba hasta donde alcanzaba su

memoria, recordando las innumerables cosas que había querido y no había podido conseguir, y preguntándose, ahora que era famoso, si la intensidad de sus deseos menguaría alguna vez. La única manera de que esto llegase a ocurrir (revivía aquella vez que había estado en la cama con ella) era tenerla para siempre. Esto pondría fin a la insatisfacción que le consumía, por muy grandes que fuesen sus triunfos, y hacía que siguiese deseando y careciendo en su vida.

Más tarde se le ocurrió pensar que la imagen que había dibujado de Memo, sentada en su hogar como una buena ama de casa, no correspondía exactamente a la muchacha que era ella. La clase de mujer que tenía en la mente, aunque no le gustaba reconocerlo, se asemejaba más a lo que Iris parecía ser, sólo que ésta no le convenía. Sin embargo, no podía dejar de preguntarse qué le diría en su carta, y resolvió leerla en cuanto llegase a su habitación. No pensaba contestarla, pero al menos debía saber lo que ella le decía.

Se sintió mejor cuando, al llegar al hotel, encontró en el buzón una nota de Memo, en la cual le decía que subiese para tomar una copa con ella. Memo le recibió en la puerta con un beso, enrojecido el semblante por la alegría que sentía, y le dijo:

—Bueno, Roy, al fin lo has conseguido. Todo el mundo comenta lo maravilloso que eres.

—Todavía hemos de ganar el último partido —replicó modestamente él, aunque halagado por el elogio—. Hasta el final nadie es dichoso.

—¡Oh, seguro que los Knights van a ganar! Todos los periódicos dicen que eso depende de ti. Eres el más grande, Roy.

Él le asió las dos manos.

—¿Más grande que Bump?

Ella parpadeó, pero asintió. Él la atrajo hacia sí. Memo correspondió a su beso con sus labios cálidos y húmedos. «Ha llegado el momento», pensó Roy. Empujándola contra la pared, pasó suavemente la mano por los muslos de la mujer.

Memo se apartó, respirando con fuerza. Él la agarró y apretó la boca sobre la hinchada blusa.

Memo tenía lágrimas en los ojos.

—Nosotros estamos vivos, querida, y él no lo está.

—No pronuncies su nombre.

—Mi amor hará que le olvides.

—No hables, por favor.

Él la levantó en brazos y la tendió sobre el diván. Ella se irguió de un salto.

—Por el amor de Dios, Memo, soy un hombre, no un chiquillo. ¿Cuándo vas a ser buena conmigo?

—Lo soy, Roy.

—No como yo quisiera.

—Lo seré.

Ahora respiraba sin hacer ruido.

—¿Cuándo? —preguntó él.

Ella pensó, distraídamente, y luego respondió:

—Mañana..., mañana por la noche.

—Demasiado tiempo.

—Más tarde —suspiró ella—. Esta misma noche.

—Eres un encanto, querida —dijo Roy y la besó.

Ella cambió rápidamente de talante.

—Vamos a celebrarlo.

—A celebrar ¿qué?

—Lo del equipo.

Sorprendido de que ella quisiese hacerlo ahora, dijo que se había afeitado y estaba dispuesto a salir cuando ella quisiera.

—No me refiero a salir. —Le explicó que lo que había querido decir era que había preparado un pisolabis en uno de los salones de arriba—. Lo traerán todo de la cocina: platos fríos y otras muchas cosas. Pensé que sería divertido traer algunas chicas y celebrar una pequeña fiesta con los muchachos.

Aunque él sólo pensaba en lo que haría más tarde con ella y todo lo demás le parecía una pérdida de tiempo, tenía que reconocer que Memo se había tomado mucho trabajo y quería complacerla. Tampoco le disgustaba que ella hubiese mencionado la comida. Se había zampado un bisté doble en el tren, pero de esto hacía ya bastantes horas.

Memo le sirvió una copa y telefoneó a los muchachos con quienes no había podido hablar anteriormente. Aunque la mayoría de los jugadores dijeron que estaban dispuestos a acudir, algunos vacilaron, acordándose de Pop; pero Memo les convenció diciéndoles que asistirían Roy y otros. No pidió a los jugadores casados que trajesen a sus esposas, y ellos no le hicieron observar su olvido.

A las diez, Memo entró en el cuarto de baño y se puso un flamante vestido amarillo sin tirantes. Roy pensó que no llevaba nada debajo del vestido, y esto le causó un placer intenso. Subieron en el ascensor hasta el piso decimoctavo. La fiesta había empezado ya. Había una docena de hombres y sólo cuatro o cinco chicas. Memo dijo que luego llegarían más. La mayoría de los jugadores no parecían muy entusiasmados. Unos pocos hablaban seriamente con las muchachas, y los otros estaban sentados en sillones, charlando entre ellos. Flores estaba de pie en un rincón, con una expresión melancólica en su semblante. Al Fowler, uno de los que se estaban divirtiendo, le preguntó cuándo era el velatorio.

Alguien aporreaba las teclas del piano colocado junto a la pared.

En el otro lado del salón, un vivaz y menudo cocinero con un alto e hinchado gorro, de tamaño equivalente a la mitad de su cuerpo, estaba de pie tras una larga mesa cubierta con un mantel, sirviendo los manjares.

—Un espléndido pisolabis —comentó maravillado Roy—. Habrás tenido que empeñar tu abrigo de pieles.

—Gus es quien paga —replicó, distraídamente, Memo.

Esto irritó a Roy.

—¿Va a venir ese simio?

Ella quedó dolida.

—No le insultes. Es un hombre amable y generoso.

—Te ha apostado cincuenta centavos a que ha hecho envenenar la comida.

—Eso no tiene gracia.

Memo se apartó, pero Roy la siguió y le pidió disculpas, aunque el interés que mostraba ella por el apostador (incluso en la noche en que iban a dormir juntos) le trastornaba y enfurecía. Además, ahora le preocupaba cómo lo tomaría Pop si se enteraba de esta francachela de los jugadores tras haberles advertido él contra las celebraciones prematuras.

Preguntó a Memo si el mánager sabía lo que estaba haciendo. Ella se mostró de nuevo amable.

—No te preocupes por él, Roy. Le habría invitado, pero no se hubiese sentido a gusto aquí, con tanta gente joven. No te inquietes por la fiesta, pues Gus ordenó que no se sirviesen licores fuertes.

—Muy amable ese Gus. Ahora debe apostar a favor nuestro, para cambiar.

Memo no replicó.

Ahora estaban ya todos. Dave Olson llevaba del brazo a una alegre rubia. Allie, Lajong, Hinkle y Hill canturreaban *Down by the Old Mill Stream*. Fowler enseñaba a bailar claqué a algunos de los chicos. Los cigarros producían una espesa humareda. Para Roy, la cosa no marchaba aún del todo bien. Cada cual parecía observar a los demás, como si todos esperasen una señal para levantarse y marcharse, y algunos miraban nerviosamente hacia la puerta cada vez que ésta se abría, como si temiesen ver aparecer a Doc Knobb, el que solía hipnotizarles antes de los partidos. Desde el otro lado de la estancia, Flores miró fijamente a Roy con sus ojos negros y melancólicos, pero Roy le volvió la espalda. No podía dejar plantada a Memo.

—Una lúcida fiesta social —comentó a Fowler.

—Vete con cuidado, pequeño —le advirtió Roy, en voz baja.

—Tú eres el que tienes que irte con cuidado.

Roy le lanzó una dura mirada, pero Memo dijo:

—Que Roy abra la marcha hacia la mesa. Se está muriendo de hambre.

Y era verdad. Aunque la idea de que aquella noche sería suya ocupaba el primer lugar en su mente, no podía olvidarse del todo de la apetitosa comida. Ella le condujo a la mesa y él se sorprendió y tembló ligeramente al ver lo que había allí: diferentes clases de carne preparada, succulentos pescados, gambas, cangrejos, langosta, caviar, ensaladas, quesos variados, pan, bollos y helado de tres sabores. Su estómago se lamentó, como si tuviese una existencia independiente de la suya.

—¿Qué va a tomar? —preguntó el menudo cocinero.

Tenía un plato y un gran tenedor preparados, pero Roy se los quitó de las manos,

para disgusto suyo, y dijo que él mismo escogería lo que le viniese en gana.

Memo le sirvió:

—No te prives de nada, Roy.

—Llena el plato, querida.

—Desde luego, eres bárbaro comiendo.

—Soy un tragaldabas —bromeó él, para disimular la turbación que se causaba su apetito.

—A Bump le gustaba tragar... —empezó a decir ella, pero se interrumpió.

Cuando le hubo llenado el plato, Memo se puso en el suyo una loncha de jamón y un panecillo, y ambos fueron a sentarse a una mesa del rincón más alejado de la estancia, apartado del sitio donde se hallaba Flores, para que Roy pudiese concentrarse en la comida, sin tener que preocuparse por nadie.

Memo le observaba, fascinada. Troceó el jamón que tenía en el plato y mordisqueó el panecillo.

—¿Sólo vas a comer eso? —le preguntó Roy.

—No tengo mucho apetito.

Él devoraba la comida y, al hacerlo, tenía la impresión de poseer algo y de echarlo en falta en el mismo instante. Y con cada bocado aumentaba el deseo que sentía de Memo. Pensó en lo satisfactorio que sería levantarle el vestido amarillo sobre sus muslos desnudos.

Hasta que ella se lo advirtió, no se dio cuenta de que su plato estaba vacío.

—Deja que vaya a buscarte un poco más, querido.

—Iré yo mismo.

—La comida es cosa de mujeres.

Llevó el plato a la mesa, y el atrafagado y menudo cocinero lo llenó de carne de buey en conserva, pastrami, pavo, ensalada de patata, queso y pepinillos.

—Eres muy amable conmigo —le dijo Roy.

—Y tú muy simpático.

—¿Por qué has puesto tanto?

—Te conviene, tonto.

Roy se echó a reír.

—Me parece estar oyendo a mi abuela.

Esto interesó a Memo.

—¿No te criaste en un orfanato, Roy?

—Fui a parar allí cuando murió mi abuela.

—¿No viviste con tu madre?

Él quedó de pronto pensativo.

—Siete años.

—¿Cómo era ella? ¿La recuerdas?

—Era una ramera. Le hizo la vida imposible a mi padre. Él era un buen hombre, pero murió joven.

Un grupo de muchachas entró en tropel por la puerta y Memo se excusó rápidamente. Eran amigas suyas, coristas de una comedia musical de Broadway que acababan de salir del trabajo. Les dio la bienvenida y las presentó. Empezó el baile y se animó la fiesta.

Roy rebañó su plato con una corteza de pan. Tenía la sensación de no haber comido nada..., todo estaba cortado tan fino, que apenas si se podía hincar el diente.

Memo volvió:

—¿Quieres comer ahora algo diferente?

Pero Roy dijo que no y se levantó.

—Voy a saludar a algunas de las chicas que han entrado.

—Todos sois iguales.

Roy creyó advertir celos en su voz y pensó que aquello iba bien. Las muchachas a quienes le presentó se alegraron mucho de conocerle. Tocarón sus músculos y le preguntaron qué hacía para darle tan fuerte a la pelota.

—Llevar una vida sana —les dijo.

Las muchachas se echaron a reír. Él las observó. La mejor del grupo era una muchacha ligeramente entrada en carnes y de cara muy atractiva, pero su cuerpo no podía compararse con el de Memo.

Cuando le dijo a Memo que valía más que todas ellas juntas, ella rió nerviosamente. Entonces él la miró y sintió que aquella noche era diferente, aunque no podía imaginarse en qué. Le contrariaba Gus, pero pensó que después de aquella noche se normalizarían las cosas, y entonces le diría que no quería que aquel mono tuerto la estuviese rondando.

Memo le condujo de nuevo a la mesa. Indicó lo que quería para Roy, y el cocinero lo puso en el plato. Ella pidió otra loncha de jamón y un panecillo. Roy la siguió a la mesa del rincón. Se preguntó si Flores estaría aún plantado en el rincón opuesto, observando; pero no miró.

Al ver la montaña de comida que Memo le tendía, dijo:

—Me estoy cansando de comer.

Memo volvió al tema de la madre de él.

—Pero ¿la querías, Roy?

Él la miró de reojo.

—¿A quién le interesa esto?

—A mí.

—No lo recuerdo. —Se llevó a la boca el tenedor colmado de comida—. No.

—¿No te quería ella?

—Ella no quería a nadie.

Memo dijo:

—Probemos otro plato combinado. A veces, cuando se come, hay cosas que no se sabe que se combinan bien, pero resulta que sí, y se satisface inmediatamente el apetito. Ahora mezclaremos estos trozos de langosta con filetes de anchoa, los

pondremos sobre este sabroso pan moreno y añadiremos ensalada griega; después untaremos otra rebanada de pan con queso picante y la pondremos sobre todo lo demás.

—Ahora sólo hace falta una palada de estiércol y crecerá un hermoso bosque en ello.

—No seas sucio, Roy.

—¿No reventaré con tanto?

—Toda la comida es muy fresca.

Después de preparar el sandwich, Memo fue al tocador. Él se sentía deprimido. ¿Por qué diablos había tenido ella que preguntarle acerca de su madre? Mordió el sandwich, sin dejar de pensar en ella. Lo terminó con ayuda de tres botellas de limonada, pero tuvo que beber otras tres de lima para eliminar el sabor del limón artificial. Se sintió algo ebrio y atontado, porque era un borracho de comida y gaseosa. Tenía la extraña impresión de ir a gatas, buscando algo que no podía encontrar.

Flores se plantó junto a la mesa.

—Si les dices que se vayan —susurró—, lo harán en seguida.

Roy le miró fijamente.

—Si se lo digo, ¿a quién?

—A los jugadores. Tienen miedo de quedarse aquí, pero no se van porque tú te quedas.

—Pues diles que se vayan.

—Díselo tú —insistió Flores—. A ti te harán caso.

—Está bien —accedió Roy.

Memo volvió, y Flores se alejó. Roy se puso trabajosamente en pie, empezó a sudar y se sentó de nuevo. Fowler agarró a Memo y empezaron a bailar. A Roy no le gustó que bailasen tan apretados.

Tenía la cara húmeda. Buscó un pañuelo en su bolsillo y encontró la carta de Iris. Por un momento pensó que había encontrado lo que estaba buscando. Recordó con más claridad que nunca su lindo semblante y aquellos ojos castaños en los que uno podía verse mejor de lo que era en realidad, y recordó que se lo había contado todo; había sido la primera vez que había hablado a alguien acerca de ello, y luego se sintió muy aliviado; después, el largo baño e Iris sumergiéndose en el agua iluminada por la luna y buscándole, y el ardor sobre la playa, con ella desnuda y él poseyéndola al fin. Por alguna razón, esto era lo único de lo que se avergonzaba, aunque no podía decirse que ella no le hubiese incitado.

«Las mujeres gordas escriben cartas gordas», pensó, y entonces vio que el menudo cocinero le miraba y se asombró al darse cuenta del hambre que tenía.

Se puso trabajosamente en pie y se dirigió a la mesa. El cocinero preparó rápidamente un plato y le ofreció, con entusiasmo, el tenedor.

—Hay algo que no huele bien —comentó Roy.

El cocinero rió entre dientes.

—Toda la comida es fresca.

Roy miró aquellos ojos, que eran como botones: los ojillos de un cerdo.

—¿Quién lo dice?

—Es lo mejor que hay en el mercado.

—Apesta.

Roy dio media vuelta y se dirigió, muy tieso, hacia la puerta. Memo le vio. Agitó alegremente una mano y siguió bailando.

Cruzó pesadamente el pasillo. El ascensor llegó y le bajó al vestíbulo. Roy siguió el largo corredor y entró en el *grill room*. Se sentó cuidadosamente a una mesa y pidió seis hamburguesas y dos vasos grandes de leche: comida sana para mitigar las punzadas del hambre.

El camarero transmitió el pedido al cocinero, el cual sacó del frigorífico seis rojos trozos de carne picada y los depositó sobre la parrilla. Chisporrotearon suavemente. Roy pensó que no hubiese debido comer más, pero después se dijo: «Tengo hambre. No, no tengo hambre, no sé lo que tengo... ¿Qué debo hacer para no estar hambriento? Tal vez ayunar», pero había ayunado desde que era pequeño. Además, su hambre sería mayor. Trató de recordar lo que sentía cuando tenía hambre tras un día de pesca, cuando asaba un lucio del lago sobre una fogata y hacía café en un bote. Alrededor de su cabeza centelleaban las estrellas.

Estuvo a punto de levantarse de la silla, pero recordó su cita con Memo y no se movió. Tenía que matar el tiempo; por consiguiente, bien podía tomar un bocado.

Una mano dio unas palmadas en sus hombros.

Era Red Blow... Roy, que se había levantado, volvió a sentarse poco a poco.

—Por un momento pensé que ibas a matarme —dijo Red.

—Creí que era otra persona.

—¿Como quién?

Roy pensó antes de contestar.

—No estoy seguro. Tal vez el mexicano.

—¿Flores?

—A veces me ataca los nervios.

—Es un buen muchacho.

—Supongo que sí.

Red se sentó.

—No comas demasiadas porquerías. Tenemos un gran día por delante.

—Sólo voy a tomar un bocado.

—Sería mejor que te fueses a la cama y durmieses mucho.

—Sí.

Red parecía apesadumbrado.

—Yo no puedo dormir. No sé lo que me pasa. —Bostezó y encogió los hombros —. ¿Estás bien tú?

—Perfectamente. Te invito a una hamburguesa.

—No, gracias. Me parece que iré a dar un paseo. Es lo mejor cuando no se puede dormir.

Roy asintió con la cabeza.

—Cuídate, muchacho —dijo Red—. Mañana es nuestro gran día. Pop bailará una giga pasado mañana. Tú serás su héroe.

Roy no respondió.

Red sonrió con cierta tristeza.

—Sentiré que esto termine.

El camarero trajo las seis hamburguesas. Red las miró distraídamente.

—Todo depende de ti.

Se levantó y se marchó.

Mirando a través de la ventana, Roy le vio alejarse calle abajo.

—Yo seré el héroe.

Las hamburguesas parecían seis pájaros muertos. Tomó la primera y la engulló. Estaba caliente, pero seca. No más pájaros muertos, pensó..., sin salsa de tomate. Echó un chorro de salsa sobre tres de los pájaros. Después los revolvió con los otros dos para no saber cuáles eran los tres que tenían salsa y cuáles los dos que no la tenían. Al comerlos, no halló diferencia alguna en ellos; todos sabían a pájaros muertos. La leche le resultó mucho más satisfactoria. Tomó mentalmente nota de beber más leche.

Pagó y salió. El ascensor subió como una bala engrasada. Al detenerse, Roy sintió un agudo dolor en el fondo del estómago. El ascensorista de pálido rostro le observó abriendo mucho los ojos. Roy miró al viejo espantapájaros y salió tambaleándose del ascensor. Se encontró solo en el pasillo, tratando de ponerse sobre sí. Estaba sucediendo algo que no comprendía. Se apercibió para el combate, lamentando no tener con él a *Wonderboy*; pero no vio a ningún enemigo. Descansó un poco y cesó el dolor.

La fiesta ya no era ruidosa. Flores había desaparecido. La luz había sido amortiguada y había cierta actividad preliminar con vistas al sexo. Olson tenía a su rubia acorralada en un rincón. Cerca del piano, un grupo se pasaba una botella misteriosa. En el centro del oscurecido salón, una de las muchachas se había arremangado el vestido sobre los panties de color rosa y bailaba la danza del vientre. Un círculo de personas la observaba en silencio.

Roy la emprendió con Fowler:

—No te corrompas, pequeño.

—Eres tú quien debe mantenerse lejos de esa trituradora, grandullón.

Roy fue a darle un manotazo, pero Fowler ya no estaba allí. Se enjugó la cara sudorosa con la manga y buscó a Memo para decirle que había llegado el momento. No pudo encontrarla entre la niebla que se había formado, en vista de lo cual abandonó la fiesta y bajó la escalera hasta el cuarto piso. Buscando a tientas el

timbre, tropezó con la llave, que estaba en la cerradura y la hizo girar suavemente.

Ella yacía desnuda sobre la cama, royendo una pata de pavo, mientras contemplaba las imágenes de un gran álbum de recortes. No le vio hasta que estuvo muy cerca. Lanzó un grito:

—¡Me has asustado, Roy!

Memo cerró el álbum. Roy había visto fugazmente una foto de la cara de Bump. «Yo me encargaré de ese bastardo.» Se desabrochó el pantalón.

Los ojos verdes de la mujer le observaban fijamente, mientras su vientre se alzaba sobre aquella llama roja.

Él sintió una gran angustia al desnudarse. En su imaginación subían trabajosamente por una calle. Su cara goteaba sudor... Sin embargo, había música, la música de gaita más dulce que jamás hubiese oído. Dejó caer sus pantalones y avanzó en busca de la realización total.

Ella echó las piernas atrás. Su expresión le desconcertó. No era esto..., las luces oscilaban, encendiéndose y apagándose. Una estruendosa locomotora rugió atravesando la montaña. Al salir de la roca con un estridente silbido, él se sintió al borde de una extraordinaria visión interior, pero un rayo cayó sobre él desde algún lugar desconocido. Levantó los brazos para protegerse, pero el rayo le alcanzó en el vientre, haciéndole aullar. Sintió un dolor tan fuerte, que su realidad le parecía imposible. En su agonía, cayó de rodillas, mientras una imagen que había llevado largo tiempo en su mente se rompía en mil pedazos. Rodó sobre la espalda.

Una rata tuerta saltó a la sucia corriente desde la almadía donde la cantarina sirena de ojos verdes guardaba la llama prohibida. A lo lejos, aunque muy cerca, se inundó un retrete y, aunque el héroe se apercibió contra el peligro, una corriente de agua sucia cayó sobre él y lo engulló.

El juez Barner, para ahorrar dinero, tenía un contrato con un pequeño hospital de maternidad cerca del campo de los Knights (era donde había muerto Bump) para el tratamiento de todas las dolencias de los jugadores, y allí fue donde llevaron urgentemente a Roy. El confuso tocólogo de guardia decidió extirpar el apéndice al héroe. Sin embargo, él se resistió desesperadamente, y su fuerza era tal, que el cirujano, el anestesista, el practicante y dos enfermeras no podían con él. Por fin le dominaron con una inyección hipodérmica, y entonces descubrieron una cicatriz en su vientre. La subsiguiente investigación demostró que no tenía apéndice: había sido extirpado hacía tiempo, junto con otras cosas. (Todos quedaron sorprendidos al ver su mellado y maltratado cuerpo.) Los médicos consideraron la posibilidad de extraer la vejiga de la hiel o quizás una parte del estómago, pero nadie quería responsabilizarse del efecto que produciría la operación en los Knights y en el público en general. (La ciudad estaba horrorizada. Se agolpaban multitudes delante del hospital, en espera de Sos partes médicos. El Gobierno japonés envió un mensaje de condolencia.) Por

consiguiente, en vez de operar, usaron una sonda gástrica y extrajeron una increíble cantidad de alimentos a medio digerir. El paciente gimió al unísono con las parturientas que había en el mismo piso, pero los médicos adoptaron una política de vigilante espera y se abstuvieron de tomar medidas drásticas.

La barriga torturaba su mente. Torrentes helados discurrían por el ardiente desierto. Charlaba y bufaba, raras veces consciente, atormentado por sus sueños. En ellos alcanzaba alturas gigantescas y luego, de pronto, se encogía y volvía a ser un Roy enano. (Señor, ¿qué me está pasando?) Era atrapado por furiosos huracanes entre luces movedizas y resplandecientes, tan brillantes que le quemaban los ojos. La triste cabeza de Iris se insertaba en el cuerpo danzante de Memo, mientras que la de Memo hacía lo propio sobre el tembloroso resto de Iris: una fusión confusa que le daba vértigo. En su pesadilla, anhelaba grandes cantidades de comida exótica: aves maravillosas rellenas de frutas, y copiosas huevas de peces tropicales. Pero cuando inclinaba su ávida cabeza para devorarlo, todo aquello se desvanecía por completo. Por consiguiente, le servían un trozo escogido de buey, que le parecía sumamente apetitoso, hasta que descubría que era su propia carne la que estaba masticando. Sus estruendosos rugidos hacían que las enfermeras acudiesen corriendo de todas partes; pero nada podían hacer contra sus puños como aspas de molino.

En su delirio, saltó de la cama y corrió por los pasillos en camisón —asustando a las madres recién paridas— en busca de una bayeta o una fregona o escoba, que llevó a su aséptica habitación para blandirla furiosamente delante del espejo del tocador... Le encontraron en el suelo... Al amanecer se levantó disimuladamente y hurtó un desatascador de fontanero en el armario de los utensilios, pero esta vez fue sorprendido por tres auxiliares y llevado de nuevo a la cama. Le ataron a ésta y yació en ella prisionero, mientras los asustados Knights cedían el tercer juego a los colistas, los maltratados y amargados Reds. Como los resucitados Piratas habían batido a los Phils en los tres partidos seguidos, la temporada terminó en empate. Para deshacerlo, se concertó un solo partido en el campo de los Knights para el próximo lunes, el día antes de la Serie Mundial.

A última hora de la tarde, remitió la fiebre. Roy, ya desatado, recobró el conocimiento y reconoció a la atribulada Memo junto a su cama. Por ella se enteró de lo que le había ocurrido al equipo, y gimió, angustiado. Cuando Memo se marchó, enjugándose con un pañuelo la enrojecida nariz, comprendió que sus dificultades no habían hecho más que empezar. El especialista encargado de su caso, un hombre alto, de hombros encorvados, de bigote blanco y ojos tristes, que hacía saltar distraídamente un pesado reloj de oro mientras hablaba, no escatimó los detalles a Roy. Empezó diciéndole, casi alegremente, que era casi seguro que podría participar en el partido de desempate del lunes. (Roy estuvo a punto de saltar de la cama, pero el médico le contuvo con un ademán.) Podría jugar, sí, aunque no se sintiese en su mejor momento ni pudiese intervenir en el juego todo lo que sin duda deseaba, pero participaría en él, y esto, según entendía el médico, era lo más importante para Roy y

para su público. (Y éste estaba tan interesado —dijo—, que se había permitido dar la noticia a la Prensa.) El clamor público le había obligado a ceder de mala gana, aunque, en su opinión, Roy hubiese debido descansar mucho más tiempo antes de volver a sus... actividades normales. Pero alguien le había explicado que los jugadores de béisbol eran, en cierto modo, como soldados, y como él sabía que la respuesta del cuerpo ante el deber alcanzaba a veces los mismos buenos resultados que un tratamiento prolongado, había accedido a dejarle jugar.

Sin embargo —añadió casi con tristeza—, todas las buenas noticias tenían su contrapartida y, para demostrarlo, dejó caer que lo mejor sería que renunciase para siempre al béisbol... si quería conservar la vida. Su tensión sanguínea, a veces sumamente alta, complicada por un corazón de atleta, podía ser causa de una muerte repentina si pretendía jugar la próxima temporada; mientras que si trabajaba en algo sencillo y relajante, cabía presumir que viviría largos años, como les ocurría a otros muchos. El médico se metió el reloj de oro en el bolsillo del chaleco, saludó con la cabeza al paciente y se marchó. Roy tuvo la impresión de que aquel gigante había bajado de las nubes con una maza y le había aplastado la cabeza de un golpe.

Las horas que siguieron fueron las más terribles de su vida (más que las de quince años atrás). Las vivió pensando en la muerte, sin querer moverse, ni hablar, ni comer, ni recibir visitas. Sin embargo, no paraba de luchar frenéticamente contra la revelación del médico, combatiéndola sin parar, aunque algo le decía que el viejo del blanco bigote tenía razón. Desde hacía años sospechaba que algo andaba mal en él, y era esto. Demasiada presión en las tuberías... hacía estallar el coco. (Lo veía saltar por los aires.) Estaba acabado, liquidado. Pero no podía..., no podía creerlo. Yo, Roy Hobbs, ¿apartado para siempre del juego? Inconcebible. Pensó en los cientos de marcas que había batido en tan poco tiempo, convirtiéndole en un héroe para el pueblo, y pensó en los miles —en las decenas de millares— que se había jurado batir. Lanzó un gemido.

Pero existía una duda. ¿Y si *Bigote blanco* estaba equivocado? También ellos podían equivocarse. Una pizca menos de viento detrás de una pelota, y ésta podía caer al suelo, a sus pies, en vez de ir a parar al guante. En todos los campos podían cometerse errores. No sería la primera vez que un matasanos se equivocaba. *Quizás éste se equivocaba en un cien por cien.*

La tarde siguiente, entre una procesión de padres que salían del hospital a la hora de alimentar a los pequeños, Roy se escabulló del edificio. Un taxi lo llevó al campo de los Knights, y Happy Pellers, el asombrado guardián, le dejó entrar. Una llamada telefónica trajo a Dizzy al escenario. Roy se vistió el uniforme (casi lloró al ver a *Wonderboy* olvidado en el armario), y Happy se puso los arreos de *catcher*. Dizzy se preparó para lanzar. Sólo era para practicar un poco, le había dicho Roy, con vistas al partido de desempate del lunes. Happy encendió los focos para que pudiese ver mejor. Dizzy ensayó unos cuantos lanzamientos, y después, con Roy en la tabla, envió una pelota a media altura. Al golpear, Roy sintió como un chorro de vapor en el

centro de su cráneo. Le recogieron, le metieron en un taxi y le llevaron de nuevo al hospital, donde nadie se había dado cuenta de su ausencia.

Se había desencadenado una tormenta, que sorprendió a Roy. Esto no era exactamente cierto, pues era Sam Simpson quien se había perdido, y Roy le estaba buscando. Siguió su pista por los montes, dejando huellas blancas a su paso, hasta llegar a la cabaña de techo nevado.

¿Hay alguien ahí?, grita.

Nopi.

¿Conoces a mi amigo Sam?

Nopi.

Roy se echa a llorar y va a marcharse.

Entra, muchacho; estaba bromeando.

Roy se enjuga los ojos y entra. Sam está sentado a la mesa bajo la bombilla encendida, sin cuello y sin corbata, haciendo un solitario, en el que todas las cartas son picas.

Roy se sienta junto al fuego, hasta que Sam termine. Sam levanta la cabeza, y la luz de la luna se refleja en sus gafas de media luna.

Bueno, hijo, dice Sam, encendiendo un cigarro.

Te juro que yo no lo hice, Sam.

¿No hiciste qué?

No hice nada.

¿Quién ha dicho que lo hicieses?

Roy no responde, cerrado como una ostra.

Sam espera un rato y luego dice a Roy: Sigue mi consejo, muchacho.

Sí, Sam.

No lo hagas.

No, dice Roy, no lo haré. Se levanta y permanece plantado, con la cabeza gacha, ante la silla de Sam.

Volvamos a casa, Sam; salgamos ahora.

Sam mira por la ventana.

Me gustaría hacerlo, muchacho, palabra que sí; pero ahora no podemos salir. ¡Caray, están cayendo unos copos como pelotas de béisbol!

Cuando volvió en sí, Roy hizo prometer al especialista que no hablaría a nadie de su estado, por si aún tenía una probabilidad, por pequeña que fuese, de jugar otra temporada. El especialista le dijo francamente que no veía tal probabilidad, pero que estaba dispuesto a guardar silencio, porque creía en el principio de libertad de acción. Por consiguiente, no lo dijo a nadie, y tampoco lo dijo Roy, ni siquiera a Memo. (Nadie había mencionado el tema de su participación en la serie, pero Roy había resuelto, en privado, probar suerte en ella.)

Pero la mayor parte de sus pensamientos eran lúgubres. Tenía la espantosa impresión de que reventaría antes de empezar. De nuevo le daba vueltas a su fracaso respecto a cumplir su misión en el juego. Esto era lo que más le hacía sufrir. Se pasaba horas mirando hacia la ventana. El cristal parecía a menudo mojado, pero no llovía. Un hombre que había estado caminando bajo la brillante luz del sol se hundía, cojeando, en la niebla. Esto le rompía el corazón... Cuando pasaba este sentimiento, si es que llegaba a pasar, sentía la necesidad de tomar nuevas decisiones. Como la temporada tocaba ya a su fin, le quedaban unos cuatro meses durante los cuales podría ganar dinero con declaraciones, artículos escritos por medio de un negro, apariciones personales y otras cosas parecidas. Pero ¿qué pasaría después de esto, cuando llegase en primavera la época de los entrenamientos y él desapareciese de la escena? Recordaba una angustiada serie de trabajos: como cocinero, perforador de pozos, mecánico, leñador, colector de alubias y, para variar, jugador semiprofesional de béisbol. No se atrevía a seguir pensando.

Y también la soledad, entre un trabajo y otro, sin estar nunca en algún lugar particular durante un lapso de tiempo normal, debido a la insatisfacción que nacía, tras un breve plazo, de cualquier cosa que hiciese... Pero suponiendo que pudiese recaudar unos veinticinco de los grandes, ¿podría esta cantidad satisfacer a una muchacha como Memo si se casaba con él? Trató de pensar en maneras de invertir veinticinco mil dólares —tal vez en un restaurante o una taberna—, para convertirlos en cincuenta y, después, doblar la cifra de alguna manera. Sus pensamientos pasaron del dinero a Memo, única persona que venía a verle todos los días. Recordaba lo excitado que se había sentido por ella la noche de la fiesta, en que lucía su vestido amarillo sin tirantes. Y por mal que se sintiese ahora, no podía dejar de pensar en lo deseable que le había parecido cuando le esperaba, desnuda, en la cama.

Estas ideas ocupaban gran parte de su tiempo cuando hojeaba revistas atrasadas, sentado en un sillón, o descansaba en el lecho. A veces consideraba la posibilidad del suicidio, pero la idea era demasiado opresiva como para permanecer mucho tiempo en su mente. Dormitaba bastante, y generalmente se sentía solo al despertar. (A excepción de Red, que lo había hecho una vez, nadie del equipo había venido a verle, aunque grupitos de fans seguían reuniéndose en la calle y discutiendo si jugaría o no en el partido del lunes.) El sábado por la noche, después de cenar y dormir un poco, se despertó más melancólico que nunca, y por lo cual buscó la carta de Iris debajo de la almohada. Pero precisamente en aquel momento entró Memo en la habitación con un ramo de flores, y él dejó de buen grado la carta donde estaba.

Si Memo conseguía generalmente mostrarse atractiva, ahora parecía cansada (él lo advirtió a pesar de un momentáneo mareo), con oscuras sombras azuladas debajo de los ojos. Y observó —mientras ella ponía las flores y las rojas hojas de otoño en el jarrón— que seguía con el mismo vestido negro que había llevado toda la semana, cosa que nunca había hecho antes de ahora, y que sus cabellos eran mates y los había descuidado. Hacía días que ella se había culpado de lo ocurrido al equipo. ¡Qué

estupidez no haber esperado uno o dos días! (Pop —dijo llorando— la había insultado de mala manera.) Se había desesperado, desesperado de veras, hasta que se había enterado de que él jugaría en el partido de desempate. Al menos no le remordería la conciencia por esta causa, y esto hacía que ahora se sintiese mejor. «Pero no lo bastante —pensó Roy con preocupación—, o no parecería tan frustrada y abandonada.»

Después de arreglar las flores, Memo se puso en silencio junto a la ventana abierta, mirando hacia la calle cada vez más oscura. Cuando menos lo esperaba, dijo sollozando y en tono muy afligido:

—¡Oh, Roy, no puedo más, no puedo!

Él se incorporó en la cama.

—¿Qué te pasa?

—No puedo seguir viviendo así —dijo Memo con voz ahogada.

Se dejó caer en el sillón y empezó a llorar. Al cabo de un momento, todo estaba mojado a su alrededor.

Apartando la manta a un lado, Roy sacó las piernas de la cama. Ella le miró y trató de sonreír.

—No te levantes, querido. Me pondré bien.

Roy se sentó, inquieto, en el borde de la cama. Nunca sabía qué hacer cuando alguien lloraba.

—Es que estoy harta —gimió ella—. Harta. Pop se porta terriblemente conmigo y no quiero seguir viviendo a su costa, aunque sea mi tío. Tengo que conseguir un empleo o ir a alguna parte.

—¿Qué te ha dicho ese bastardo?

Memo buscó un pañuelo en su bolso y se sonó.

—No son sus palabras —replicó tristemente—. Las palabras no matan. Es que estoy harta de esta clase de vida. Quiero marcharme.

Rompió de nuevo en llanto y pareció un pajarito perdido aleteando desesperadamente en una jaula. Él se conmovió y trató de ampararla y de atajar su llanto a la manera de una tía solterona.

—No llores, Memo. Di sólo una palabra y yo cuidaré de tí. —Y, con voz cascada, añadió—: Cástate conmigo.

Ella siguió sollozando durante largo rato, tan largo, que él se puso nervioso y empezó a dudar de sus futuras relaciones; pero entonces Memo dejó de llorar e inquirió con voz abatida:

—¿Me aceptarías, Roy?

Él se tambaleó, emocionado, y replicó con voz sorda:

—¿Puedes dudar?

Para no caer al suelo, se tumbó de nuevo en la cama, estirados los miembros.

Ella se acercó a él, cruzadas las blancas manos y mojados los párpados como llores cargadas de rocío.

—Tienes que entender una cosa, Roy, y tal vez entonces ya no me querrás. Y es que me da miedo la pobreza. —Dijo esto con intensidad, ensombreciéndose su cara al pronunciar estas palabras—: Tal vez soy débil o me mimaron demasiado, pero necesito alguien que pueda mantenerme de una manera decente. Estoy harta de vivir como una esclava. Quiero tener casa propia, una doncella que me ayude en las tareas más pesadas, un coche aceptable para ir de compras y un abrigo de pieles para los inviernos fríos. Quiero no tener que preocuparme cada vez que un bote de alubias sube diez centavos. Supongo que querer tantas cosas debe de ser malo, pero no puedo evitarlo. He rondado demasiado tiempo por el mundo y he visto demasiado. Vi cómo tuvo que vivir mi madre y sé que esto la mató. Entonces resolví que no podía privarme de ciertas cosas. ¿Verdad que lo comprendes, Roy?

Él asintió con la cabeza.

—Tenemos que ver las cosas como son —siguió diciendo ella—. Tienes treinta y cinco años y te queda poco tiempo como jugador de béisbol.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él, poniendo cara de palo.

Pero ella no se refería a su presión sanguínea. Por un momento, Roy temió que lo hubiese averiguado.

—Lamento decir esto, Roy, pero tengo que ser práctica. Supongamos que la próxima temporada sea para ti la última, o que aún te quede otra. Seguramente te ofrecerán un buen contrato hasta entonces, pero vivir cuesta dinero, ¿y qué haremos para subsistir durante el resto de nuestras vidas?

Ahora la habitación estaba oscura. Roy casi no podía ver a Memo.

—Enciende la luz.

Ella se empolvó la nariz y debajo de los ojos; después apretó el interruptor.

Él la miró fijamente.

Ella se inquietó.

—Roy...

—Estaba pensando que, aunque tuviese que abandonar ahora, podría recoger veinticinco de los grandes en los próximos meses. Esto es mucho dinero.

Ella pareció dudar.

—¿Qué harías con él?

—Si nos uniésemos, lo invertiría en un negocio. Es lo que hace todo el mundo. Mi nombre es ya famoso. Saldríamos adelante. Tendrías todo lo que necesitas.

—¿Qué clase de negocio? —preguntó Memo.

—No lo sé de fijo..., tal vez un restaurante.

Ella hizo una mueca.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Roy.

—En algo grande, Roy. Me gustaría que comprases una participación en una compañía donde pudieses tener un cargo ejecutivo, y que no tuvieses que meter la nariz en el estofado de un maloliente restaurante.

Roy sintió náuseas. Se confesó que le repugnaba trabajar en un restaurante.

—¿Qué cantidad necesitaríamos para meternos en una de esas grandes compañías?

—Me parece que más de veinticinco mil.

Él tragó saliva.

—¿Treinta y cinco?

—Más bien cincuenta.

Roy frunció el ceño. Hablar de tanto dinero le daba dolor de tripas. Pero Memo tenía razón. Tenía que ser algo grande, o no rendiría lo suficiente. Y si la compañía era importante, podría tomarse las cosas con calma, cuidar de su salud, sin que nadie le incordiasse. Pensó de dónde podría sacar otros veinticinco mil dólares; en todo caso, tenía que ser antes de que empezase la próxima temporada de béisbol, porque, en cuanto viese todo el mundo que no jugaba, no le resultaría fácil sacar dinero de su nombre. Lo pasado no interesaba a nadie. Tenía que casarse y hacerse con la pasta antes de la próxima primavera, para el caso de que no pudiese volver a jugar. Pensó en otras maneras de conseguir rápidamente algún dinero: vender la historia de su vida a los periódicos, hacer exhibiciones por los pueblos durante el otoño y el invierno, sin esforzarse demasiado. Pero nada de esto sería suficiente para conseguir veinticinco de los grandes. Se tumbó de espaldas y cerró los ojos.

Memo murmuró algo. Él abrió los párpados. ¿Qué estaba haciendo ella aquí, con un viejo vestido negro y los cabellos sin peinar, como Lola, la adivina de Jersey City? Sin embargo, su voz era tranquila...

—¿Quién te ha enviado? —preguntó Roy, con voz ronca—. ¿Ese bastardo de Gus?

Memo enrojeció vivamente, pero respondió con calma:

—El juez.

—¿Banner?

Alguien dentro de él —el nervioso personaje que últimamente no le abandonaba — estrelló un vaso en el suelo. El pulso de Roy latió con fuerza.

—Dijo que te pagaría quince mil ahora y más la próxima temporada. Dice que todo depende de ti.

—Ya me parecía a mí que esto olía mal.

—Me pidió que te transmitiese el mensaje. Yo no tengo nada que ver con esto.

—¿Quién más está en el ajo?

—No lo sé.

—¿Pop?

—No.

Él yació inmóvil durante lo que le pareció un siglo. Ella no dijo nada más, no suplicó ni le incitó. Se hacía tarde. Se anunció a los visitantes que debían salir. Memo se levantó y se puso cansadamente el abrigo.

—Estaba pensando en todos los años en que tendrás que vivir alejado del juego.

—¿Qué quiere él que haga?

—No lo sé... Es algo referente al partido de desempate.

—¿Quieren que me abstenga de jugar?

Ella no respondió.

—¡No! —gritó Roy.

Ella se encogió de hombros.

—Ya les dije que no lo aceptarías.

Estaba delgada, y su aspecto era macilento. Tenía los hombros caídos y las manos pálidas. Él sintió que, al negarse, se le rompía el corazón.

Se sumió en una profunda modorra, pero no había dormido mucho rato cuando aquel buitre de ojos de rata, recortándose negro contra el techo, revoloteó alrededor de la habitación y se lanzó en espiral sobre su cara. Se debatieron, derribando las mesas y las sillas, y entonces se encendieron las luces y Roy se despertó. Metió una mano debajo de la almohada buscando una pistola que pensaba que tenía allí; pero no estaba. Despierto, vio bajo la luz que el juez Goodwill Banner, con sus gafas oscuras y su sombrero negro de fieltro, le estaba mirando desde los pies de la cama.

—¿Qué diablos viene a hacer aquí?

—No te alarmes —gruñó el juez—. Miss Paris me ha dicho que no dormías y las autoridades del hospital me han permitido visitarte durante unos minutos.

—No tengo nada que decirle.

La pesadilla le había debilitado. Como no quería que el juez se diese cuenta, se incorporó y se sentó en la cama.

El juez, de piel amarillenta bajo la luz eléctrica y con su desaseado aspecto, se sentó en el sillón sin quitarse aquel sombrero que parecía un orinal. Encendió un «King Oscar» con una llama vacilante y arrojó al suelo la cerilla apagada.

—¿Cómo va esa salud, joven?

—Ahórrese palabras. Estoy perfectamente.

El juez le observó con atención.

—¿Quiere apostar algo? —inquirió Roy.

Los labios del juez, que parecían de goma, se apretaron alrededor del cigarro. Al cabo de un minuto, se quitó éste de la boca y dijo cautelosamente:

—Supongo que Miss Paris te habrá informado de cierta proposición.

—No la meta a ella en esto.

—Admirable sugerencia: la proposición, no lo olvide, la hace una persona desconocida.

—No me haga reír. Estoy tentado de denunciarle al FBI.

El juez examinó su cigarro.

—Confío en tu honor. Sin embargo, debes considerar que no hay más testigo que Miss Paris, y supongo que no querrás mezclarla en esto.

—Ya le he dicho que se abstenga de mencionarla.

—Muy bien. Pero creo que se equivocó al citar el emolumento ofrecido. Fueron

quince mil, ¿verdad? Tengo entendido que veinte mil, pagaderos al contado, se acerca más a la cantidad correcta. Estoy seguro de que sabes que el precio corriente para esta clase de cosas es de diez mil dólares. Nosotros te ofrecemos el doble. Inútil hablar de una cantidad mayor, porque el negocio ya no resultaría provechoso. Te aconsejo que lo consideres atentamente. Sabes bien que no estás en condiciones de jugar.

—Entonces, ¿por qué me ofrece veinte mil machacantes? ¿Para demostrarme su gratitud por lo que he hecho para aumentar su saldo bancario?

—Tu sarcasmo es inmotivado. Tus servicios fueron pagados según lo contratado. En cuanto a este ofrecimiento, te confieso francamente que es para mayor seguridad. Existe la posibilidad de que puedas intervenir en el juego y arruinarlo todo de pronto de un solo golpe. Personalmente, dudo mucho de que esto suceda; pero preferimos no dejar nada al azar.

—No se engañe pensando que estoy demasiado débil para jugar. Sabe que el propio médico dijo que estaré allí el lunes.

El juez vaciló.

—Veinticinco mil —dijo al fin—. Absolutamente mi última oferta.

—Tengo entendido que los corredores recaudan diez millones al día en apuestas sobre el béisbol.

—Eso es ridículo.

—Lo he oído decir.

—No importa, pero yo no soy corredor de apuestas. ¿Qué respondes?

—Pues que no.

El juez se mordió el labio.

—¿No se avergüenza —dijo Roy— de querer vender a un club que no ha ganado un trofeo en veinticinco años y tiene ahora la oportunidad de conseguirlo?

—Sustancial mente, tendremos el mismo equipo el año próximo —respondió el juez— y estoy seguro de que jugaremos mejor durante toda la temporada, ya que contaremos con nuevos jugadores y, posiblemente, con otro mánager. Si ahora la emprendemos contra los Yankees, es decir, si cometemos la estupidez de ganar el partido de desempate, nos darán después cuatro palizas seguidas, pese a tu presencia. Todavía no estás lo bastante fuerte para soportar la tensión de una Serie Mundial, y tú lo sabes. Nos harían papilla, nos convertirían en el hazmerreír del béisbol organizado, y tu tonto amigo, Pop Fisher, sufriría esta vez una humillación que no le permitiría volver a levantar cabeza.

—¿Y qué me dice de todo el dinero que perdería usted, aunque sólo jugásemos cuatro partidos de la serie y los perdiésemos todos?

—He calculado la suma y estoy seguro de que, en conjunto, obtendré un mejor resultado si todo se hace como sugiero. Tengo motivos para creer que, aunque nos consideren perdedores, algunos grupos de jugadores han apostado muy fuerte en favor de los Knights. Ahora me propongo, por medio del, llamémosle así, partido indiscutido, dar a esos parásitos una lección que nunca olvidarán. Después de esto, no

se atreverán a seguir infestando nuestras gradas.

—Discúlpeme si vomito.

El juez pareció ofendido.

—Las probabilidades están a favor nuestro —dijo Roy—. Lo he visto en el periódico de esta noche.

—Sólo en uno. Los otros dicen que las tenemos en contra.

Roy lanzó una risotada.

La piel amarilla del juez se puso colorada.

—*Honi soit qui mal y pense.*

—Doble usted —dijo Roy.

—Veinticinco mil —propuso el juez, con un irritado ademán—. No hay más que hablar.

Aunque tenía una horrible jaqueca, Roy trató de considerar la situación. Tal como se sentía ahora, sería incapaz de mantenerse en la tabla con un plumero sobre el hombro, y mucho menos con un bate. Quizás el juez tenía razón y sería incapaz de hacer algo para ayudar a los Knights a ganar el partido. Por otra parte, quizá se portaría como quien era, como quien era en realidad. Si les ayudaba a ganar el partido de desempate —aunque después perdiesen los cuatro de la serie—, recibiría toda clase de ofertas con fines publicitarios y quizás incluso un contrato para filmar una película sobre béisbol. Entonces podría ganar el dinero necesario para cuidar de Memo como era debido. Pero, ¿y si jugaba y, debido a su debilidad, fracasaba como había fracasado durante su bache? Esto podía dar al traste con la publicidad y con todo lo demás, y acabaría sin nada en el bolsillo... o con muy poco. Su mente no dejaba de girar, dando vueltas como ebria.

Mientras tanto, la voz del juez seguía zumbando:

—He observado —decía— que una condición moral puede llevar a convertirse en lo contrario de lo que se pretende. Recuerdo una ocasión en que, al fallar un juicio, resolví, por bondad de corazón y por creencia en la Humanidad, salvar a *un* muchacho de cumplir una pena de prisión. Aunque su culpabilidad estaba clara, tuve en cuenta su edad y suspendí la sentencia, dejándole en libertad bajo palabra durante un período de cinco años. Aquella tarde, al bajar la escalera del Tribunal, tuve la impresión de que podía comparecer sin ruborizarme ante mi Hacedor. Sin embargo, no había transcurrido una semana cuando aquel mismo muchacho compareció ante mí, acusado de un horrendo parricidio. Entonces me pregunté si una acción que acababa tal mal, fuesen cuales fueren sus causas o motivos, podía calificarse de buena.

Sacó un sucio pañuelo, escupió en él, lo dobló y volvió a metérselo en el bolsillo.

—Por el contrario —siguió diciendo—, un acto aparentemente malo puede producir una flor pura y hermosa. Estoy pensando en otra causa que tuve que fallar después, relativa a un médico que estafó casi un cuarto de millón de dólares a un cliente paralítico. Se las ingenió tan bien para ocultar el botín, que aún no ha sido

encontrado. Sin embargo, la prueba documental fue suficiente para demostrar la culpa del estafador y le impuse una pena de cuarenta a cincuenta años de prisión, a fin de asegurarme de que no saldría de la penitenciaría, para disfrutar de su mal adquirida fortuna, antes de cumplir ochenta y tres años de edad. Pero, mientras declaraba en el juicio desde su silla de ruedas, el paralítico, para su propia sorpresa y la de todos los presentes, se levantó, iracundo, contra el delincuente y se acercó tambaleándose, para descargar en él su venganza. Naturalmente, el alguacil le contuvo, pero ¿quién se habría podido imaginar que, desde aquel día, sus miembros volverían a funcionar y se mostraría tan activo como usted o como yo? Después me escribió diciendo que la recuperación de sus facultades de locomoción le habían compensado sobradamente de la pérdida de su fortuna.

Roy frunció el ceño.

—No se ande por las ramas.

El juez hizo una pausa.

—Trataba de ayudarte a comprender esta acción en términos de futuro.

—¿Quiere decir si me vendo?

—Llámalo como quieras.

—¿Cree que podría salir algún bien de ello?

—Presumo que sí.

—¿Quiere decir para mí?

—Y también para otros. Es imposible predecir quién saldría beneficiado.

—Si no recuerdo mal, dijo usted que hacía esto para librarse de los jugadores..., lo cual es ya de por sí un bien, ¿verdad?

El juez carraspeó.

—Claro que lo es. Sin embargo, se ha de considerar que, pese a la dificultad de la situación personal, es decir, dentro del contexto de las propias compunciones, es imposible predecir el bien que resultará para uno o para otros en el futuro, a consecuencia de una decisión inicialmente difícil.

Roy se echó a reír.

—Debería usted vender aceite de serpiente.

Había pensado que el argumento podía tener cierta solidez. No estaba seguro de que no fuese así, pues, mientras hablaba el juez, había recordado una experiencia que tuvo cuando era chiquillo. Él y su perro estaban siguiendo un viejo camino que se adentraba en el corazón de un bosque fantástico, cuando el perro ladró de pronto, echó a correr y desapareció. Era avanzada la tarde, y él no podía resignarse a dejar al perro solo allí toda la noche; por consiguiente, se metió en el bosque detrás de él. Al principio podía ver la luz del día entre los árboles —todavía recordaba lo inmóviles que estaban los troncos, mientras las copas se mecían en la brisa— y, mientras hubiese luz, la situación no era tan mala, ni siquiera cuando se hundió más en la espesura y la penumbra se hizo verde; pero, cuando la oscuridad aumentó hasta el punto de que había de luchar contra ella mientras llamaba a su perro, le espantó su

soledad y comprendió que estaba irremisiblemente perdido. Con el corazón golpeando sus costillas, miró a su alrededor, pero le fue imposible orientarse en la noche y, mucho menos, descubrir la dirección que más le convenía seguir. Hacía frío y se puso a temblar. Pero tuvo su recompensa cuando el perro le encontró y le sacó del bosque. Fue un bien, fruto de otro bien.

Roy se cubrió la cabeza con la colcha.

—Váyase.

El juez no se movió.

—No hemos de olvidar tampoco la cuestión del contrato de la próxima temporada.

Roy escuchó. ¿Habría una próxima temporada? Se descubrió la cabeza.

—¿Cuánto?

—Ofrecería..., siempre que nos pongamos de acuerdo en el otro asunto..., un aumento sustancial.

—Diga números.

—Cuarenta y cinco mil por la temporada. También podríamos establecer un pequeño porcentaje sobre la recaudación en taquilla.

—Me parece poco veinticinco mil por no jugar —replicó Roy, y, mientras hablaba, sintió como si un carámbano le pinchase la espina dorsal.

El juez frunció el ceño y succionó su medio cigarro.

—Treinta —ofreció—, y de aquí no paso.

—Treinta y cinco —propuso Roy—. No olvide que pierdo un par de miles de la paga si no puedo jugar la serie.

—¡Eso es una atrocidad! —gritó el juez.

—No cierre la puerta de golpe al salir.

El juez se levantó, se alisó los arrugados pantalones y se fue.

Roy contempló el techo..., aliviado.

El juez volvió. Se quitó el sombrero y se enjugó la sudorosa cara con el sucio pañuelo. Ahora resultó que llevaba una tupida peluca negra. De aquellos tipejos podía esperarse cualquier cosa.

—Es imposible entenderse contigo..., pero acepto.

Su voz era lisa y llana. Se puso el sombrero.

Pero Roy le dijo que había cambiado de idea mientras el juez, estaba lucra de la habitación. Lo había pensado bien y decidido que los muchachos querían que ganase el partido, y él quería complacerles. Aquello era una buena cosa. Podía traicionar a su equipo y a su mánager, y eso estaría mal.

El juez silbó:

—Si no te andas con cuidado, es posible que alguien te quite a Miss Paris.

Roy saltó:

—Por ejemplo, ¿quién?

—Un mejor proveedor.

—¿Se refiere a Cus Sands?

El juez no respondió directamente.

—A buen entendedor...

—Esto no es de su incumbencia —replicó Roy. Se tumbó de nuevo. Después preguntó—: ¿Y si no dependiese de mí perder el partido? Los Piratas no son precisamente los mejores bateadores del mundo. Les atizamos siete veces seguidas. Los muchachos podrían hacerlo de nuevo, aunque yo no diese golpe.

El juez se frotó las escamosas manos.

—Los Knights están desmoralizados. Sin ti dudo de que puedan ganar a un equipo callejero, por más que diga la opinión. En cuanto a la eventualidad de un rotundo fracaso por parte del equipo contrario, hemos tomado las medidas necesarias para que esto no ocurra.

Roy se incorporó de nuevo.

—¿Quiere decir que hay alguien más comprometido en esto?

El juez sonrió, sin quitarse el cigarro de la boca.

—¿Alguien de nuestro equipo?

—Un hombre clave.

—En este caso... —dijo lentamente Roy.

—Treinta y cinco mil es la cifra definitiva. Imposible cambiarla.

—Con cuarenta y cinco por el contrato...

—De acuerdo. ¿Comprendes que en ninguna circunstancia tendrás que golpear la pelota?

Al cabo de un minuto, Roy replicó lentamente:

—A lo hecho, pecho.

—¿Cómo dices?

—El soborno es cosa hecha.

El juez rió y comentó:

—Veo que compartes mi interés por la filología.

Encendió el apagado «King Oscar».

A través de sus náuseas, Roy recordó un viejo proverbio:

—¡Ay de aquel que llama mal al bien y bien al mal!

El juez le miró echando chispas por los ojos.

Memo volvió y cubrió de húmedos besos la cara de Roy. Le pellizcó la nariz, le revolvió los cabellos y le dijo que era maravilloso. Cuando se marchó, él no pudo dormir; por consiguiente, buscó debajo de la almohada y sacó la carta de Iris.

... Cuando nació mi hija, las mujeres de la casa a la que me había llevado mi padre para evitar la vergüenza, insistieron en que renunciase a ella. Decían que sería malo para la niña el ser criada por una madre soltera, y que yo carecería de tiempo para mis cosas y de oportunidades para reanudar mi vida normal. Traté de ser sensata, como decían ellas, y de ofrecer a mi hija a la adopción, pero la había estado

criando —aunque me habían aconsejado que no lo hiciese, porque la lactancia afloja los pechos y temían que esto perjudicase mi figura—, y me resallaba insoportable la idea de apartarme de ella para siempre. Como papá no quería tenerla en su casa, resolví buscar un empleo y cuidar yo misma de ella. Esto resultó mucho más difícil de lo que había esperado, pues no ganaba mucho y tenía que pagar el jardín de infancia y todas las cosas que necesitaba la pequeña, amén del alquiler y de la ropa, que me hacía falla para mi trabajo. Por la noche tenía que preparar la cena, bañar a mi hija, lavar la ropa, limpiar la casa y disponerlo todo para el día siguiente, que siempre era igual que cualquier otro.

Casi siempre estaba sola con mi pequeña, leyendo mucho para aumentar mis conocimientos, aunque a veces esto me resultaba insoportable, sobre todo antes de cumplir los veinte años y poco después. También me costó mucho librarme, de mi sentimiento de culpabilidad y poder mirarla como inocente de ello, pero al fin lo conseguí, y ella era tan adorable y alegre y despertaba en mí tales sentimientos de ternura, que no tardó en compensar lo mucho que yo había sufrido. Sin embargo, me veía atada al tiempo —no me refiero al pasado, ni a las esperanzas del futuro, que estaba demasiado lejos—, sino al aquí y ahora, al día tras día, hasta que, de pronto, los años cumplieron su misión y se produjo un cambio —más como recompensa a haber aguantado tanto, que por simple arte de magia— y entonces, con tina rapidez que me pareció increíble, vi que se había convertido en una joven y, casi como obedeciendo a mis deseos, se enamoró de mi muchacho maravilloso y se casó con él. Como yo, fue madre antes de cumplir los diecisiete años. De repente, dondequiera que mirase parecía ser mañana, y al fin quedé libre para proseguir mi vida donde la había dejado una noche de verano, cuando fui a dar un paseo por el parque con un desconocido...

Roy leyó hasta la última página, donde Iris decía una vez más que era abuela. Luego arrugó la carta y la arrojó contra la pared.

La mañana del partido menudearon las peleas a puñetazos en las gracias del campo de los Knights. Volaron por los aires sombreros, botellas, manzanas a medio comer, plátanos y restos del contenido de las bolsas de comestibles. Un fan que estaba en uno de los palcos recibió una pedrada en la cabeza, que le abrió una buena brecha. Dos policías especiales subieron corriendo por las gradas y detuvieron a un tipo de gafas y aspecto inocente que llevaba los bolsillos llenos de piedras de formas extrañas. Tiraron de él y, aunque se desgañitó diciendo que había recogido aquellas piedras para su jardín, le lanzaron de cabeza fuera del campo. El hombre era de Pittsburg y maldijo furiosamente a los Knights. Un irritado camionero que no había podido entrar a ver el partido le hizo un placaje por la espalda, haciendo que fuese a dar de cabeza contra el bordillo de la acera y rompiéndole las gafas. El infeliz escupió dos dientes ensangrentados y se quedó sentado allí sollozando, hasta que llegó la

ambulancia.

El sol estaba casi siempre oculto por las nubes. El día era muy frío, tiempo ideal para rugby, pero las gradas estaban adornadas con gallardetes de colores, ondeaban banderas sobre el techo de la tribuna a impulso de la brisa, y la multitud estaba ronca de tanto gritar. El hombre del altavoz trataba de calmar a los espectadores, pero éstos estaban demasiado apretados para mostrarse tranquilos, pues el juez había vendido cientos de entradas de más, y los que estaban en pie se abalanzaban sobre cualquier asiento que quedase un momento vacío. Además, los hinchas de los Knights estaban excitados, tenían los nervios destrozados de tanto seguir los altibajos del equipo. Algunos caballeros de hosco semblante maldecían furiosamente a Roy, llamándole estafador, estúpido y cerdo por haberse dejado arruinar por aquel colosal atracón. Pero tenía también sus defensores, según los cuales, el Gran Hombre quemaba tan deprisa los alimentos, que necesitaba todo lo que comía. Atribuían la culpa del daño a las ptomaínas. Los acusadores preguntaban por qué no había enfermado ningún otro miembro del equipo. Los otros replicaban que, de no haber sido por Roy, los Knights estarían en el fondo del pozo. Uno que habló demasiado recibió un golpe en la oreja como pago. El agresor fue agarrado por un guardia, empujado pasillo abajo y metido en la rotonda. Sin embargo, aunque los fans estaban muy excitados y se insultaban los unos a los otros, presentaban un sólido frente cuando se trataba de apostar. Muchos sacudían la cabeza con pesimismo, pero contaban con las siete victorias seguidas sobre los Piratas, pensaban que Hobbs había vuelto y se metían la mano en el bolsillo. Aunque no había demasiados partidarios de los Piratas en el campo, las apuestas eran rápidamente aceptadas hasta el último dólar.

Otto Zipp estaba por encima de todo esto. Permanecía sentado como una pequeña montaña detrás de la barandilla de la izquierda, leyendo la página deportiva de su periódico. No miraba a la derecha ni a la izquierda, y si alguien trataba de hablarle, Otto le atajaba rápidamente. Después, cuando menos se esperaba, tomaba su bocina y gritaba con voz estridente: «¡Arrojadlo a los cuervos!» Dicho lo cual volvía su página deportiva.

Cuando los jugadores empezaron a entrar en la casa del club, quedaron sorprendidos al ver allí a Roy. Éste vestía su uniforme y estaba sacándole brillo a *Wonderboy*. Los muchachos le dijeron «hola» y poco más. Flores se miró los pies. Algunos se sentían incómodos por el hecho de que estuviese allí.

Allie Stubbs empezó incluso a hacer gansadas con Olson. Roy pensó que no estarían tan alegres si supiesen lo débil que se sentía y lo mucho que temía aquel partido. El juez debía de estar más loco que una cabra al pagarle treinta y cinco de los grandes para que no batease cuando no se sentía capaz de levantar un palo. Esperaba que Pop se diese cuenta de lo nervioso que estaba y lo mantuviese sentado en el banco. Sería un buen bromazo para el juez... y le estaría bien empleado al muy bastardo. Pero cuando entró Pop, éste ni siquiera le miró. Se metió directamente en su despacho y cerró la puerta de golpe, cosa que le pareció muy bien a Roy.

Pop había ordenado que no se permitiese a nadie la entrada en la casa del club hasta después del partido, pero Mercy consiguió infiltrarse. Deshaciéndose en sonrisas se acercó a Roy para preguntarle lo que había pasado realmente en la fiesta de aquella noche, pero Red Blow le vio y le dijo que saliese. Max había intentado el mismo truco la semana pasada en el hospital. La enfermera del piso le sorprendió cuando se deslizaba hacia la habitación de Roy y le puso en la escalera. Ahora, después de salir, envió una nota a Roy invitándole a reunirse con él y hacer una declaración. La gente le acusaba de cobarde, y, ¿qué respondería él a esto? Roy le contestó con una sola palabra, que no puede reproducirse en letra de imprenta. Mercy le envió una segunda nota: «Eso tú —M.M.» Roy la rompió y dijo al conserje que no aceptase más porquerías de aquel hombre.

Pop asomó la calva en la puerta de su despacho y llamó a Roy. Los jugadores miraron, inquietos, a su alrededor. Roy se levantó y, por (in, entré) en la oficina. Pop guardó silencio durante un rato insoportablemente largo. Iba sin afeitarse, y la pelusa gris de su barba hacía que pareciese un viejo de ochenta años. Su delgada estructura parecía haberse encogido, y su ojo izquierdo estaba algo nublado por la fatiga. Pop se echó atrás en su crujiente sillón basculante, observando con ojos lacrimosos, y por encima de sus gafas de media luna, la fotografía de mamá encima de la mesa. Roy se miró las uñas.

—La culpa es mía, Roy —suspiró al fin Pop.

Roy se puso nervioso.

—¿La culpa de qué?

—Del lío en que estamos metidos. No puedo olvidar que en el mes de junio te tuve tres semanas enteras en el banquillo. Si no hubiese hecho aquella tontería, habríamos terminado la temporada al menos con media docena de puntos de ventaja.

Roy no respondió.

—Pero tú cometiste también un tremendo error.

Roy asintió con la cabeza.

—Un tremendo error, cuando el equipo estaba a punto de ganar el trofeo.

Pop sacudió la cabeza. Sin embargo —dijo— no culparía demasiado a Roy, porque éste no era el único responsable. Después se disculpó por no haber ido a verlo al hospital. Había querido hacerlo en dos ocasiones, pero estaba tan malhumorado, que habría resultado una penosa compañía para un enfermo, y por eso se había abstenido.

—No estoy furioso contra ti, Roy, sino contra esa maldita Memo. Hubiese debido echarla de una patada en el culo el día en que llamó a mi puerta.

Roy se levantó.

—Siéntate. —Pop se inclinó hacia delante—. Hoy podemos ganar.

Le olía tan mal el aliento, que Roy tuvo que echar la cabeza atrás.

—Bueno, podemos ganar, ¿verdad?

Roy asintió con la cabeza.

—¿Qué te pasa?

—Me siento débil —dijo Roy—, y no apostaría nada a que no podré batear como es debido.

La voz de Pop se hizo amable de nuevo.

—Yo digo que podemos ganar, te sientas como te sientas. En cuanto empieces a jugar, te sentirás más fuerte. Y si los otros ven que te afanas, se romperán la espalda para ganar. Lo único que necesitan es sentir que hay alguien en el equipo que piensa en que es posible la victoria.

Entonces refirió Pop una historia sobre un tercera base novato al que había conocido antaño, un muchacho llamado Mulligan. Era un buen bateador y lanzador, pero había tenido mala suerte toda su vida. Una vez recibió un pelotazo cuando estaba en la tabla y sufrió fractura de cráneo. Al año siguiente acudió a los entrenamientos de primavera, y ya el primer día choco con otro *fielder* y se rompió un brazo. Curado de esta lesión, corría de la primera a la segunda base en un *hit-and-run*, cuando el bateador impulsó la pelota directamente sobre él, rompiéndole dos costillas y dislocándole un disco de la espina dorsal. Después de esto abandonó el béisbol, para alivio de todos.

—Era un desgraciado —comentó Pop—, y nadie podía hacer nada por romper el hechizo y librarle de la mala suerte. Mira, Roy, últimamente he estado pensando que muchas personas son como él y que, por alguna razón, sus vidas siguen siempre el mismo rumbo, sin que puedan conseguir nada de lo que pretenden, sea lo que lucre. Yo soy una de ellas.

Entonces, y para sorpresa de Roy, dijo que nunca había esperado ganar una Serie Mundial. Acercó más su sillón.

—No se hizo para mí..., eso es todo. Soy lo bastante cuerdo para confesarlo. Me costó mucho tiempo, pero al fin vi la dirección en que apuntaba la flecha. —Suspiró profundamente—. Pero esto no tiene nada que ver con el campeonato de liga, Roy. Es el segundo premio, y creo que tengo derecho a él. Si lo gano, aunque sólo esta vez..., quedaré satisfecho. Quedaré satisfecho y, tanto si ganamos como si perdemos la serie, dejaré para siempre el béisbol. —Bajó la voz—. ¿Comprendes ahora lo que esto significa para mí, hijo?

—Sí, lo comprendo.

—Daría toda mi vida, Roy, por ganar este partido y el campeonato. Prométeme que jugarás y que pondrás en ello todo tu empeño.

—Le prometo —replicó, suspirando, Roy.

Cuando, después de sonar la campana y salir él de mala gana del foso para dirigirse al sitio de los bateadores con su palo al hombro, los espectadores advirtieron su presencia, los escandalosos se despacharon a gusto, alternando los agudos silbidos con maullidos estridentes. Roy apretó las mandíbulas, pero entonces surgió un ruido sordo y prolongado que sonó como un gorgoteo de risas y sollozos. Aquel ruido se

convirtió en estruendo, que fui; en aumento y, para su asombro, ahogó con una ovación cerrada los gritos de los que protestaban. Los hombres lanzaban sus sombreros al aire, sombreros de fieltro o de paja, se daban palmadas en la cabeza y gritaban hasta desgañitarse. Las mujeres chillaban y acababan llorando. Y el griterío crecía, levantando ecos y más ecos, hasta alcanzar proporciones de huracán. Cuando menguaba un momento, podía oírse el gongo solemne de Sadie Sutter; pero, en cuanto aumentaba de nuevo, el sonido del gongo se debilitaba y se extinguía a lo lejos. Roy se sentía febril. Los aplausos se estaban apagando cuando se quitó la gorra para enjugarse el sudor de la frente, y una vez más atronaron el campo y se sucedieron en oleadas al entrar él en la jaula. Apretando los dientes para que no castañeteasen, golpeó tres veces la bola, arrojándola siempre a una distancia aceptable. A instancias de Pop, salió también al campo para pillar algunas pelotas altas. Sonaron de nuevo las aclamaciones, aunque él hubiese preferido no escucharlas. Cogió unas cuantas pelotas en su línea, tiró el guante y volvió al foso. Los vítores le siguieron, hinchándose como una ola; pero sobre aquel rugido de rompiente y los toques renovados del gongo de Sadie, podía oír las estridentes maldiciones de Otto Zipp. El enano recibió una lluvia de silbidos, pero, al pasar Roy, se llevó el pulgar a la roja nariz. Roy no le prestó atención, lo cual enfureció a Otto.

Los Piratas terminaron sus ejercicios de precalentamiento y empezó el partido. Pop había elegido a Fowler para que empezase por los Knights. Roy pensó entonces que sabía quién era el que estaba con él en el juego. Era de suponer que el juez trataría de llevarse el gato al agua de la manera más económica posible, con el mejor bateador y el mejor *pitcher*. Probablemente había preguntado a Pop a quién había elegido para lanzar, y había comprado al *pitcher*, aunque, sin duda, pagándole mucho menos de lo que le había ofrecido a Roy. Lo que le sorprendía y asqueaba era que Fowler pudiese estar tan corrompido a pesar de ser joven y gozar de espléndida salud. Si él hubiese tenido la mitad de oportunidades para el futuro de las que tenía Fowler, no se habría ensuciado las manos en el asunto. Sin embargo, al ver lanzar a Fowler en el primer *inning*, ya no estuvo tan seguro de que fuese lo que se había imaginado. Su pelota rápida era hoy muy buena, y despachó con facilidad a los dos primeros Piratas. Aunque quizás era una argucia: el tiempo lo diría. Los pensamientos de Roy fueron interrumpidos por el sonido, y el eco detrás de él, del golpe de un bate. El tercer hombre había alcanzado la pelota y ésta describía un arco hacia el fondo de la izquierda. Flores corría ya hacia ella desde el centro. Entonces pensó Roy que, si bien le había prometido al juez que no golpearía una pelota, no se había comprometido a no alcanzarla. Haciendo una seña a Flores para que se detuviese, dio varios pasos vacilantes y saltó, agarrando la bola a media carrera para el tercer *out*. Mientras hacía esto, advirtió un movimiento en la ventana de la torre y vio la corpulenta figura del juez detrás de los cristales. Entonces recordó que no había visto a Memo desde el sábado.

Sin que nadie se sorprendiese, Dutch Vogelmann se dirigió al montículo de los

Piratas. A los pocos minutos, todo el mundo vio claramente que tenía madera de campeón, pues eliminó a los tres primeros Knights sin el menor esfuerzo, incluido Flores, que no era víctima fácil. Roy no tuvo ocasión de batear y se sintió aliviado por ello. Pero cuando Fowler hubo fallado a su vez, se encontró con que él era el primero en el segundo *inning*. Al dirigirse con *Wonderboy* hacia la tabla, se hizo el silencio en las gradas, tras un breve griterío. Todo el mundo recordaba los cuatro *homers* que había conseguido ante Vogelmann la última vez que se había enfrentado a él. En el foso, Pop y los muchachos hacían votos para que le diese fuerte a la pelota, y lo propio hacían Red Blow y Earl Wilson en las bases. Lo que no sabían era que la debilidad había aturdido a Roy. Su corazón palpitaba como una máquina de vapor, tenía la cabeza rígida, le zumbaban los oídos como si estuviese escuchando en el fondo del mar, y sus brazos pendían como pesos muertos. Le costó un enorme esfuerzo levantar *Wonderboy*. Mientras se colocaba lentamente en posición, lanzó una mirada cautelosa a la torre y no le sorprendió que Memo, todavía vestida de negro, estuviese detrás de la ventana junto al juez, observándole con ojos inexpresivos. Al menos, ahora sabía dónde estaba.

Vogelmann no se daba prisa. Como *pitcher* era relativamente bajo, parecía un pato de pico muy largo, tenía vigorosos los brazos y las piernas, unas mangas rojas salían del raído jersey, y sus movimientos eran nerviosos. A pesar de que había terminado la temporada regular ganando en veinticinco partidos, sudaba copiosamente al pensar que iba a lanzar contra Roy. Cada vez que recordaba aquellas cuatro fantásticas pelotas que, una tras otra, habían ido a parar a las gradas, se estremecía inquieto. Y sabía, aunque en aquel momento no había nadie en las bases, que si aquello volvía a ocurrir ahora, podía decantar el partido a favor de los Knights y dar al traste con su año de triunfos. Por consiguiente, Vogelmann trataba de poner nervioso a Roy quitando el brillo a la pelota, examinando las costuras, hurgando en la bolsa de la resina, restregando los zapatos en el polvo y quitándose la gorra para enjugarse el sudor. Cuando los abucheos de la multitud se hicieron más fuertes, Stuffy Briggs le gritó que lanzase, y Vogelmann arrojó de mala gana la pelota.

La bola silbó, pero era una bola blanda. Por muy débil que se sintiese, Roy no pudo dejar de sonreír al pensar lo que podía hacer con la pequeña si ponía en ello el corazón; pero se retrasó una fracción de segundo y gruñó al pasar la pelota junto a *Wonderboy* —que hizo que casi se fracturase las muñecas al tratar de alcanzarla— y ser atrapada por el guante del *catcher*.

¿... Dónde había estado ella desde el sábado? El domingo había sido el primer día que no había acudido al hospital, el día que ella sabía que saldría de allí. Se había marchado solo, seguido de algunos reporteros con los que no quiso hablar, y había tomado un taxi para volver al hotel. Ya en su habitación, se había puesto el pijama y, preguntándose por qué la muchacha no le habría al menos telefoneado, se había quedado dormido. Entonces había soñado con ella: la había visto en alguna ciudad —parecía Boston—, y ella no le había reconocido cuando se cruzaron, sino que había

seguido caminando deprisa con su balanceo acostumbrado. Él la persiguió, y ella (lo recordaba muy bien) se confundió con la multitud. Mas aún veía sus cabellos rojos y fue tras ellos; pero resultó que no era más que una cabeza teñida de rojo, de boca ruin y ojos obscenos. «¿Dónde está Memo?», gritó, y se despertó pensando que estaba en la habitación; pero no era así, y no había vuelto a verla hasta ahora, al localizarla en lo alto de la torre.

Roy miró las bases vacías. Al fallar el golpe sin que hubiera nadie en ellas, perjudicaría menos al equipo; sin embargo, sus dedos ansiaban golpear la bola. No podía confiar en sí mismo porque, tal como tiraba *Wonderboy* de sus músculos, cabía en lo posible que la lanzase por encima de la valla. Entonces Vogelmann intentó que, al lanzar, la pelota describiera una curva hacia abajo en la «primera» bola. El *pitcher* lanzó una pelota tonta y lenta, fingiendo que casi se rompía la espalda con el impulso.

Strike dos. Había sólo tres.

Recordaba aquella vez en que su vieja ahogó al gato negro en la bañera. El animal se había metido con ella en el cuarto de baño y le había mordido los tobillos desnudos. Inmediatamente, ella agarró al maldito gato y lo sumergió en el agua caliente. La bestia luchó por salir, pero ella lo había sumergido de nuevo, despiadadamente, a pesar de sus desgarradores maullidos. Sin embargo, el gato conseguía, con sus histéricos y felinos recursos, mantenerse a flote en el agua casi hirviendo, de modo que la mujer tuvo que emplear toda su fuerza para mantener aquella sucia y mordiente cabeza sumergida, mientras su mano sangraba copiosamente. Pero cuando el baño fue vaciado, y el gato yació muerto allí, mojado y lustroso, con la lengua sonrosada atrapada entre los dientes, aquello fue demasiado para ella y no pudo sacar el animal de la bañera.

Cerró los ojos antes del siguiente lanzamiento, con la esperanza de que la bola llegase rápidamente, pero la segunda pelota, blanda, se desvió hacia fuera. Abriendo los párpados, vio a Mercy en un asiento próximo, mirándole con expresión malévola y burlona. «Tú también, Max», pensó Roy, agarrando el bate con más fuerza. Vogelmann empezaba a mostrarse más confiado. «También tú, Vogelmann», y volvió a cerrar los ojos, pensando en aquella vez en que, volviendo con Iris de la playa, ella había apoyado la cabeza en su brazo. Estaba asustada, quería que él la consolase, pero él no lo había hecho. «¿Cuándo vas a crecer, Roy?», le había preguntado.

Vogelmann lanzó una pelota fuerte y bastante alta, no demasiado mala como para fallarla, pero fue el tercer error y el *out*. Otto Zipp se tapó la nariz e hizo ademán de tirar de la cadena, y Roy, tembloroso, permaneció unos segundos con el palo levantado sobre la cabeza, queriendo hundir al enano en el silencio y la inmovilidad que reinaban en todas partes. Arrojó *Wonderboy* a un lado —algunos ocupantes de los palcos delanteros lanzaron un gemido— y volvió al banco con las manos vacías. El juez y Memo no estaban ya en la ventana de la torre.

Cuando los Piratas se dispusieron a batear su mitad del tercer juego (no había *hits*

para los Knights después de la eliminación de Roy), una brisa llenó de polvo el campo. Algunos hinchas, que no tenían nada mejor que hacer, guardaban la fruta podrida y las rebanadas de pan con mantequilla en bolsas de papel o las empujaban con los pies debajo de los asientos. Nadie parecía tener hambre, y los muchachos de Stevens, a pesar de sus voces, sólo conseguían vender unos pocos cafés calientes. Tampoco se hablaba mucho del último medio *inning*. Unos pocos se lamentaban diciendo que Roy nunca había estado tan mal, pesado como una morsa. Otros les recordaban que quedaba aún mucho partido por delante.

Ningún equipo marcó en el tercero y en el cuarto. La actuación de los Knights hacía que Roy se preguntase si el juez los habría comprado a todos. Sin embargo, esto no parecía probable. Era demasiado tacaño. En el quinto, llegó de nuevo su turno, también en primer lugar.

Las gradas se despertaron, y empezaron a sonar rítmicos aplausos.

«¡Dale fuerte, Roy! ¡Reviéntala! ¡Hazle sangre! ¡Puedes hacerlo, muchacho!»

—¡Puedes hacerlo! —gritó Pop desde la escalera del foso.

Con el corazón encogido, Roy subió a la tabla. Sentía fuertes dolores en los músculos de la espalda, cosa que nunca le había sucedido, y tenía tortícolis. No podía erguirse con facilidad, y el peso de *Wonderboy* le obligaba a inclinarse aún más. Pero Vogelmann, pese al *strikeout* de Roy, estaba preocupado por lo que éste pudiera hacer aún. Se enjugó la cara con la manga roja, pero esto no le tranquilizó. Las dos primeras pelotas pasaron ampliamente fuera de la zona de *strike*. Para ayudarle, Roy golpeó por debajo de la tercera bola. Entonces, Otto Zipp soltó un chorro de abucheos. Roy pensó que lo mejor sería fallar el siguiente para hacer un *strike* dos, pero Vogelmann no le dejó, al lanzar casi por encima de su cabeza. Recordando que podía andar si quería hacerlo, Roy esperó. Con ello no perjudicaba a nadie, y sería mejor para él. El siguiente lanzamiento entró demasiado cerca, y esto hizo que llegase a la primera base y que el juez volviese a la ventana. Pero esto no influyó en ningún sentido, pues, aunque Lajong le retiró a la segunda, Gabby lanzó una pelota alta a través del diamante, que fue agarrada por el hombre de la segunda base, el cual tocó a Roy, y esto hizo irremediable el *double play*. Nadie podía culparle a él de aquello, pensó Roy, saliendo del campo. Dirigió una mirada a Pop y vio que el mánager estaba murmurando para sí, flácidos los labios en su rostro huesudo. Roy tuvo la impresión de que conocía al viejo de toda la vida.

Pensó en que tal vez debería romper su trato con el juez. Podía enviarle una nota diciéndole que no había nada de lo dicho. Pero no sabía qué podría escribirle a Memo. Trató de imaginar lo que sería vivir sin ella, y la idea de la soledad le resultó insoportable.

Dave Olson inició el sexto con el primer *hit* de los Knights, un doble rotundo. Las gradas sonaron como un gigantesco depósito de voces que se hubiese abierto de repente. Pero Benz bateó mal, Fowler hizo otro voleo corto, y el vocerío se extinguió.

Roy se preguntó sobre aquel voleo corto. Se dijo que Fowler no tardaría en delatarse, porque el tiempo apremiaba. Pero no fue así, pues Fowler eliminó otra vez a tres Piratas. Hasta ahora sólo había cedido dos *safeties*. En el séptimo, los Knights, advirtiéndole que Vogelmann se estaba cansando, encontraron la manera de atacarle. Allie Stubbs golpeó una pelota rasa hacia el campo interior para un *single*. Baker, tratando de conseguir un *hunt*, se precipitó y resultó un *strike out*. Entonces Flores levantó una pelota justo por encima de los frenéticos dedos del primera base, y Stubbs, corriendo con la cabeza baja, saltó con seguridad a la tercera. Ahora le tocaba a Roy, pero con dos en base, su corazón le hizo dudar. La multitud se puso en pie y rugió para animarle.

Mientras se acercaba a la tabla, el sol, oculto detrás de las nubes desde que había empezado el partido, salió por fin de aquéllas y bañó el estadio con un resplandor dorado, que arrancó murmullos a la muchedumbre. Al envolverle el calor, Roy sintió que un sollozo subía a su garganta. La debilidad abandonó sus piernas, su corazón latió con regularidad, cesó el vértigo en sus entrañas y se irguió firme y vigoroso sobre el suelo. Aunque se asombró al descubrirlo, había recobrado el sentimiento de su propio bienestar. Mil alentadoras ideas pasaron por su mente, borrando el feo diagnóstico del especialista de blanco bigote. Se sentía casi feliz, y tenía la impresión de que podía hacer lo que quisiera, si efectivamente no quería. Siguió con la mirada las primeras filas de la izquierda del campo, pero la detuvo en el hosco semblante de Zipp. De pronto se sintió angustiado por lo que había prometido al juez.

A su primer golpe —en respuesta a un lanzamiento malo—, Otto soltó un torrente de gritos, juramentos y abucheos, que quemaron a Roy hasta los huesos. «Ese pequeño bastardo con cara de culo me las pagará.» En el siguiente lanzamiento, asíó más corto a *Wonderboy*, se adelantó a la bola y descargó un golpe feroz. La pelota silbó por delante de la nariz de Otto y salió disparada por una de las entradas. El enano palideció, y después, al volver la sangre a su semblante, se puso furioso. Empezó a saltar sobre su asiento, amenazando con el puño y escupiendo maldiciones.

—¡Carroña, basura, cerdo! ¡Vete a la mierda!

Roy trató de lanzar la siguiente pelota contra sus dientes. La bola golpeó la barandilla con un fuerte chasquido y rebotó en el aire. Un hinchado que estaba detrás de Otto la recogió con su sombrero de paja. Aunque la multitud rió, los abucheos contra Roy se hicieron más fuertes. Red Blow levantó dos dedos a modo de advertencia. Roy lanzó una tercera pelota contra el enano. Éste se cubrió la cara con los brazos y se agachó, chillando.

Varias filas más arriba de donde estaba Otto, una mujer de cabellos negros y vestido blanco se había levantado y permanecía sola en pie entre los espectadores. «¡Vaya, otra que tal!», pensó Roy. En la última fracción de segundo trató de detener el golpe, pero ya no pudo hacerlo. La pelota salió disparada como una bala contra Otto, golpeó con ruido sordo su duro cráneo y salió desviada hacia arriba. Alcanzó a la dama en la cara y, para espanto de la multitud, la mujer se derrumbó sin ruido.

Se produjo una conmoción en las gradas. Cientos de hinchas saltaron de sus asientos para acercarse a ella, pero los guardias y los acomodadores les cerraron el paso, adviniéndoles que podían aplastarla. Stuffy Briggs pidió tiempo. Roy dejó caer su bate, salló a los palcos y corrió escalera arriba —arrancando chispas del suelo con sus zapatos claveteados— y siguió por el pasillo hasta el sitio donde yacía la mujer. Muchos hinchas se habían puesto de pie sobre ¡os asientos para ver, y había una multitud apretada en torno a la dama. Murmurando amenazas de linchamiento, dejaron pasar a Roy. Un médico estaba atendiendo a la mujer, pero ésta seguía inconsciente.

Roy sabía ya quién era.

—Iris —gimió.

Iris se despertó, abrió el ojo ileso y suspiró:

—Roy.

Él la levantó en sus brazos y la llevó a la casa del club. Doc Casey y Dizzy impidieron que entrase la gente. Max Mercy, siempre hambriento de noticias, introdujo un pie en ¡a rendija de la puerta, pero Dizzy empujó ésta con fuerza, y Max se apartó, bailando y maldiciendo.

Roy tendió delicadamente a Iris sobre la mesa del cuidador. El lado izquierdo de su cara aparecía contusionado y con todos los colores del arco iris. El ojo estaba amoratado, y el párpado, hinchado. Pero el lado derecho estaba ileso y se veía adorable como siempre.

«¿Qué he hecho, y por qué?», pensó Roy. Y recordó todas las cosas malas que había hecho en su vida y tratado de reparar sin conseguirlo.

El médico salió para llamar a una ambulancia. Roy cerró la puerta detrás de él.

—¡Oh, Roy! —suspiró Iris.

—Lo siento, Iris.

—Tienes que ganar, Roy...

Él se lamentó:

—¿Por qué no viniste antes?

—Mi carta... No la contestaste.

Él inclinó la cabeza.

Entró el médico.

—Contusiones y erosiones. No es nada grave, mas para mayor seguridad, habría que hacerle una radiografía.

—No repares en gastos —dijo Roy.

—Se pondrá bien. Ahora puedes volver al juego.

—Tienes que ganar, Roy —insistió Iris.

Al ver que tenían que decirse más de lo que él se había imaginado, el médico les dejó solos.

Roy se volvió a Iris, tratando de recordar que era abuela, pero al reseguir la fina silueta de su cuerpo lo olvidó. En cambio, sintió una extraña repugnancia por Memo.

Un repentino sentimiento, que le daba náuseas.

—Querido —murmuró Iris—, tienes que ganar para nuestro chico.

Él la miró fijamente.

—¿Qué chico?

—Estoy embarazada.

Había lágrimas en sus ojos. Su vientre se veía liso... Entonces sintió él el impacto de la noticia.

—¡Santo Dios!

Iris sonrió con labios temblorosos.

Él se inclinó, la besó en la boca y sintió un sabor a sangre. Le besó los senos, que olían a rosas. Besó el duro vientre, loco de amor por ella y por el hijo.

—Gana por nosotros; tienes que hacerlo.

Tomó la cabeza de él entre las manos y la reclinó sobre su pecho. «Parece igual que el que me poseyó aquella noche en el parque», pensó, y, para apartar de sí esta idea, apretó más la cabeza de Roy sobre su seno, pensando que esto sería diferente. «¡Oh, Roy, sé mi amor y protégeme!» Pero entonces había llegado ya la ambulancia, y se la llevaron.

En el foso, Pop le recibió con terribles maldiciones.

—Sal y haz lo que debes. No más gansadas, si no quieres que te parta el coco.

Roy asintió con la cabeza. Al salir del foso, vio con espanto a *Wonderboy* tirado sobre el barro, junto al depósito del agua. Lo secó cariñosamente. Stuffy gritó que iba a reanudarse el juego, y los Piratas, furiosos por la larga interrupción —Wickitt había reclamado que se declarase el abandono del adversario, pero Pop había amenazado a Stuffy con acudir a los tribunales si no esperaba a Roy—, volvieron a sus posiciones, Allie y Flores ocuparon la primera y la tercera bases, y Roy se colocó en el lugar del bateador para enfrentarse con una tormenta de aclamaciones del Bronx. Éstas llegaron a ráfagas, hasta que Vogelmann se echó atrás y lanzó; después de lo cual, cesaron.

Hubo un 0 a 2 a su favor, porque, a excepción del golpe que había fallado adrede, Roy consiguió que cada lanzamiento fuese un *foul*. Observaba a Vogelmann con ojos llameantes. Vogelmann estaba casi hipnotizado. Veía a un hombre diferente, y no le gustaba lo que veía. Su lanzamiento siguiente fue a parar lejos de la tabla. Primera bola. Después, una rápida segunda bola, y el *pitcher* volvió a ponerse nervioso. Tardó mucho en hacer el siguiente lanzamiento, y, para su espanto, la pílora se le escapó y fue a dar en el polvo, antes de la tabla. Allie salió para el *home*, pero el *catcher* atrapó rápidamente la pelota y la lanzó a la tercera base. Echándose atrás, Allie la agarró con los dedos. Mientras tanto, Flores había ocupado la segunda.

Ahora era la tercera bola. Roy rezó para que fuese un buen lanzamiento.

Vogelmann miró a Allie, que se disponía a correr hacia la siguiente base; dio una patada en el suelo y la lanzó casi con desesperación. Roy se balanceó sobre sus

zapatos.

Estalló un trueno. El *pitcher* se llevó a los oídos los lisiados dedos. Quedó deslumbrado. Pop se levantó y galleó con fuerza. Otto Zipp, con un oscuro coágulo en la nariz, se agazapó debajo de la grada. Algunos de los hinchas que habían visto el relámpago y pensaron que iba a llover, se levantaron el cuello de la chaqueta. La mayoría de ellos se habían puesto en pie, contemplando el vuelo de la pelota. Allie había llegado a la meta; también lo había hecho Flores, y Roy se dirigía a la segunda base, cuando el árbitro hizo que todos volviesen atrás. La pelota había sido claramente *foul*. Los hinchas gimieron afligidos.

Wonderboy yacía en el suelo, partido a lo largo, con una mitad apuntando a la primera base y la otra a la tercera.

El muchacho al servicio de los Knights recogió nerviosamente ambos pedazos y puso un *Louisville Slugger* en la flácida mano de Roy. Los espectadores se sentaron, en irritado silencio, mientras el impávido Vogelmann lanzaba la siguiente pelota. Ésta surcó el aire, perfecta para ser golpeada, pero Roy no consiguió levantar el bate.

Lanjong, que bateó después de él, fue también eliminado.

Con los Knights de nuevo en el campo, Fowler cedió rápidamente un triple al primer bateador de los Piratas. Fue seguido de un duro golpe, y casi antes de que se diesen cuenta los aturridos hinchas, fue anotada la primera carrera. Pop saltó en el banquillo como electrocutado e hizo señas a los *pitchers* de reserva para que activasen su precalentamiento. Red Blow corrió al montículo para tranquilizar a Fowler, pero éste le dijo que estaba bien y Red volvió atrás.

El siguiente Pirata lanzó una pelota larga y alta hacia la izquierda. El griterío de la multitud despertó a Roy de su duelo por *Wonderboy*. Corrió detrás de la pelota, saltó para alcanzarla y la retuvo. Haciendo un esfuerzo, alcanzó la tercera base, adelantándose a ambos corredores. Ahora sabía que tenía razón en lo tocante a Fowler. El *pitcher* había mordido el cebo. Roy pidió tiempo y fue a hablar con él. Tanto Red como Dave Olson avanzaron también para celebrar una conferencia en el montículo, pero Roy les hizo volver atrás con un ademán. Al acercarse al hosco Fowler, vio al juez en la ventana, chupando su cigarro.

Roy dijo en voz baja:

—Ándate con cuidado, chico; no queremos perder el partido.

Fowler le observó astutamente.

—Déjate de monsergas, grandullón. Tú has hecho mucho para ganar.

—Lanza bien la pelota —le aconsejó Roy.

—Lo haré, cuando tú empieces a batearla.

—Escucha —repuso Roy, con paciencia—, ésta puede ser mi última temporada como jugador, porque tengo ya treinta y cinco años. ¿Quieres que sea también la última para ti?

Fowler palideció.

—No te atreverás a irte de la lengua.

—Intenta alguna otra jugarreta y lo verás.

Fowler se volvió, irritado. Los hinchas empezaron a silbar y a patear.

—¡A vuestros sitios! —gritó Stuffy Briggs.

Roy volvió a la izquierda, pero después de aquello, Fowler consiguió de alguna manera que los dos hombres siguientes no conectasen sus golpes, y todo el mundo dijo que había sido una lástima que Roy no hubiese hablado con él después del primer *hit*. Algunos hinchas se preguntaron si alguien más había observado que Roy se llevaba el pulgar a la nariz, mirando a la torre, al final del *inning*.

Cada vez que Vogelmann podía con Roy, se sentía infinitamente mejor, y, en consecuencia, su lanzamiento mejoró al progresar el juego. Aunque le sorprendió, en el octavo, que Gabby Laslow le tocara en un impetuoso *single*, obligó a Olson a golpear corto, a Benz a alinearse con él, y Fowler le correspondió agarrando tres *game* y en el último *out*. Calculando contra quiénes tendría que lanzar en el noveno, Vogelmann descubrió que si eliminaba a Stubbs, a Baker y al más difícil Flores, no tendría que lanzar contra Roy Hobbs. La idea le entusiasmó tanto, que resolvió poner toda su inteligencia en el intento. Por otra parte, Fowler, a pesar de los buenos consejos de Roy, se mostró más torpe en los lanzamientos, aunque de un modo sutil, de manera que nadie podía estar seguro de la razón de ello; pero recibió un apoyo mucho mejor de lo que había esperado, y ninguno de los dos primeros Piratas del noveno consiguió llegar a la base, aunque ambos habían golpeado con fuerza la pelota. Flores, el mexicano saltarín, había atrapado ambos disparos. Entonces el tercer Pirata agarró un buen lanzamiento e impulsó la pelota alta hacia la izquierda; pero Roy, corriendo más y más hacia atrás, la cogió contra la pared. Aunque se había quedado sin aliento y maldecía a Fowler entre dientes, no pudo dejar de sonreír, imaginándose el disgusto del *pitcher*. Y confió en que los muchachos le permitirían batear y destruiría a Vogelmann y salvaría el partido, que era ahora lo más importante que había tenido que hacer en su vida.

Por su parte, Pop, estaba perdiendo la esperanza. Le temblaban las manos, y los dientes postizos parecían piedras en su boca, por lo cual se los quitó y se los metió en el bolsillo de la camisa. En vez de Allie, llamó a Ed Simmons para que batease, pero Vogelmann, lanzando con renovada rapidez y astucia, hizo que Ed batease una pelota blanda hacia el centro del campo. Pop se tambaleó en el banco, babeando ligeramente por las comisuras de los fruncidos labios. Red parecía un fantasma; incluso sus pecas habían palidecido. Las gradas estaban envueltas en sombrío silencio. Baker escupió y se acercó a la tabla. Recordando que hoy no había dado un golpe a derechas, Pop le llamó y le substituyó por Hank Kelly, otro bateador reserva.

Vogelmann le eliminó. Se enjugó la boca con la manga, sonriendo débilmente por primera vez desde que había empezado el partido. Uno más: el mexicano. Acabar con él significaba cerrar la puerta a Hobbs, ganar limpiamente y, mañana, la Serie Mundial. El sol se ocultó de nuevo en el cielo, y el silencio flotó como un olor en el

aire; Flores, con ojos enloquecidos, se enfrentó al *pitcher*. Tras hacer *foul* en el primer lanzamiento, golpeó furiosamente al tercer *pitch*. Falló. Dos *strikes*, y eran sólo tres... Roy se sintió morir lentamente. Se moría solo. Si al menos hubiese estado bateando allí... La cara del mexicano estaba roja de angustia. Con ojos desorbitados, se lanzó contra la pelota siguiente y, maldiciendo en español, golpeó con fuerza. La pelota giró locamente en el aire, adquirió velocidad y voló hacia la pared derecha del campo; Flores corrió como perseguido por el diablo y se arrojó de cabeza en la tercera base. Vogelmann, sintiendo que la sangre se detenía en su corazón, le miró fijamente con ojos vidriosos.

El silencio se quebró en un ruido ronco e insensato.

Roy se levantó del banco. Cuando vio que Pop buscaba otras caras, su corazón vaciló y se paró. De buen grado se habría puesto de rodillas y besado los pies flacos y deformados del viejo, con tal de poder estar allí por última vez. La mirada obsesionada de Pop se fijó en él, vaciló, siguió a lo largo de la hilera de ceñudos semblantes... y volvió a Roy. Pop le llamó.

Visto de cerca, el viejo mostraba unos círculos morados debajo de los ojos y, cuando habló, se le quebró la voz:

—Ya ves a lo que hemos llegado, Roy.

Roy miró el suelo del foso.

—Deje que vaya yo.

—¿Qué esperas hacer?

—Darle un golpe mortal.

—¿A quién?

—A la pelota... ¡Lo juro!

Pop volvió a mirar a los hombres del banco. Su mirada volvió de mala gana a Roy.

—Si la última vez no te hubieses empeñado en lanzar pelotas *fouls* a las gradas, habrías arreglado las cosas y, con tres carreras, habríamos ganado el partido.

—Ahora comprendo por qué las llaman *fouls*.

—Adelante —dijo Pop. Y añadió—: Nuestra vida depende de ti.

Roy eligió un bate algo parecido a *Wonderboy*. Lo sacudió una vez y se dirigió a la tabla. Flores bailaba sobre el saco, golpeándose el cuerpo como si se estuviese quemando y farfullando en español que, si por la gracia de san Cristóbal podía hacer el viaje desde la tercera base al *home*, le encendería velas durante el resto de su vida.

La pálida multitud estaba casi oculta por la oscuridad que se extendía sobre las gradas. La tabla del *home* yacía bajo una sombra espesa y polvorienta, pero Roy veía las cosas con más claridad que nunca. Un golpe que resolviese el partido le curaría de todas sus dolencias. Sólo un *homer*, con él marcando la carrera de la victoria, le redimiría de veras.

Vogelmann estaba considerando lo cerca que había llegado del paraíso. Si el mexicano hubiese fallado aquella bola, habría terminado el partido. Toda la noche se

habría sentido como un gigante y, al acostarse con su esposa, ésta se habría entregado a él como se entregan las mujeres a los héroes.

Le llenaba de espanto la visión de su Némesis agazapada en la oscuridad alrededor de la tabla.

Suspirando, se apercibió para el lanzamiento, sin convicción.

—Pelota uno.

Las caras expectantes de las gradas prorrumpieron en un grito, que duró hasta el final del partido.

Vogelman estaba empapado en sudor. Habría escupido de buena gana, pero no tenía saliva, y temía seguirles el juego.

La pelota siguiente pasó a la altura de la gorra.

—Pelota dos.

Wickitt, el mánager de los Piratas, se dirigió al montículo.

—¿Qué te pasa, holandés?

—Sácame de aquí —gimió Vogelmann.

—¿Por qué diablos he de hacerlo? Has podido tres veces con ese bastardo, y puedes volver a hacerlo.

—Me revuelve las tripas, Walt. Mírale plantado allí como un maldito gorila. Mira sus ojos ardientes. No es humano.

Wickitt bajó la voz, observando a Roy.

—Yo no lo veo así. Parece viejo y derrotado. La semana pasada sufrió un cólico terrible en un hospital de parturientas. Dicen que puede caerse muerto en el momento menos pensado. Anímate y lanza las pelotas bajas. No creo que pueda doblar las rodillas. Consigue un *strike* y lo tendrás a tu merced.

Se alejó del montículo.

Vogelman lanzó la pelota siguiente con todos los nervios en tensión.

—Pelota tres.

Buscó con la mirada a Wickitt, pero el mánager mantuvo la cara oculta.

«En tal caso —pensó el *pitcher*— le daré un bolazo.» Podían echarle después de aquello: era un enfermo.

Roy estaba considerando también lo del bolazo. Le libraría de responsabilidad, pero no compensaría todo el daño que había hecho. Desechó la idea. Vogelmann alzó los huesudos brazos. Al mirar hacia la tabla, descubrió que tenía los ojos nublados y no podía interpretar la señal del *catcher*. Miró de nuevo y vio a Roy, de punta en blanco, montado en un negro corcel. Le miró fijamente, levantados los brazos para no flaquear. Sí, avanzaba sobre él con una lanza larga y del grosor de un joven arbolito. Se pasó un brazo por los ojos y cayó de rodillas, desmayado.

Un griterío se elevó hacia el cielo.

El sol se ocultó detrás de las nubes. Volvió a hacer frío. Wickitt, saliendo del foso, levantó un brazo hacia el lugar donde se calentaban los reservas. El muchacho que había estado lanzando arrojó la pelota al *catcher* reserva, se ajustó la gorra y salió al

campo. Era un joven de veinte años, enjuto y de ojos claros.

—Herman Youngberry, número sesenta y seis, lanzando para los Piratas.

Pocos de los que estaban en las gradas habían oído hablar de él, pero, antes de que terminase su largo trayecto hasta el montículo, su vida era del dominio público. Medía más de uno ochenta de estatura, pero sólo pesaba setenta y nueve kilos. Hacía un par de años, un explorador de los Piratas que le había, visto un día lanzar por el equipo de su pueblo, había escrito en una tarjeta: *Ese muchacho lanza con una rapidez cegadora y comunica a la pelota una curva explosiva*. Aunque le había ofrecido un contrato en el acto, Youngberry se había negado a firmar, porque la ambición de toda su vida era ser agricultor. Todo el mundo, incluida su novia, había insistido en que firmase. Él no lo decía, pero lo único que quería era ganar el dinero suficiente para comprar una finca de trescientos acres y abandonar el béisbol para siempre. A veces, cuando lanzaba, veía campos de trigo dorado resplandeciendo bajo el sol.

Había ingresado en los Piratas el primero de setiembre, procedente de uno de sus clubes de clase A, para colaborar en la consecución del campeonato. Desde entonces, tenía un historial de tres ganados y dos perdidos. Había visto lo que Roy había hecho a Vogelmann el día en que había logrado cuatro *homers* y lo que había hecho ahora, y estaba ansioso de enfrentarse a él. Tras unos lanzamientos de calentamiento, bajó del montículo y miró hacia otro lado, mientras Roy volvía a la jaula.

A pesar del descanso, Roy tenía las axilas empapadas en sudor. Sentía pesadez en la cintura y tenía erizado el vello de las piernas y del pecho.

Youngberry miró a su alrededor para ver cómo estaban situados los compañeros de Roy. Se habían apartado hacia el fondo, con el *infield* también retirado hacia atrás. Flores, aunque daba saltos, estaba sobre el saco. El *pitcher* hizo girar el brazo antes de lanzar y se dio cuenta de que los Knights le gritaban obscenidades para ponerle nervioso.

Roy había pensado, pero resuelto abstenerse de un voleo corto para sorprenderle. Tal como estaban las cosas, era mejor dar tres buenos golpes fuertes.

Sintió que las sombras del juez y de Memo enrarecían el aire a su alrededor, y se volvió para amenazarles con el puño; pero ya no estaban en la ventana.

La pelota encendió su propia trayectoria.

La rapidez del lanzamiento sorprendió a Stuffy Briggs, y pasó algún tiempo antes de que pudiese soltar la lengua.

—*Str...ike!*

La nariz de Roy se llenó del polvo que había levantado.

—¡Arrojadlo a los cerdos! —chilló Otto Zipp.

Si hacía un voleo corto, la sorpresa podía permitirle llegar a la primera base, y a Flores al *hume*, para igualar el marcador. Lo malo era que no confiaba demasiado en su habilidad para los voleos cortos. Roy miró fijamente al muchacho, tratando de distraerle, pero Youngberry no quiso mirarle a su vez. Entonces vio Roy que una

niebla envolvía al joven *pitcher*, una niebla llena de viejos fantasmas y escenarios nevados. Un dedo serpentino surgió de la niebla, y Roy buscó afanosamente la bola debajo de él, pero ésta se hallaba ya en el guante del *catcher*.

—¡Segundo *strike*!

—¡Cortadle la cabeza! —chilló Otto.

Parecía que había llegado el invierno. Roy deseó tener un fuego cerca para calentarse los helados dedos. Demasiado tarde para el voleo corto. Lamentó no haberlo intentado. Con él les habría pillado desprevenidos.

Pop salió corriendo del foso, con una pata de conejo, pero Roy no quiso tomarla. Juró que nunca se rendiría. Flores había caído de rodillas en la tercera base y estaba implorando al cielo.

Roy atrajo, al fin, la mirada del *pitcher*. Tenía los ojos enrojecidos. Youngberry se estremeció. Lanzó. La pelota era mala, pero el bateador saltó para alcanzarla.

Fue el tercer *strike*, entre un clamor general.

La forma de Bump Baily brilló roja en la pared. Hubo un gemido en el viento. Roy temió que la multitud se le echase encima, le despedazase y desparramase por el campo sus contaminados restos, pero ya se había desvanecido. Sólo Otto Zipp bajó de su asiento. Se dirigió a la tabla, tomó el bate y golpeó furiosamente algo. Debió de conectar el golpe, porque sus gordas y torcidas piernas corrieron como pistones alrededor de las bases. Bajando en tromba de la tercera, se deslizó en la tabla y se proclamó vencedor.

Otto se sacudió el polvo, encendió un cigarro y se marchó a casa.

Cuando se hizo de noche, llevó las dos mitades del bate al campo de la izquierda y, con su navaja, cortó un largo rectángulo en el césped y excavó en el suelo. Ahondó con las manos el hoyo en la tierra seca y apretó con fuerza los costados. Entonces colocó allí el bate roto. Pero verlo en dos pedazos le afligía; por consiguiente, los sacó de nuevo, los juntó y los apretó, con la esperanza de que se mantuviesen unidos, pero la quebradura era lisa, como si el bate se hubiese roto por su propia voluntad, y los dos trozos permanecieron separados. Entonces se quitó Roy los cordones de los zapatos y ató uno alrededor del fino mango del bate, y el otro, en torno a la parte ancha del palo, de modo que, salvo por la grieta y los cordones anudados, parecía un bate entero. Y así lo enterró, deseando que echase raíces y se convirtiese en un árbol. Llenó de nuevo el hoyo, apretando cuidadosamente la tierra, y volvió a colocar el césped. Lo pisoteó con los pies descalzos y, tras mirar largamente a su alrededor, salió del campo. Al llegar a la fuente, pensó en llevar agua con las manos para humedecer la tierra que cubría *Wonderboy*, pero comprendió que se escurriría entre sus dedos antes de llegar allí, y como, además, dudaba de que pudiese encontrar el lugar exacto en la oscuridad, bajó los peldaños del foso y se metió en el túnel.

Temía entrar en la casa del club, y por eso se alegró de que no hubiese nadie, pese

a que las luces habían quedado encendidas. Por lo visto, todos se habían vestido y marchado. El silencio era total, salvo el goteo de la ducha, y no quiso entrar en ella. Se quitó el uniforme, lo arrojó al cubo de la ropa sucia y se puso su traje de calle. Notó algo abultado en el pecho y sacó un sobre cerrado. Lo abrió y vio que había en él un paquete de billetes de mil dólares. Era la primera vez que los veía, y había treinta y cinco. Iban acompañados de una nota escrita a máquina: *El contrato tendrá que esperar. Existen serias dudas de que tu colaboración vaya a ser muy entusiasta.* Roy quemó el papel con una cerilla. Pensó en quemar también los billetes, pero no lo hizo. Trató de meterse el dinero en la cartera, pero el fajo era demasiado grueso, y por eso lo introdujo de nuevo en el sobre y se deslizó éste en el bolsillo.

Hacía frío en la calle, y las vacilantes luces alumbraban poco. Se estremeció al dirigirse a la esquina. Al llegar a la torre hizo un esfuerzo y empezó a subir la oscura escalera.

La secretaria del juez se había ido, pero la puerta no estaba cerrada, y Roy entró. El despacho estaba oscuro como boca de lobo. Localizó la puerta del apartamento y subió por la estrecha escalera. Cuando entró en el atestado apartamento del juez, estaban sentados los tres alrededor de una mesa: la pelirroja Memo; el juez, con una visera verde sobre la peluca negra, y el Apostador Supremo, fumando un pequeño cigarro. Estaban contando montones de boletos de apuestas y una montaña de billetes. Memo sumaba las cifras con una calculadora.

Gus se levantó rápidamente al ver a Roy.

—Muy bien, campeón —dijo suavemente, y avanzó sonriendo con un brazo extendido—. Has hecho una excelente representación.

Roy largó un puñetazo al zángano y éste cayó, con la boca abierta por la sorpresa. Dio de cabeza en el suelo, y el ojo de cristal le saltó de la órbita y rodó hasta un agujero de la pared.

Memo se enfureció.

—¡No le toques, bastardo! Vale más que un millón de los de tu ralea.

—Haces muy bien tu papel, Memo, pero éste es el de una ramera.

—¡Callaos! —gritó el juez.

Memo corrió hacia Roy y trató de arañarle los ojos, pero el la empujó a un lado, y la joven cayó sobre Gus. Lanzando un grito, levantó la cabeza del apostador, la reclinó en su falda y prorrumpió en arrullos maternos.

Roy sacó el sobre de su bolsillo. Arrancó la peluca y la visera del juez y lanzó los billetes de mil dólares sobre su despreciable cabeza.

El juez sacó un revólver.

—¡Basta, Hobbs! Otro movimiento y me veré obligado a defenderme.

Roy le quitó el arma y la arrojó a la papelera. Le retorció la nariz al juez hasta que éste empezó a chillar. Después lo levantó sobre la mesa y le aporreó la espalda con los puños. El juez gimió y gruñó como un marrano. Roy empujó al magullado cuerpo con el pie, echándolo fuera de la mesa. El juez cayó al suelo con un fuerte chasquido

y se ensució en los pantalones. Quedó tumbado, lamentándose, entre los boletos de las apuestas y los billetes.

Memo había soltado la cabeza de Gus y corrió alrededor de la mesa hacia la papelera. Levantó la pistola y disparó contra la espalda de Roy. La bala le rozó un hombro e hizo añicos el espejo del cuarto de baño del juez. Los vidrios tintinearon en el suelo.

Roy se volvió a Memo.

—No te acerques, o disparo.

Él avanzó despacio.

—¡Cerdo asqueroso, te odio y siempre te he odiado, desde el día en que asesinaste a Bump!

Apoyó el dedo en el gatillo, pero cuando Roy estuvo muy cerca de ella, lanzó un fuerte sollozo e introdujo el cañón en su propia boca. Él le quitó delicadamente el arma de la mano, abrió el cilindro y sacudió los cartuchos sobre la palma de la mano. Se los metió en el bolsillo y arrojó de nuevo el revólver a la papelera.

Memo sollozaba histéricamente al marcharse Roy.

Éste, mientras bajaba la escalera de la torre, luchó contra el odio abrumador que sentía contra sí mismo. A cada embate de éste, recordaba algún suceso repelente de su vida.

«Nunca aprendí nada de mi vida pasada —pensó—; ahora tengo que sufrir de nuevo.»

Cuando llegó a la calle estaba agotado. No se había afeitado, y una barba negra teñía sus mejillas. Se sintió viejo y sucio.

Miró las caras de las personas con quienes se cruzó en la calle, pero nadie le reconoció.

—Podría haber sido el rey —oyó que una mujer decía a un hombre.

En la esquina, cerca de unos almacenes, observó las idas y venidas del tráfico nocturno. Sintió que sus entrañas empezaban a rebullir (chug, chug, chug, chug...) y pronto parecieron dispararse. Un muchacho le puso un periódico delante de las narices. Quiso decirle que no lo quería, pero le falló la voz. El titular rezaba así, en grandes caracteres: «Hobbs, sospechoso de soborno —Max Mercy.» Debajo había una foto que Mercy había descubierto triunfalmente y en la que se veía a Roy tumbado sobre la espalda y con un balazo en el vientre. A su alrededor bailaba una dama desnuda: «Hobbs, a los diecinueve años.»

También había una declaración del comisario de béisbol: «Si ésta presunta información es cierta, será el final de Roy Hobbs en el béisbol organizado. Será descalificado y se anularán todas sus marcas.»

Roy devolvió el periódico al muchacho:

—Di que no es verdad, Roy.

Roy miró al chico a los ojos y quiso decirle que no era verdad, pero no pudo, y se llevó las manos a la cara y lloró lágrimas amargas.

Notas

[1] *Rummy*, además de un juego de cartas, quiere decir «borracho». (*Nota del traductor.*) <<

[2] Es el 30 de mayo, día señalado para honrar las tumbas de los soldados muertos en campaña. (*N. del T.*) <<